



*Dedicame
un ultimo
baile*

Jess Dharma

DEDÍCAME UN ÚLTIMO BAILE

JESS DHARMA



Título: Dedícame un último baile

© Autor: Jess Dharma

© 2019

Diseño de portada: Rachel RP

Corrección: Virginia Rodríguez

Impreso por Amazon

Reservados los derechos. No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información ni transmitir alguna parte de esta publicación, cualquiera que sea el medio empleado electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc., sin el permiso previo de los titulares de los derechos de propiedad intelectual.

*Quiero dedicar este libro a mi prima Eli y a mi sobrina Lia a las que
quiero con todo mi corazón.*

A mis chicas Rachel Rp y Virginia Rodríguez sin las que no conseguiría
terminar mis libros., gracias por vuestro apoyo.

A nano por estar siempre ahí, os quiero.

Contenido

[TÍTULO](#)

[Copyright](#)

[DEDICATORIA](#)

[LISTA DE REPRODUCCIÓN:](#)

[Prólogo:](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Epílogo](#)

[Biografía](#)

[Otras de mis obras](#)

LISTA DE REPRODUCCIÓN:

Capítulo 1 - Let's go de Travis Barker

Capítulo 4 - 7 rings de Ariana

Capítulo 18 - Love On The Brain de Rihanna

Capítulo 7 – Stupid de Aitana

Capítulo 8 – Vivir mi vida de Marc Anthony

Capítulo 8 – Solo por un beso de Aventura

Capítulo 13 - Can't Remember to Forget You de Shakira

Capítulo 13 - Too Good At Goodbyes de Sam Smith, versión kizomba

Capítulo 18 - Love On The Brain de Rihanna

Capítulo 21 - Beautiful Liar de Beyoncé y

Capítulo 18 - Love On The Brain de Rihanna

Capítulo 22 - Beliver de Imagine Dragons

Capítulo 23 – Cuba de Robert Abigail & DJ Rebel ft. The Gibson Brothers

«Que no existe una
persona que no deba de tener.
Ya que somos circunstancias
que nunca elegimos ser»
Beret

Eli nació y creció preparándose para ocupar de mayor el puesto que le correspondía en una familia tan importante como la suya. Sin embargo, un

hecho dramático le hizo cambiar su vida drásticamente, lo que antes estaba de más ahora está de menos. El dinero y las cosas materiales dejaron de llenarla, por lo que salió a las calles a buscar su lugar en el mundo. Ahí encontró a su familia, un lugar donde encajar y en el cual sentirse libre. Aprendió el Street Dance, y lo utilizó junto a su nueva familia para luchar contra la opresión social.

Sus padres no contentos con ello, y bajo amenaza de encarcelar al hombre que ama, James, la mandan a un centro para chicos descarriados donde encauzar su vida de nuevo. Ella acepta a sabiendas de que en unos meses cumplirá los veintiuno y será libre para siempre. Aunque, no contaba con conocer a Enzo.

Enzo es profesor de baile en Residencia Alana Harrison. Allí imparte clases a lo que más detesta en el mundo, la gente con dinero, personas como aquellas arruinaron su vida y la de su madre. Hasta que un día llega Eli, una chica a la que odia por lo que tiene, pero que lo atrae por lo que es. No ha conocido a nadie como ella.

¿Conseguirán entender que lo que tienes no define lo que eres?

Prólogo:



Hola, me llamo Elisabeth Hope Cooper y soy una chica descarriada...

No, no te preocupes, no estamos en una reunión de alcohólicos anónimos, al menos por ahora. Cuando se trata de mis padres no puedo poner la mano en el fuego sobre dónde terminaré.

Mis amigos me llaman Eli, si no eres mi amigo, mejor que ni me llames, no será bueno para ti, siempre ando metida en líos.

No soy mala chica o eso pienso yo, solo he nacido en la familia equivocada. Mucha gente sueña con tener dinero, poseer una buena posición... En cambio, yo solo quiero tener libertad. Sí, poder hacer lo que quiera con mi vida y

dedicarme a hacer un mundo mejor. No penséis que soy una desagradecida, mis padres me han dado muchas cosas a lo largo de mi vida. Gracias a ellos, sé pintar y bailar, mis dos grandes pasiones, entre otras muchas cosas. El único problema es que no lo hicieron para hacerme feliz, sino en su propio beneficio para convertirme en lo que es políticamente correcto para ellos. Sin embargo, yo lo utilizo para mis propios fines.

Todo esto me llevó a terminar en un «campamento», como lo llaman mis padres, para sentirse mejor con ellos mismos. En realidad, es un reformatorio mejor amueblado donde vamos a parar todos los descarriados con padres millonarios. Es algo que me ha cambiado la vida para siempre, de una manera que el dinero nunca hubiera podido comprar.

Esta es mi historia...



Capítulo 1

¡No a la pena de muerte!

Palacio de justicia de Nueva York, 5 p. m.



En estos juzgados se celebró el juicio contra James Thomson, un hombre acusado de asesinar a su familia. Nunca se llegó a demostrar, ya que el hombre no recordaba nada de los hechos. La policía lo encontró inconsciente junto a los cuerpos de su mujer y las gemelas de seis años. Los medios de

comunicación llevaban meses avisando de que lo condenarían a la pena de muerte antes de que se anunciara la sentencia en firme. Ese día la gente acudió al juzgado guiados por el morbo de la tragedia.

El público asistente empezó a entrar despacio y cuchicheaban por lo bajo mientras se acomodaban en sus asientos. En ese juzgado se permite público durante los juicios. La sala era muy grande y la muchedumbre llenó la estancia. Los murmullos se oían por doquier.

Había muchísimas sillas colocadas en ambos lados de la sala para dejar un pasillo desde la puerta de entrada hasta la parte principal, en las cuales se colocarían los abogados, el acusado y en lo alto, el juez. Los colores de las paredes eran sobrios, producían una sensación de tristeza y alteraban los nervios a los presentes.

Las puertas del lateral se abrieron y pasaron dos guardias con un hombre esposado que llevaba un mono naranja, el acusado. Las exclamaciones de los espectadores al verlo retumbaron en la sala. Lo acompañaron a la mesa donde ya lo esperaba su abogado. Una vez que lo dejaron acomodado, se fueron a ocupar su lugar en la puerta imitando a los otros dos en la puerta de entrada a la sala.

—¡Silencio! Todos en pie, preside el honorable juez Ferguson. —Presentó un alguacil para dar paso al juez que salió por una puerta de detrás del estrado donde tomó asiento.

—Siéntense —ordenó el juez y la gente presente obedeció. Era un hombre intimidante, a pesar de su avanzada edad.

En ese momento, donde el silencio era ensordecedor, se oyó un golpe fuera de la sala a través de la puerta de entrada principal y entró corriendo un chico joven.

—Por favor, nos tienen que ayudar, un hombre se ha vuelto loco y no para de golpear a la gente —afirmó el joven a los guardias que se apostaron a ambos lados de aquella puerta de doble hoja.

Los guardias no lo pensaron dos veces y salieron por la puerta. Se oían gritos fuera, por lo que un tercer guarda salió detrás de sus compañeros y dejó solo a uno en el interior de la sala. El joven hizo un gesto apenas perceptible para los demás y a través de los altavoces empezó a sonar *Let's go*. El juez y el resto de asistentes miraron extrañados hacia todos los lados sin entender qué sucedía, cuando varias personas sentadas en el público se levantaron; chicos y chicas jóvenes, todos vestidos con trajes. Una chica morena, con un traje de falda, soltó su pelo que iba en un moño muy apretado y tiró lejos sus

tacones. Cogió el bajo de su falda y la rajó a la altura de la pierna para tener libertad de movimiento. Al quitarse la chaqueta, dejó a la vista una camiseta que ponía: «No a la pena de muerte», y salió disparada a la parte central de la sala. Sus compañeros la imitaron, se arrancaron sus trajes y revelaron ropa de deporte y camisetas anchas con la misma frase. El chico que entró corriendo para pedir ayuda puso una barra de hierro en la puerta de entrada para que nadie pudiera acceder ni salir y se unió al resto mientras hacía piruetas durante todo el pasillo al ritmo de la música.

Quince personas bailaban en el centro de la sala y eran el objetivo de todas las miradas. El único guarda de seguridad que quedaba dentro se puso a bailar como sus compañeros, en una coreografía perfecta con todo tipo de baile: hip hop, *ballet*, *jazz*, entre otros. Todo un baile callejero, pero que dejaba hipnotizados a todos los asistentes con sus movimientos.

Un grupo de chicos giraban sobre sus cabezas sin el menor atisbo de miedo por lo que hacían. Las chicas del grupo, en ese momento, avanzaban delante del resto y empezaron a mover sus caderas con movimientos provocadores acompañados de sus brazos.

La chica morena salió delante de los demás con un joven que solo llevaba un pantalón de chándal y dejaba al descubierto su pecho torneado con una piel dorada. Danzaron juntos en un baile donde parecía que eran uno solo. Ella tenía un estilo más de *ballet* y él de hip hop, se sincronizaban a la perfección. Se agachaba a la vez que él levantaba la pierna por encima de su cabeza a una gran altura.

Los asistentes soltaron exclamaciones cuando vieron las piruetas y saltos que hacían los bailarines. Las puertas de la entrada empezaron a crujir con los golpes que indicaban que alguien intentaba acceder, les quedaba poco tiempo antes de que entraran los de seguridad.

El chico del torso descubierto le hizo un asentimiento a la morena con la cabeza y se agachó quedándose apoyado en una rodilla, ella corrió y saltó sobre su espalda con una maestría impresionante. Solamente apoyó un pie sobre él para coger impulso y hacer una voltereta en el aire para caer sobre el estrado del juez.

Este abrió mucho los ojos con la aparición de aquella joven de ojos negros sobre su mesa. Empezó a bailar sobre ella, se fijó mejor en ella y la reconoció.

—¡No más condenados a muerte, si lo hacéis sois igual de asesinos que ellos! —Reivindicó la joven a gritos para que la oyeran todos por encima de

la música.

En ese momento, las puertas de la entrada cedieron ante la presión de los guardias que accedían al lugar y se quedaron por un momento estupefactos ante lo que ocurría en una sala del palacio de justicia.

—¡Detenedlos! —gritó el juez al recuperar la lucidez, y los guardias reaccionaron.

Eran muchos más que antes y se dirigieron hacia los bailarines que empezaron a correr ante la presencia de la seguridad, saltaron la valla que los separaba de los asistentes al juicio. Iban de silla en silla con gran pericia sin dañar a la gente, mientras que esquivaban a los guardias, aunque alguno no tuvo mucha suerte y lo cogieron. La mayoría eran escurridizos y consiguieron escapar del agarre de los guardias de seguridad antes de que los redujeran.

La chica morena miró al juez una vez más antes de irse a ayudar a sus amigos.

—Asesino —le dijo entre dientes. Se giró cara a la sala y dio una voltereta en el aire cayendo de pie en el suelo frente al estrado.

Ella observó cómo sus amigos escapaban y estudió la mejor forma de llegar a la puerta sin ser cazada, pero al momento vio que el chico con el que había bailado era sitiado en una pared por un guardia que llevaba la porra desenfundada. Y aunque la norma que tenían entre ellos era siempre correr y no dejar que te pillaran, ella no podía permitirlo. Nunca dejaría a ninguno de sus amigos atrás, así que sin pensarlo corrió hacia el guardia y se tiró al suelo, resbalando, para impactar con todo el peso de su cuerpo sobre él y derribarlo; así daría tiempo a James, su novio, a escapar. El guardia de seguridad cayó, pero justo para atrás, y la atrapó con su peso debajo de él. James se fue directo a ayudarla; sin embargo, ella cuando lo vio negó con la cabeza.

—Tienes que irte. —Apremió al joven de cabellos dorados que la miraba con la mandíbula apretada. No quería dejarla, aunque sabía que era lo correcto.

—No me iré sin ti —protestó él mientras se agachaba a su lado.

—Hazlo por mí, sabes que a mí no me pasará nada, pero si a ti te encierran no lo podré soportar —le suplicó ella—, por favor.

Él asintió enfadado y salió corriendo antes de que llegaran dos guardias más hasta su posición; la chica morena miró satisfecha como había conseguido huir. El guardia la puso boca abajo y la esposó, le hacía daño, aun así, no iba a gritar, eso nunca lo haría. Ella bailaba en protesta por las injusticias y sabía perfectamente a lo que se arriesgaba, acarreaba feliz con las consecuencias.

Nunca conseguirían pararle los pies y ella no se detendría hasta conseguir un mundo mejor.

Con la cabeza aplastada sobre la fría losa marrón del suelo, vio como los pies del que creía que era el juez se acercaban hasta ella.

—Levántala —ordenó el juez, y el de seguridad obedeció.

La cogió de las manos esposadas y la levantó del suelo de un tirón seco, le hizo daño. Ese animal le podría haber desencajado un brazo, pero se vio que estaba muy molesto porque les hubieran engañado dejándolos fuera de la sala.

El juez la miró de arriba abajo, observó su pelo azabache alborotado por el baile con algún mechón pegado a su cara por el sudor, su camiseta de protesta, la falda de tubo rota y, por último, sus pies descalzos.

—Señorita Cooper, es consciente de que lo que han hecho aquí es un delito muy grave. —La miró severamente—. Con su acción han dejado la sala desprotegida y el acusado podría haber escapado o asesinado a alguien —le dijo con voz acusatoria.

—Señor Ferguson, sabe usted que ese hombre fue encerrado sin pruebas y que es posible que condenen a un hombre inocente a la pena de muerte. ¿Sabe en qué le convierte eso? —le escupió las palabras para mostrarle todo el desprecio que sentía por él y su sistema de justicia.

—¡Basta! Esto no lo voy a tolerar, no te mando directa a un reformatorio porque tu padre es muy amigo mío, pero te aseguro que pagarás por esto, a mí nadie me ridiculiza. Me encargaré personalmente de que tu padre tome cartas en el asunto. —Ella puso los ojos en blanco ante sus palabras. Si pensaba que tenía miedo a su padre es que no la conocía bien.

—La próxima vez iremos a bailar a su propia casa para que su mujer y sus hijos sepan lo que es realmente su marido —amenazó la morena con una sonrisa diabólica en los labios.

—Si cojo alguno de tus amigos o a ti cerca de mi casa me encargaré de encerraos de por vida —contestó el juez con desprecio hacia ella y sus amigos. Era de aquellas personas que se consideraban mejor que los demás por su dinero y su estatus social, ella conocía muy bien a la gente así—. Que los policías la lleven a casa, yo voy a llamar a sus padres.

Después de una hora encerrada y esposada en una sala sin ventanas, vinieron los policías a por ella. Seguro que el juez pensó que le daría un escarmiento si la dejaba encerrada un rato para que pensara en lo que había hecho. Como si la encerraban todo el día, a ella le daba igual. Dos agentes llegaron y la cogieron para meterla en el coche patrulla aparcado fuera del

palacio de justicia. El que la llevaba sujeta la miraba con cara de pocos amigos y el otro, cuando su compañero con Cara de Perro no miraba, le echaba sonrisas divertidas.

Aquella chica conocía a casi todos los policías de la ciudad, la habían llevado tantas veces a casa por sus bailes en sitios públicos y otros altercados que había perdido ya la cuenta. Luego la llevaban a casa y su padre le daba una buena suma de dinero para que olvidaran el asunto en cuestión, así que de alguna manera ella era una heroína porque contribuía a que los agentes de policía de Nueva York tuvieran un sobresueldo. Unos eran más majos con ella que otros, Dany era el que mejor le caía, era un agente joven que entendía los actos de rebeldía que cometían ella y sus amigos.

La metieron con cuidado en la parte de atrás del coche patrulla para evitar que se golpeará, si su padre viera alguna señal de daño en ella pondría a los agentes a barrer las calles. Es lo que tiene ser una de las familias más ricas e influyentes de los Estados Unidos.

—¿No crees que esta vez ha sido muy *heavy* lo que habéis hecho, Eli? —le preguntó Dany y ella le sacó la lengua con la mala suerte de que el Cara de Perro la miró por el retrovisor y la pilló.

—Tenía que hacerlo, ya lo sabes. —Eli se encogió de hombros como si fuera lo más evidente del mundo.

—Un día, tu padre no te salvará y te verás en un duro aprieto —dijo Dany sonriéndole. Ese hombre le caía bien, alguna vez se había tomado unas cervezas con ella y sus amigos, pero tenía que guardar la compostura si quería conservar el empleo.

—Cuando eso pase, espero que me vengas a traer cervezas al reformatorio. —Le guiñó un ojo a su amigo.

—Silencio los dos, no hables con la detenida, agente Murdok —dijo casi gruñendo el Cara de Perro.

Dany le sonrió una vez más antes de mirar hacia delante, el que conducía era su superior, así que tenía que obedecer. La morena miró por la ventana y vio que ya llegaba a su casa, su cárcel propia, de la cual no podría escapar hasta al menos dentro de un año, momento en el que cumpliría veintiún años y fuera oficialmente mayor de edad. Ese día se iría y no miraría atrás.



Capítulo 2

La chica descarriada



Los policías la sacaron del coche con delicadeza, sabían que si querían cobrar no la debían lastimar. Aunque sabiendo cómo eran sus padres, ella prefería que le hicieran daño porque las palabras de ellos, dolían más. Eli vivía en un barrio residencial de lo más exclusivo de Nueva York, en una mansión en la que perdías la cuenta de las habitaciones que tenía. Sus padres no le ponían barrotes en las ventanas para que no se escapara por el que dirán de los vecinos. A ella le daba igual lo que dijera la gente, y tenía que

reconocer que era muy bueno que a sus padres si les importara, porque así podría seguir saliendo por las ventanas.

El policía Cara de Perro la llevaba por el brazo, ya estaban casi en la puerta y las imágenes de lo que ella sabía que iba a ocurrir le ponían los pelos de punta. «Solo unos meses tienes que aguantar, ya no queda nada para ser libre», pensó Eli para infundirse ánimo, ya que se sentía como si la llevaran a la cámara de gas.

Tocaron el timbre y ella rezó porque abriera el mayordomo, pero no, cómo iba a tener esa suerte. La puerta la abrió su padre que era de esos hombres que infundían respeto con solo mirarlo. Con cincuenta y seis años seguía siendo muy atractivo, aun con las canas que marcaban su negra melena, el mismo color que el de Eli. Era un hombre de negocios, sin piedad ninguna para conseguir lo que se proponía, y enderezar a su heredera ahora era su mayor propósito. La miró de arriba abajo y negó con la cabeza. Al menos no había salido su madre también, que era incluso peor que su padre.

—¿Tenían que sacarla del coche esposada? ¿Tan incompetentes son que no entienden que la pueden ver mis vecinos? Las habladurías durarán semanas — les reprochó Edward.

—Lo siento, señor, no volverá a ocurrir —dijo el Cara de Perro, parecía que delante de él no era tan gallito como con Eli.

—Más os vale o me encargaré de que os asignen a poner multas en los peores barrios de Nueva York. —Así era el padre de la joven, un chacal sin escrúpulos.

Rob, el Cara de Perro, asintió solemnemente mientras su amigo Dany miraba el suelo. Le quitaron las esposas y ella solo podía pensar en cómo escapar, pero le sería imposible, ella corría rápido, sin embargo, iba descalza y sabía que solo empeoraría las cosas. El padre de Eli sacó un sobre del bolsillo interior de su traje de marca y se lo tendió a los hombres, su soborno del día. Cogió con fuerza el brazo a Eli, él no tenía que preocuparse de hacerle daño. Nunca le pusieron una mano encima, no sabía si los había llevado al límite, aun así, ella aceptaría lo que le pasara porque nunca dejaría de luchar por lo que creía. La arrastraba del brazo dirección al salón mientras el mayordomo, que esperó en silencio tras la puerta, la cerraba. El servicio de la casa la quería porque la vio crecer, pero no se atrevían a enfrentar al señor, y ella lo agradecía, ya que no quería que nadie sufriera por su causa.

En el salón se encontraba su madre sentada en uno de sus pomposos sillones dándose aire para el sofoco. Eli ya conocía esa escena; ahora, le echarían la

charla, su padre negaría con la cabeza por la decepción de su hija y su madre después se desmayaría por el disgusto, luego la castigarían, cosa que ella no cumpliría, y vuelta a empezar.

—Elisabeth Hope Cooper, eres una descarriada. ¿El juez Ferguson? Sabes perfectamente que es amigo de tu padre, nos has avergonzado una vez más con tus actos de rebeldía. —Eli seguía de pie, escuchaba los reproches de su madre, y se mordía la lengua para no decirle lo que pensaba de que se avergonzaran, pero sabía que sería mucho peor. Había luchado tantos años que decidió darles la razón y después hacer lo que le diera la real gana.

—Lo siento, mamá —mintió Eli.

—Y más que lo vas a sentir, esta vez has llegado demasiado lejos. Seguro que os han grabado y nos sobornarán para que nuestra hija, nuestra heredera, no se vea envuelta en un escándalo público —amenazó la madre de Eli a la vez que sujetaba la frente como si el desmayo fuera inminente.

—Te queda poco tiempo para cumplir la mayoría de edad, tu madre y yo nos vamos a encargar de que aprendas cuál es tu lugar. No te hemos pagado los mejores colegios y actividades para que termines bailando en sitios públicos como una pordiosera, y encima que hagas pintadas. ¿De eso te han servido las clases de dibujo con los mejores pintores del mundo? El colmo fue que nos robaras para dárselo a los sintecho. Me avergüenzo de ti. —Su padre le recordaba todos los motivos por los que era una decepción para ellos.

—Pues si os avergüenzo es vuestro problema, si no tuvierais tantas esperanzas en mí no tendríamos estos problemas, a ver si os entra en la cabeza que no soy Nancy y nunca lo seré; cuanto antes lo aceptéis mejor para todos, menos disgustos. Me da igual vuestro dinero y posición, no lo quiero, donadlo cuando muráis a una institución de gente necesitada o compraos otro hijo, me da igual. —Eli no pudo aguantar más y se desahogó con ganas, su madre estaba con la boca abierta y su padre no dudó en levantarse y darle una bofetada que le hizo voltear la cara.

A ella le dolía más el recuerdo de su hermana que el golpe en su cara, nunca hablaban de ella, era un tema tabú delante de sus padres. Eli la echaba tanto de menos que daría cualquier cosa por tenerla a su lado de nuevo; desde que no estaba, odiaba a sus padres con toda su alma.

—Se acabó, has llegado demasiado lejos esta vez. Le diré a Cleo que prepare tus cosas, mañana te vas a un campamento a Inglaterra y no volverás hasta que no te comportes cómo debes hacerlo —le dijo su madre. Su padre daba vueltas por el salón nervioso mientras se mesaba su cabello con las

manos.

—¿Querrás decir a un reformatorio? Mamá, no seas cínica, te queda fatal. —Ya de perdidos al río. La querían mandar a un reformatorio de gente con dinero. Allí mandaban a sus hijos descarriados o si alguna se quedaba embarazada, hasta que daban a luz y se deshacían del bebé no deseado. La querían mandar nada menos que a Inglaterra.

Melinda, la madre de Eli, parecía al punto del colapso.

—Elisabeth, vas a ir y te vas a comportar. Vas a hacer todo lo que te ordenen o te juro que tu novio James, el Muerto de Hambre, va a terminar en la cárcel bien empapelado —la amenazó su padre, sabía que era muy capaz de todo lo que se proponía. No podía permitir que James pagara ese precio por querer a la chica equivocada.

Era la única cosa que le podría obligar a colaborar con ellos, que amenazaran a su grupo de amigos, que para ella eran su verdadera familia, la que ella había elegido. Eli se tragó su orgullo, haría su papel durante los siguientes meses hasta la mayoría de edad y sería libre.

—Padre, madre, haré lo que queréis si me dais vuestra palabra de que ninguno de mis amigos será tocado. —No sabía cómo consiguió averiguar la identidad de James, seguro que con algún detective privado. Ellos usaban todos sus recursos para vigilar a su hija, la oveja descarriada— ¿Puedo ir a darme una ducha y a preparar mis cosas? —preguntó Eli sumisa. Se mordió la parte interna de la mejilla para no decir todo lo que bullía dentro de ella en ese momento.

Los padres de Eli se miraron satisfechos con una sonrisa de superioridad, sabían que habían ganado esa batalla, pero ella se encargaría de que no ganaran la guerra.

—Perfecto, hija, recuerda meter ropa elegante, nada de llevar esas prendas horribles que usas habitualmente. —Melinda se refería a los vaqueros anchos, chándal, sudaderas dos tallas más grandes y zapatillas de deporte, lo que usaba siempre Eli. Ya se encargaría de meter en el fondo de la maleta su ropa no iba a ir todo el día en traje y vestidos—. Aunque la mayor parte del tiempo llevarás uniforme, sin embargo, nunca se sabe las oportunidades que tendrás.

—Sí, madre. —Uniforme, lo que le faltaba. Con veinte años y llevando eso de nuevo. Se pasó la vida llevando esa maldita ropa en los colegios que la habían mandado sus padres.

Con un asentimiento de cabeza Edward la despidió, Eli dio las gracias en silencio por poder alejarse de ellos. Tenía ganas de llorar, de romper cosas

por la rabia y la impotencia que sentía en aquel momento.

Subió las escaleras hacia su habitación que se encontraba en el ático, en la tercera planta. Andaba rápido y con los puños apretados. Solo quería meterse en la ducha y que el agua ardiendo se llevara todos los acontecimientos que ni ella podría ahora cambiar. La mandaban a miles de kilómetros, lejos de su verdadera familia.

Entró en su habitación e hizo acopio de todas sus fuerzas para no dar un portazo, iba a entrar en su baño cuando fijó la mirada sobre una fotografía que tenía en la mesilla de noche. Se acercó y la miró con los ojos anegados en lágrimas, en la imagen aparecían ella y su hermana hacía tan solo unos años. Se abrazaban y sonreían. Su hermana era la viva imagen de su madre: alta, delgada y con una preciosa melena rubia rizada. Al mirarla, no le recordaba a ella, sino a la mejor hermana y amiga del mundo. ¡Cuánto la extrañaba! Con ella todo era más fácil. Se fijó en la foto, ella había salido a su padre, era más baja, pelo moreno y muchas curvas que siempre ocultaba bajo la ropa ancha, ya que su progenitora siempre la mantenía a dieta para que fuera delgada como su hermana, sin entender que, si tienes los huesos grandes, aunque no comas seguirás teniendo aquellas curvas. Eli se notaba las lágrimas, las secó con la manga y besó la foto de su hermana antes de depositarla de nuevo en la mesilla.

Ya se dirigía al baño cuando escuchó su móvil pitar. Era un mensaje de *whatsapp*, lo sacó para mirar quién era. No tenía fuerzas ahora mismo para nada.

James: *Hola, preciosa, ¿estás bien? Estoy preocupado.*

Siempre, tan tierno, se preocupaba de ella. Eli no pudo evitar llorar con más fuerza.

Eli: *Hola, James. Sí, estoy bien.*

Ella no sabía muy bien cómo contarle que pasaría mucho tiempo hasta que se volvieran a ver.

James: *No, no lo estás. Te ha pasado algo, lo noto. Sabes que entre nosotros no hay secretos.*

Eli se quedó un momento pensando en esas palabras. Era cierto, si algo amaba de su novio era la sinceridad que siempre tenían, para bien y para mal.

Eli: *Tengo que decirte algo... Mañana me marcho a Inglaterra.*

James: *¿Y eso? ¿Te vas de viaje sin mí?*

Bromeó James para intentar quitar hierro al asunto, sabía que lo que iba a escuchar no era nada bueno.

Eli: *Me mandan a un reformatorio, ya sabes cómo son mis padres, dicen que ya me he pasado de la raya.*

James: *No puedes ir, iré a buscarte ahora mismo y nos escaparemos hasta que tengas la mayoría de edad.*

Eli: *No puedo, James...*

James: *¿Por qué? No voy a dejar que pagues por lo que hemos hecho todo el grupo. Si no te hubieras quedado por mí, ahora no estaríamos así.*

Eli notaba como le picaban los ojos al pensar en que no vería al hombre que quería ni a sus amigos durante mucho tiempo.

Eli: *No te preocupes, yo creo que me habrían mandado igualmente. Soy su vergüenza y quieren que me convierta en lo que no soy.*

James: *No lo voy a permitir, voy de camino.*

Eli: *¡No! No lo hagas, James. Mi padre ha dicho que si no lo hago te meterá en prisión, y eso no lo podría soportar.*

James se quedó callado durante unos segundos, segundos que a Eli se le hicieron eternos. Él la quería y haría cualquier cosa por ella, pero no podía perderlo. Su padre no hacía amenazas vacías, si lo metía en la cárcel no lo haría por una tontería, se tiraría muchos años encerrado.

James: *No tienes que hacerlo por mí, Eli. Te quiero, no quiero que sufras por sus amenazas.*

Eli: *Yo también te quiero, piensa que solo serán unos meses. En cuanto cumpla la mayoría de edad, me largaré con vosotros, con mi familia, y dejaré este infierno atrás.*

James estaba dolido por la decisión que había tomado, pero sabía que Eli haría cualquier cosa por él.

James: *Te conozco, sé lo cabezona que eres, también sé que no te puedo convencer de que no hagas esto. Te esperaré el tiempo que sea necesario. Te quiero, preciosa.*

Eli: *Creo que me quitarán el móvil en cuanto llegue, así que cuando pueda buscaré vuestros vídeos en YouTube y os dejaré mensajes en ellos. Te quiero, James.*

Dicho eso, apagó el móvil. No se veía capaz de contarle todo eso a sus amigos. Solo quería tomar una ducha y hacer la maleta, no dejaría que el servicio eligiera su ropa. Después se metería en la cama para intentar paliar la tristeza y la rabia por tener que obedecer a sus padres.



Capítulo 3

Viaje a las entrañas del infierno



A las siete de la mañana cogieron el vuelo dirección Londres, tardaron siete horas hasta allí, y una vez que llegaron al aeropuerto les esperaba un coche para llevarlos. A Eli se le hacía aún más largo por la compañía de sus padres. Su padre se pasó el tiempo mirándola mientras negaba con la cabeza para que supiera lo decepcionado que estaba de ella; su madre le contaba todas las actividades que practicaría en el «campamento». A ella le daba bastante igual la danza de salón, la pintura, el protocolo para todo tipo de eventos y demás

actividades que ni escuchó perdida en sus pensamientos. Estaba cansada, no había dormido en toda la noche derramando lágrimas sobre sus almohadas con sábanas de seda que detestaba. Lloró toda la pena, además, de su rabia hasta quedarse seca. Sus padres no verían ni una sola lágrima más, no les daría esa satisfacción.

Llegaron cerca del mediodía al reformatorio, no lo podía llamar campamento cuando Eli miró por la ventanilla de la limusina para comprobar que tenían muros tan altos como una cárcel. El coche se detuvo junto a una reja negra que superaba los dos metros. El chófer tocó el interfono y no tardaron en contestar.

—Residencia Alana Harrison —dijo una voz de mujer.

—La familia Cooper —informó el chofer y automáticamente se abrieron las puertas.

Eli tenía que reconocer que la residencia tenía unos jardines impresionantes. Delante de sus ojos se cernía una preciosa mansión victoriana de tres plantas en tonos grises. Todo parecía idílico si olvidabas los muros y las torres de vigilancia que se esparcían por toda la finca. Según avanzaron, pudo distinguir más de la mansión, repleta de grandes ventanales; eso le hizo sentir algo de esperanza, no le gustaban los sitios oscuros, la luz le daba mucha vida. En la parte alta de la casa había un torreón alargado. Si conseguía algo de intimidad, sin duda, le gustaría visitar los rincones de la casa, estaba segura de que poseía hasta túneles debajo de ella.

Cuando llegaron a la gran entrada, vieron la puerta de doble hoja llena de vidrieras de colores, tenían que estar muy convencidos de la seguridad. En una casa con tanto cristal no sería difícil escapar, cosa que quedaba descartada por ella, que la tenían atada de pies y manos, aunque algo le decía que lo difícil no era salir de la mansión sino de los muros.

Salieron del coche y su madre la cogió para dirigirla, agarrada por el brazo, como una res que llevan al matadero. No se fiaba de que no intentara escapar, y Eli no la culpaba por ello, seguramente de no ser porque la habían amenazado con joder al hombre que amaba, ahora no estarían allí. El chófer sacó sus maletas y los siguió unos pasos detrás de ellos.

Su padre iba delante con su porte elegante y autoritario, la puerta se abrió y una mujer de mediana edad los esperaba en ella. Su rostro era afilado, con una expresión de maestra furiosa, seguro que era un hueso duro de roer si era la que llevaba ese sitio. Era una mujer alta con el pelo cortado en una melenita y de color naranja, que resaltaba sus ojos verdes. Su cuerpo delgado se

refugiaba en un vestido largo de color negro y cuello alto. Al acercarse, ella puso una sonrisa forzada estirando sus labios finos, pintados con algo de carmín rosa.

—Buenas tardes, señores Cooper. —Les estrechó la mano a los progenitores de Eli—. Hola, Elisabeth, es un placer tenerte aquí con nosotros, soy miss Rismon. —La sonrisa de aquella mujer era lo más cínico que nunca hubiera visto y eso que había visto muchas cosas de ese tipo.

—Buenas tardes, miss Rismon. —Se obligó a saludar a esa señora. Para ella todos los jóvenes que acababan allí eran un mero objeto con el que ganar dinero.

Los padres de Eli sonreían complacidos.

—Por favor, acompáñenme a mi despacho para contarles un poco sobre la estancia de Elisabeth en nuestra residencia.

Al entrar, se encontraron con una gran entrada de forma rectangular, suelos de *parquet* muy brillantes, las paredes de madera gris y al final de la misma estancia había una gran escalera, que casi ocupaba todo el ancho de la pared, con una alfombra roja y que al llegar a la primera planta se dividía en dos alas, derecha e izquierda.

Aquella entrada tenía varias puertas, pero no entraron por ninguna, siguieron hasta el final y cogieron un largo pasillo a mano izquierda. El pasillo también poseía muchas puertas y ventanas que daban unas vistas increíbles de los jardines tan verdes y cuidados.

Siguieron caminando hasta el final de este mientras Melinda le decía a su hija lo bonito que era aquello y la suerte que tenía por poder estar allí un tiempo. «Si es tan bonito, ¿por qué no te quedas tú, madre?», pensaba Eli a la vez que intentaba que no se notara el asco que les tenía por hacer que se quedara allí, tan lejos de la gente que ella quería.

En la última puerta encontraron el despacho de miss Rismon, una gran habitación con las paredes llenas de estanterías con libros. En el final de la sala tenía un escritorio de roble muy antiguo y tres sillas tapizadas con figuras muy clásicas, en un color *beige*, enfrente de la suya.

—Por favor, tomen asiento. —Les ofreció la miss.

Edward se sentó en la silla de la izquierda, Melinda en la de la derecha y le dejaron a Eli la que estaba justo enfrente de la arpía.

—Bueno, cuéntenos un poco, no las clases, eso ya nos quedó claro. Queremos saber el tipo de seguridad y las medidas que toman con los jóvenes rebeldes —preguntó Edward mirando a su hija.

—Por supuesto, deben tener total tranquilidad al respecto. Han visto los muros para que no se puedan escapar, aparte de tener a los mejores agentes de seguridad de Inglaterra. En la residencia, tenemos el único propósito de devolverles a sus hijos rectos y que se sientan orgullosos de que estarán a la altura de sus posiciones. —Forzó de nuevo su sonrisa mientras entrelazaba las manos frente a su pecho.

—¿Y qué utilizan? ¿Tortura oriental? ¿*Electroshock*? —Eli sabía que lamentaría eso, pero fue superior a ella. Hablaba de ella y del resto de jóvenes que terminaban en ese maldito sitio como si fueran piezas rotas que tenían que arreglar. Estaba segura de que muchos de ellos, lo único que habían hecho era ser distintos de aquellas ratas ricas. Sin ser malos, lo único que no querían vivir la «mierda» de sus padres.

—Elisabeth Hope, ¿cómo te atreves? —Su madre hizo su drama particular delante de la miss. Debería haber sido actriz porque a esa mujer le encantaba actuar.

—No se preocupe, señora Cooper, no me molesta para nada, no es la primera ni la última fierecilla que veré aquí. Lo que si les puedo asegurar es que entrará en vereda. Elisabeth, tengo que decirte que tus padres han autorizado que utilice todos los métodos que crea conveniente para que te conviertas en lo que deberías ser por nacimiento. Aquí no permitimos faltas de respeto, y los castigos son severos, incluso tenemos habitaciones de castigo de donde no podrás salir más que para tus clases —le explicó miss Rismon con cara de sádica. Eli estaba segura de que esa mujer disfrutaba con los castigos.

—Genial, mis padres me han mandado al puto infierno. Puede castigarme, pero recuerde algo y solo se lo diré una vez. Cómo se le ocurra a usted o a sus gorilas ponerme una mano encima, no pienso quedarme quieta, ¿me ha entendido? —amenazó Eli poniéndose de pie. Una cosa era tener que ir a ese sitio y otra que ella fuera a permitir que la tocaran.

La miss iba a contestar cuando Edward se adelantó.

—Elisabeth, recuerda el trato al que hemos llegado. Colabora o te juro que con solo descolgar el teléfono tu amigo estará preso en cuestión de minutos. Te puedo asegurar que estará encerrado durante mucho tiempo. —Le dio una advertencia sabiendo que eso era lo único que la frenaba—. Miss Rismon, usted tranquila, puede utilizar cualquier método que crea necesario siempre que no le deje marca.

Y ese era el cabrón de su progenitor. Algún día les haría pagar por todo lo que le habían hecho, por tratarla peor que un perro solo por no querer ser

alguien frío y manipulador como ellos. Antes de que la directora fuera a hablar, tocaron suavemente con los nudillos en la puerta. Ella intentó relajar el rostro, sin embargo, con lo que le dijo Edward, no tenía que fingir la sonrisa.

—Adelante. —Invitó a entrar miss Rismon.

La puerta se abrió y Eli miró hacia atrás para ver de quién se trataba. Apareció frente a ellos una joven de más o menos su edad, quizás un poco menos, con el cabello color anaranjado y unos grandes ojos verdes con largas pestañas. Las pecas adornaban sus mejillas y llevaba puesto lo que parecía ser el uniforme de aquel infierno. Falda a cuadros azules y negros, blusa blanca de manga corta y calcetines negros hasta casi las rodillas. Eli casi bufó ante la imagen de lo que tendría que ponerse en ese maldito sitio, pero escogió guardar silencio para abandonar aquella sala lo antes posible.

—Miss Rismon. —Saludó, con educación, la joven pelirroja.

—Hola, Ariadna, estos son los señores Cooper y su hija Elisabeth Hope, tu nueva compañera de habitación. —Hizo las presentaciones la mujer de rostro afilado.

—Buenas tardes. —La joven estaba de pie, quieta, miraba hacia el suelo de manera sumisa. Eli se empezó a plantear si usaban de verdad el *electroshock* en ese lugar.

—Por favor, si puedes acompañar a Elisabeth a su nueva habitación y explicarle un poco la normativa, te lo agradecería —solicitó miss Rismon. Sonaba más a una orden que una petición.

—Claro, miss Rismon. Elisabeth, si me acompañas, por favor —dijo la chica pelirroja. Levantó sus ojos y miró a Eli con una especie de súplica en el rostro.

Eli se levantó de su silla dispuesta a irse de allí sin mirar atrás. Su madre se levantó en ese momento para darle un abrazo, pero la joven le hizo un regateo perfecto para que no la tocara.

—Por favor, vámonos —le pidió Eli a la joven del cabello rojo.

—Elisabeth Hope, cómo se te ocurre no despedirte de tu madre —le recriminó su padre viendo a su madre disgustada.

—Adiós —contestó sin mirar tan siquiera hacia atrás.

—No se preocupen, señores Cooper, cuando la vuelvan a ver será otra —dijo con toda la seguridad del mundo—. Señorita Cooper, deje su teléfono móvil, aquí no lo va a necesitar.

Eli apretó los puños hasta clavarse las uñas. En ese momento lo único que le apetecía era mandar a todos los presentes a la mierda, bueno, a la pelirroja

no, ¿qué culpa tenía ella? Sabía que le quitarían el móvil, aun así, no podía evitar aferrarse a lo único que la mantendría cerca, de alguna manera, de sus amigos. Ella siempre conseguía lo que quería, así que se pondría en contacto con ellos como fuera. Se dio la vuelta echando fuego por los ojos y les tiró el móvil en los pies a sus padres.

—Recuerda lo que pasará si no colaboras —amenazó el padre de Eli antes de que ella desapareciera por la puerta, precedida de su compañera de habitación.

Claro que sabía lo que iba a pasar, pero no podía evitar sentirse de aquella manera ante lo que la obligaban a hacer sus padres.

Anduvieron en silencio durante todo el pasillo, la chica pelirroja parecía algo tímida, mientras que Eli no podía evitar andar metida en sus pensamientos sobre lo que podía cambiar una vida en tan solo un momento. Ayer estaba con sus amigos luchando por lo que creía y al día siguiente a miles de kilómetros en un reformatorio. Ni siquiera se había podido despedir, no fue capaz de decirle adiós a su familia; sin embargo, James le prometió que hablaría con ellos. Cuando llegaron a la entrada, su compañera de habitación se giró hacia Eli y le sonrió entusiasmada.

—Hola, me llamo Ariadna, estoy encantada de tener una compañera de habitación —dijo con una sonrisa, sus mejillas sonrosadas y llenas de pecas le daban una apariencia de persona entrañable. Una pena que Eli no quisiera hacer nuevos amigos, aunque eso no quitaba que pudiera ser amable con la chica, ella no tenía la culpa de sus males.

—Eli, encantada. Como habrás detectado, no tengo ninguna gana de estar aquí, pero si tengo que compartir habitación me alegra que sea contigo. —Extendió la mano en forma de saludo; Ariadna miró la mano y sin hacerle caso la abrazó.

Eli no era muy de muestras de cariño, quizás porque se había labrado una coraza los últimos años, no obstante, tuvo que reconocer que en ese momento tan triste le reconfortó que alguien la acogiera entre sus brazos. Le devolvió el abrazo y Ariadna continuó el camino hacia la planta de arriba, en la cual se encontraba su habitación. Mientras andaban le fue contando lo bien que lo pasarían juntas, que ella tan solo llevaba un par de semanas y que no había hecho migas con nadie, ya que la gente por allí se sentía muy por encima de los demás, no se tomaban bien cuando alguien era amable.

Eli sintió pena por la chica, ella conocía muy bien el tipo de gente que existía en aquella sociedad, la gente cuando tenía dinero o un nombre se

olvidaba de la educación y el calor humano.

—Pues eso se acabó, ahora estoy yo aquí, no te preocupes —la consoló.

—Muchas gracias, no sabes cuánto te lo agradezco. —Le dedicó su mejor sonrisa. Eli no entendía cómo alguien podía estar tan contenta en un sitio así, ya que su humor era totalmente taciturno.

Llegaron a su habitación, en la primera planta del ala izquierda se extendía un gran pasillo, su habitación era la última, algo que le agradó porque tenían ventanas en dos de las paredes del cuarto. Le encantaba la luz y algo le decía que por aquel sitio no brillaría mucho el sol. El clima en Inglaterra casi siempre era gris, lluvioso o con niebla; así que cuando saliera el sol, con tantas ventanas, entraría mucha luz.

Tenía que reconocer que la habitación era preciosa e inmensa. Era de un tono azul claro, su color favorito. Tenía dos camas de uno treinta y cinco, un armario de madera azul para cada una, un tocador del mismo color y escritorio para ambas. Ariadna tenía decorado un poco la parte izquierda de la habitación, imaginaba que para sentirse un poco más como en casa en vez de en el infierno.

Ella no había traído muchas cosas, la foto de ella con su hermana y algún libro de terror, su género favorito.

Eli colocó su ropa en el armario, donde ya tenía colgado el uniforme que no quería utilizar. Con cuidado dejó dentro de una de las maletas la ropa que ella solía utilizar, algo le decía que en aquel sitio revisarían los armarios. Su compañera de cuarto estaba sentada en su cama y la observaba, así que intentó darle conversación.

—¿Qué tal las cosas por aquí? ¿Es tan malo como parece? —preguntó mientras se sentaba en su cama frente a Ariadna.

Ariadna abrió un poco más los ojos, lo que hizo intuir a Eli que pensaba en si serle sincera o no sobre lo que se cocía en aquel lugar.

—No te voy a mentir, es mucho peor de lo que parece... Yo intento no meterme en líos, pero las personas que son menos conformistas reciben castigos muy severos. Tienen unas habitaciones en el sótano que son las de aislamiento, ahí van a parar los que son más rebeldes; he visto hasta castigos físicos. —Eli la miró y sintió mucha empatía hacia esa chica que intentaba no recibir aquellos castigos—. Espero que no seas de las que se rebelan, no me gustaría verte en esa situación. —Se sinceró Ariadna.

—Bueno... digamos que me tengo que comportar lo mejor que pueda mientras esté por aquí. No puedo ver castigos físicos, eso es superior a mí,

aunque me conviene no meterme en líos —dijo Eli y Ariadna asintió como si la entendiera perfectamente—. ¿Puedo preguntarte algo? No es necesario que contestes si no quieres.

—Claro, lo que quieras —contestó y le regaló una sonrisa.

—No me malinterpretes, pero ¿qué hace una chica como tú en un sitio como este? —Era una frase hecha que le iba al pelo en aquella situación.

Ariadna bajó la cabeza, se miró las manos que retorció de forma nerviosa, seguro que le daba vergüenza el motivo por el que ha acabado en ese sitio tan horrible.

—Verás, yo... —Eli notó que era algo quizás muy personal para contestar.

—No te preocupes, no tienes que contestar, bastante miseria tenemos con estar encerradas en este lugar.

—Quiero contártelo. No pude hablar con ninguno de mis amigos antes de llegar y me vendría muy bien contar con una amiga —le confesó.

Eli, cuando llegó, pensó que no quería hacer amigos, sin embargo, la chica que tenía enfrente le parecía una buena opción de amistad. No era la típica niña mimada y consentida que se creía por encima de los demás por tener dinero, vamos, muy parecida a ella.

—A mí también me gustaría tener una amiga —admitió Eli.

—Pues mi historia es que me enamoré de la persona equivocada, según mis padres, claro. Trevor es el amor de mi vida, mi alma gemela. Él tiene veintiuno y pensábamos fugarnos en cuanto yo los cumpliera, aunque no contábamos con que se nos torcerían tanto los planes. —Eli asintió para animarla a continuar—. Un día me di cuenta de que no me venía el periodo y me preocupé muchísimo, en cambio, Trevor me animó, me dijo que si estaba embarazada nos iríamos, que él nos cuidaría.

—¿Estás embarazada? —la interrumpió Eli sin querer, ese era uno de sus múltiples defectos, a veces la impaciencia le podía.

Ariadna, lejos de enfadarse, levantó la vista y le dedicó una sonrisa afectuosa.

—A eso iba —Eli esbozó una sonrisa para que perdonara su curiosidad—. Compré una prueba de embarazo y se confirmaron mis sospechas, iba a tener un bebé del amor de mi vida. Trevor estaba como loco y yo también, doble felicidad. Teníamos todo preparado para huir cuando nos sorprendió la mala suerte, mi madre encontró la prueba.

—¡Mierda! —exclamó Eli—. Perdona, sigue.

—Después de escuchar una charla monumental de mis padres, a la que yo

contesté que ya no me importaba lo que pensarán, que me marchaba, que criaría a mi hijo con todo el amor que ellos no me dieron nunca, me amenazaron con encarcelar a Trevor si no hacía todo lo que me pidieran. Mi padre es juez del tribunal supremo, así que sabía que no era una amenaza en vano —relató Ariadna mientras las lágrimas corrían por sus mejillas y se enrojecían sus ojos.

Eli la entendía mejor que nadie en el mundo, era la misma amenaza que utilizaron con ella, si antes pensaba que era buena idea ser su amiga, ahora estaba convencida de ello. Ella la cuidaría y protegería de aquellos monstruos.

—Lo siento, Ari, imagino que lo que te ordenaron fue venir aquí para alejarte de tu novio. —Eli se sentó con ella en su cama y cogió sus manos frías.

—Sí, pero eso no es todo... Tengo que quedarme aquí hasta que dé a luz al bebé, luego lo darán en adopción, y yo volveré a casa como si hubiera estado estudiado en Europa. Sobre todo, me dejaron claro que nunca volvería a ver a Trevor si no quería verlo para siempre entre unos barrotes. —El llanto era más fuerte ahora y Eli no sabía muy bien que hacer en esas situaciones, así que la cogió entre sus brazos y la acunó. No sabía cómo, sin embargo, ayudaría a esa chica, aunque fuera lo último que hiciera.

—Te prometo que no te separarán de tu bebé ni de Trevor. Aún no sé cómo lo voy a hacer, pero lo haré, nunca rompo mis promesas. —Ariadna levantó la mirada surcada de lágrimas y la miró con esperanza por primera vez—. ¿Te despediste de Trevor? ¿Sabe dónde estás y que estás bien?

Ariadna negó con la cabeza.

—Al día siguiente, estaba aquí encerrada y me quitaron el móvil, junto con cualquier esperanza de poder comunicarme con nadie —dijo con un pequeño hipo a causa del llanto.

—Pues eso va a ser lo primero que vamos a solucionar. Dame unos días y verás que consigo que hables con él —aseguró Eli.

Y se quedaron un rato abrazadas. Lo que quedó de la tarde lo pasaron contándose sus vidas como si fueran amigas de toda la vida. Ariadna le contó a Eli que por las mañanas tenían desayuno, clases durante toda la mañana hasta la hora de la comida, más tarde unas horas de estudio y ya las liberaban para tener tiempo libre. Después disfrutaron de una cena con los que serían sus compañeros, tenía que admitir que ya odiaba a más de la mitad. Se tuvo que recordar varias veces que tenía que controlarse o James acabaría entre rejas, lo que no quitaba que tenía ganas de bajarle los humos a todos esos niños

malcriados que detestaba. Estaba agotada del día, así que se fueron pronto a la cama.

«Primer día en el infierno superado», pensó Eli. Lo que no sabía es que los demás no serían tan fáciles.



Capítulo 4

*Increíble, pero existe alguien más odioso que miss
Rismon*



El día ya comenzó mal cuando las despertó una sirena a las siete de la mañana, para Eli no existía una manera peor de despertarse. Como una zombi pasó al baño para darse una ducha; lo odiaba, sin antes poderse tomar una buena dosis de cafeína, al parecer ese sitio era más parecido a una cárcel de

lo que pensó en un principio. Después de diez minutos bajo el chorro de agua ardiendo, salió con peor humor del que entró, quería dormir y a poder ser que cuando despertara nada de todo aquello hubiera sucedido.

Se puso el uniforme, cepilló su pelo y lo dejó suelto y mojado. Lo único bueno es que allí tenían calefacción, así podía dejar su cabello sin secar. En lo que ella terminó, Ariadna ya estaba preparada, duchada, vestida y con una gran sonrisa. Tenía que admitir que le gustaba que su amiga fuera tan alegre, además, de positiva, estando allí y con un bebé que le querían quitar en cuanto naciera. Ella era más de estar de mal humor, quizás sus actos de rebeldía durante esos años la habían convertido en una joven gruñona y con poca paciencia. Cosa que le recordaba su novio bastante a menudo, más de lo que le gustaría.

Bajaron juntas a desayunar con el resto de ricos marginados, Eli pedía en silencio que no le tocaran las narices aquella mañana, no estaba de humor para aguantar a nadie, bastante le costaba ya aguantarse a sí misma.

Llegaron las últimas y miró con desagrado que solo quedaba sitio en la mesa de los lerdos, el día mejoraba por momentos. El comedor era una estancia amplia con capacidad para unos sesenta alumnos: seis mesas de madera con diez sillas por cada una, más la mesa de miss Rismon que presidía todas ellas y alguno de los que intuía que serían sus profesores. Observó a su amiga que ya no parecía tan alegre de que tuvieran que sentarse con los insoportables, así que hizo lo que se le daba mejor, incordiar.

Se fue directa a las sillas que quedaban libres para ella mientras una rubia la miraba de arriba abajo para medirla a la vez que cuchicheaba con su aquelarre de brujas. Eli la ignoró, cogió una de las sillas y recorrió la sala con la mirada para ver dónde se podían sentar. Gracias que aún no había llegado miss Rismon, sino iba a tener problemas, y de los gordos.

Una mesa compuesta por chicas y chicos le hizo una seña para que se acercara dónde ellos estaban, le hicieron hueco para que ellas dejaran sus sillas, cubiertos, platos y vasos. Cuando Eli hizo el último viaje para coger los vasos de ambas, la Bruja suprema la provocó.

—Mejor que os vayáis con el resto de zarrapastrosos, no queremos que nos peguéis nada —dijo mordazmente la rubia.

Eli se quedó quieta un segundo, pensaba si lanzarse sobre ella y darle una clase de modales. No podía empezar liándola, así que se giró y resopló, ya que el flequillo le tapaba algo la visión para poder mirar bien a la rubia antes de contestar.

—Disculpa, no entiendo el idioma de las putas. Si me dan clase algún día en este infierno, no dudes que volveré para que charlemos —se burló Eli antes de girarse con una sonrisa a causa de la cara que se le quedó a la *Barbie Bruja*.

Todos en la sala comenzaron a reír ante la humillación que había llevado a cabo contra la reina del lugar, bueno todos no, el aquelarre de brujas estaba igual de anonadado que la afectada, seguro que era porque nadie se atrevía a meterse con esa gente. La rubia, al sentirse ridiculizada, optó por la salida fácil. Se levantó y corrió detrás de Eli para agarrarla del pelo, pero ella se metió en muchas peleas callejeras con matones de verdad y esta no era rival para ella. Cuando estuvo a punto de llegar hasta ella, Eli se giró y la otra terminó estampada sobre la mesa en la que iban a comer. Lo que hizo que la gente riera aún más fuerte y la *Barbie* se girara como endemoniada. Cuando una voz los sacó de su entretenimiento:

—¿Qué ocurre aquí? —La voz dura de miss Rismon sonó por toda la sala.

Eli pensó que ahora se llevaría la reprimenda, el día mejoraba por momentos. Pero la rubia cambió su semblante de perra del infierno al de una dulce florecita y se giró para sonreír a miss Rismon.

—Nada miss, fui a ayudar a mi nueva compañera para que se acomodara en su mesa cuando he tropezado. Solo eso —contestó con una voz melodiosa. Esa chica era mejor actriz que las que salían en la gran pantalla, lo que mosqueó enormemente a Eli porque la encubría en vez de venderla y ver ociosa como la castigaban. Algo tramaba seguro.

—Gracias, Gretel, eres un ejemplo a seguir por todos tus compañeros. —La tal Gretel sonrió a la miss y bajó la mirada para dirigirse a su sitio.

—Me las pagarás —le dijo en un susurro cuando pasó por su lado.

Ya sabía Eli que tenía que estar con los ojos bien abiertos. Era raro que alguien de su calaña no la hubiera delatado, por lo que seguro que lo que tenía pensado para ella sería mucho peor.

—Por favor, empiecen a desayunar, en media hora empiezan sus clases —ordenó la miss y en ese momento entraron varios camareros que pusieron platos sobre las mesas. Con el dinero que debían de pagar allí los padres, normal que tuvieran tantas atenciones.

Se pasó el desayuno hablando con la gente de su mesa, todos parecían muy simpáticos, y por lo que le dejaban ver estaban allí obligados de una manera u otra, así que le cayeron bien de forma rápida. Quedaron todos en verse por la

tarde cuando estuvieran libres y eso pareció mejorar un poco el humor de Eli, por lo menos no se sentía tan sola en esa cárcel.

La primera clase de la mañana era idiomas, como Eli dominaba el inglés, el francés y el alemán, decidieron que fuera a clase de chino, cosa que no le gustó un pelo, ya que quería estar con Ari, se sentía protectora con ella. Le venía bien tener un objetivo para no volverse loca los meses que tenía por delante.

La clase de chino tenía bastantes alumnos del aquelarre, aunque para el gran asombro de Eli no le dijeron nada, seguro que esperaban a que la reina de las brujas atacara, por si acaso, no iba a bajar la guardia. La clase pasó rápido porque estuvo entretenida con el idioma, consistía en un reto para ella.

Cuando salió del aula, la esperaba su nueva amiga Ari, la siguiente clase era pintura. Estaban juntas, así que en cuanto la vio, sonrió.

—¿Qué tal el chino? —preguntó Ari divertida mientras se dirigían a la siguiente aula.

—Me gusta, es difícil, cosa que hace que me esfuerce más. Además, creo que el chino es el idioma del futuro, conquistarán el mundo, ya verás —contestó Eli sonriente.

—¿Os puedo conquistar yo? —preguntó Aron, un joven de cabellos y ojos color miel, lo había conocido en el desayuno y parecía muy majó.

—Pídelo para navidad, lo mismo te lo trae Papá Noel. —Ari sonrió ante el comentario de Eli mientras Aron las rodeaba a ambas por los hombros—. Aunque pensándolo bien... Papá Noel no existe, así que sigue esperando. —Y le guiñó un ojo divertida cuando él hizo un puchero de tristeza.

—¡Qué malas! Me rompéis el corazón —dijo Aron y les dio un beso en la mejilla a cada una.

A Eli le gustaba, era gracioso y no el típico baboso, le recordaba a su amigo David, estaba feliz de conocer gente así.

—Anda, galán, vamos a clase —refunfuñó, en broma, Ari.

Fueron al aula de dibujo, la profesora los esperaba. Era muy joven, llevaba el cabello rubio recogido en un moño informal y las gafas le resbalaban por el puente de la nariz. Tenía unos llamativos ojos color chocolate, pero, sobre todo, una sonrisa acogedora. Cuando los vio entrar se la dedicó.

—Buenos días a todos, bienvenidos a clase de dibujo artístico. Mi nombre es Anna para los que sois nuevos. —A Eli le llamó la atención que no les hiciera llamarla por su apellido, eso mostraba cercanía con sus alumnos—. Hoy vamos a salir a pintar al jardín, tenemos que aprovechar que hace un sol

maravilloso, necesitamos vitamina D, así que, coged vuestros caballetes y seguidme.

Todos sonreían ante la idea de salir de esa casa, aunque fuera solo un rato, y a Eli le empezaba a caer muy bien.

Todos con su caballete en mano siguieron a Anna hasta los jardines, se colocaron alrededor de ella y levantaron las caras hacia el sol para que calentara su piel. Eli se quitó la chaqueta del uniforme para que el sol la cubriera como un manto.

—Ahora, de todas las maravillosas vistas que tenemos, podéis pintar lo que más os guste: un paisaje, una flor, la casa, la hierba... Lo que queráis, dibujo libre —dijo mientras varios mayordomos sacaban mesas preparadas con los óleos, carboncillos y demás útiles de pintura, dejando una mesa individual para cada alumno.

Eli se puso a mirar todo mientras intentaba decidir que era lo que más le gustaba para pintar, lo suyo era el arte callejero, no el dibujo de paisajes. Esa profesora le caía bien, así que lo intentaría. Pintaba desde que tenía uso de razón, aunque no lo que le gustaría a sus padres.

Todos empezaron sus tareas con alegría en sus rostros gracias a la idea de la profesora. Anna también pintaba, se la veía que era toda una artista, ya que se olvidaba de dónde estaba y de vez en cuando sin darse cuenta se limpiaba sobre los vaqueros que llevaba. Seguro que si la viera en ese momento miss Rismon le daría un infarto.

Eli empezó a pintar el paisaje, todo era tan verde, llamativo, que invitaba a plasmarlo. Todos siguieron pintando entre comentarios animados y risas, pero ella estaba muy metida en su mundo. Cuando pintaba o bailaba, el mundo a su alrededor desaparecía, por eso muchas veces la pillaban. No notó que Anna estaba detrás de ella hasta que fue demasiado tarde.

—¡Madre mía! —exclamó la profesora mientras Eli rezaba porque la tragara la tierra en aquel momento; sin querer, había modificado un poco el paisaje.

Sobre esa hierba tan verde, a causa de dejar volar su imaginación, había pintado a algunos de sus amigos bailando, no fue consciente hasta ese momento, ella se dejaba llevar, ahora seguro que se metía en un lío.

—Lo siento mucho, Anna, no era mi intención... —se disculpó Eli, no tanto por lo que hizo, sino porque no quería meter a esa profesora en ningún lío.

—Pero ¿qué dices? No te disculpes, tienes un don para la pintura, esos bailarines parecen ser reales sobre el lienzo. ¡Me encanta! —gritó ilusionada

la profesora.

Eli estaba tan desconcertada que no sabía que contestar, siempre la regañaban por sus actos, no estaba acostumbrada a recibir felicitaciones.

—Gra... gracias, Anna. —No sabía que más decir.

—¿Llevas mucho tiempo pintando? —La rodeó con el brazo y manchó su uniforme de pintura, cosa que a Eli no le importó en absoluto.

—Dando clases desde que tengo uso de razón, pero digamos que me dedico más a pintura callejera. —Lo había soltado sin pensar antes, otro defecto que tenía Eli.

—¡Me encanta! Te contaré un secreto, antes de dedicarme a la enseñanza, pintaba murales por todo París, eso me hizo meterme en muchos líos, aunque me daba igual. El arte es para vivirlo, sea cual sea, la danza, la pintura, la escritura. Y tu don hace vibrar, nunca dejes que nadie te convenza de lo contrario o de no ser tu misma.

Las palabras de aquella profesora consiguieron llegar al corazón de Eli, había encontrado una persona a parte de sus amigos que la animaba a vivir el arte a su manera, sonrió intentando demostrarle cuanto apreciaba aquello.

—Muchas gracias, Anna, me alegro mucho de estar en tu clase —admitió Eli con emoción en sus palabras.

—Gracias a ti por estar aquí. —Y con un apretón en las manos de Eli siguió con los cuadros de sus compañeros.

Estaba contenta, parecía que no iba a ser tan malo después de todo; amigos, una gran profesora, algo le decía que su suerte empezaba a cambiar o eso pensaba ella.

La siguiente hora era danza. Eli iba esperanzada de encontrar una profesora tan agradable como Anna. Cuando llegaron al vestuario, Ari le dijo que tenía que ponerse las mallas, un maillot y unas zapatillas de danza. «Oh no, por ahí sí que no pasaba, a ella no le gustaba enseñar su cuerpo», se recitó mentalmente. Seguro que los chicos podían llevar camisetas anchas y otro tipo de zapatillas, por lo que cogió la ropa que llevaba para después de la ducha de la clase. Se puso las mallas, un sujetador deportivo y encima una camiseta ancha de tirantes, además de ir descalza.

Su amiga la miraba con los ojos abiertos como platos.

—Eso no le gustará al profesor —aseguró su amiga.

—Pues que se peine con raya al lado. Nadie me va a obligar a exponerme como una muñeca, bastante que llevo uniforme —contestó muy enfadada, no con su amiga, sino con aquellos profesores que se creen que pueden imponerte

cualquier cosa en la vida.

Ari sonrió con el comentario de Eli mientras terminaba de vestirse. Se hizo una coleta alta con su largo cabello negro y, por último, se colocó el flequillo un poco al lado para ver bien a ese profesor tan amable que ya le caía mal sin conocerlo.

Salió del vestuario con Ari, charlaba e inspeccionaba toda la sala para buscar posibles amenazas. Y la primera en la frente, nada más mirar se encontró con la mirada de la Bruja Gretel que cuchicheaba, estaba segura de que sobre ella, pero le dio igual. No podría bajar la guardia, en el momento menos esperado la rubia atacaría, apostaría su cuello por ello. Eli no se equivocaba, la lengua viperina de Gretel no se hizo esperar.

—Vaya, chicas. No sabía que sus padres eran tan pobres que tiene que llevar ropa del contenedor e ir descalza —se burló aprovechando que no había llegado el profesor.

Eli apretó los puños en un intento de refrenarse para no ir hasta ella y arreglarle la nariz operada que llevaba. Respiró varias veces, era su primer día, se tenía que relajar, así que la ignoró. Ella y Ariadna se pusieron delante de las rubias oxigenadas, ignoraban cada comentario absurdo que decían. Su amiga no lo llevaba tan bien, así que Eli empezó a hacer burla a las demás, aunque solo la veía ella, ya que estaban delante. Las dos rompieron a reír a carcajadas cosa que molestó aún más a las arpías.

Estaban en una enorme sala de suelo de tarima, más moderna que el *parquet* de toda la casa, se veía muy brillante y cuidado. Las paredes tenían multitud de espejos y quedaba una zona muy amplia para bailar.

De una puerta blanca, que había al final de la sala, salió una chica con la piel color ébano, delgada, muy estilizada y con grandes ojos verdes. Era risueña. Eli le quería preguntar a su amiga quién era, ya que ella dijo profesor, pero no le dio tiempo.

—Hola, chicos, como hay bastantes nuevas incorporaciones hoy haremos prueba de baile para ver los niveles que tenéis y así poder trabajar desde ahí. Para los que no lo sabéis, aquí aprenderéis *ballet* y otros bailes de salón que os puedan servir para actos a los que acudiréis —explicó la chica mostrando una sonrisa blanca y perfecta— Me llamo Tania y ahora todos a calentar, el profesor Berg vendrá enseguida y empezaremos.

La chica empezó a calentar mientras Eli pensaba en lo que dijo, ¿bailes de salón? ¿*Ballet*? Esto seguro que era una pesadilla, ella les iba a enseñar lo que era realmente bailar.

Tras unos minutos estirando y sin oír a las brujas que se habían callado para interpretar su papel de alumnas modelo, la puerta blanca se volvió a abrir. Eli miró y ya le fue imposible apartar la mirada.

Entró un hombre en la sala con una elegancia y a la vez masculinidad que salía por cada poro de su piel. Rondaba el metro ochenta y cinco, llevaba una camiseta negra sin mangas y un pantalón de chándal ancho color gris, aun así, se marcaba cada músculo de su esculpido cuerpo. Sus brazos, como el acero, iban tatuados. Eli se preguntó que más partes de su anatomía lo estarían. Su rostro era igual de perfecto que su cuerpo, cejas oscuras como su pelo, los ojos a juego y una perilla adornando unos labios carnosos. Su mirada era seria, casi parecía peligroso, cosa que hizo que Eli se estremeciera. «Vale, tenía novio, pero eso no es sinónimo de estar ciega. Ella no era celosa ni James tampoco, por mirar un poco no hacía daño a nadie. Además, nunca lo engañaría», pensó Eli.

El profesor se acercó, la miró de arriba abajo y sintió como su piel se calentaba bajo su escrutinio. No lo entendía, ella no era de las que se sonrojaban, pero aquel hombre tenía algo...

—Buenos días a todos, para los que no me conocen me llamo profesor Berg —habló mientras miraba de manera desaprobatoria a Eli—. Esta clase es dura, yo solo entreno a los mejores, si no vais a dar lo mejor de vosotros mismos os expulsaré.

Eli ahora sabía que la perfección no existía, muy guapo, muy musculado, igual a gilipollas de los gordos. A ella nadie la expulsaba y menos de una clase de baile, ella había nacido para eso, aunque no se veía bailando un tango.

—Ahora empezaremos con las pruebas de nivel. —Se cruzó de brazos sobre esos pectorales que daban ganas de alargar la mano y tocarlos—. Usted, ¿cómo se llama?

Eli lo desafió con la mirada. ¿Se pensaba que la podía llamar como a un perro?

—Para usted, Elisabeth Hope o señorita Cooper, lo que prefiera —escupió las palabras y se cruzó de brazos como él.

—Bien, Hope. —Un momento, la acababa de llamar Hope. Nadie la llamaba así, solo su hermana, ya que decía que significaba esperanza y rebeldía. Su hermana estaba orgullosa de esa parte de ella. Eli le estaba cogiendo asco por momentos—. Será la primera en demostrar lo que sabe hacer, aunque al ver las pintas que trae a mi clase ya intuyo cómo será su

baile.

Ella echaba fuego por la boca. ¿Quién demonios se creía que era para tratarla de aquella manera? ¿Estar bueno ya daba derecho a eso? Le daría una lección que nunca olvidaría. Le dedicó su mejor sonrisa antes de ponerse en el centro de la sala.

—Elisabeth, ¿qué canción te pongo? —preguntó, con amabilidad, Tania, que seguramente sería la ayudante del imbécil.

—*7 rings* de Ariana. Gracias, Tania, eres muy amable —contestó mientras la morena le dedicaba una sonrisa.

Se sentó en el suelo, soltó su largo cabello y escondió su cabeza entre las rodillas con los primeros acordes de la canción. Cuando el ritmo cambió, se estiró para quedar tumbada en el suelo con la espalda apoyada y arqueó su cuerpo para levantarse hacia atrás con una sola mano como apoyo.

En la sala se escuchó una exclamación ante su pirueta y eso no era nada. Empezó a girar sobre ella misma con una pierna totalmente levantada con una gracia sin igual y, al llegar a una de las paredes, saltó sobre ella para dar una voltereta hacia atrás. La música era suave de nuevo e invitaba a mover las caderas, y eso hizo, dobló sus rodillas un poco a la vez que movía su cabeza de un lado a otro, su larga melena azabache la acompañaba en cada movimiento.

Se tiró al suelo boca abajo y giró sobre su propio cuerpo, cada vez que quedaba sobre su espalda estiraba sus piernas hacia el cielo. De un salto se puso de pie y con fuerza levantó la pierna a su cabeza sujetándola con una mano, empezó a girar como si fuera una muñeca de una caja de música. La mayoría de alumnos la vitoreaban cuando pasaba cerca de ellos. Se detuvo frente al profesor y empezó a deslizar su cuerpo de un lado a otro al compás, al tiempo que acariciaba la piel de sus brazos, él tenía los ojos clavados sobre ella. La música terminaba, quería un final épico, así que saltó hacia arriba y cayó con las piernas abiertas o más conocido como el *split*, dejó su tronco y su melena reposando sobre su pierna delantera.

La música paró, sus compañeros gritaban y aplaudían como locos, por lo que levantó la cabeza con una sonrisa triunfal. Esperaba dar una lección al maldito engreído.

Se levantó, el profesor la miraba con una expresión que no pudo identificar. Eli esperaba que reconociera su mérito, tardó un poco en hablar.

—Gracias por este espectáculo que nos ha brindado, Hope, pero le diré que aquí no buscamos bailes de burdel, si así lo quisiera iría a buscar a bailarinas

de ese tipo —dijo muy pagado de sí mismo.

A Eli se le cruzó el negro y el rojo dentro de la cabeza, la ira la cegaba, la acababa de llamar ramera en su cara. A ella nadie la insultaba, por menos de eso se había metido en peleas aun sabiendo que los otros andaban armados, le importaba un huevo que ese hombre tuviera músculos en cada parte de su jodida anatomía.

Eli salió directa hacia él que al verla venir sonrió con burla, Ariadna la cogió antes de que cometiera alguna imprudencia que posiblemente la metería en muchos problemas. Tiró para soltarse, pero su agarre era fuerte. Cuando vio que era Ari quien la sujetaba, pensó que podría dañarla a ella o al bebé y dejó de insistir. Aun así, le dedicó una mirada significativa sobre que aquello lo pagaría con creces.

—Siguiente —dijo el profesor satisfecho de haber ganado.

Sonó la música y ahora un chico bailaba en todo el centro de la clase. Al momento, escuchó lo último que esperaba oír.

—Si es que es una ramera como su amiga la preñada —Gretel soltó esa lindeza aprovechando que el profesor y Tania estaban ocupados.

Miro a Ari que se mordía el labio para contener las lágrimas, entonces recordó que nadie dañaba a la gente que le importaba. Sin pensarlo dos veces, saltó como una hiena sobre la Bruja Rubia, seguro que esperaba que la agarrara del pelo, pero Eli no peleaba así. Aprendió en las calles, así que lo primero que recibió Gretel fue un puñetazo con toda su rabia sobre la mandíbula, haciéndola sangrar. Levantó el puño derecho para dar el segundo golpe cuando una fuerza sobrehumana la levantó de encima de aquella puta. La agarró de los brazos y se los colocó detrás de la espalda para inmovilizarla.

—Veo que te comportas de la misma forma en la que bailas. —El profesor no tuvo que decir nada más, ella lo entendió a la perfección.

—También follo igual que bailo —replicó Eli con mordacidad.

El profesor se quedó por un momento sin saber cómo reaccionar, los alumnos con dinero eran bastante difíciles, al menos la mayoría, pero no hablaban así. Todos los alumnos exclamaron sorprendidos; unos se rieron, otros cuchicheaban, cosa que le puso muy nervioso, tenía que contestar a esa consentida rica.

—Entonces lo debes hacer de forma bastante penosa —contestó, no podía permitir que lo dejara en ridículo delante de toda la clase o le perderían el respeto.

Eli puso los ojos en blanco, cómo se atrevía a tratarla así. Era un profesor,

no un payaso de la calle que le podría decir lo que quisiera sin consecuencias, este aún no la conocía, pero lo haría. Todo a su debido tiempo, la venganza es un plato que se sirve frío.

—Veo que sí que existe alguien más odioso que miss Rismon —gruñó Eli mientras la sacaba a rastras de la clase.



Capítulo 5

Un comienzo con broche de oro



El profesor casi arrastraba a Eli por el pasillo, ella sentía el fuerte pecho de él sobre su espalda. Casi podía oír sus dientes rechinar, la llevaba con el brazo sujeto a la espalda, no se podría escapar, pero no la hacía daño. Algo favorable porque con el tamaño de él le podría hacer mucho.

—Veo que el dinero no da la buena educación —dijo el profesor junto a su oído, su voz denotó el enfado que sentía.

El pasillo se le hacía eterno, sabía dónde la llevaba, al despacho del mismísimo demonio. Si pensaba que iba a suplicar porque no lo hiciera lo llevaba claro, eso sí, sabía cuánto se jugaba allí, pero no iba a permitir que la tratara como una ramera por bailar. Una mujer es libre de bailar o vestir como le parezca conveniente sin ser juzgada. De la gente mayor lo podría entender con esos pensamientos anticuados, sin embargo, de alguien joven era inconcebible.

—Por lo visto el ser profesor tampoco —respondió mientras se retorció. No quería que la llevaran como si hubiera cometido un delito, aunque era algo a lo que estaba acostumbrada.

Él bufó ante las contestaciones de Eli sin poder dejar de pensar en lo insoportable que era una niña mimada y rica. Él no soportaría a alguien así, mucho le había costado llegar a dónde estaba.

—¿Qué eres, algún tipo de intento fallido de policía? Puedo andar sin que me lleven como a una delincuente —replicó Eli. Intentó soltarse del agarre de ese hombre que la llevaba sujeta como si fuera su prisionera.

—No creo que seas nada mejor que eso —escupió las palabras el profesor.

Eli le iba a explicar un par de cosas sobre el respeto que debería tener un profesor a sus alumnos, cuando una voz hizo que su captor parara en seco tirando de ella en el acto.

—¡Enzo, espera! —Eli giró la cabeza para encontrarse con la chica amable que había en la clase antes de que llegara el estúpido del profesor.

Aunque se veía que estaba en forma venía resollando por la carrera, ya estaban cerca de las escaleras, camino del despacho de la directora.

—¿Qué quieres, Tania? —preguntó Enzo, molesto por la interrupción.

Al llegar junto a ellos, sonrió a Eli, algo rápido, no lo suficiente para que el Profesor Maligno no la viera y levantara una ceja en respuesta.

—Enzo no lo hagas, no la llesves a ver a miss Rismon —dijo Tania, en su voz había una súplica.

—Tania, no te metas, no voy a tolerar ese comportamiento en mis clases, me conoces —contestó él como si con eso tuviera que entender todo.

—Enzo, nosotros no somos así, por favor —suplicó Tania.

Por un momento a Eli le pareció ver duda en el rostro del profesor, pero enseguida desapareció, así que Tania resopló frustrada antes de volver a clase, no sin antes girarse para echar una última mirada a Eli. Parecía que la llevaban a la cámara de gas en vez de al despacho de la directora.

El profesor miró a la chica morena que andaba con una gracilidad digna de

una bailarina. «Se veía que sentían afecto el uno por el otro, seguro que eran pareja», pensó Eli. No sabía por qué Tania la quería proteger, sin embargo, para ella era suficiente para que le cayera bien por aquel gesto. Pensó que quizás se salvaría, solo fue segundo porque él se encaminó dirección al despacho arrastrando a Eli con él. Tenía que hacer algo antes de llegar al destino que le esperaba al final del pasillo por dónde andaban, pero si estaba segura de algo, no iba a suplicar, no por orgullo, sino porque no hizo nada más que bailar, por lo que había recibido un trato bastante vejatorio. Ella sabía disculparse cuando actuaba mal, pero ese no era el caso.

—¿Tienes que llevarme como si hubiera robado o algo peor? —interrogó Eli para ganar algo de tiempo.

Ese comentario hizo que Enzo aflojara algo su agarre, él no era así, pero no le gustaban los niños ricos malcriados. La verdad es que no podía dedicarse a nada peor que a enseñar a cientos de ellos, sin embargo, no tenía más remedio, necesitaba el dinero que ese empleo le daba, siendo bailarín normal ganaba una miseria, así que no le quedaba otra que aguantar. Aunque no toleraría ningún tipo de falta de respeto.

Eli lo miró con una ceja levantada, no sabía por qué ese hombre tenía esa cara de estreñido, el porqué de su comportamiento hacia ella.

—¿De veras tenemos que ir a ver a la Bruja Rismon? Si lo pasas por alto, bailaré tu maldito *ballet* o lo que sea que bailáis en esa clase de estúpidos ricos —dijo Eli poniendo énfasis en cada una de sus palabras. Ya casi habían llegado al despacho, si la libertad de James no estuviera en peligro otro gallo cantaría.

Las palabras de esa joven le calaron, parecía que pedía que no la llevara a ver a la directora. Por un momento, Enzo estuvo a punto de ceder, al menos hasta que dijo estúpidos ricos como si ella no lo fuera.

—Mira, también suplicas igual que bailas —contestó Enzo. No sabía por qué, pero le había pillado el gusto de molestar a aquella joven de ojos negros que se te clavaban sobre la piel como dardos envenenados.

—¡Qué te jodan! Que eso es lo que te hace falta, que te echen un buen polvo —le recriminó Eli a la vez que lo asesinaba con la mirada—. De esta te acordarás, te doy mi palabra.

—¿Me amenazas? —preguntó estupefacto el profesor. ¿Cómo una chica tan pequeña podía llevar tanto fuego por dentro? Se detuvo junto a la puerta del despacho de la directora, no la entregaría, sin embargo, iba a ser divertido ver hasta dónde era capaz de llegar la lengua viperina de esa chica.

La soltó un poco, ella aprovechó para escapar del agarre, Enzo pensó que huiría, pero lo que hizo lo dejó helado.

Eli estaba hasta el mismísimo de aquel profesor prepotente que se creía el dueño del mundo, así que cuando tuvo la posibilidad de soltarse lo hizo. Afrontaría eso y si la expulsaban, con un poco de suerte terminaría su calvario. Golpeó con los nudillos sobre la puerta de madera que tenía enfrente. Vio pasar la mano del capullo del profesor para detenerla, pero ya era demasiado tarde.

—Adelante. —Sonó la voz grave de la miss.

—Déjame a mí —le ordenó el profesor.

—Ni de coña, tuviste tu oportunidad —replicó Eli.

Enzo pensó en lo mal que estaba saliendo aquello, se había dado la vuelta a la tortilla. ¿Y si ahora le decía a la miss que se había intentado propasar o algo? Le dijo que lo lamentaría. ¿Haría eso? Él estaba muy curtido ya en gente de su clase, otros profesores cayeron en situaciones similares. Es más, él en ocasiones recibió amenazas de ese tipo. Por supuesto, nunca cedió a ninguna de aquellas extorsiones, la directora, no obstante, no lo tenía en muy buena estima.

Eli entró en el despacho, el profesor la siguió muy de cerca sin saber en qué lío lo metería. Miss Rismon levantó la cabeza de sus papeles para mirarlos.

—Señorita Cooper —dijo en modo de saludo—, señor Berg. ¿Qué sucede?

El profesor fue a contestar, sin embargo, Eli no le dio tiempo.

—Miss Rismon hemos venido porque he tenido un mal comportamiento, el profesor Berg amablemente me ha traído para que reciba mi castigo —contó Eli ante la mirada estupefacta de Enzo.

—Vaya, vaya, sí que ha empezado usted pronto, señorita Cooper, pensé que tardaría al menos un día —habló la directora. Recostó su espalda sobre el respaldo de su butacón, a la vez que cruzó las manos encima de la mesa—. ¿Qué ha hecho, profesor?

—Nada importante miss Rismon, no nos hemos puesto de acuerdo con los bailes en mi clase. —Intentó paliar lo que sabía que vendría.

—No haga caso miss, es un buen profesor e intenta que no me meta en líos mi primer día. La verdad es que he bailado en su clase como una ramera aparte de contestarle de malas maneras delante de todos mis compañeros.

Enzo no sabía qué hacía aquella joven, se estaba echando literalmente a los lobos con lo que decía. No pensó ni en mil años que encima ella le protegiera delante de la directora, con lo que se había pasado con ella. Lo tenía

noqueado.

—Ha empezado usted con broche de oro, desde luego —contestó la directora y, aunque su voz resultaba calmada, su rostro denotaba lo enfadada que estaba. No le sorprendieron los actos de Eli, se los esperaba.

—La entiendo, directora, así que si decide expulsarme lo entenderé —sugirió Eli.

Enzo la miró con los ojos muy abiertos. Aquella chica tenía unos ovarios del tamaño de un acordeón. En cambio, la directora soltó una gran carcajada.

—Creo que no me expliqué de forma correcta ayer, señorita, nosotros nunca expulsamos a nadie, nunca tiramos la toalla. Nuestros métodos correctivos son muy persuasivos, ya lo verá —contestó triunfal la directora.

Eli la miraba con los ojos muy abiertos, soltó todo aquello con la esperanza de que la expulsaran y encima había sucedido todo lo contrario.

—Con todos mis respetos, directora, no creo que sea necesario. Eli ha estado de acuerdo en aprender los bailes de mi clase. —Intentó arreglarlo. Eli se volvió para mirarlo, aunque no encontró agradecimiento en su mirada, sino desprecio.

La directora miraba a Eli con cara de sádica. La joven entendió que aquello no era lo que había conocido hasta entonces, de allí no la expulsarían y cualquier cosa que hiciera le iba a servir para sacar esa parte macabra que poseía.

La mujer accionó una tecla de un aparato negro que estaba en la mesa.

—Señor Soller, venga, tenemos una alumna que hoy dormirá en la fosa —dijo la directora poniendo una sonrisa afilada con sus labios finos y secos.

Enzo se tensó en cuanto escuchó eso, no había estado nunca allí abajo, pero sí que escuchó a los alumnos hablar sobre ello y no era nada agradable. Quería intervenir, sin embargo, sabía que solo empeoraría las cosas si lo hacía. Él era el responsable de que ella se encontrara en esa incómoda situación y ahora tendría que responder por ello. Al menos esperaba a irse hasta que se la llevaran.

A los pocos minutos llegó un guardia privado vestido con traje negro y camisa blanca. Era alto con la espalda muy desarrollada. Para poder mirarlo, Eli tuvo que levantar bastante la cabeza. Parecía un *Men in black*, llevaba hasta las gafas negras dentro del edificio. No sabía de dónde sacaba la directora a esos tipos, pero algo le decía que de sitios muy turbios. Los policías que la solían llevar a casa, a su lado, eran hermanitas de la caridad.

—Hola, Soller, lleve a nuestra invitada al que será su aposento esta noche

para que entienda que no vamos en broma. —Dio instrucciones al guardia que tenía una expresión indescifrable, ni pestañeaba.

Eli tenía unas ganas tremendas de mandarla a tomar por el culo, pero no quería empeorar las cosas.

—Sí, señora. —Es lo único que contestó aquel armario empotrado.

—Señorita Cooper, espero que después de esta noche colabore e intentemos llevarnos bien el tiempo que dure su estancia aquí. —Eli se mordió la mejilla para no contestar—. Llévala que coja ropa para cambiarse; después, acompáñala a la fosa. —Levantó las cejas sobre sus ojos pequeños y oscuros que parecían dos puñaladas—. Se me olvidaba, querida, hoy no cenará ni comerá nada, viendo su cuerpo creo que tiene reservas suficientes para poder permitírselo.

La directora había llamado a Eli gorda en toda su cara, esa mujer era como su querida madre, que confunden las curvas con la gordura. No pudo aguantarlo más, con un salto grácil se lanzó sobre el escritorio con el puño levantado que iba directo hacia la cara de aquella perra del demonio. Le quitaría la sonrisa de superioridad de su horrible rostro o eso pensó ella, antes de que el puño impactara en su objetivo, sintió una mano en su hombro que la lanzó con muchísima fuerza, haciendo que cayera al suelo sobre su espalda. Le causó un gran dolor, respiró, se intentó tranquilizar, no quería abrir los ojos porque sabía que si lo hacía cogería una silla para estamparla en la cara del Armario Empotrado y luego quedarse a gusto con la directora.

Que tuviera los ojos cerrados no evitó que escuchara a la Perra.

—Soller, como la señorita Cooper, aparte de unos kilos de más, tiene tanto fuego por dentro, no será necesario que le deje manta. Veremos si mañana está más calmada la fierecilla —decretó con las palabras cargadas de odio.

«Putá, putá, putá», pensó Eli antes de sentir como un brazo demasiado fuerte para zafarse de él la levantaba del. Se le pasaron mil y una atrocidades para hacer, pero tenía que calmarse, pensar con claridad antes de actuar.

—Miss, no creo que sea necesario, de verdad, creo que el castigo ya es excesivo —intervino el profesor, aunque algo le decía que aquella mujer no cambiaría su opinión.

—Puede retirarse, profesor Berg. Gracias por colaborar en la educación de los alumnos. —Lo despidió la directora.

Estuvo a punto de decirle lo que le parecía su manera de educar, pero

necesitaba aquel trabajo y Tania también. Ella estaba allí por él, así que se mordió la lengua.

—Gracias a usted, miss Rismon, señorita Cooper. —Se despidió de forma educada.

La directora le hizo un asentimiento de cabeza, Eli ni lo miró.

Enzo se encaminó hacia la puerta, no pudo evitar volver a mirar a la joven impertinente que se encontraba en aquella desagradable situación por su culpa. Cuando la observó, ella no se había dado la vuelta, pero le pareció oír su voz, muy bajito, mientras la directora estaba ocupada con algo en su escritorio.

—Ten cuidado no tengamos la mala suerte de que te tropieces y te rompas una pierna —susurró Eli.

—¿Cómo has dicho? —preguntó a su lado. La oyó perfectamente, la directora no; mejor así, con el castigo que pasaría aquella noche tendría más que suficiente.

—Nada, profesor, solo le deseaba que tenga un buen día.

Ella no lo miraba, siguió andando sin poder evitar sonreír por la desfachatez de aquella chica, aunque él odiaba a la gente así. Antes de llegar a la puerta no pudo evitar girarse una vez más a observarla, lo que vio le borró la sonrisa de la cara. Eli estaba con las manos cruzadas tras la espalda, le enseñaba el dedo corazón en un gesto que le decía lo que pensaba de él.

A los pocos segundos de que se marchara el profesor, el hombre la llevó como si fuera una criminal todo el camino, sin soltarla del hombro. Primero a por ropa a su habitación. Como ya le advirtieron que no le darían mantas se puso una camiseta térmica con otra encima de manga larga, todo bajo una sudadera gorda, las mallas y doble de calcetines junto a las zapatillas de deporte. Le daba un poco de asco ir sin ducharse, pero no era el momento de exigir, menos aún de suplicar, estos no sabían con quien se habían topado. Miró con tristeza la cama de su compañera antes de irse, seguramente ella seguía en la clase del déspota señor Berg, otro del que se vengaría, de eso no le cabía duda. Lo único bueno que tenía en ese sitio era Ariadna, una chica dulce y amable a la que tenía que ayudar como fuera.

Siguió perdida en sus pensamientos hasta que el guardia que la llevaba abrió una puerta donde había escaleras hacia abajo.

—Vamos —gruñó él.

—¡Ese carácter! Te va a dar un ataque al corazón el día menos pensado con tanta tensión —contestó para molestarlo.

La respuesta de él no se hizo esperar, la empujó fuerte, pero no lo

suficiente como para que cayera rodando escaleras abajo, aunque faltó poco. Empezaron a bajar, Eli andaba más lento que de costumbre solo para irritarlo, total, le quedaban muchas horas por delante, que más le daba perder un poco de tiempo. Las escaleras, como el resto de aquella casa, eran de madera, como las paredes, al menos hasta que llegaron a la planta menos dos y se encontró con que la puerta era de hierro macizo. Su amigo Soller pasó un enorme brazo por su lado, llevaba unas llaves y tras varias vueltas en la cerradura, abrió. Empujó la puerta para que Eli avanzara, lo hizo unos pasos y se quedó parada observando lo que tenían allí abajo montado. Como era una construcción bajo tierra, no tenía ventanas; no era como el resto de aquella casa, decorada con bonitos tonos en madera, aquello era totalmente gris. Las paredes y los suelos eran de cemento, con fríos fluorescentes como única luz que daban un tono amarillento a la piel.

La puerta, por la cual habían salido, se situaba en medio de un largo pasillo lleno de puertas metálicas con una pequeña ventana y una rendija que Eli intuyó servía para que pasaran la comida a los presos.

—Anda —gruñó el hombre a la espalda de Eli.

Ella se puso en camino de forma automática mientras pensaba en la cárcel que se habían montado allí abajo. Sintió un escalofrío, que nada tenía que ver con que allí no hubiera calefacción ni con el frío que hacía debido a las humedades del terreno por encontrarse a aquella profundidad. Lo que le ponía realmente la piel de gallina, era pensar en cuantos padres incluidos los suyos sabrían que allí tenían una cárcel montada y, aun así, mandaban a sus hijos, incluso a sus hijas embarazadas como a Ariadna.

Eli iba tan metida en sus pensamientos que no se dio cuenta de si había algún sonido más en aquella zona aparte de sus propios pasos. El guardia la hizo detenerse en la puerta número quince o al menos eso ponía. «¿Tendrían tanta gente allí encerrada ese día?, o ¿la encerraba allí por gusto? Sacó de nuevo las llaves del bolsillo de su pantalón y abrió la puerta que no hizo ni un solo ruido, se notaba que tenían bien engrasadas las bisagras. Estaba oscuro, así que accionó el interruptor de la luz y dejó una vista a Eli aún más desoladora de lo que ella esperaba. La habitación era pequeña, con forma rectangular, hecha de ladrillo de cemento que daba una impresión de frialdad con solo observarla. De mobiliario solo tenía una cama de metal con un colchón fino, de menos de veinte centímetros en el que posiblemente te dejarías la espalda nada más tumbarte. Para terminar con la decoración tenía un inodoro blanco, sin tapa, en la pared, enfrente de la puerta, justo donde

cualquiera que pasara y mirara por la ventana de la puerta podría verte haciendo tus cosas.

Eli miraba todo aquello sin dar crédito. ¿Cómo podían tener un sitio así en un lugar que se suponía que era para gente adinerada? Era como una cárcel. No tuvo mucho más tiempo para meditarlo porque el guardia la empujó hacia dentro. Una vez que se encontró en la habitación, si se podía llamar así, un fuerte olor a desinfectante le inundó las fosas nasales, una mezcla entre lejía, amoníaco y algo más que no supo identificar. Se giró con rapidez cuando oyó al guardia echar la llave tras de sí.

Eli se encogió de hombros, no le gustaba el sitio, pero no era de las que le daban vueltas a las cosas que no tienen solución, las aceptaba y se centraba en lo importante. En este caso era buscar venganza sin poner en peligro a James, era el momento perfecto, tenía muchas horas por delante para pensar en ello. Se fue a la cama y se dejó caer sobre ella, sin recordar lo fina que era, cosa que lamentó porque se clavó todos los muelles.



Capítulo 6

El pasado siempre vuelve



Enzo salió del despacho de la directora maldiciendo por lo bajo al colegio, a la gente con dinero, a la niña rica que acababa de condenar a un castigo horrible, pero, sobre todo, a él mismo. No era partícipe del tipo de normas que utilizaban en ese sitio, necesitaba el trabajo, Tania y él lo necesitaban, por eso aguantaba tantas cosas. Esa cría le sacó de quicio con su baile, se pensaban que porque tenían dinero podían hacer siempre lo que querían. No en

su clase, él no lo permitía, aunque Tania tenía razón, no tenía que haberla llevado a la directora, los castigos en aquel sitio eran excesivos y él lo sabía.

Rumió durante todo el camino al aula, cuando se cruzaba con otro profesor fingía educación y devolvía los saludos, había pocos que le despertaran auténtica simpatía. No quería volver a clase, no estaba de humor para aguantar a más de aquellos insoportables ese día. Le pediría a Tania que se ocupara, era muy buena en su trabajo, poseía una paciencia infinita y no como él que tenía tanta animadversión a toda aquella gente.

Cuando el profesor llegó a la clase, su compañera tenía todo bajo control, los alumnos seguían haciendo pruebas y según sus resultados ella los clasificaba por niveles. Al verlo, lo miró de forma interrogante y él le hizo un gesto negativo con la cabeza, cosa que pareció que la entristeció. Enzo pasó de largo por la clase para salir por la puerta del fondo directo a su dormitorio, que estaba en la parte de atrás de la casa. Ahí vivían solo algunos de los empleados, con toda probabilidad los que miss Rismon consideraba de menor rango. La mayoría no se hospedaba allí, tenían buenos sueldos, por lo que después de la jornada lectiva se marchaban. Llegó a su dormitorio, un cuarto sencillo pero espacioso, donde guardaba toda su música, sus libros... Tenía una cama grande y unas preciosas vistas al campo cuando se despertaba, o por la noche para mirar las estrellas; lo mejor de todo era que Tania estaba en el dormitorio de al lado, por lo que se pasaban juntos la mayor parte del tiempo.

Cogió un par de cojines grandes y los tiró en la alfombra frente al gran ventanal, lo abrió dejando que los últimos rayos de sol del atardecer y el aire, que ya empezaba a refrescar, irrumpiesen en su habitación y en él. Se tumbó, no paraba de pensar en la joven descarada que le sacó el dedo y le deseó que se partiera una pierna.

A los pocos minutos, sonó un golpe de nudillos en la puerta que lo sacó de sus pensamientos.

—¿Se puede? —Era la voz de Tania.

—Claro, pasa —respondió Enzo sin girar la mirada hacia la puerta.

—¿Qué tal estás? —preguntó ella. Caminó hacia la alfombra y se tumbó con él sin esperar invitación.

—He tenido días mejores —contestó él con la voz más baja que de costumbre—. ¿Qué tal fue la clase?

—Bien, ya están todos clasificados para comenzar, desde mañana, en niveles. Hay gente con verdadero potencial, la verdad. Sobre todo, la chica que te has llevado —soltó la pulla Tania.

Enzo giró la cabeza para mirar a su amiga con cara de pocos amigos.

—¿Potencial? —se burló él.

—Sí y lo sabes. ¿Has visto cómo se mueve? Es mágico, no es algo clásico, Enzo, tiene una mezcla en su baile, una que no he visto nunca antes en mi vida —le recriminó ella.

—Yo no he visto eso, solo he visto un baile vulgar de una chica pagada de sí misma que quería provocar al personal —refunfuñó él frunciendo el ceño.

Tania puso cara de asombrada y lo golpeó con una almohada.

—¿Tú te has oído bien? No me puedo creer que precisamente tú digas algo así. Dime qué demonios te ha pasado para que hoy estés de esa manera, porque sabes que tengo razón referente a la chica, te has comportado y te estás comportando como un auténtico capullo. —Enzo la miró con cara de asesino a sueldo—. Te lo digo con cariño, pero sabes que tengo razón, Enzo.

Él pensó durante unos segundos, le costaba reconocer las cosas, nadie lo conocía mejor en el mundo que Tania.

—Hoy he tenido noticias de mi madre. —Intentó sonreír como si se tratara de una buena noticia, sin embargo, Tania cambió el semblante en cuanto oyó esa palabra.

Se giró hasta quedar tumbada sobre su estómago para poder mirarlo mientras hablaban y colocó un brazo sobre su pecho. Él adoptó una expresión de indiferencia que ella no se tragó ni por un segundo, demasiados años junto a él para saber que era fingido. Sin embargo, tenía que abordar el tema de una forma delicada o Enzo se cerraría en banda. No hablaría del tema, guardandoselo todo, y así dejar que lo carcomiera por dentro como un cáncer. Ya había pasado en otras ocasiones.

—¿Te apetece hablar del tema? —Tania lo miró, él observaba el paisaje más allá de la ventana, con la mirada perdida en otro lugar muy lejos de aquella habitación.

La escuchaba porque se encogió de hombros antes de girar la cabeza para observar a su amiga que lo miraba con el rostro lleno de preocupación.

—Ya sabes, más de lo mismo —dijo Enzo, se notaba en su voz que, aunque ya era un hombre adulto los problemas familiares aún escocían.

—Cuéntame que te ha dicho tu madre, Enzo, sabes que tú y yo no tenemos secretos —le suplicó Tania a la vez que le acariciaba la barba que le empezaba a crecer, sabía que a él le tranquilizaba aquel gesto.

Enzo miró a Tania, le gustaba aquella chica. Siempre era buena con él, lo escuchaba y animaba cuando ni él mismo encontraba consuelo. Era la única

persona en el mundo que sabía su pasado y lo apoyaba de forma incondicional. Daría cualquier cosa por ella, y, aun así, a veces era muy capullo con ella, con todo el mundo. Se pasó ambas manos por la cara para alejar la pesadez de sus recuerdos antes de contarle su pesar.

—Estaba en el hospital, ha sobrevivido a una sobredosis que le dio su chulo cuando le dijo que quería dejarlo, no ha muerto de milagro. Solo quería que supiera que estaba bien porque hacía días que no me cogía el teléfono. Yo estoy convencido de que no ha muerto porque su chulo no ha querido, ha sido una advertencia de lo que pasará si se le ocurre dejarlo —soltó todo de carrerilla sin ni siquiera coger aire, tenía la mandíbula apretada.

Su madre no fue un modelo a seguir, pero lo hizo lo mejor que la situación se lo había permitido.

Tania, aunque intentaba poner cara de póker delante de Enzo, no podía evitar que se le notaran todo tipo de emociones conforme le contaba que por poco había muerto. Ella ejerció como madre suya cuando casi no podía dar de comer a un hijo.

—Creí que con el dinero que le mandamos la última vez saldábamos ya la deuda. —Intentó que no se le notara el asombro y la rabia en su voz.

—Tania, si te soy sincero creo que esa gente nunca deja que saldes tu deuda. En el momento que dejes de serle útil te quitan del medio, así de sencillo, mientras tanto te tienen trabajando para ellos, te roban todas las ganancias aparte de lo que les pagas. Es decir, que cuando no les sirva me llamará la policía un día para decirme que está muerta en una cuneta —escupió las palabras con todo el odio que sentía hacia esa gente.

Ella le abrazó, colocó la cabeza sobre su pecho y escuchó el corazón acelerado de su amigo.

—Enzo, de aquí al baile de fin de curso ahorraremos todo el dinero que podamos, cogeremos a tu madre y nos iremos lejos donde no nos puedan encontrar, desapareceremos —propuso Tania.

—¿Harías eso por mí? —preguntó Enzo con emoción en su voz, no estaba acostumbrado a ese tipo de cosas.

—Sabes que haría cualquier cosa por ti y por tu madre.

—Es una bonita idea, Tania, pero nos encontrarían. Sabes quién está detrás del chulo de mi madre, nunca podremos escapar con ella —dijo Enzo apesadumbrado.

—Sí podremos, a él lo único que le interesa es que ella no salga nunca a la luz, cuando llegue el momento le convenceremos. Quizás... —Dejó la frase a

medias.

—Quizás, ¿qué? —Temía a su amiga cuando ponía esa cara de «he tenido una gran idea».

—Un baile benéfico —contestó más para ella misma que para él.

—¿Un baile benéfico? Tania, seguro que ahí dentro —dijo señalando su cabeza— está todo clarísimo, pero compártelo con el resto de los mortales que no tenemos el don de la telepatía.

Ella lo miró como si se diera cuenta de que estaba con ella en la habitación. Enzo la observó exasperado.

—Sabes que la directora ha hecho actividades benéficas: galería de arte con los cuadros de los alumnos, teatro, concursos literarios... Podríamos convencerla para celebrar uno, estoy segura de que la institución sería muy generosa contigo por el trabajo y con lo que te den nos iremos lejos los tres.

Enzo se quedó pensativo unos minutos, la verdad es que no era la idea más disparatada que había oído. Podría funcionar. Aquellos padres eran muy ricos y les encantaba gastarse sumas indecentes de dinero en ese tipo de eventos. Como si de esa manera limpiaran sus sucias conciencias.

—¿Cómo piensas que la directora va a querer hacer algo así? —preguntó, ya que no era uno de los profesores favoritos de la miss.

Tania puso los ojos en blanco ante aquella pregunta.

—Bastante fácil, porque no serás tú quien se lo proponga, será Gretel. ¿Crees que la Bruja de Rismon será capaz de negarle algo a la hija del dueño de todo esto?

—Entonces, ¿tu idea es que Gretel, con la que casualmente me acuesto, convenza a la directora? —Tania asintió sonriendo.

—Es maravilloso cómo se alinean los astros para ayudarnos, ¿verdad? —dijo ella con picardía.

—Me haces sentir que me estoy vendiendo —fingió estar enfadado.

—Tú sabes que no es así, los dos os acostáis de mutuo acuerdo. Ella se lleva al profesor más macizo de este sitio y tú alguna ventaja tendrás que tener de estar con la chica más consentida e insoportable, ¿no? —En sus palabras se notaba que Gretel no le caía bien, no era la primera vez que hablaban sobre el tema.

—Hablaré con ella, aun así, no sé si la directora considerará nuestros bailes a la altura de un espectáculo para los padres benefactores.

—Creo que tienes poca fe en ti —le recriminó ella.

—¿En mí?

—Enzo, eres uno de los mejores bailarines del mundo, podrías trabajar en cualquier parte, aun no sé muy bien por qué estamos aquí en vez de en algún sitio glamuroso, así que harás que el baile sea maravilloso. —Enzo puso los ojos en blanco ante las palabras de su amiga. Le atribuía demasiados méritos, era bueno, pero tampoco para tanto—. Además, los alumnos no son tan malos, sobre todo, una en particular.

—¿Gretel? —preguntó, aunque sabía la respuesta.

—Me tomas el pelo, ¿no? —Enzo le guiñó un ojo y ella le tiró un cojín.

Con todo el tema de su madre había conseguido sacar de su cabeza a la niña caprichosa y maleducada de su clase que ahora ya estaría pasando frío en la fosa.

—¿Por qué te gusta tanto esa niña malcriada? —preguntó Enzo, achicó los ojos para mirar a Tania y así la retaba a contestar.

—¿A parte de lo obvio? —se empezó a reír—. Pues aparte de que has visto como baila y estoy segura de que no nos ha mostrado ni la mitad de lo que sabe, esa chica denota atrevimiento, tiene frescura, descaro, no es la típica niña rica que vemos en clase a diario que se muere por su profesor de baile como ocurre con todas las demás, se ve que ama el baile más que a ti.

Tania lo miraba con una sonrisa en los labios.

—Eso no es verdad —contestó Enzo.

—¿El qué?

—Que se mueren por mí las alumnas —protestó él.

—Ya, ya, claro y yo soy rubia. —Los dos rieron ante la contestación típica de Tania.

—Tienes razón, es bastante descarada. ¿Sabes que me dijo? Que bailaba igual que follaba. Y en el despacho de la directora saltó por encima del escritorio para estamparle un puñetazo en la cara —le contó divertido mientras recordaba a la pequeña fierecilla que no se amedrentaba ante nada.

—¿En serio? No me lo puedo creer —preguntó Tania, que ya se le caían las lágrimas de la risa al imaginarse la cara de miss Rismon ante el ataque de Eli.

—Sí, la llamó gorda, esa mujer es una auténtica desgraciada. Después de provocarla para hacer que saltara, la ha mandado a la fosa sin comida, sin agua y sin mantas hasta mañana —relató Enzo. La rabia subía por su garganta, aunque parte de la culpa de que ella estuviera en ese aprieto era suya.

—No me lo puedo creer, será... tenemos que sacarla, Enzo. No podemos dejarla ahí. —Él pareció meditar sus palabras unos segundos.

—Vale, cuando se vaya todo el mundo, sácala. —Tania asintió.

—Ahora, por favor, cuéntame todo lo que ha pasado en el despacho de esa Bruja. —Los dos rieron.



Capítulo 7

Recuerdos



llevaba un rato tumbada en la cama de aquel cuartucho, si es que a eso se le podía llamar cama. Lo bueno, es que después de un rato clavándote los muelles del colchón dejabas de sentirlos. Menos mal que era joven, le gustaría ver a la Bruja de miss Rismon tan solo una hora en esa cama.

Hacía frío, eso no lo podía negar, así que se tumbó de lado, en posición fetal para abrazarse las piernas. Lo peor es que sabía que según pasaran las

horas sería peor y por eso odiaba aún más a la directora, al profesor, por el cual se encontraba entre esas cuatro paredes de cemento, a sus padres por encerrarla en una institución así, a ese maldito sitio perdido en medio de la nada e incluso a ella misma por tener que haber nacido en una familia adinerada donde el amor no importa nada, solo las apariencias. Solo pensaba que en unos meses sería mayor de edad, podrá irse y vivir su vida como mejor le pareciera, ayudando a los más necesitados con el dinero que su hermana le dejaría una vez que cumpliera los veintiuno, lo deseaba con toda su alma. Era algo que siempre compartió con ella, sin embargo, lo que también calentaba su corazón es que lo haría junto a James, el hombre del que estaba enamorada.

Eso la hacía coger fuerzas y convencerse de por qué estaba en ese momento en aquel horrible lugar aguantando ese tipo de bajezas, de ser de otra forma no lo permitiría. Eli se rio al recordar cómo conoció a James, lo mal que le cayó nada más verlo.

Cuando su hermana empezó a enfermar algo dentro de ella le dijo que tenía que hacer algo con su vida, cosas que realmente le hicieran feliz a ella, no a los demás. Le decía a su madre que iba a una de las mil clases a las que asistía para convertirse algún día en la mujer que sus progenitores querían que fuera, la que su hermana era, pero no sería nunca más. Deambulaba por Nueva York, buscaba gente diferente, se emborrachó en las calles, cambió sus caballetes por compartir los muros con grafiteros, pero notaba que aún le faltaba algo. Un día compartía unas cervezas con un grupo de jóvenes sintecho que vivían de la venta ambulante, menos una de ellas, que sacaba dinero para subsistir haciendo bolos de baile en todo tipo de eventos. Nada grande, solo para entretenimiento en bodas, clases particulares, espectáculos menores, sin embargo, lo que realmente le llamó la atención a Eli fue que su verdadera pasión era el baile callejero o el Street Dance. Esa idea la emocionó tanto que la invitó a que la acompañara a un ensayo donde los podría ver en acción. Le relató un poco sobre sus compañeros de baile, su familia. Eran como ella, gente que la vida no los trató todo lo bien que debería. No todos vivían en la calle, pero la mayoría viviría mejor si lo hiciera. Eran buena gente, aunque le pidió que no se asustara, alguno tenía el carácter un poco difícil debido a la mala vida. Por aquel entonces, Eli aún no había vivido muchas experiencias fuera de los brazos protectores de sus padres y eso era lo que quería cambiar, quería aprender a vivir por ella misma, como una persona normal. No se sentía mejor que nadie, nunca lo había hecho, solo siguió los pasos de su hermana

mayor porque para ella siempre fue su ejemplo a seguir, hermosa por fuera pero aún más por dentro.

Cuando Eli salía de casa, en vez de llevar sus libros, sus pinturas o su ropa de baile, metía ropa para pasar desapercibida. En su casa tenía que vestir de una manera que en la calle la delataría al minuto uno. Ahora llevaba un pantalón vaquero de pitillo con una camiseta roja, ancha, que dejaba un hombro al descubierto y debajo una camiseta blanca de tirantes, todo combinado con unas zapatillas negras de deporte. Fue de compras y toda la ropa la tuvo que esconder, si su madre la encontrara le daría un síncope.

Fueron charlando, la chica le contó un poco de cómo llegó a su situación y Eli se prometió a sí misma que la ayudaría, nunca pudo con las injusticias, ni su hermana tampoco. La chica se llamaba Kata, y era una pelirroja bastante voluptuosa, aunque bajita. Eli no quería mentir, así que intentó evitar las preguntas personales, menos mal que no tardaron en llegar dónde se reunía el grupo de amigos de Kata. Estaban en un viaducto sin transitar, «buen sitio», pensó Eli. Allí podrían hacer todo el ruido que quisieran sin molestar a nadie, por lo que la policía no irrumpiría en el lugar.

Eran siete chicos y dos chicas contando a Kata, cuando llegaron bromeaban sobre algo. Algunos estaban de espaldas, por lo que no vieron cómo se acercaban y Eli pudo apreciar a los integrantes de que aquella familia. Calculó que tendrían entre veinte y treinta y cinco años. Había: un chico asiático, un chico de color, un pelirrojo, un moreno, un hipster, uno calvo lleno de tatuajes, pero el que más le llamó la atención fue un rubio muy alto, musculoso, con una camiseta de básquet, tatuajes y los ojos grises. La chica del grupo era una rubia con muchas curvas, un gran pecho y unos bonitos ojos azules. Las piernas que se veían, gracias a sus pantalones cortos, eran musculosas seguramente por el baile. Los que repararon en ella la observaron, desde curiosos a desconfiados, Kata lo notó y reaccionó enseguida.

—Hola, chicos. He traído a una amiga a ver nuestros ensayos. Eli, mi familia, familia, esta es Eli. Parecen un poco capullos, pero tú no les hagas ni caso, eh. —Presentó Kata antes de correr y subirse a la espalda del hipster dándole besos en el cuello.

Él sonrió al instante.

—Bienvenida, Eli. —Le saludó el hipster, que Eli intuyó era el novio de

Kata—. Soy Nervi. ¿Te gusta el baile?

Eli le devolvió la sonrisa, agradecida de que alguien en aquel grupo de personas fuera amable, el resto no parecían muy contentos con su presencia.

—Gracias, Nervi. Sí, la verdad es que bailo desde niña. Nunca he hecho Street Dance, pero estoy deseando aprender. Cuando conocí a Kata y me contó que ese estilo es el que bailáis y que podría verlo, me ha hecho muchísima ilusión —contestó. Le dedicó a aquella gente su mejor sonrisa, necesitaba ser aceptaba, tenía que encontrar su sitio.

—¿Te ha hecho ilusión? ¿Es que eres una niña de papá? Aunque no lleves ropa de marca apestas a niña pija por cada poro de tu lustrosa piel. —Esta vez fue la rubia la que habló con su mordaz lengua.

Eli, por primera vez en su vida, empezó a ver en rojo, solo podía pensar en ir a estampar su puño sobre su rostro de muñeca hasta desfigurarla. No la conocía, no tenía derecho a juzgarla, no sabía lo que ella había vivido o pasado, podía haber nacido con dinero, sin embargo, sufría como cualquiera de ellos. Antes de que su cerebro le ordenara que se encaminara hacia ella, Kata fue más rápida, se bajó de Nervi y se acercó a pasos agigantados a la rubia.

—Mira Ali sé que tus tetas te oprimen a veces el poco cerebro que tienes, te aguantamos porque tu hermano nos cae bien —miró al chico tatuado que en ese momento le devolvió una mirada recriminatoria—, pero no te pases con mi amiga porque sabes que no tendré piedad contigo, tenemos muchas cosas pendientes tú y yo.

Kata era bastante pequeña, aunque el fuego que poseía en su mirada y como pegó su pecho al de la rubia pechugona, hizo que esta agachara la cabeza como un perrito desvalido. Cuando hizo esto, Kata se dio por satisfecha, se marchó junto a Eli y la rodeó con su brazo de forma protectora.

Mientras tanto, Ali se fue contoneando sus anchas caderas junto al rubio impresionante, que sonreía a la vez que miraba divertido la escena, lo abrazó por la cintura para buscar consuelo. Él la rodeó con su brazo para ofrecerle lo que ella reclamaba casi restregándole en su entrepierna. «Zorra», pensó Eli.

—Bienvenida, Eli, me parece bien que te quedes, soy James, yo formé el grupo. Somos una gran familia y protejo a los míos. Entenderás que si quieres vernos bailar lo justo es que te veamos a ti primero. —La retó con una sonrisa de medio lado y la desafió con una actitud chulesca.

En ese momento, a Eli le empezaron a entrar los calores, su antigua yo era vergonzosa, tímida y aunque le gustaba bailar, lo hacía en clase, nunca al aire libre, en la calle, frente a un grupo de desconocidos que la iban a observar y a evaluar si podía pertenecer a ese grupo que posiblemente cambiaría su vida de forma drástica. Aunque sabía que era lo justo si quería pertenecer a esa familia y aprender junto a ellos, así que tendría que hacerlo.

Tomó aire despacio para que nadie más que ella notara que intentaba tranquilizarse antes de contestar. El sudor empezaba en sus manos, aun sin haberse movido del sitio. El rubio la miraba desde su altura mientras golpeaba nervioso el pie contra el suelo, como si estuviera impaciente, y con la rubia pechugona bajo el brazo. Levantó la cabeza clavando la mirada en sus ojos grises.

—Cuando quieras, haré lo necesario para que me aceptéis —dijo con toda la seguridad que pudo reunir.

Al momento se escucharon risas, algunos vítores que admiraban los huevos que le echaba; otros, se reían de ella, pero le daba igual, llegaría hasta al final. La sonrisa del rubio en ese momento no la supo identificar, se permitió el lujo de mirar a su nueva amiga que le guiñó un ojo para que supiera que la apoyaba. Su novio, el hípster, que era muy serio hizo un gesto afirmativo con la cabeza para secundar a Kata.

—Bien, pequeña, vamos a ver qué sabes hacer. —James soltó a la pequeña víbora que tenía bajo el brazo para sacar el móvil que llevaba en el bolsillo trasero del pantalón.

Cuando se giró Eli, pudo ver que detrás de ellos estaban sus coches, eran clásicos la mayoría, seguro que los adquirirían a precio de ganga y los habían restaurado con sus propias manos. Uno de ellos, color celeste, tenía el maletero abierto y contenía unos grandes altavoces, pensó que la música que saldría por ellos tendría que ser tremenda, normal que ensayaran en sitios tan apartados de todo.

Mientras el líder del grupo buscaba una canción, los demás se esparcían para dejar sitio a Eli para moverse, pero lo suficiente cerca como para no perderse ningún movimiento de los que hiciera, sobre todo, la rubia, para reírse en caso de que se confundiera y besara el suelo. Eli miraba nerviosa a todos sitios menos a los ojos de aquellas personas. El sudor que antes solo estaba en sus manos ahora deambulaba libre por su espalda, por su nuca, aun así, intentó no pensar en ello. Se concentraría solo en el baile, que era

una de las cosas que más amaba en el mundo.

Por unos segundos se olvidó de todo, se puso a calentar los músculos antes de bailar, es lo que primero que aprendió, es decir, casi cuando empezó a andar.

—¿Lista? —preguntó socarrón James.

—Siempre —mintió Eli.

Él asintió divertido por su contestación accionó algo en su móvil y acto seguido la música comenzó a sonar. Nada más y nada menos que Stupid de Aitana. «¿Será cabrón?», pensó Eli. Eso no iba a amedrentarla, que intentara insultarla en su cara no hacía otra cosa que motivarla aún más.

Nunca había bailado nada parecido, su madre nunca le permitió nada fuera del ballet, ni bailes necesarios para eventos en sociedad, pero la música era como la vida, se tenía que sentir dentro, en el alma, y moverse en consecuencia. Se giró dándole la espalda, oía algunos silbidos que más que alabar su anatomía seguro que intentaban ponerla nerviosa y Kata los mandó callar. Así que cerró sus ojos para olvidarse de todo, de esa manera se podía centrar solo en la música.

Empezó a mover sus caderas de un lado a otro, primero con timidez, luego se acompañó con la espalda a un lado, al otro y doble. Repitió y, en el estribillo, se giró levantando su pierna todo lo alto que le permitían los vaqueros que no fue poco, es decir, hasta la cabeza. Giró sobre ella misma a una velocidad increíble a la vez que movía su larga melena sobre ellos, que ya no se reían. Cuando terminó de girar, empezó a saltar como la mejor bailarina de ballet, con delicadeza, hasta que llegó junto al hombre de ojos grises y comenzó a mover las caderas como nunca antes la habían enseñado. La música se lo pedía, su cuerpo se lo exigía, él la miraba con una expresión que Eli no llegaba a descifrar, así que se giró para enfrentarlo y le dijo:

—¿No sabes que la reina protege al rey cuando está en jaque? —Era una frase en contestación a la canción que él escogió puesto que hablaba de chicas estúpidas.

La respuesta de él fue sonreír y se perdió en sus ojos grises hasta que Kata llegó y la abrazó por detrás.

—¡Qué bien lo has hecho! ¿Dónde lo has aprendido? —La besó en la mejilla.

—¿Dónde va a ser? En la escuela de pago de sus papás —soltó la rubia que parecía que la odiaba solo por respirar.

Eli miró a James a la espera del veredicto de si podría quedarse con ellos o no. Él la observaba fijamente de arriba abajo mientras el Koala rubio se le volvía a colgar del brazo.

—Bueno, Niñita con Dinero —el Koala soltó una risita ante el mote que él la puso—, tengo que reconocer que algo sabes moverte. Para mi gusto parece más bien un baile de burdel que Street Dance.

Eli salió de sus recuerdos un momento y pensó cómo James usó la misma palabra que el profesor Capullo para definir su manera de bailar. «Menudos desgraciados», volvió a pensar.

—¿Cómo has dicho, Muerto de Hambre? —En ese momento a Eli se le olvidó la vergüenza, donde se encontraba, pero, sobre todo, el motivo que la había llevado allí, bailar delante de todos aquellos desconocidos.

Todos estallaron en carcajadas ante el ataque de ira de la morena.

—Es justo el mote después del que yo te he puesto. Touché. Somos una familia, por lo que solo mi opinión no vale. Votaremos entre todos si puedes quedarte o tendrás que irte, si sale la segunda opción te marcharás y nunca nos volveremos a ver. ¿Has entendido? —preguntó James divertido.

—Claro que lo he entendido, las fulanas también tenemos cerebro aparte de dinero —contestó Eli con resquemor.

—No te preocupes, ya verás que todo sale bien —le susurró Kata antes de volver junto a los demás para la votación.

—Votos a favor de que la Niñita Adinerada se quede con nosotros y aprenda nuestro estilo, pasando a formar parte de nuestra familia —pidió James.

Todos se miraban para intentar tomar la decisión adecuada. No era como comprar algo nuevo para la casa, sería un nuevo integrante para su pequeña familia. Kata y su novio levantaron la mano de forma inmediata. Les siguieron el chico asiático y el pelirrojo. Nadie levantó más la mano, por lo que Eli supo que estaba fuera, tenía las manos tan apretadas que sentía como las uñas se clavaban en su piel. El sudor en su piel, por los nervios y el baile, ahora se enfriaba en su cuerpo.

—Ahora los que estáis en contra —pidió el líder del grupo.

La rubia fue la primera en levantar la mano, seguida del chico de color, el moreno y, por último, el calvo tatuado, es decir, su hermano. Eli esperó a que James levantara la mano para que la mandaran a casa. Bueno, se iría,

pero sabiendo que lo había intentado y, aunque no pudiera ver a los demás, se negaba a no poder ver a su nueva amiga Kata, incluso intentaría ayudarla económicamente en todo lo que pudiera.

—Vamos, James, tienes que desempatar —ronroneó la rubia mientras acariciaba su fuerte brazo y se restregaba más de lo necesario.

Él parecía meditar su decisión, pero Eli sabía que no la quería en su grupo, se lo dejó muy claro desde que llegó. Pensaban que era diferente por dónde había nacido. Debe ser, que cuando naces en una familia con dinero, en el paritorio te despojan de sentimientos y necesidades como el resto de humanos. No se quedaría para ser humillada ni un segundo más, se giró, se acercó hasta Kata y le dio un beso.

—Te llamo y nos vemos otro día. Gracias por todo. Nervi. —Le dio un fugaz abrazo antes de irse por dónde había venido. Le vendría bien un buen paseo hasta casa para pensar y quemar todo el cabreo que llevaba en ese momento.

—¿A dónde vas Niñita Adinerada? —preguntó James a su espalda.

—A bailar a algún burdel que encuentre de camino a mi casa de niña adinerada —escupió las palabras sin girarse.

—¿Tan pronto vas a huir de tu nueva familia? —Alzó la voz para que lo escuchara bien.

Eso la dejó paralizada. ¿Había dicho nueva familia? ¿Tenía, por fin, su lugar? Se giró y le dedicó su mejor sonrisa, todavía sin creerse muy bien que fuera real lo que acababa de escuchar.

—¿En serio, James? Ella no es una de nosotros, en cuanto aprenda lo que quiere se aburrirá y se irá a jugar con sus amigos los ricos —lloriqueó Ali.

—Es mi decisión, Ali. La tratarás como uno más de tus hermanos, así son las reglas —decretó el líder.

—¡No quiero! No es uno de nosotros.

James fue a contestar, pero no le dio tiempo.

—Mira, zorra, sé que no te gusto, tú a mí tampoco, te lo aseguro. Eres capaz de pasarte por la piedra a cualquiera con tal de conseguir lo que te propones. No te metas en mi camino y yo no me meteré en el tuyo. ¿De acuerdo? —Esas palabras dejaron a la rubia sin habla y los demás la aplaudieron entre vítores y risas, incluido el hermano de esta. Nadie le decía nunca las verdades que necesitaba.

—Eli, bienvenida. Entrenamos todos los días sin excusa, muy duro. Hacemos bailes en público para ayudar a los más desfavorecidos, cosas que

a veces nos ponen en peligro con la ley, entre otras muchas cosas, aún estás a tiempo de irte. Si estás dentro, lo estarás con todas las consecuencias —le contó James, quería que ella supiera a lo que se atenía juntándose con ellos.

—*Estoy dentro.*

Recordó aquel día con cariño, ese día conoció a su familia, a la que cambió su mundo. Odió a James con todas sus ganas y consiguió despertar a su parte guerrera, que siempre vivió dormida. Una parte que desde entonces la salvó en muchísimas ocasiones, aunque también la había metido en muchísimos líos. De eso, hacía ya dos años.

Eli sonreía recordando aquel día, se estiró en la cama para desperezarse y notó lo entumecida que estaba a causa del frío que hacía en ese sitio. Odiaba, por ello, aún más a la directora y a su amigo el profesor Don Palo Metido por el Culo, pero se vengaría. Quizá, no hoy ni mañana porque eso pondría en peligro a James, sin embargo, lo haría, de eso no le cabía la menor duda.

Se oyó el ruido de unas llaves en la cerradura, lo que hizo que Eli se incorporara rápidamente, se tensó contra la pared, habían pasado unas horas, no sabía cuántas, no tantas como para que hubiera amanecido. Su estómago, aunque hambriento, todavía no rugía.

Pensó con rapidez, quizás la directora no contenta con su castigo había ideado algo más físico, por eso sí que no iba a pasar. Miró a su alrededor para buscar desesperadamente algo con que defenderse sin mucho éxito, aquella habitación la envidiarían en cualquier cárcel. Así que lo único que se le ocurrió a toda prisa fue quitarse las zapatillas de deporte, sujetarlas ambas por los cordones haciéndolas girar para intentar golpear si la atacaban y correr como alma que lleva el diablo.

Se puso detrás de la puerta, no demasiado cerca, ya que se abría para dentro y si lo hacían con mucha fuerza no le daría tiempo a reaccionar y a golpear primero. Por fin, la llave abrió y la puerta cedió, ella hizo girar las zapatillas todo lo rápido que pudo para que cogieran fuerza antes del impacto.

El guardia que entró por la puerta no era el mismo que la había llevado hasta allí, este era más joven, con el pelo negro de punta. Ella no alcanzaba a ver nada más, ya que lo tenía de espaldas.

—¿Dónde está tu amiga? —preguntó el chico y por su voz Eli pudo saber que si parecía más joven que el otro.

No tenía tiempo de pensar ahora en sus palabras, así que como si fuera una mezcla entre *Braveheart* y la loca de los gatos se lanzó con sus zapatillas-arma arrojadiza a por el guardia. Tania, que estaba detrás de él, escuchó el

grito de guerra de la joven y se asomó justo a tiempo para detenerla.

—Somos nosotros, tranquila, no venimos a hacerte daño. —Se interpuso entre el guardia y las zapatillas levantando las manos para que viera que venían en son de paz.

—¿Tania? —preguntó Eli sorprendida.

La recordaba de la clase de baile, la del Profesor Maligno. La misma que había intentado salvarla cuando este la llevaba al despacho de la directora, sin mucho éxito.

—Sí, soy yo. Veo que eres de las que sabe defenderse. —Se puso las manos en las caderas a la vez que Eli bajaba las zapatillas y se dirigía a la cama para ponérselas, ya tenía bastante frío como para encima pisar el suelo que estaba helado.

—Sí, es lo que tiene pasar mucho tiempo en las calles —respondió Eli sin darle mucha importancia mientras se anudaba las zapatillas—. ¿Qué hacéis aquí? ¿La perra de la directora quiere que duerma desnuda a ver si paso todavía más frío?

El guardia soltó una risita que disimuló con tos, pero Tania lo hizo con ganas.

—Qué va, hemos venido a sacarte de aquí —contestó complacida.

—¿Y eso? ¿Qué queréis? —Desconfiada levantó la cabeza para mirarla a los ojos. Tania se sorprendió por aquello, esperó encontrarse a una chica totalmente agradecida de que la liberaran, en cambio, la joven pensaba que lo hacían porque le pedirían algo a cambio. Eso la hizo dudar por un momento que perteneciera a la clase social alta, en vez de a los que tienen que luchar por un trozo de pan para llevarse algo a las tripas.

—Sentimos lo que te ha ocurrido, nosotros no somos así. No apoyamos los castigos que tienen en este lugar —Eli levantó una ceja recordando al Profesor Maligno—, ni siquiera Enzo. Hoy tenía un día difícil, pero no era tu culpa, no tenías que haber pagado el pato.

—Si tiene un día difícil le puedes decir de mi parte que hay que joder más de noche y menos de día. —Tania no pudo evitar romper a reír. Esa chica se empezaba a convertir en una de sus personas favoritas, si Enzo la hubiera escuchado decir eso entraría en colapso.

—Tienes toda la razón y se lo pienso decir. A lo que iba, por las noches los profesores junto con la miss se van a sus casas, por lo que la escuela es nuestra. Nos juntamos unos pocos del personal y alumnos, solo los que son de fiar, en la cafetería de personal. Allí nos liberamos después de un largo día.

Tomamos algo, jugamos a los dardos, al billar y bailamos, por supuesto. Hemos pensado que te gustaría salir, comer algo y pasar un rato con nosotros. Eso sí, antes de la hora de las clases tendrás que volver, si nos descubren nos echarían a todos a la calle —confesó Tania con una sonrisa sincera.

—¿Y los guardias? —Echó una mirada de reojo al joven de ojos azules que la miraba divertido.

—Perdóname, con los nervios no te he presentado. Este es Tomy, por la noche tenemos servicios mínimos de vigilancia y están con nosotros, así que por eso no te preocupes. ¿Verdad, Tomy? —Tania le dio un pequeño empujón con la cadera al chico alto de traje negro.

—Ningún problema, siempre y cuando tú no cuentes nada, yo tampoco, soy una tumba. —Tomy guiñó un ojo a las chicas.

—¿Qué me pediréis a cambio? —volvió a preguntar Eli. Miró a los ojos de Tania e ignoró la respuesta de Tomy.

—Nada. —Tania estaba alucinada con lo desconfiada que era aquella chica, normalmente la gente de su posición no era de esa manera. La gente como ella misma sí porque se tenían que buscar la vida en las calles y eso era muy duro. Pero la gente que tenía todo en la vida no lo solía ser. Estaba muy intrigada—. ¿Te suelen pedir siempre algo a cambio?

—Sí, para que te voy a mentir. De dónde yo vengo todo tiene un precio —contestó Eli—. Pues, perfecto. Vámonos porque me muero de hambre, volveré antes de que venga la directora del demonio. Por cierto, soy Eli, encantada y gracias por sacarme del agujero.

—Yo Tania. No hagas caso a Enzo, me parece que ha sido increíble cómo has bailado en clase hoy —le dijo Tania y Eli por primera vez le sonrió.



Capítulo 8

El baile es una forma de hacer el amor



Tomy las escoltó a la planta de arriba, se marchó y quedó con ellas en que se verían más tarde. La casa estaba en absoluto silencio, no es que por el día fuera una fiesta, pero ahora parecía un cementerio. Caminaron por el pasillo por donde aquella misma tarde el guardia había llevado a Eli para encerrarla. Aun sentía frío, sin embargo, el haber subido dos plantas y el ejercicio, parecía que mejoraban esa condición.

—¿Tienes hambre? —le preguntó Tania que andaba mirando el suelo poco iluminado. Por la noche parecía que dejaban las luces justas por si alguien se levantaba a causa de alguna emergencia.

—Eso que oyes rugir, no es que se acerque una tormenta, es mi tripa — contestó divertida Eli.

—Vamos, la cocina es nuestra. Seguramente los demás ya han cenado. Yo he preferido esperarte —confesó Tania.

Eli asintió, no sabía por qué ese gesto le llegó al corazón, no por que una persona la esperara para cenar, sino porque en aquel mísero lugar alguien lo hiciera.

Se marcharon a las cocinas, estaba todo apagado, aun así, Tania la conocía de memoria. Entró a tientas directa a los interruptores de la luz. Era una cocina inmensa, normal, si te parabas a pensar que alimentaban a toda la gente que allí habitaba. Entre las dos sacaron un arsenal de comida sin preocuparse si notarían su ausencia o no. Eli, por fin, había encontrado a alguien que le gustaba comer tanto como a ella y, sobre todo, que no le recordaba constantemente que lo que comía le iba a engordar, era algo muy liberador.

Se preparó un sándwich de crema de cacahuete, no recordaba el tiempo que hacía que no lo comía, le pegaba mordiscos tan grandes que parecía un hámster relleniéndose los carrillos. Las dos reían divertidas mientras se veían comer. Tania preparó unos perritos para las dos que engulleron a la vez que hablaban de cosas sin importancia. A Eli le caía bien, le parecía una persona auténtica, no pensaba que tuviera más de veinticuatro o veinticinco años. Lo que no sabía es cómo podía haber terminado con un tío como el Profesor Maligno, ella no lo tocaría ni con un palo para pegarle. Después de sacarla del agujero no quería ser tan grosera de preguntarle eso, cuando tuviera un poco más de confianza lo haría sin duda.

—¿Cómo terminaste aquí? —soltó de sopetón. Tania que no se lo esperaba por poco se ahoga con el trozo de perrito caliente que masticaba en aquel momento—. No me malinterpretes, estoy segura de que eres una gran bailarina, me refiero que en este sitio son todos unos cabrones, no te pega estar con ellos.

En cuanto Tania tragó, se empezó a reír.

—Gracias, no me lo había tomado a mal. Opino exactamente lo mismo que tú. —Eli le guiñó un ojo—. Es una historia un poco triste, ¿seguro que quieres que te la cuente?

—Solo si tú quieres hacerlo —admitió Eli, lo último que quería en el

mundo es que evocara recuerdos que la dañaran.

—No te preocupes, fue hace muchísimo tiempo. Yo nací en Cuba, sabes cómo está la situación allí desde hace muchísimo tiempo. Mis padres no tenían nada, era la pequeña de cinco hermanos, casi no teníamos que llevarnos a la boca. —Tenía la mirada perdida en algún lugar, quizás en recuerdos de aquellos momentos—. Desde muy pequeña se me dio bien el baile, así que siendo tan solo una niña mi padre me llevaba a sitios de dudosa reputación a que bailara para hombres que les gustaba ver a niñas moverse. Ya me entiendes...

—Te entiendo a la perfección. —La historia solo había comenzado y Eli ya se clavaba las uñas en las palmas de las manos a causa de la rabia y la impotencia—. Sigue, por favor.

—Yo lo hacía porque mi padre me decía que eso ayudaba a que mis hermanos comieran. No me tocó ningún hombre, algo es algo, aunque tengo que admitir que nunca olvidaré sus miradas lascivas sobre mi tierno cuerpo desnudo. Un día, mientras mis amiguitas se divertían en nuestra calle, yo jugaba a que era una gran bailarina famosa, a la que todos respetaban y adoraban. Pasó por delante de nosotras un coche muy elegante, de aquellos que solo llevan en Cuba los hombres más importantes del país. Nos quedamos mirando curiosas —sonrió al recordar aquel momento—, dentro viajaba un hombre moreno, muy alto y apuesto que me preguntó dónde vivía mi padre. Yo se lo enseñé señalando con mi dedo y él sin tan solo una palabra se encaminó hacia allí. Un rato después salió con mi padre, se dieron un apretón de manos para después acercarse a mí.

—¿Qué pasó? —preguntó Eli, estaba intrigada, presentía lo peor.

—Mi padre me contó que ese señor tenía uno de los *Ballets* más importantes del país y que me iba a convertir en una estrella. A partir de ese momento viviría con él y no nos volveríamos a ver; así fue.

—¿Te vendió? —Tania asintió—. Hijo de puta...

—No todo fue malo, nunca abusaron de mí, pero nos explotaban en todos los sentidos. No teníamos vida después del *ballet*, no podíamos tener amigos fuera, ni pareja, no nos pagaban nada. Éramos esclavos totalmente —le contó Tania con una sonrisa melancólica.

—¿Y cómo llegaste aquí? —preguntó Eli con una rabia que partiría en dos al padre de aquella joven.

—Cuando ya cumplí la mayoría de edad empecé a ir de viaje con mis compañeros de baile por todo el mundo. En uno de los viajes a Inglaterra me

escapé, estaba muerta de miedo, sabía lo que hacían con la gente que escapaba cuando la encontraban. Conocí a Enzo, él me escondió y me protegió. Consiguí este trabajo para ambos, así que llevo con él desde entonces.

Eli se quedó fascinada por la historia de aquella chica, por lo que había pasado, por su fuerza, cualquier otra estaría destrozada llorando en un rincón y compadeciéndose de ella misma, pero ella no.

—¿Sabes que eres una mujer muy fuerte? Te admiro —admitió Eli.

—No soy fuerte, simplemente no se vivir de otra manera. Además, mira el lado bueno. aprendí muchísimas cosas en aquel *Ballet*. De no haber estado allí nunca lo habría conseguido.

—Aunque no nos conozcamos mucho, quiero que sepas que puedes contar conmigo para lo que necesites —dijo Eli de corazón.

—Gracias. —Tania posó su mano sobre la de Eli—. ¿Tienes ganas de bailar?

Tania miraba a Eli con una sonrisa pícara, como alguien que esconde algún secreto que no quiere desvelar.

—¿Bailar? ¿Ahora? Dime, por favor, que nos vamos a escapar a una discoteca y no me que me vas a obligar a ponerme unas mallas para pasarme la noche haciendo *plié* frente a un espejo —preguntó Eli con una ceja levantada.

Tania no pudo evitar romper a reír por el humor que poseía aquella chica, en ese sitio hacía mucho tiempo que necesitaban alguien así.

—Te prometo que nada de *ballet* esta noche. Las noches son nuestras. No podemos ir a una discoteca, ya que la mayoría son menores, al menos de los países de donde venís, pero como no podéis salir, la fiesta la montamos aquí —dijo a la espera de su reacción.

—¿En serio? O ¿Es una broma a la nueva? Mira que tengo poco sentido del humor desde que llegué a este sitio.

—Te lo enseñaré, ¿has terminado? —preguntó Tania con aquella sonrisa que mostraba sus dientes blancos y que algo le decía a Eli que nunca la abandonaba.

—Sí, vamos.

Eli se levantó dispuesta a acompañar a su salvadora aquella noche. Total, no tenía nada mejor que hacer. Prefería bailar a bajar de nuevo a la celda a dar vueltas toda la noche, con el frío le sería imposible dormir. Al día siguiente, sabía que tendría que lidiar con varias cosas: la directora, el Profesor Maligno, contactar con James para que supiera que estaba bien, sobre todo,

para que encontrara al novio de Ariadna, y de esa forma que se pudieran comunicar, y, por último, darse una ducha. Se sentía algo sucia, aunque se hubiera duchado aquella misma mañana.

Caminaron por los pasillos a oscuras, Tania parecía conocer cada recoveco de aquel lugar. Por la historia que la chica le había relatado entendía algo más, cómo una persona tan amable acababa trabajando en un sitio tan horrible, y de alguna forma odiaba algo menos al profesor, aunque solo un poco.

Entraron por la sala de baile donde ese mismo día ella terminó tan mal, lo pasaron de largo hasta alcanzar una puerta al fondo del aula.

—¿Me llevas a algún lugar oscuro y apartado dónde secuestrarme? Ya te adelanto que mis padres no te darían ni un centavo por mí —bromeó Eli, aunque con cierta amargura, ya que sabía que sus palabras eran ciertas.

—¿No te han dicho nunca que eres muy impaciente? —contestó Tania para picar un poco a la morena que la seguía por detrás.

—*Nah*, solo un par de veces o tres, nada importante —le sonrió enseñando los dientes, por lo que Tania no pudo evitar reír.

Cruzaron la puerta de la clase y anduvieron por un pasillo ya iluminado, a Eli ya le parecía oír música al fondo, aunque no podría decir que canción era. Por esa zona que caminaban era distinta a todo el resto de la inmensa mansión. Los suelos sí eran de madera imitando a los otros, pero las paredes eran de un blanco immaculado. En ambas paredes había puertas de madera del mismo color, igual de pulcro. Es como si aquella zona hubiera sido hecha después por algún motivo.

Según avanzaban, la música sonaba más cerca, más fuerte. Eli no sabía el porqué, estaba nerviosa, todo aquello era nuevo para ella. Cuando era pequeña había sido bastante confiada con todo el mundo, sin embargo, al abandonar la seguridad de su hogar para explorar que el mundo real, aprendió a desconfiar de todo. Ahora mismo se encontraba en un sitio, en el cual la mayoría de gente no se portó bien con ella. Tania no había sido una de ellos, aun así, tenía que andarse con pies de plomo.

—¿Falta mucho? —preguntó Eli más por hablar de algo que por saberlo en realidad.

Tania se giró para sonreírle y se encogió de hombros.

—Ya llegamos, señorita tengo dos años —contestó sacándole la lengua.

Eli no pudo evitar sonreír ante el comentario de la chica, le sirvió para relajar algo los músculos que llevaba tensos.

No tardaron mucho en llegar, lo que tenían justo en frente era una puerta

doble bastante grande con el cartel de cafetería. Tania abrió para que Eli viera algo que la dejó totalmente sorprendida.

Era una sala enorme parecida al gran comedor de la mansión. Había una barra con varias banquetas altas, un billar donde jugaban algunos chicos, dardos, mesas con sus sillas y en la parte más alejada, una zona despejada que usaban de zona de baile. Caminaban a la vez que Tania saludaba, Eli miraba con detenimiento todo lo que se encontraba. El suelo era de madera de un color brillante, se notaba que lo tenían bien cuidado. La luz era tenue para dar un aspecto más íntimo al lugar, hacía calor, aunque las ventanas estaban abiertas. Eli dedujo que era más por las personas que bailaban e irradiaban aquel calor. Se sentía como si se hubiera remontado al pasado, a la película de *Dirty Dancing* en concreto, a la escena en la que Baby acababa por accidente o por curiosidad en la zona donde las personas del servicio se dedicaban a bailar después del trabajo. Solo que ella no era Baby y aquellas personas no bailaban música de los 60, ahora apretaban sus cuerpos al ritmo de una *kizomba*.

Sin embargo, no era el tipo de música que Eli elegiría para bailar, la danza era su pasión, por lo que conocía la mayoría de estilos, aunque no los practicara. Siguió a Tania hipnotizada por la visión que tenía delante. Pasaron a través de las parejas que bailaban con la piel brillante por el sudor. Algunos sonreían, otros tenían pasión en la mirada. Allí había congregada gente de todo tipo, desde alumnos, personal de la institución hasta guardias, en aquel momento no importaba quién era, eran uno solo al ritmo de la música. La mayoría de rostros no los reconocía, otros los conocía en clase, sobre todo, al aquelarre de Gretel. Debería haber intuido que la Bruja estaría allí contoneándose al ritmo de la música, para que todos supieran que ella era el centro del mundo.

Sus ojos recorrían todo con curiosidad hasta que se posaron sobre algo o, mejor dicho, sobre alguien, su profesor de baile. Eli se arrancaría su propia lengua antes de decirlo en voz alta. Tenía que reconocer que estaba tremendamente *sexy*. Con su vaquero negro desgastado combinado con una camiseta blanca que se ceñía perfectamente a su torso musculado y húmedo. Él no reparó en ella, estaba concentrado en su pareja de baile, en un primer momento no cayó en que era la rubia odiosa, la que la había estado jodiendo todo el día. Solo que ya no parecía la princesita del cuento, ahora parecía más bien la ramera. Que conste que a ella le parecía bien, que cada uno vistiera como quisiera, pero ella le caía mal.

Después de unos tacones de más de trece centímetros en los que estaba subida y sus medias, llevaba unos pantalones cortos vaqueros, bueno, *minivaqueros* que dejaban la mitad de las cachas del culo al aire. Menos mal que estaba de espaldas para evitar de esa manera que viera lo que enseñaba por delante.

La verdad es que tenía que admitir que verlos bailar era digno de admirar. Sus cuerpos se movían en una armonía perfecta, más que una danza parecía que se hacían el amor en aquel baile. Lo reflejaban en cada movimiento, con cada roce, con cada paso o mirada. Estaban muy compenetrados.

Aunque no era el tipo de baile que Eli elegiría, tenía que reconocer que sentía una punzada de celos, le gustaría sentir ese tipo de conexión con James al bailar.

—¿Te gusta? ¿Has bailado alguna vez *kizomba*? —preguntó Tania en su oído para que la oyera a través de la música.

—¡Qué va! Esta música no es para mí. Tengo que reconocer que es bonito verlo —contestó sin poder apartar la vista del espectáculo que tenía delante.

—Eli, tú puedes bailar cualquier cosa que te propongas —Eli se giró para observar a Tania que la miraba muy seria, como si realmente estuviera convencida de ello—, nunca lo dudes.

—Gracias, pero de verdad que no me veo. No me habías dicho que estaría el aquelarre de brujas aquí —dijo sin apartar los ojos de aquellos cuerpos.

—Bueno, sin la bruja mayor —Tania señaló con la cabeza a Gretel— esto no sería posible, así que, aunque me guste menos que a ti, no nos queda otra que aguantarla o se nos acabaría esto.

—¿Y eso? —preguntó extrañada de que esa rubia tuviera tanto poder.

—Ven, vamos a por algo de beber y te lo cuento por el camino. —Eli asintió, Tania la cogió de la mano y tiró de ella.

La siguió no sin antes echar una última mirada al profesor, esta vez se encontró de lleno con los ojos de él clavados en ella. Su mirada era tan intensa que tuvo que retirar la mirada y concentrarse en la espalda de Tania.

Eli no se consideraba una persona curiosa, pero en esa ocasión sí le interesaba saber más de la rubia. Hay que conocer siempre el máximo posible de información sobre el enemigo.

—¿Cerveza? —preguntó Tania.

—Por favor. —El camarero bastante atractivo levantó una ceja a lo que Tania contestó poniendo una cara adorable.

—Por tu primer día superado. —Brindó Tania.

—A duras penas —contestó Eli y ambas bebieron.

—Ella es la dueña de todo esto —soltó de golpe Tania y Eli por poco se ahoga con la cerveza.

—¿Qué? —preguntó mientras recuperaba el aliento.

—Lo que has oído, esa niña malcriada es la hija del dueño de todo esto —le contó mirando con disgusto a la chica que bailaba con el profesor—. Al poco de llegar aquí nos hicimos amigos de mucha gente del personal. Todos nos moríamos del aburrimiento después de trabajar todo el día en este mausoleo, así que decidimos venir aquí a pasar el rato.

—Y os pilló. —Se adelantó Eli.

—Algo así, no seas impaciente. La niña, por lo visto, se había encaprichado de su profesor de baile, se le notaba a la legua, al menos yo sí. Enzo siempre ha sido bastante despistado para eso. Ella dispuesta a ir a por todas, fue una noche a buscarlo. Tú ya me entiendes... aunque ella diga que se perdió. —Eli puso los ojos en blanco—. Total, que nos pilló con las manos en la masa. Ella dijo que estaba encantada de que lo pasáramos «todos bien», así nadie lo sabría. Desde ese día la tenemos por aquí con su séquito.

—Al profesor no parece desagradarle —contestó Eli mirándolos.

—Enzo no ve lo que los demás vemos en ella. Piensa que solo es otra niña rica malcriada. Yo pienso que tiene maldad, que si algún día él no hace lo que ella quiere lo hundirá hasta un lugar que nunca podrá salir.

—Pienso lo mismo que tú, reconozco que soy muy desconfiada por naturaleza, pero hay algo en ella que no me gusta nada. ¿Es menor? —preguntó a sabiendas de que eso le podría costar muy caro al profesor.

—No, ella es de aquí, tiene veinte años, así que es mayor de edad. Menos mal...

No les dio tiempo a seguir hablando por que oyeron un grito a sus espaldas.

—¡Eli! —Oyó un gritito de alegría tras de sí.

Se giró de forma automática, ya sabía quién era antes de voltearse, era Ari.

—¡Ari! ¡Cómo me alegro de verte! —Ari que era muy impulsiva no se lo pensó dos veces lanzándose a sus brazos. Ella no era muy de muestras de cariño, pero la aceptó gustosa.

—Yo también a ti. Cuando te llevaron hoy a ver a la directora, me temí lo peor. Luego, Tania vino a verme y me prometió que te sacaría y te traería aquí. —Se apartó un poco, aun así, no quiso soltarla.

—Sí, ha sido toda una sorpresa. —Le guiñó un ojo a Tania—. Ahora dime, ¿qué hace una chica como tú en un sitio como este? —preguntó Eli divertida

porque Ari se sonrojó.

—No suelo venir, pero como Tania me dijo que vendrías no me lo podía perder. Eres mi única amiga —contestó sonrojada.

—Es broma, Ari, no sabes cómo me alegro de que estés aquí.

—Ahora tienes dos amigas, no me ignoréis —protestó Tania—. Vamos a bailar, anda.

Eli la miró levantando una ceja, vio que a Ari le hacía ilusión y se apuntó. No antes sin quitarse la mayoría de ropa que le sobraba, allí la temperatura era elevada. Se quedó con unas mallas, una camiseta de tirantes y las zapatillas, no era su ropa preferida, ya que no le gustaba llevar ropa ceñida, sin embargo, era de lo que disponía en aquel momento, así que tendría que conformarse.

La canción que sonaba en ese momento era *Vivir mi vida* de Marc Anthony. Le encantaba esa canción, cómo hablaba de vivir y disfrutar cada momento. Ahora no quería pensar en todos los problemas que tenía, en lo que le contó Tania aquella noche, ni siquiera en James, solo quería disfrutar. Y así fue; bailaron, rieron como locas e hicieron el tonto. No tardó en sumarse Tomy a la fiesta. Se había cambiado, con vaqueros y camiseta, mucho más cómodo. Como era el único chico del grupo se turnaba para darles vueltas a las tres. Eli tenía que reconocer que era muy divertido y alto. Sentía que bailaba con un árbol. Lo bueno de aquel sitio es que la gente no las miraba por lo que hacían, todos disfrutaban al ritmo de aquella canción. Por una vez, desde que había llegado, se sentía libre en vez de encarcelada, estaba feliz.

En unas de las vueltas, ya algo mareada por tanto movimiento, chocó con el pecho de alguien sin parar de reír.

—Disculpa —se disculpó con una sonrisa, al menos hasta que miró hacia arriba y se percató de quién era. Enzo, su profesor de baile. La cercanía de su cuerpo duro la puso nerviosa.

—No te preocupes —contestó él quitándole importancia.

Ella asintió e intentó marcharse con sus amigos para seguir bailando, pero parecía que él no tenía los mismos planes. La sujetó con una mano firmemente la espalda.

—Bueno, voy a volver con los chicos. —Intentó excusarse con timidez, cosa rara, ya que ella no lo era, sin embargo, aquellos ojos tan penetrantes que la observaban hacían auténticos estragos en su cerebro.

—¿Me dedicas este baile? —Eli clavó su mirada en él—. Por favor.

¿El Profesor Maligno le pedía algo por favor? Algo en aquellos ojos

oscuros le decía que no tenía ninguna posibilidad de negación, por lo que asintió sin ni tan siquiera fijarse en que canción había empezado.

Eli notó como Enzo la separaba un poco del grupo, hacia una zona un poco más espaciosa. Eso sí, sin separar sus cuerpos ni un solo milímetro, en ese momento dudaba que entre ellos cupiera tan siquiera el aire.

Él tenía la mano derecha posada en la mitad de su espalda, de una manera firme, segura, ese simple gesto calentaba la piel que tocaba. No conseguía tener un pensamiento razonable en aquel momento, lo único que sabía era que no podía apartar los ojos de los de él. Los primeros acordes de la canción le llegaron a través del desconcierto que sentía en aquel momento. *Solo por un beso*, una bachata... Imposible, ella no sabía bailar aquella música.

—Profesor, disculpe, pero no tengo ni idea de bailar esto —habló tan bajo que apenas parecía un susurro. Estaban tan cerca que él la oyó perfectamente.

—La música no se tiene que saber bailar, solo se siente aquí adentro. — Posó su mano libre justo en la zona de su corazón sin tocar su pecho, aun así, hizo que este se acelerara por el contacto, por la cercanía de aquel hombre—. Cuando la sientes solo tienes que dejarte llevar. Confía en mí —le susurró esto último al oído y toda su piel se erizó en respuesta.

«Piel traicionera», pensó Eli. Y fue lo último que pensó la parte racional de su cerebro.

Ella asintió, lo único que consiguió hacer. Cogió aire, puso los brazos sobre los hombros de Enzo dejándose llevar por los pasos maestros de él. Sus pechos estaban totalmente acoplados, sentía cada centímetro de él, la humedad de su piel a través de la ropa, la dureza de su fibroso cuerpo. Seguía el ritmo de sus caderas, que se movía en perfecta armonía en cuatro movimientos para un lado, luego para otro y terminaba con una suave sacudida de cadera. Pequeñas embestidas que la volvían loca.

Una parte de ella no podía evitar sentirse mal por James, como si hiciera algo malo. Su mente era una cosa, pero su cuerpo... En ese momento estaba húmeda, excitada, ella amaba a otro hombre, sin embargo, su cuerpo gritaba por fundirse con el que bailaba, con el que hacía el amor en cada paso. Sentir la masculinidad del profesor apretando sobre su vientre con cada movimiento nublaba su mente. Se olvidó de todo lo que la rodeaba, de la gente, de ese horrible lugar, que ese hombre que la llevaba a la locura era odioso, solo quería sentir más, tenerlo sin ropa para comprobar si en el sexo se movía igual de bien.

Eli sacudió la cabeza para intentar ahuyentar todos aquellos pensamientos

que hacían que mirara al profesor con deseo mientras se mordía el labio inferior. Tenía que ser adulta, pensar con claridad. Solo era un baile, los bailes latinos eran muy pasionales, solo eso. Sobre James, no hacía nada malo. Que tuviera pareja no significaba que no pudiera mirar el menú. Además, no se estaba enrollando con nadie. Solo bailaba. Aunque si solo era eso... ¿Por qué se sentía tan caliente? ¿Por qué ese hombre con el que se restregaba cada parte de su ser era el plato estrella del menú?

Eli vio como las pupilas de Enzo se agrandaban cuando la miraban, entonces, cayó en que se humedecía el labio. Apostaría cualquier cosa a que, si se pudiera ver a través de los ojos del profesor, vería que le devoraba con la mirada. Se sintió avergonzada, aunque estuviera muy excitada, él no tendría que saberlo, le odiaba. Tenía que disimular, no le daría el gusto de conocer su estado.

—Siento lo que ocurrió hoy en clase. —Esa disculpa pilló desprevenido a Enzo, no se lo esperaba. Su mente estaba muy alejada de aquello en aquel momento.

—¿Qué es lo que sientes? —siguió aquella conversación por que los pensamientos que tenía sobre aquella chica y que sentía con todo su cuerpo estaban muy lejos de ser los correctos.

—No hice aposta lo de bailar de esa manera que lo irritó, yo bailo de esa manera. Hace muchos años que dejé los bailes de salón y el *ballet*. Me refiero, no lo hice en acto de rebeldía ni para molestarlo. A partir de mañana, si me permite volver a su clase, bailaré lo que me digan. —Enzo estaba impresionado por las palabras de aquella chica, la conocía poco, pero todo lo que empezaba a saber de ella lo intrigaba.

—Entonces, ¿qué bailas? —Quiso saber, necesitaba saber más sobre aquella joven que no se parecía a ninguno de los alumnos que tenía y a la que quizás juzgó mal.

Eli bajó la cabeza un momento, meditó si contarle algo tan íntimo a una persona que esa misma tarde la llevó a la directora para que la metieran en la fosa. Tania la había salvado y parecía confiar en él, por lo que le contaría solo lo justo.

—Bailo *Street Dance* —confesó Eli mientras miraba al profesor.

La respuesta lo pilló por sorpresa. Es verdad que vio algún paso, pero nunca habría pensado que una chica de su posición aprendería bailes callejeros. Quizás tenía un profesor privado, eso le cuadraba más.

—¿Tus padres te permiten practicar ese tipo de baile? ¿Te pagan un

profesor para eso? —preguntó, quería saber más, intentaba olvidarse de su miembro duro que luchaba por salir de su pantalón y hacerla suya. No sabía bailar la bachata, sin embargo, era bailarina por naturaleza y el movimiento de su cadera lo volvía completamente loco.

Eli no pudo evitar romper a reír al imaginar a sus padres pagando a un profesor para que ella bailara *Street Dance*, antes le amputarían las piernas para que no bailara más.

—¿He hecho un chiste? —preguntó él algo molesto apretándola un poco más junto él.

—No. Disculpe, profesor, solo me reía al pensar en mis padres haciendo eso. —Las arrugas en la frente de Enzo se relajaron—. No creo que sea de su incumbencia, pero en disposición a una tregua para poder volver a sus clases, le diré que el verdadero *Street Dance* no te lo enseñan en clases particulares, se aprende en las calles.

Enzo no daba crédito a lo que le acababa de decir aquella chica, seguramente ella y su familia tenían más dinero del que él tendría en tres vidas y, aun así, ¿salió a las calles a aprender *Street Dance*? Estaba intrigado, tenía que saber más.

—¿Me estás diciendo que tus padres permitieron que «una chica como tú» saliera a las calles a aprender? —Esa palabra quizás sonó algo despectiva.

Eli levantó una ceja, esa última pregunta había enfriado algo el calor que sentía. Daba por hecho que porque sus padres tuvieran dinero era una niña consentida y mimada, pues estaba muy confundido con ella. No pensaba revelarle nada más.

—Tiene demasiados prejuicios, profesor —soltó, antes de separar un poco su cuerpo del de él, con el ceño fruncido.

Enzo estaba excitado y ahora, además, intrigado. Esa chica era como una caja hermética llena de sorpresas que él quería descubrir, sin embargo, ella no se lo iba a poner fácil. Él era muy cabezón y conseguiría sus respuestas sin duda, pero no sería esa noche, una voz muy conocida para él consiguió que sus miradas dejaran de medirse.

—Enzo, cariño, ya has hecho tu obra de caridad del día. Ahora toca que me prestes la atención que me merezco, no sé por qué has dejado que la basura venga aquí, con gusto la sacaré fuera. —Enzo miró más allá de los ojos negros de Eli para encontrar a Gretel con cara de pocos amigos. Ella siempre tenía que ser el centro de su universo, de lo contrario, entraba en berrinche como una niña. Él quería quedarse, estaba intrigado, excitado, quería saber más de

aquella joven, sin embargo, sabía que necesitaba a Gretel y tenía que ir con ella.

—Voy en seguida, Gretel, dame un segundo —pidió Enzo con una sonrisa forzada que en ese momento no sentía.

—¡Ahora! —exigió con una sonrisa.

Eli consiguió separar sus ojos de los de Enzo para mirar a la rubia que tanto detestaba. Escuchó las palabras de Gretel, pero si algo le habían enseñado las calles, es que a gente de su calaña es mejor no responderla. Les jode más ser ignoradas que cualquier insulto que les puedas hacer. Como Eli no le contestaba, Gretel volvió a la carga.

—Enzo, cariño, te he dicho que dejes de tocar a la basura. Vámonos a la habitación te quiero dentro de mí, ahora. —Enzo cerró los ojos, le encantaría decirle un par de cosas a esa niñata engreída que se pensaba que era de su propiedad, pero tenía que pensar en su madre. Necesitaba el baile benéfico. Después de aquello no tendría que verla más.

Eli era otra cosa. Una cosa era ignorar y otra cosa, era dejar que te pisen, ella nunca dejaba que nadie la pisara.

—Hombre, ¡si está aquí *Miss Zorra* de Enero! Te diré algo, conmigo hará la obra de beneficencia al bailar una canción, no obstante, estoy segura de que contigo tiene que aguantar las ganas de vomitar mientras te folla. ¿Le pones una bolsa en la cabeza? —preguntó a Enzo que a punto estuvo de reír—. Yo lo haría sin duda. Por cierto, espera —Eli se metió la mano en el sujetador por dentro de la camiseta, sacó cinco dólares y se los tiró con desprecio a la cara de la rubia—, al polvo de esta noche invito yo.

Gretel no daba crédito a todo lo que le había dicho la Zarrapastrosa esa, la ira se apoderó de ella como si fuera una fiebre, sin pensarlo se fue directa a por Eli; no llegó a ella, ya que Enzo se interpuso.

—Voy a acabar contigo —la amenazó la rubia.

—Te esperaré gustosa, eso sí, te advierto una cosa, de dónde yo vengo no tiramos del pelo. Como vuelvas a meterte conmigo o con alguien que aprecie, no te va a reconocer ni tu familia. —Le guiñó un ojo antes de irse con sus amigos.

La rubia se marchó airada para otro sitio, Enzo la iba a seguir, pero antes sujetó a Eli del brazo.

—Gracias por la canción y, por favor, cuando estemos aquí prefiero que me llames Enzo a profesor. —Le dedicó una sonrisa. Cosa que sorprendió a Eli, no imaginaba que Don Serio supiera sonreír.

—Trato hecho, siempre y cuando tú me llames Eli.

—Hecho. —Le guiñó un ojo antes de seguir a la rubia.

Eli vio como Enzo desaparecía entre la gente siguiendo a la rubia que movía las caderas, de tal manera que parecía que se le iban a desencajar de un momento a otro. Sabía que debía volver con sus amigos, sin embargo, no se podía mover, estaba estática en el mismo sitio donde el Profesor Maligno la había dejado convertida en un mar de lava. Despertó algo dentro de ella que no era lo correcto, ella amaba a su novio con todo su corazón. Por otro lado, era una mujer, lo normal es que su cuerpo reaccionara ante un buen cuerpo masculino en un baile tan sensual o ¿no? Mejor era no pensar en ello.

—Has bailado con el profe macizo —susurró una voz divertida junto a su oído.

Agradeció que al menos Ariadna no fuera de las que daban grititos para no dar más opción que todos se enteraran y contemplaran lo turbada que se encontraba en aquel momento. ¿Él lo habría notado? Esperaba que no.

—¿El profe macizo? —Miró a Ari, quería hacerse la indiferente.

—Venga, no me dirás que no has notado que es el profesor más *buenorro* que tenemos. —Ari le hizo ojitos para indicarle que no la creería si insinuaba lo contrario.

—No es mi tipo, demasiado mayor y gruñón. Parece que tiene un palo metido por el culo —mintió mirando para otro lado, nunca fue su punto fuerte —. Además, quiero mucho a mi novio. Vamos con los demás.

Ari asintió sin borrar ni por un segundo esa sonrisa pícaro de su cara.



Capítulo 9

La chica de los ojos negros



Enzo siguió a Gretel de cerca, aunque en ese momento no era lo que más le apetecía. Con disimulo, miró hacia atrás para ver a Eli y a Tania, con varios amigos más, bailando mientras reían. Él quería quedarse, formar parte de eso. Sabía que le iba a esperar una noche muy diferente. Algo a lo que nunca decía que no. Era pronto, normalmente la rubia que andaba delante suya y movía las caderas de forma demasiado exagerada para su gusto, prefería bailar hasta

bien entrada la madrugada para presumir delante de sus amigas, así luego poder arrastrarlo al dormitorio y saciar su necesidad de sexo hasta caer los dos rendidos. Intuía que no le había gustado nada haberlo visto bailar con la alumna nueva, pero ese era su problema. Él hacía lo que quería con quién quería.

Según caminaban hacia la salida saludaba con la cabeza a la vez que sonreía a compañeros y amigos, no tardaron en salir por las puertas que les separaban de los pasillos que los llevarían a sus dormitorios. Siempre se quedaban allí, a ella le daba más morbo estar en el cuarto del profesor. No tardó en hacerse notar, se giró para empujar su cuerpo junto el suyo y atraparlo sobre la fría pared.

—¡Te deseo! —ronroneó ella muy cerca de su pecho mientras pegaba mucho sus pechos a su cuerpo.

—Yo a ti también, Gretel, pero sabes que no me gusta que hagas esto en público —la amonestó Enzo.

—Lo sé, me he sentido celosa cuando te he visto con esa Zarrapastrosa. No quiero que la vuelvas a tocar, Enzo —exigió ella con voz melosa al tiempo que tocaba su miembro por encima del pantalón.

Aquella joven no estaba acostumbrada a recibir un no por respuesta, sin embargo, Enzo no obedecía órdenes de nadie. Gretel, en el fondo lo sabía, por eso intentaba utilizar su sensualidad para conseguir lo que quería, aunque tampoco le serviría con él.

—Gretel, sabes que Elisabeth solo es otra alumna más, por lo que bailaré con ella como hago con el resto. —Eso pareció no gustarle a la rubia, que cambió el gesto—. ¿Con quién me voy luego a la cama?

—Conmigo —contestó satisfecha.

Enzo nunca llegaría entender como una persona que lo tiene todo, como por ejemplo, la chica que se restregaba con él en aquel momento, podía albergar tantas inseguridades.

—Vamos —dijo él, fue más una orden que una petición. Ella se agarró de sus hombros, cogió impulso y le rodeó las caderas con sus piernas.

Enzo se encaminó a la habitación, menos mal que estaba a tan solo unas puertas de allí. No le gustaría que fueran descubiertos de esa manera. No era que lo suyo fuera un secreto, no, ella se había encargado de que todos se enteraran de que tenían algo para que ninguna mujer se le acercara, ya fuera alumna o personal del centro. Cuando empezaron a estar juntos, él le dejó muy claro que no tendrían una relación, lo suyo era algo físico, nada más, aun así,

ella no lo quería compartir. A él no le parecía mal mientras no se hiciera ideas equivocadas de lo que tendrían al final.

Llegó a la puerta del dormitorio y ella depositó en su cuello un reguero de besos, algo que sabía perfectamente que calentaba su piel. Era una de sus partes más erógenas, así que se dejó hacer durante unos instantes quedándose quieto en el centro de la habitación a oscuras, tan solo con el ruido de la noche que entraba por la ventana acompasado con sus respiraciones, que empezaban a alterarse.

Cuando Gretel se dio por satisfecha, bajó despacio por el cuerpo de Enzo. Estaban cerca de la cama, por lo que con un grácil movimiento lo empujó para que quedara sentado observando lo que haría a continuación.

Gretel se descalzó, se dirigió despacio al mueble, en el cual se encontraba el aparato de música y lo encendió. Incluso a oscuras conocía aquella habitación al dedillo. Comenzó a sonar una canción lenta, perfecta para lo que ella se disponía a hacer. De espaldas a Enzo, empezó a contonear su huesudo cuerpo para que se deleitara con la visión de sus glúteos casi desnudos.

Siguiendo el ritmo de la canción se agachó para ofrecer una vista aún más esclarecedora.

Se giró mientras se empezaba a desabotonar la camisa blanca que llevaba anudada a la cintura. Enzo la miraba sin perderse ni un solo movimiento de las manos de Gretel sobre su propio cuerpo. No era una persona que elegiría como pareja, pero tenía que reconocer que físicamente lo atraía, le gustaba el sexo, se lo demostraba cada noche de muchas maneras, eso lo satisfacía. La ropa desapareció de su cuerpo cayendo sobre el suelo para dejar un bonito conjunto de ropa interior de encaje rosa chicle. Los ojos de Gretel se anclaron en los de él, prometían placer de maneras inimaginables.

La canción terminó dando paso a la de *7 Rings*. En ese mismo momento, dejó de ver los azules ojos de la rubia que bailaba delante suyo para contemplar dos diamantes negros y a la portadora de ellos. Ya no se encontraba en aquella humilde habitación. Estaba en su clase de baile, veía un cuerpo lleno de curvas que danzaba al compás de aquellas notas, deleitándose de los gráciles movimientos de aquella chica de mirada misteriosa. Pensaba en cómo su forma de bailar era distinta a todos aquellos que estaban en aquella institución. Era libre, sensual, no seguía una norma establecida, no era *ballet*, ni salsa, era una mezcla de todo, tan bello de contemplar y él, como un buen imbécil, la castigó por ser diferente a los demás, por haberle hecho sentir algo dentro de él que pensaba que estaba muerto.

Tania tenía razón en todo lo que le había dicho, esa chica tenía algo especial, algo diferente, no la conocía, no sabía nada de ella, pero quería conocerla más al menos en el tiempo que estuviera allí.

—¿Estás bien? —preguntó Gretel. Lo que trajo a Enzo de vuelta a la realidad mientras se subía a horcajadas sobre él.

—Claro, preciosa. Aquí, esperándote ansioso —mintió. Quizás unos minutos antes era así, ahora tan solo se moría de ganas de volver a la fiesta con el resto de gente, con Eli.

Ella sonrió, sabiendo que tenía toda su atención. Eso le gustaba tener siempre, el poder en la mano.

Enzo no esperó más, la cogió, le dio la vuelta para que ella quedara tumbada sobre su espalda y le dejara libre acceso a su delgado cuerpo. Atrapó sus labios con su boca, la saboreó y le robó más de un gemido de ella. Las manos, mientras tanto, obraban su magia por encima de la ropa interior, aunque no se demoró en mandarla al suelo junto al resto.

Recorrió el cuerpo de Gretel como si fuera el plato más delicioso que degustar, notaba el deseo, la necesidad empujaba dentro de él a la vez que los gemidos y la humedad que encontró en ella le demostraban que era algo recíproco. Hundió su lengua en aquel montículo que sabía que a ella le producía tanto placer, lo llevaba totalmente rasurado para darle aún más acceso. Ella gemía su nombre y entrelazó sus dedos en el cabello de Enzo, sentía como el clímax se encontraba muy cerca. Él era un amante generoso, siempre la satisfacía antes, y a poder ser, después también.

Enzo notaba como los pliegues de ella se tensaban alrededor de su lengua, se humedecía más deleitándose con su néctar. Aumentó su ritmo, quería oírla gritar su nombre para luego hacerla suya como tantas veces antes. El orgasmo no tardó en hacer acto de presencia, tal y como vaticinó, Gretel gritó su nombre. Esperó mientras los espasmos se sucedían a la vez que lamía despacio aquella zona que se quedaba tan sensible después, hasta que estuvo seguro de que había recibido todo el placer.

Rápidamente se despojó de su ropa, trepó como un felino por la cama con necesidad urgente para encontrarse dentro de aquel cuerpo tan caliente y apetecible. Al llegar al punto exacto, ella elevó las caderas para recibirlo, cosa que hizo gustoso. De una sola embestida se hundió en su cuerpo, de forma automática apretó sobre su miembro y consiguió que esta vez él fuera el que gimiera de placer. No podía esperar, así que empezó a entrar y a salir dentro de la chica rubia, que clavaba las uñas en su espalda con desesperación

buscando su segundo orgasmo. Él estaba cerca, la presión que ella ejercía lo volvía loco, lo sabía.

Unas embestidas más, podía sentir que los corazones de ambos latían desbocados hacia una misma meta, el placer. La piel sudaba, los cuerpos ardían, sintió que ya no podía más, una sensación de frenesí le recorrió todo el cuerpo, desde la cabeza hasta la punta de los pies. Había dejado de sentir las uñas clavadas en su espalda, ya nada importaba, solo lo que sentía.

Culminó con un gran placer, como una descarga eléctrica, tenía los ojos cerrados y cuando fue a abrirlos, ahí estaban de nuevo aquellos ojos negros.



Capítulo 10

El mensaje cifrado



Eli regresó un par de horas antes de que hicieran el cambio de turno los guardias, así que no pudo dormir demasiado. Sin embargo, no lo cambiaría por nada, hacía mucho que no se lo pasaba tan bien. La compañía de sus nuevos amigos, un par de cervezas y bailar sin parar era el mejor plan que se le podía presentar en un sitio como aquel.

La mismísima directora la fue a sacar de aquel agujero para cerciorarse de

que había aprendido la lección, era todo un encanto la Bruja. Eli interpretó su papel de arrepentida, prometió que no volvería a comportarse de aquella manera, por una parte, no quería volver a ese sitio que apestaba a desinfectante, sobre todo, por James. Conocía como se las gastaba su progenitor, no dudaría en encerrarlo y tirar la llave si aquella arpía le contaba que no se comportaba como ellos esperaban.

Le permitieron ducharse y prepararse para ese nuevo día. Cuando llegó a la habitación, Ari ya no estaba.

Seguramente ya había bajado, por lo que se duchó con rapidez, se puso el maldito uniforme y recogió su pelo mojado en una coleta alta.

Corrió escaleras abajo para un desayuno rápido, ya que sus compañeros ya habían terminado de desayunar. Después, a su clase de chino, pintura, seguida de literatura; la primera del día que compartía con su amiga Ari. No tuvo ocasión de hablar mucho con ella porque la profesora era algo estricta al respecto. Lo bueno, es que les mandó hacer un trabajo sobre autores de la época romántica, era perfecto para lo que tenía planeado, o al menos esperaba que funcionara.

Sonó el timbre y los alumnos recogieron sus cosas mientras hablaban con tranquilidad. Eli salió la primera. Esperó en la puerta para abordar a su amiga Ari que charlaba con Thomas. En cuanto la vio, ensanchó la sonrisa.

—¡Hola! No he conseguido hablar contigo en toda la mañana —saludó Ari.

—Ya, ha sido una mañana de locos, esto de estar castigada pasa factura —contestó Eli. Le guiñó un ojo a su amiga que soltó una risita.

—Chicas, ¿venís al jardín a jugar al póker? —preguntó uno de los chicos del grupo del que se habían hecho amigas.

A Ariadna parecía hacerle ilusión el plan, pero Eli tenía otro muy distinto.

—Gracias, Thomas, ahora mismo tenemos que hacer una cosa. En cuanto terminemos, iremos —contestó Eli por las dos antes de que Ari pudiera replicar.

—¿Sí? —preguntó su amiga a la vez que abría aún más sus ojos verdes.

—Sí, tenemos que buscar una cosa sobre lo del trabajo. —Eli la miraba con cara de situación para ver si su amiga entendía que tenía un plan.

Ari no sabía de qué hablaba, aunque sí sabía que debía seguirle la corriente.

—Es verdad, qué tonta estoy, lo había olvidado. Vamos, Thomas nos vemos en un ratito. —El chico las miraba sin entender muy bien, pero se encogió de hombros y les guiñó un ojo antes de marcharse por los pasillos.

—Venga, que no tenemos mucho tiempo. —Eli tiró de su amiga—. ¿Dónde

está la sala de ordenadores?

—Por allí —contestó—. ¿Qué quieres hacer?

—Vamos a localizar a tu novio y a hablar con el mío —le dijo ilusionada por lo que tenía pensado.

—Es imposible. Eli, ya lo he intentado, tienen capada cualquier tipo de red social para que no podamos comunicarnos con el exterior —informó a su amiga con cara de pena.

—Tengo una idea, Ari, no sé si funcionará, pero recuerda algo, nosotras nunca tiramos la toalla. Si esto no funciona, buscaremos otra que funcione. ¿Queda claro? —preguntó Eli antes de entrar en la sala de informática.

—Sí. —Le dedicó su mejor sonrisa, agradecida de que hubiera llegado a su vida.

Eli le dio un pequeño achuchón antes de entrar en la sala. No había mucha gente en el sitio, seguro que los alumnos aprovecharían el día soleado en los jardines. En Inglaterra el sol suele escasear y hay que beneficiarse de cada rayo. El chico que estaba encargado de vigilar el aula era el estereotipo que todos tenemos de un hombre inglés; alto, desgarrado, pelo oscuro y gafas. Leía un libro, así que mientras que no hicieran mucho ruido no las molestarían.

Buscaron la mesa más alejada de aquel tipo, también una que no estuviera de espaldas para no ser pilladas en caso de que él se acercara de forma sigilosa.

Colocaron los libros en la mesa de al lado y se acomodaron en dos sillas frente al ordenador de última generación, se notaba que la institución no reparaba en gastos. Cosa que tampoco les debería extrañar, ya que el dinero que pagaban allí los padres seguro que era descomunal.

Mientras se encendía el ordenador echaron una última mirada al Lector Inglés, como lo apodó Eli en su cabeza.

—¿Qué vamos a hacer? —susurró nerviosa Ari.

—Espera y lo verás, impaciente. —Intentó que sonora como enfadada, aunque fue imposible, su amiga de cabellos naranjas era adorable.

—Anoche no pudimos hablar con Tania y los demás, pero te vi bailando con el Profesor Macizo —cuchicheó y soltó una risita que hizo que el Lector Inglés levantara la cabeza para observarlas—. Lo siento.

—Nos va a pillar, Ari. —Esta vez sí que la regañó.

Las palabras de su amiga resonaban en su cabeza, intentó no pensar en el profesor, algo bastante difícil. Le había hecho sentir cosas que no la dejaban indiferente, aunque ahora tenía que concentrarse en lo importante.

Golpeaba nerviosa con el pie la pata de la mesa mientras probaba varias webs sin mucho éxito, tal y como le dijo su amiga estaban capadas en aquel lugar, sin embargo, tenía que intentarlo. Solo rezó porque con su último intento obtuviera mejor resultado. Tecleó la dirección YouTube, si no funcionaba le iba a ser bastante complicado comunicarse con el exterior, aunque buscaría la forma hasta conseguirlo, no se rendiría.

La página web se abrió ante aquel par de ojos expectantes y Eli sonrió triunfal, sin embargo, Ariadna no sabía muy bien por qué lo hacía.

—¿YouTube? Esa página no sirve para comunicarse —preguntó Ari sin saber el motivo de la alegría de Eli.

—Eso es lo bueno, Ari, que la gente no lo suele usar para comunicarse. Es un sitio para oír música, ver vídeos, incluso documentarte para un tema, por eso no lo tienen aquí capado. Yo lo he utilizado más de una vez cuando me han dejado incomunicada mis padres, solo me dejaban las páginas básicas para poder estudiar. Ahora verás— le confesó Eli muy bajito para no llamar la atención del Inglés.

Ari estaba algo escéptica al respecto, pero si su amiga le decía que se podía, ella la creía.

Eli tecleó en el buscador de la web, *Stupid* de Aitana, salieron muchos resultados. Bajó entre ellos hasta que encontró uno que pareció gustarle más que el resto y entró. Ari quería preguntarle por qué ese y no otro, sin embargo, no lo hizo, no quería desconcentrarla en aquel momento. Dentro de la canción bajó por los comentarios, había tantísimos que tardaría días en mirarlos todos, pero observó los más recientes.

—¡Aquí está! —dijo triunfal.

—¿El qué? A ella todos los comentarios le parecían iguales, *fans* como locos por la canción.

—Este, mira —contestó señalando uno en concreto para que Ari reparara en él.

El usuario que lo dejaba se apodaba «muerto de hambre» y el mensaje decía:

Qué bonita esta canción, aunque nadie la baila como tú, Princesa Adinerada. ¿Dónde estás? Esto de no saber de ti me mata. Si no tengo noticias tuyas pronto iré a ver a los reyes para que me digan dónde encontrarte. ILY

—¿Cómo? —preguntó la pelirroja, si antes sentía curiosidad ahora estaba perdida totalmente.

—Luego te lo explicaré todo, te lo prometo. —Contuvo unas lágrimas al leer las palabras de James. Princesa Adinerada fue el ascenso que le dio cuando empezaron a salir, sin embargo, ella nunca lo dejó de llamar Muerto de Hambre. Eso sí, se querían con locura—. Dime el nombre y la dirección de tu novio.

—Trevor Collins, vive en la calle Mott, número 7.

Se puso a redactar la contestación:

Preciosa sin duda, una de mis canciones favoritas por los recuerdos que me trae. Estoy bien, a muchos km, espérame, en unos meses volveré y no podrás librarte de mí. Necesito un favor: 20184221518 21511118136, 228224 413 110 2011114 12152020 13 33 13214220 25151810. 38114 17214 0188 419200 18413, 17214 131519 215122113820184121519 19841216184 17214 161530121519 161518 419200 2013281513 25 17214 114 172184184. IMU

—¿Qué es la última parte? —preguntó Ari sin entender nada de nada.

—Es un mensaje cifrado, le he puesto el nombre de tu novio, la dirección, que le diga que nos comunicaremos con ellos a través de esta canción y que lo quieres —le contó Eli a su amiga que derramaba lágrimas por lo que hacía por ella, no estaba acostumbrada.

—Gracias, Eli, no sabes lo que esto significa para mí. —Cogió su mano y la apretó—. Oye y ¿tu novio entiende eso?

—Sí, cuando me incomunicaban debía tener mucho cuidado, así que aprendimos esta forma para comunicarnos. Cuando son temas que podemos decirnos abiertamente no pasa nada, pero si son datos como los que le he dado, mejor cifrados. No queremos que nadie se entere de lo que hacemos.

—De verdad, muchísimas gracias.

—No hay de que, te prometí que os reuniría y eso pienso hacer. Ahora vamos que tenemos que ir a clase de baile o me volverán a castigar y me niego a pasar otra noche en el agujero.

Ari asintió, tampoco quería que castigaran a su amiga de nuevo. Eli borró el historial de navegación para que no pudieran seguirles la pista. Y después de salir despacio de la sala de ordenadores, corrieron con risas hasta la sala de baile, donde fueron directas al vestuario.

Como había dicho el día anterior, iba a intentar comportarse en la clase de baile. No le caía demasiado bien el profesor, pero Tania sí, así que lo haría por ella y por no volver a estar castigada, eso también. Se vistió como su madre estaría orgullosa, con un mallot, medias negras a juego y las zapatillas

de *ballet*.

Miró la imagen que el espejo le devolvía y no se reconoció en absoluto, muy atrás quedaba aquella chica que se ponía esa ropa y danzaba a la música que sus padres querían. Aunque ahora lo haría por un motivo distinto, lo hacía por James, por el hombre que amaba, con el que quería pasar el resto de su vida y algún día llegar a formar una familia.

Lo echaba tanto de menos... Hacían planes juntos; cómo viajarían por el mundo y ayudarían a la gente necesitada junto al resto de su familia de bailarines, las manos sobre su cuerpo, cómo la hacía reír. Pensando en él, llegó a la clase donde la esperaban sus recién adquiridos amigos, pero también la bruja de Gretel y su aquelarre.

—No te acerques a Enzo, es mío —le susurraron al oído.

A Eli no le hacía falta verla para saber de quién se trataba esa voz tan molesta. Sin girarse le contestó:

—No te preocupes, yo tengo novio, uno de verdad, no un rollo prohibido. Además, no soy de las que se abren de piernas con tanta facilidad como tú, deberías echar el cierre de vez en cuando —soltó Eli seria, pero sin alzar la voz, con un tono frío y calmado.

La rabia de la rubia no se hizo esperar, agarró con toda su fuerza el moño alto donde se había recogido Eli su larga melena y tiró de ella con todas sus fuerzas. Lo que hizo que cayera al suelo en el justo momento que entraban Enzo y Tania por la puerta.

Eli sintió la ira crecer dentro de ella como si fuera fiebre, con una sola mano agarró la muñeca de Gretel, se levantó con rapidez y la hizo girar en el proceso, una llave que al retorcerle totalmente el brazo, no solo le hizo que la soltara, sino que la postró de rodillas.

—¿Qué pasa aquí? —gritó Enzo, más asustado, porque alguna saliera herida, que enfadado.

Eli se negaba a hablar, solo miraba a los ojos de la rubia, con desafío la retaba a que se levantara si podía e intentara de nuevo tirarle del pelo.

—Enzo, por favor —lloriqueó la rubia—, me hace daño.

—Mi nombre es profesor Berg —contestó Enzo con los dientes apretados. La rubia malcriada se había creído que podía utilizar sus trucos allí, delante de todos sus alumnos.

—Lo siento, señor Berg. Por favor, dígame a esta salvaje que me suelte —lloriqueó un poco más.

—Señorita Elisabeth, ¿qué ha ocurrido? —Esta vez suavizó el tono, algo le

decía que Eli no fue quien comenzó todo aquello.

—Lo siento, profesor, no soy de las que delatan —contestó y soltó de mala gana a Gretel cuando lo único de lo que tenía ganas era de estampar su puño en su operada nariz.

Enzo tenía que admitir que Eli era diferente a lo que había tras esos muros, podría insistir, quizás como profesor debería averiguar qué es lo que ocurría allí, pero si al final resultaba ser ella la culpable, no quería que por su culpa la volvieran a castigar. Según le contó Tania, cuando la recogieron la tenían sin mantas, sin comida y allí hacía un frío de mil demonios. Asintió a Eli para indicarle que no la presionaría más con el tema, pero una humillada Gretel insistió.

—No es de las que se chivan, es de las que la chupan, ¿verdad? Seguro que por eso te metieron aquí tus padres, porque eran incapaces de controlar a la zorra de su hija —escupió las palabras con todo el veneno que tenía.

Eli que se intentó contener por evitar otro castigo, por James, incluso por el profesor. No entendía muy bien por qué lo incluía, pero ya no pudo más, se fue directa hacia Gretel, la cogió del cuello y de un solo tirón la arrodilló frente a ella y levantó el puño para terminar lo que había empezado.

—Eli. —Entre la neblina roja que estaba metida escuchó la voz de Enzo que la llamaba, más que una llamada era una súplica.

Sin saber muy bien por qué lo hizo, soltó a la perra que tenía agarrada, la observaba desde el suelo con los ojos como platos esperando el golpe de gracia. Eli se volteó y dirigió el puño con toda la furia que sentía sobre la columna redonda que sujetaba aquellos techos. En el mismo momento que su mano impactó, se lamentó por ello. Un dolor la recorrió desde la punta de los dedos, subiendo por todo el brazo hasta su hombro. Los nudillos empezaron a sangrar, aunque lo que más le dolía es que esa columna no fuera la zorra rubia *polioperada*.

Ariadna junto a Tania corrieron a ver cómo estaba. Ella, enseguida, les dio las gracias y se alejó camino a la puerta.

—Gracias, chicas. Lo sé estoy castigada, no necesito escolta, conozco el camino al despacho de la directora. Lo siento, profesor Berg, creo que esta clase está gafada conmigo, hablaré con miss Rismon para que me asignen a otra clase. —Sus palabras estaban cargadas de sinceridad, daba igual que quisiera comportarse como que no, aquella clase no era para ella.

—Eli, un momento, por favor. Tania, acompaña a la señorita Adam fuera de mi clase. Comunícale a la directora que desde este momento queda

oficialmente expulsada de mi clase, si la directora tiene algún reparo con mi decisión, cuando termine iré con gusto a hablar con ella.

La gente murmuraba sorprendido por lo que acababa de ocurrir, muchos eran conocedores de lo que había entre ellos, al menos los que bailaban por las noches. Los demás temían la ira de Gretel, ya que su padre era el dueño de aquel lugar, eso podría hacer que el profesor Berg perdiera su trabajo, y nadie quería eso, era el mejor profesor de baile que habían tenido nunca.

—Enzo, no puedes, por favor —suplicó ella.

—Tania, sigue con la clase, por favor, ahora vuelvo —Tania asintió—. Señorita Adam, acompáñeme.

Enzo sabía que Gretel no se lo iba a poner fácil, es más, era posible que lo que acababa de hacer le costara su puesto, el de Tania y la vida de su madre. La noche anterior, entre las sábanas, la había convencido del baile benéfico, le prometió que ese mismo día hablaría con su padre, siempre y cuando ella bailara con él. Era de las que nunca hacían nada sin llevarse algo a cambio. Pero si había algo en el mundo con lo que él no podía, era las injusticias. Gretel le estaba poniendo las cosas muy difíciles a Eli desde que esta llegó, aunque él aún guardaba un as en la manga.

Pasaron junto a Eli que esperaba en la puerta con la mano sujeta.

—Pagarás por esto, puta —susurró Gretel cuando pasó por su lado. Pensaba que solo Eli la escucharía, pero no fue así, Enzo cada vez estaba más seguro de que todo aquel problema lo había causado ella.

Cuando salieron, la llevó al rincón más alejado para huir de las miradas de los alumnos que deambularan por allí entre clase y clase.

—Enzo, mi amor, no ha sido mi culpa, te lo suplico —mintió ella. Se restregó con su cuerpo en cuanto tuvo ocasión, sabía que él no permitía ese tipo de cosas en público.

—Si quieres que te perdone me tendrás que decir la verdad. En caso contrario, lo nuestro se terminará de forma inmediata por mucho que me amenaces con que pierda el trabajo —lo dijo muy claro.

Ella volvió a fingir que lloraba mientras intentaba apretarse más a él. Enzo imaginó que con alguien le tenía que funcionar ese comportamiento, pero no sería con él.

—Enzo, yo... ayer cuando la vi bailando contigo me sentí mal. Sé que es normal que bailes con otras, ya que eres bailarín, pero con ella parecía algo distinto. —Le gustaría decirle que no fue así, sin embargo, se sintió distinto con aquella chica entre sus brazos.

—Sigue, Gretel. —Su voz seguía más dura de lo habitual que cuando estaban solos.

—Al verla hoy en clase solo le dije que no se acercara a ti, que eres mío —lloriqueó más porque sabía lo que le esperaba que por que sintiera lo que había hecho.

—¿Qué has dicho qué? —Esas palabras a Enzo no le gustaron nada, la tomó del brazo y ella se alejó un paso.

—Yo, lo siento.

—¿Qué más pasó? —Si antes estaba enfadado ahora estaba a punto de estallar.

—Ella me dijo que tiene un novio de verdad, no como yo, que tengo un rollo prohibido y que cerrara las piernas. La cogí del pelo y el resto ya lo conoces. —Se sinceró.

Las palabras de Gretel le molestaron más de lo que deberían. El que tuviera novio o no era irrelevante para él, aun así, retumbaba dentro de su cabeza. Aquella chica no le interesaba de esa forma, la necesitaba porque era una buena bailarina, nada más.

—Gretel, creo que fui muy claro cuando comenzamos a tener relaciones. Yo no busco un compromiso. Mientras que los dos estemos aquí y durante el tiempo que nos apetezca, nos podemos acostar, no obstante, no soy de tu propiedad ni de nadie.

—Yo te quiero, Enzo —sollozó ella.

—Quizás ha llegado el momento de terminar esto, Gretel, no ha sido buena idea —determinó Enzo a la vez que se pasaba nervioso una mano por la cabeza, había llegado demasiado lejos con aquella chica.

—No, por favor, no lo mencionaré de nuevo. Enzo, haré todo lo que quieras, no volveré a insinuar nada en público. Dime que quieres que haga y lo haré. —En aquel momento Enzo sintió que Gretel no fingía, la primera vez desde que habían comenzado la conversación.

—De acuerdo, a partir de ahora nunca más vuelvas a llamarme Enzo en una de mis clases, ni a insinuar que tenemos algo en público, fuera de mi cama yo soy tu profesor y tú eres mi alumna.

—Así será, señor Berg —enfaticó las palabras para que viera que lo tomaba en serio.

—Una cosa más, no vuelvas a molestar a la señorita Cooper. —Por un momento a Enzo le pareció ver el odio brillar en los ojos de Gretel—. No por que tenga ningún interés en ella, es una alumna como el resto. No quiero ni un

solo problema más o serás expulsada de mi clase definitivamente, me da igual que nos enrollemos, no tendrás preferencia por eso, Gretel. ¿Me has entendido? Me acuesto contigo, no con ninguna otra.

Esas palabras parecieron amainar algo a la bestia, que vivía dentro de la joven malcriada por que volvió a sonreír, sintiéndose triunfal sobre el resto de alumnas de aquel centro a las que consideraba peor que basura. Ella se había llevado al profesor *buenorro* del centro.

—Sí, señor Berg, lo he entendido. ¿Puedo volver a clase? —preguntó mientras se restregaba sobre la entrepierna del profesor.

—Hoy has tenido demasiada tensión, vete a darte un baño relajante, así estarás bien relajada para esta noche. —Ella sonrió con anticipación a lo que ocurriría al caer la noche. Él solo quería hablar a solas con Eli.

—Tienes razón, me iré a preparar para ti, nos vemos luego. —Como no podía arriesgarse a besarlo por ser vistos, lo que sí hizo es pasar la mano por el paquete de él, que en ningún momento se puso duro.

—Hasta luego, preciosa.

—Hasta luego, señor Berg.

Enzo vio alejarse a aquella rubia que contoneaba las caderas de forma exagerada por el pasillo y por primera vez se arrepintió de haber sucumbido a sus encantos aquella noche dos años atrás.



Capítulo 11

Gretel, el error



Enzo volvió a clase en cuanto vio desaparecer a Gretel por la esquina del pasillo. Cuando entró, vio que Tania se ocupaba de la clase, estaban con bailes de salón, le parecía aburrido hasta a él. No sabía que haría sin Tania, era la mejor. Buscó entre los alumnos a Eli, pero no la vio por ningún sitio hasta que se encontró con los ojos de su amiga que le hizo un gesto hacia los vestuarios. Se entendían sin necesidad de palabras, eran como uno solo.

Se encaminó hacia allí, al llegar a la puerta que indicaba vestuario femenino dudó un segundo si entrar, esperaba que no hubiera ninguna alumna cambiándose, solo le faltaba que lo denunciaran para rematar aquel día. Al menos no estaba Gretel en clase, le hubiera sido imposible acercarse a Eli para hablar con ella. No es que le tuviera miedo, para nada, era una chica consentida que haría cualquier cosa por mantener a Enzo a su lado. Desde hacer expulsar a Eli, o algo peor, que la metieran en el agujero incluso sin hacer nada. También podría hacer que lo despidieran a él junto a Tania, y con la situación que tenía su madre era algo que no se podía permitir, sino haría mucho tiempo que no estaría allí. Él odiaba a ese tipo de gente.

Haberse acostado con Gretel había sido un error, aquella noche tomó unas copas demás, recibió noticias de su madre bastante desalentadoras, por lo que solo quería perderse durante unas horas en los brazos del alcohol. Ella siempre intentaba llamar su atención, con sus bailes, con los modelitos que traía a sus clases, sin embargo, él nunca había estado con una alumna, aunque en Inglaterra la chica ya fuera mayor de edad.

Esa noche se sentía tan solo que ni Tania podía llenar aquel vacío, así que junto a una botella se marchó a su habitación. Cuando llegó, se tiró en la alfombra a ver las estrellas e intentar que el alcohol hiciera su magia haciéndole olvidar todos aquellos sentimientos que lo destrozaban por dentro. No la escuchó al entrar, se había quitado los zapatos y andaba descalza sobre la alfombra. No se dio cuenta de su presencia hasta que la tuvo sentada a horcajadas sobre su cuerpo, con sus labios atrapando su boca. Sintió que por un momento su dolor se mitigaba, dejaba de pensar en ello, así que continuó y la hizo suya sobre la alfombra. Olvidó durante unas horas todo aquel sufrimiento que le carcomía por dentro.

A la mañana siguiente, se arrepintió, hasta el punto de querer abandonar el centro. Se acostó con una alumna, que para colmo era la hija del dueño, no solo había puesto en peligro su trabajo, también el de su mejor amiga, su hermana. Aun sabiendo que necesitaba el dinero para su madre, no se le ocurrió otra cosa mejor que hacer que marcharse. Se puso a recoger sus cosas mientras la joven rubia dormía sobre su alfombra.

Ella despertó con una sonrisa mientras él guardaba la ropa en la maleta, algo que le borró la sonrisa de forma automática. Todavía recordaba las palabras que pronunció.

—¿Qué ocurre? ¿He hecho algo mal? —Eso eterneció a Enzo, aquella chica pensaba que había hecho algo mal.

Él se agachó junto a ella y acarició su mejilla.

—Gretel, no has hecho nada mal, he sido yo. No debería haber ocurrido esto, eres mi alumna y yo tu profesor, es algo que no está bien. Debo renunciar de inmediato y abandonar la institución.

Ella abrió la boca asombrada.

—Profesor Berg, eso no es verdad. Es cierto que es mi profesor, pero no está haciendo nada mal, esto no es un colegio, ni una universidad, yo tampoco soy menor de edad, por lo que no incumple ninguna norma estúpida. —Las palabras de la joven lo conmovieron, aunque sabía que lo correcto era irse en aquel mismo momento.

Enzo se sentó en el borde de la cama, muy cerca de Gretel. Se sentía cansado, la cabeza le estallaba del dolor que tenía. No sabía qué hacer, ni cómo actuar.

—Yo no sé qué hacer, Gretel, mi situación personal es complicada, necesito este trabajo más de lo que te imaginas; la he cagado, esto no lo puedo arreglar —dijo él y metió su cabeza entre las manos.

Gretel se incorporó dejando su cuerpo joven desnudo, se acercó hasta él y puso sus manos sobre sus rodillas.

—Tu trabajo no corre peligro, eres el mejor profesor que tiene este centro. Nadie se va a enterar, además, mi padre es el dueño de todo esto, te prometo que no te vas a quedar sin empleo. —Él levantó la cabeza a la vez que clavaba su mirada en aquellos ojos azules que lo miraban con sinceridad.

—¿Harías eso por mí? —preguntó él extrañado. La vida le había enseñado que nadie daba nada por nada.

—Por supuesto, me gusta, señor Berg. Nunca dejaría que nadie lo echara de aquí —afirmó ella mientras besaba sus labios con dulzura.

Delante de él tenía una decisión muy dura. Si se marchaba, perdía todo por lo que había luchado, el sueldo con el que ayudaba a su madre y si se quedaba, estaría a la merced de aquella chica que tendría poder sobre él durante el tiempo que estuviera allí. La segunda opción no parecía tan mala. Ella, al menos, en apariencia era dulce, muy guapa, solo tendría que tenerla contenta, aunque de alguna manera significara que se prostituía. En ese momento le parecía la mejor opción.

—De acuerdo, me quedaré. Aunque tendremos que establecer unas normas, Gretel.

A ella se le iluminó el rostro al ver que el profesor había decidido quedarse.

—Lo que sea necesario.

Enzo intentó ser lo más delicado posible, ella era joven, no quería dañar sus sentimientos, pero tampoco quería que tomara ideas equivocadas de lo que habría entre ellos.

—Eres preciosa, lo que ha sucedido esta noche ha sido fantástico —eso hizo que ella sonriera como una niña a la que le regalaban su juguete favorito—, sin embargo, yo no busco una relación de pareja, Gretel. Puedo ofrecerte mis noches, exclusividad mientras que estemos juntos aquí, nada más. No creo en las relaciones de pareja ni en el amor. Lo siento.

Eso pareció desilusionar un poco a Gretel, sin embargo, la posibilidad de tener ese cuerpo cada noche y que no lo tuviera nadie más, la satisfizo bastante.

—Me parece bien, siempre que tengamos exclusividad —aceptó ella.

—Otra cosa, durante el día seré tu profesor, nadie sabrá lo nuestro, es muy importante esa parte.

—Así será, señor Berg —prometió Gretel antes de lanzarse sobre él.

Ese acuerdo le pareció estupendo en aquel momento, la joven le pareció adorable para tener una relación sin compromiso. Lo único malo es que no la conocía bien. No sabía lo caprichosa que era ni hasta dónde era capaz de llegar para conseguir lo que quería.

—¡Mierda!

La voz de Eli lo sacó de sus pensamientos. Entró en el vestuario a expensas de que pudiera encontrar a una alumna a medio vestir. Sin embargo, solo encontró a Eli, con su ropa de *ballet* negra preparada para ir a su clase de baile como le había dicho la noche anterior. No sabía por qué se empeñaba en llevar ropa ancha, ya que tenía un cuerpo digno de ser enseñado. No era muy alta, pero tenía unas curvas perfectas. La mayoría de alumnas que tenía en su clase eran muy delgadas, rectas, porque era lo correcto en su posición, algunas incluso pasaban por quirófano a muy tierna edad. Lo que ahora contemplaban sus ojos era algo distinto, atrayente, al menos para él.

No pudo evitar soltar una risita cuando vio que la joven intentaba colocarse su largo pelo dentro del moño que le había destrozado Gretel, sin mucho éxito, mientras maldecía una y otra vez. La sonrisa se le borró de forma automática al ver la razón, tenía la mano muy hinchada, amoratada, casi negra.

Eli escuchó su risa. Se giró y le echó una mirada asesina.

—¿Le divierto, señor Berg? —preguntó en tono enfadado.

—Lo siento, es que estabas muy graciosa maldiciendo mientras te intentabas peinar —contestó él. Le dedicó a Eli una sonrisa arrebatadoramente *sexy* que la dejó noqueada, hasta ese momento no le había visto sonreír más que una vez, la noche anterior, muy a su pesar tenía que reconocer que estaba tremendo de esa manera en vez de su modo gruñón modo «*on*».

Eli agitó la cabeza para alejar esos pensamientos de su cabeza.

—¿Has venido a expulsarme personalmente? Tengo que reconocer que lo prefiero a que mandes a tu amiga la rubia. Ya sabes, aún tengo una mano bien y me he quedado con las ganas.

Enzo la miraba entre la diversión y la admiración. Ella no había tenido la culpa, aun así, pensaba que la iba a expulsar. Podía haberle partido la nariz a Gretel por lo que le hizo, pero se detuvo en el último momento para golpear una columna y así desahogar toda su furia rompiéndose su propia mano con toda probabilidad. Y aún tenía ganas de bromear, otra estaría llorando o pidiendo la cabeza de Gretel, aunque ella no era como las demás.

Enzo negó divertido con la cabeza.

—Anda, ven. —La cogió de su mano buena y tiró de ella.

—¿Vas a llevarme otra vez con la directora? Todo menos eso, por favor. Te aseguro que no soy de las que suplican, pero si es necesario lo haré. Mis padres no pueden enterarse de esto.

Enzo se detuvo un momento para observarla, sus palabras le habían pillado desprevenido, tendría que preguntarle por aquello. Antes tenía que sacarla de allí.

—Te prometo que no te llevo con la directora, ahora cállate y sígueme. Confía en mí. —Eli pareció que se quitó un peso de encima, así que cerró el pico y lo siguió a ciegas.

Enzo no pensaba en ese momento si lo que hacía era lo correcto o no. Cosa rara en él que era muy analítico en todos los pasos que daba, aunque ahora no era momento de serlo. Miró por los pasillos para no ser vistos y llevó a Eli hacia la zona donde estuvieron la noche anterior. Quería estar un rato a solas con ella, poder hablar sin más interrupciones, así que fue directo hacia su habitación. Eli en ningún momento protestó, como le había pedido confió en él.

No hizo ni un solo ruido, ni siquiera protestó por el dolor de la mano, que estaba seguro de que tenía que dolerle horrores. Tampoco le preguntó dónde la

llevaba, cualquier otra habría ido todo el camino preguntando su destino o que si quedaba mucho para llegar. Sabía que no lo hacía porque fuera confiada, comprobó que esa chica sabía defenderse hace un rato, no era de las que tiraban del pelo. Apostaría a que se había metido en peleas callejeras más de una vez. Era tan distinta a todo lo que hubiera visto allí adentro, si no supiera a ciencia cierta que era una chica de clase alta, pensaría que se podría haber criado en un barrio parecido al suyo.

Llegaron a su cuarto sin ningún percance por el camino, llevaba la llave preparada con la que abrió de forma diestra. No la soltó hasta que estuvieron dentro, incluso lo hizo con cierta reticencia.

—Siéntate, enseguida vuelvo —dijo Enzo con ese tono mandón que le caracterizaba.

Tras decir eso, él se marchó dejándola sola en la habitación. Eli no entendía nada de lo que ocurría ni por qué la había llevado a lo que parecía ser su dormitorio.

Se puso a pasear nerviosa por la habitación, observaba cada detalle mientras su cabeza no paraba de pensar en lo ocurrido desde que llegó a la clase de baile que en tan solo dos días le había dado tantísimos problemas.

Las provocaciones de Gretel eran algo que esperaba, conocía a la gente como aquella rubia porque ella misma había sido una de ellos durante casi toda su vida. Bueno, quizás no fue tan zorra como Gretel, pero sabía de sobra como se comportaban. La rubia quería ser la reina del lugar, mear a Enzo como si fuera de su propiedad. A Eli le daba igual que se tirara al profesor o a todo el alumnado de aquel maldito sitio si no la molestaba.

Lo que la consumía era no poder defenderse. En los años que pasó en la calle se había enfrentado a gente peligrosa de verdad, con la cual una sola mirada te podía costar muy caro. Y allí estaba ahora sin poder darle un simple puñetazo a la rubia *polioperada*. No podía hacerlo por James, ni por Ari, tenía que pensar en ellos, en su bienestar. Algo duro cuando luchas contra todo tu ser, el cual te dice que no te dejes pisar. Ella ya no se dejaba hacerlo.

El profesor la había traído a ese dormitorio que definitivamente era el suyo, una foto en la que aparecían él y Tania más jóvenes se lo confirmaba. Primero, fue un déspota con ella; luego bailaron de una manera demasiado cercana, por llamarlo de alguna manera; y después de todo el problema con su novia que pensó que la expulsaría, va y la lleva a su dormitorio.

Eli no sabía si el profesor tenía por costumbre pasarse a sus alumnas por la piedra, pero si era el caso, con ella estaba muy confundido. Ella estaba

enamorada de James, y aunque no estuviera con él, el profesor no era su tipo. Sí tenía que admitir que estaba muy bien físicamente, sin embargo, su carácter mandón y prepotente no iban con ella ni aunque solo fuera para un revolcón.

Cansada de esperar, se tomó la libertad de sentarse en unos cojines grandes, que Enzo tenía esparcidos por la alfombra, sin dejar de sujetarse la mano. El golpe se empezaba a enfriar, por lo que los dolores en breve iban a ser insoportables. La buena noticia era que no se había roto la mano, de eso estaba segura. Se rompió varios huesos en su vida, sobre todo, cuando empezó a bailar *Street Dance*. Nunca hasta la fecha aprendió ese tipo de saltos, le costó algunas heridas de guerra y sabía muy bien cuando algo estaba fracturado. Lo malo es que, aunque Enzo no la delatara, cosa de la que no estaba cien por cien convencida, si la directora la veía en ese estado, no sabía cómo iba a explicar esa lesión, menos aún, si esa arpía la creería.

Miró a través de la ventana, embelesada con las vistas que tenía desde allí, estaba en la primera planta, por lo que veía de primera mano los jardines mientras los rayos de sol acariciaban su piel. La habitación era muy sencilla comparada con los dormitorios de los alumnos, apenas tenía muebles, aunque sí estaba llena de cosas de Enzo y era acogedora, algo que no sentía en la suya propia. Firmaría sin pensarlo por tener una así, un sitio donde sentirse libre.

—¿Te gusta lo que ves? —preguntó Enzo y Eli se sobresaltó, no lo oyó entrar perdida en sus pensamientos, estaba relajada, cosa rara desde que había llegado a ese lugar.

—Discúlpeme, no sabía dónde sentarme, me pareció un buen lugar. —Se disculpó Eli girándose para ver al profesor.

—Tutéame, por favor, me haces sentir mayor —contestó Enzo y se sentó a su lado.

Le hubiera gustado meterse con él, era lo que le salía natural, pero su cercanía le hizo evocar recuerdos de la noche anterior y nubló su mente.

—Toma —le entregó un analgésico y una botella de agua a la que le quitó el tapón—, te debe doler mucho.

—Las he tenido peor, no te preocupes. —Le quitó importancia, nunca le había gustado ser el centro de atención.

Se miraron a los ojos, al principio podría decirse que eran miradas tímidas, que cobraban intensidad con cada segundo que pasaba. Como un reto en el que se mide quién aguantará más. El aire en la habitación parecía desaparecer a la vez que aumentaba la temperatura que nada tenía que ver con el sol que entraba por la ventana.

Eli fue la primera en recuperar la cordura cuando sintió un pequeño espasmo en la mano y el dolor le recordó dónde se encontraba. Apartó la mirada y encontró en las manos del profesor una bolsa con hielo que se derretía sobre su pierna sin que él se diera cuenta.

—¿Eso es para mí? —Eli levantó de nuevo la mirada.

Enzo se lo entregó, le sonreía de nuevo de aquella manera que sería capaz de derretir los polos y ella le odió por eso.

Se sentía nerviosa, no le gustaba esa sensación, por lo que cogió el hielo y decidió levantarse para mirar por la ventana poniendo de esa manera ese espacio que era tan necesario entre ellos en ese momento.

—¿Qué hago aquí? Siento de verdad lo ocurrido, sé que ayer te prometí comportarme en tu clase. Debes pensar que tengo algún tipo de trastorno mental, no te culparía, la verdad. Mis padres creo que piensan algo parecido.

Enzo no pudo evitar reírse ante las palabras de aquella chica que miraba al jardín huyendo de su mirada y de él.

—Eli, creo que eres de las personas más cuerdas que hay en este lugar. Créeme, viniendo de mí es todo un cumplido. —Se sinceró, aunque no le iba a explicar lo que opinaba de la gente de aquel sitio.

Ella se encogió de hombros.

—Si quieres no volveré a tu clase, solo quiero pedirte dos favores —pidió ella sin apartar los ojos del jardín.

Enzo no quería que ella abandonara sus clases, pero quería conocer más sobre aquella chica tan misteriosa, distinta a todo lo que habitaba allí, sobre todo, la necesitaba, porque sin ella no podría salvar a su madre.

—¿Cuáles? —Intentaba recopilar información, esa chica era bastante hermética.

—Que, por favor, no se lo digas a miss Rismon, no por el castigo, eso me da igual, estoy acostumbrada, pero mis padres no pueden enterarse. —Esas palabras lo dejaron aún más intrigado—. La segunda es que me dejes usar tu aula para bailar cuando no haya nadie, necesito bailar más que el aire que respiro.

—Con una condición.

—¿Cuál? —Ya sabía Eli que aquel hombre no le iba a poner las cosas fáciles.

—Me contarás porque es tan importante que la directora no se entere. —Probó suerte, no tenía intención ninguna de contarle nada a la directora, pero necesitaba saber más sobre ella.

Eli lo midió con la mirada, no confiaba en él ni en nadie. Necesitaba alejarse de los problemas todo lo que pudiera mientras estuviera en aquel maldito lugar. El día anterior había sido castigada sin mantas ni comida y exiliada en una celda por solo contestar mal. No sabía que le harían ahora si su padre se enteraba, James podría terminar muy mal parado y ella nunca se lo perdonaría. Le contaría lo mínimo posible.

—Como sabrás no estoy aquí por voluntad propia, realmente creo que nadie lo está. Mis padres me tienen amenazada con algo, así que, si no me comporto, tendré consecuencias demasiado altas para mí. —Hasta ahí pensaba contar.

Enzo pensó en las palabras de la joven, era tan enigmática... Él sabía que lo correcto era devolverla a clase y tratarla como a cualquier otro alumno. Sin embargo, algo de ella lo atraía sobremanera, necesitaba conocer más de ella, desnudar sus secretos.

—¿Con qué te tienen amenazada? —Eli abrió los ojos ante la pregunta, no se esperaba que él intentara saber más allá. No le tenía por curioso o cotilla. En cierta manera, le molestaba que la obligara a contarle sus secretos, le hacía sentirse desnuda, expuesta.

—Profesor Berg, no quiero ofenderlo, pero creo que eso no es asunto suyo. —Eli intentó ser educada y no decirle lo que pensaba en realidad.

—Si quieres que mantenga la boca cerrada y te deje usar mi clase para bailar creo que sí lo es. —Se comportaba como un capullo, lo sabía, sin embargo, quería saber más.

Eli lo recorrió con la mirada, nunca había conocido a nadie tan dominante, excepto a su padre. Era algo que la irritaba, aunque lo necesitaba o, mejor dicho, necesitaba su clase, sobre todo, que no la delatara frente a la directora y parara los pies a Gretel si ella se decidía a hacerlo.

—Digamos que me amenazan con algo que saben que me tienen atada de pies y manos. Con lo único que saben que no me escaparé de aquí o intentaré cualquier otra cosa. Al menos hasta que cumpla los veintiuno.

Ella miraba al jardín pensando en James, en que en unos meses serían libres para estar juntos. Le pareció sentir calor en su espalda, se giró y se encontró a Enzo muy cerca, tanto que sentía el calor de su cuerpo junto al suyo.

—¿Qué es eso que quieres tanto para perder tu libertad? Algo me dice que es algo que valoras sobre todas las cosas—preguntó Enzo, muy cerca de ella, ansioso por saber su respuesta, aunque algo dentro de él le decía que no le iba a gustar.

Eli levantó la mirada para encontrarse con los ojos de él, que en ese

momento la observaban como si intentaran penetrar en ella, conocer todo lo que escondía. Podía sentir su cercanía, la respiración sobre su piel calentándola. Sin tener poder ninguno sobre su cuerpo, su vello se erizó. Se humedeció los labios, sentía la boca seca y no encontraba las palabras para contestarle.

—¿Entonces? —Se impacientó él, que miraba como ella humedecía sus labios e hizo acopio de todas sus fuerzas por no atraparlos y devorarlos.

—Yo. —Solo consiguió decir ella.

Enzo avanzó un paso más, sabía que lo que hacía no estaba bien o eso decía la razón, su cuerpo le gritaba algo muy distinto, le pedía cercanía con aquella morena de curvas de infarto, guerrera, atrevida, inteligente, desafiante y que cuando bailó entre sus brazos le hizo perder la cordura.

—Dime —exigió muy cerca de su boca.

Eli no podía pensar con claridad. Ella quería a James, eso lo tenía claro. Entonces, ¿por qué sentía que su cuerpo se deshacía cuando él estaba tan cerca? Porque esos labios carnosos la llamaban como si fuera lo más urgente en aquel momento para ella. Eso no estaba bien, ella no era así, no engañaría nunca a una persona que amaba. Y él tenía novia, aunque parecía haberlo olvidado o le daba exactamente igual. ¡O no! Ella no sería otra conquista del Profesor Macizo como lo llamaba su amiga Ari.

—Por mi novio —soltó de golpe cuando sus labios estaban casi unidos—. Mis padres amenazaron con meterlo en la cárcel. Al ser una persona sin recursos ni posición social, mi padre no tendría más que chasquear los dedos para conseguirlo —relató Eli, una vez que empezó no podía parar.

Las palabras de Eli fueron como un jarro de agua fría para Enzo. Gretel le había dicho que ella tenía novio, pero por alguna estúpida razón no quería creerlo. Conocer la verdad lo molestaba. No tendría que hacerlo, sin embargo, así era. Él estaba con Gretel, y tendría que estarlo mientras estuviera uno de los dos allí, ese es el acuerdo al que llegó con ella. Eli era su alumna, no era lo correcto, aun así, no podía evitar sentirse totalmente atraído hacia ella. Ahora más, ya que sabía que su novio era un hombre como él, sin nada. No era como las demás chicas ricas que buscan el partido, que más llena tuviera la cartera, para que les diera una vida llena de comodidades. No, ella no era así.

Se alejó unos pasos.

—No te preocupes, no le diré nada a la directora. No has tenido la culpa de nada, Gretel es una niña rica consentida que está acostumbrada a salirse siempre con la suya —dijo dándole la espalda a Eli. Tomó distancia para

evitar cogerla en brazos y hacerla suya sobre el alféizar de la ventana hasta que olvidara a su novio y todo lo demás.

—Gracias. —Solo consiguió articular ella.

Él se había alejado con sus palabras, y aunque era lo correcto, se sentía fría ahora mismo.

—Referente a las clases, no te voy a echar, aunque sé que no es lo que te gusta bailar, asiste a ellas y fuera de horario te dejaré usarlas siempre que quieras para que bailes lo que te gusta. —Le concedió él sin saber muy bien por qué lo hacía, de alguna manera quería saber que podía hacerla feliz, compensarla por haberla echado a la fosa la noche anterior.

Eli se emocionó con aquello, no pensaba que Enzo hiciera algo así por ella. Que le diera la oportunidad de seguir en sus clases para no tener problemas con la directora, además, de permitirle bailar lo que a ella le gustaba fuera de sus clases. Tenía ganas de acercarse, de tocarlo, volver a sentir el suave y caliente tacto de su piel bajo sus manos. Sin embargo, no lo haría, era lo mejor.

—Enzo. —Él se giró para mirarla—. Gracias por todo, es importante para mí.

Él solo pudo asentir. Eli quería despedirse cuando llamaron a la puerta y miró a Enzo sin saber qué hacer, el corazón amenazaba con salirse del pecho. No sabía que ocurriría si la encontraran en la habitación de un profesor, pero tampoco quería comprobarlo.

—¿Quién es? —preguntó malhumorado por la interrupción, sabía que ningún profesor entraría sin llamar. Le molestaba que hubieran interrumpido su momento con Eli.

—Soy yo, ¿puedo pasar? —preguntó Tania con esa voz alegre que Eli ya empezaba a reconocer.

Enzo miró a Eli para pedirle aprobación. No estaba convencido de que ella quisiera que Tania supiera si había estado o no en su dormitorio. Él mismo le confiaría cualquier cosa, quedaba en su mano.

Eli dudó en qué hacer. Tania la sacó del agujero la noche anterior, no se le daba muy bien eso de la confianza, pero estaba claro que mientras que estuviera por allí necesitaba aliados. No creía que fuera a pensar nada raro al verlos allí, y la verdad es que lo que pensara la gente nunca le había importado demasiado, así que asintió dirección al profesor.

—Adelante —dijo Enzo y se sentó de nuevo en los cojines.

Tania abrió la puerta con una sonrisa como si no le pillara por sorpresa

verlos juntos en la habitación.

—Hola, chicos. —Saludó alegremente antes de dejarse caer sobre los cojines junto a Enzo—. He traído algo para picar, he pensado que tendríais hambre.

Eli se sentó frente a ellos para ver qué llevaba Tania, con todo el ajetreo se olvidó de que ese día aún no había comido, y la verdad, es que por nada del mundo quería ir al comedor para ver a su amiga Gretel o que la directora viera su mano.

No volvió a mirar a Enzo, pero podía sentir aquellos ojos oscuros sobre su piel.

—Tania, ¿cuándo vas a dejar de alimentarte como un niño de once años? —preguntó Enzo cuando vio todo lo que su amiga desparramaba sobre la alfombra. Que no era otra cosa que patatas fritas, entre otras muchas guarrerías, y Coca Cola.

—Cuando los adultos empiecen a comer de esto —le contestó y le sacó la lengua divertida a la vez que abría una bolsa de patatas y se la entregaba a Eli. Sabía que ella apreciaría ese manjar. En ese momento, Tania reparó en su mano—. La tienes fatal, Eli, seguro que está rota. Vamos a ver al médico, yo te acompañaré.

Enzo se sintió estúpido por un momento, había estado tan distraído con aquella chica de ojos negros que olvidó de que quizás necesitaba ser atendida por un médico.

—Estoy bien, no te preocupes. —Evitó la mirada de él que la recorría de una forma que no sabría descifrar.

—¿Estás segura? Puede que te la hayas roto —preguntó Tania con preocupación.

Enzo miró la mano de la joven, la verdad es que no pintaba nada bien. Estaba muy hinchada, casi el doble de su tamaño, el morado que rodeaba sus nudillos se había tornado casi negro. Tuvo que hacer acopio de todas sus fuerzas para no acercarse más a ella y tomarla entre sus brazos. No sabía de dónde salía ese instinto de protección, pero era lo único en lo que podía pensar en ese momento.

—No está rota —contestó tajantemente. Tania abrió mucho los ojos ante aquella respuesta y entendió que Eli no quería ir al médico en ninguna circunstancia.

Enzo no estaba conforme con eso.

—¿Por qué lo sabes? ¿Ahora eres médico también? —preguntó Enzo

malhumorado.

—Porque me he roto demasiadas cosas en mi vida para saber que mi mano no lo está —contestó, y en su respuesta había un desafío, Tania lo notó e intentó relajar el ambiente.

—Enzo, le he dicho a los alumnos lo del baile benéfico. —Los dos rompieron el contacto visual para centrarse en Tania.

—¿Baile benéfico? —preguntó Eli sorprendida, era la primera noticia que tenía sobre aquello.

—Sí, a Tania se le ocurrió que sería una buena manera de hacer algo provechoso con las clases que hacemos, recaudar dinero para una buena causa. —A Enzo no le gustaba mentir, y por alguna extraña razón, a ella menos que a otro. Aunque no era mentira, no del todo.

—Me gusta la idea —admitió Eli, ese era su punto débil, todo lo que fuera ayudar a los más necesitados para ella era lo más importante—. Si es para ayudar a gente necesitada, contad conmigo para lo que sea necesario.

Tania pensó que sería más difícil de convencer después del comienzo tan poco acertado que tuvieron los dos. Sabía que si lo conociera como ella lo hacía hasta le tendría cariño. A él le pasaba algo parecido, no solía tolerar muy bien a la gente de la clase social de Eli por el pasado que su madre y él habían compartido, en cambio, algo le decía que él también veía en ella algo distinto, algo especial.

—¿De verdad? —dijo Tania ilusionada—. Pues, nos vendría genial contar con alguien de tu talento, ¿verdad, Enzo?

Eli lo miraba a la espera de alguna respuesta mordaz. La noche anterior hubo cierto acercamiento, aun así, no olvidaba que no aprobaba su forma de bailar. Si no fuera porque ella tenía que permanecer en aquel lugar y pasar lo máximo posible desapercibida le daría bastante igual.

—Creo que tiene talento, sin embargo, tenemos estilos distintos —contestó él y Eli vio de nuevo al Profesor Maligno tras esas palabras.

—Bueno, contadme cuál es la idea para el baile. —Eli ignoró las palabras de Enzo y se centró en lo que le parecía importante.

—Aún no hemos pensado la coreografía, quizás nos podrías ayudar, siempre es bueno tener ideas nuevas —dijo Tania alegre de que Eli quisiera participar.

—Será un placer.

—Lo que querrán ver los padres de estos niños ricos, no te ofendas, Eli —ella hizo un gesto con la cabeza para que supiera que no lo hacía—, será el

baile clásico de *ballet*, por ejemplo, el *Baile de los Cisnes*.

Eli miró a Tania para buscar en ella si pensaba lo mismo que Enzo, hizo una mueca para indicar que no lo aprobaba, pero al final él es el que llevaba la voz cantante en todo el asunto.

—¿Siempre haces lo que esta gente espera de ti? —Esa pregunta tocó el punto débil de Enzo.

—No, pero son los que pagan mi sueldo y el de Tania —recalcó él entre dientes.

—A ver, no me entiendas mal, no te digo que hagas una rebelión contra ellos. Por ejemplo, podrías hacer una mezcla de estilos. —Enzo levantó una ceja mientras Tania parecía entusiasmada con la idea—. Puedes mantener el *ballet* y meter pasos de salsa o *kizomba*. Esos bailes se os dan muy bien y muchos alumnos ya los bailan. Creo que podría quedar muy bien la combinación.

—Has visto demasiadas películas de baile. —Enzo sabía que ella tenía razón, que podría funcionar y quedar muy bien. No quería admitirlo, estaba molesto, sin embargo, no debería estarlo. La noticia de que tenía novio lo había dejado con un humor de perros y ella no tenía culpa ninguna.

—Tengo que irme ya. Gracias por el analgésico, profesor Berg, y por la comida, Tania. Mañana en clase me decís cómo os puedo ayudar con el baile. Tened buen día. —Eli se levantó encaminándose hacia la puerta.

Tania le echó una mirada acusatoria a Enzo.

—Eli, no te vayas, por favor. Enzo a veces es un poco capullo, aun así, es buena gente.

—¡Tania! —soltó el afectado.

—¿Qué? Es la verdad.

A Eli le gustaría creerla, no obstante, aunque en algunos momentos le había parecido ver a un Enzo distinto, el hombre que tenía delante era un prepotente, un clasista, entre otras muchas cosas que no iba ni a pararse a mencionar. Ayudaría con el baile, ya que ella hacía ese tipo de cosas, pero no por él.

—Gracias, Tania, necesito una ducha y tumbarme un rato. —Miró solo a su amiga.

—¿Vendrás esta noche? —preguntó Tania.

—No creo, quiero descansar a ver si mañana me duele menos la mano. Hasta mañana. —Se giró para marcharse cuando Enzo la llamó. Le pareció escuchar arrepentimiento en la voz.

—Eli, espera. —Se detuvo mientras Enzo se fue hasta una mesita de la

habitación y sacó algo que le entregó. Era un juego de llaves—. Para que puedas entrar en mi clase cuando no estemos.

—Gracias. —Eran ese tipo de gestos los que la dejaban desconcertada, sin saber muy bien si odiarlo o que le cayera bien. Sin mediar más palabra abandonó la habitación.

Tania esperó a que Eli se marchara antes de abordar a su amigo.

—¿Tienes algún tipo de trastorno psicótico que no me has contado? —Enzo le hizo una mueca y se tumbó en el cojín mirando al jardín, enfadado con Eli y enfadado consigo mismo—. ¿Qué demonios te pasa con Eli?

—Lo mismo que con todos los demás en este maldito sitio —contestó a la defensiva.

—¡Oh, no! Esa respuesta no me vale, solo conozco a esa chica desde hace un par de días y no se asemeja a nadie de aquí dentro.

Enzo la ignoró, no quería hablar del tema, aunque sabía que su amiga no lo dejaría así. Podía llegar a ser muy persuasiva para conseguir algo. Ni corta ni perezosa se sentó encima de su tripa cómo hacía cuando eran más pequeños y quería que le contara algún secreto.

—¿Qué pasa? —preguntó como si fuera un detective que interrogaba a su detenido.

—Nada.

—Enzo, te conozco, esa chica te afecta más de lo que debería, por eso estás así. Por esa razón, ayer la llevaste a ver a la directora, la sacaste de la fosa, bailaste con ella de esa manera, casi expulsas a Gretel de clase aun sabiendo que podías perder el empleo que es lo que mantiene a tu madre, y la has traído aquí... No me mientas, a mí no. —Enzo la miraba mientras pensaba en todo lo que acababa de decir.

—Tiene algo que me atrae, lo reconozco, me parece distinta a todo lo que hay aquí, aunque viene del mismo sitio que los demás. Sin embargo, no puede ser, yo estoy con Gretel, y ella con su novio. —Puso demasiado énfasis en aquella palabra.

—Te molesta que tenga novio —sonreía Tania por lo que acaba de confesar sin darse cuenta.

—Oyes solamente lo que te interesa.

—A Gretel no la quieres, solo tenéis un rollo pasajero y ella lo sabe, se lo dejaste muy claro el primer día.

—Sabes que tengo que pensar en mi madre, es lo primero, Tania —protestó él.

—Lo sé, pero después del baile serás libre de hacer lo que quieras con quién quieras.

—Es una niña —siguió con excusas— y tiene novio, te recuerdo.

—No es una niña, va a cumplir veintiún años y tú tienes veintiocho. Sé que has dicho que tiene novio, pero también he visto cómo te mira. Así que deja de comportarte como un auténtico capullo y deja que descubra al Enzo que conozco, al que quiero tanto.

Enzo pensó en las palabras de Tania, quizás tuviera razón. No perdía nada por conocerla más. La verdad es que sentía mucha curiosidad por saber qué es lo que la hacía tan diferente. De allí al baile podrían pasar muchas cosas, al menos intentaría ver qué existía debajo de toda aquella coraza.

—Tú ganas, intentaré conocerla más.

—Ese es mi chico. —Tania abrazó a su amigo convencida de que la decisión que había tomado era la mejor.



Eli regresó a su habitación, rezaba por no encontrarse con nadie. Tuvo suerte, llegó sin tener que detenerse a explicar qué le había ocurrido en la mano, la mayoría de alumnos estarían en la última clase del día o disfrutaban del sol en los jardines. Ya en su dormitorio, cogió un pijama fino y se fue directa a la ducha, necesitaba que el agua caliente se llevara por el desagüe todos aquellos pensamientos que la volvían loca.

Se quitó la ropa lo mejor que pudo con la mano dolorida y se metió bajo el chorro de agua prácticamente hirviendo. Dejó que hiciera su magia sobre sus músculos tensos, lo que había comenzado como un nuevo día lleno de posibilidades, terminó hecho un desastre.

Cuando iba camino a aquel maldito lugar con sus padres, no parecía algo tan difícil pasar desapercibida lo máximo posible, hasta la mayoría de edad.

Eli sabía que coexistiría con gente como Gretel, solo tenía que esquivarla. «No sería difícil», pensó aquel día. Sin embargo, no contó con conocer a Ari y tener una amiga. Lo que le hicieran o dijeran a ella era capaz de ignorarlo, lo aprendía hacía mucho tiempo. En cambio, al tratarse de injusticias no podía evitarlo, sacaban lo peor de ella. Luego vino el castigo de la clase de baile. Vale, tenía que reconocer que tenía parte de culpa por no bailar *ballet*, ¿pero decir que bailaba como en un burdel? El profesor se pasó y ella como una

imbécil entró al trago, se tenía que haber metido la lengua en el culo, pero hablar sin pensar muchas veces la metía en problemas y allí no iba a ser distinto. Después de soportar cómo la zorra de la directora la llamara gorda, entre otras cosas, para después echarla a la fosa, sin mantas, comida ni agua, como a un preso, como si hubiera hecho algo muy malo. Está bien, intentó pegar a la directora, pero tenía sus motivos. Más tarde llegó Tania, su salvadora, y la sacó del maldito agujero para llevarla a aquel sitio donde la gente bailaba como quería; por un momento, desde que llegó a aquel infierno, se sintió libre. El siguiente error fue bailar con el Profesor Macizo como lo llamaban por allí, aunque le molestara reconocerlo, era cierto, despertó dentro de ella cosas que no debería sentir, ella tenía novio y lo amaba con todo su corazón. Sin embargo, si era sincera con ella misma ese simple baile la dejó tocada. Al día siguiente, decidida a arreglar los entuertos del día anterior, se presentó formal a la clase del maldito profesor que la había puesto caliente como una tetera la noche anterior, y se encontró a la perra de Gretel intentando joderla por su falta de autoestima, aunque llevaba operado hasta las pestañas. Resultado: tenía la mano hinchada y dolorida. Lo único bueno que podía sacar de todo aquello es que harían un baile benéfico para ayudar a los necesitados y que ella podría ayudar. Por fin encontraba algo que la motivaba en aquel lugar, aparte, claro está, de ayudar a Ari y a su bebé. Por otro lado, tendría que bregar con la zorra de Gretel y su séquito de brujas, con el bipolar del profesor de danza y con una directora que intuía que era bastante sádica y buscaría más motivos para castigarla. Le esperaban unos meses estupendos. Tenía que recordar mandar una postal de agradecimiento a sus padres por aquellas vacaciones. Se rio amargamente en la ducha.

Hora de salir de la ducha y pasar la tarde con su amiga Ari que ya la oía trasteando por la habitación.



Capítulo 12

Ideas robadas



Enzo esperaba junto a Tania la llegada de los alumnos a su clase mientras no paraba de dar vueltas a la cabeza. La noche anterior le hubiera gustado ver a Eli, haber bailado con ella, que le hubiera revelado más cosas de su vida, pero eso no sucedió. Tal y como les había dicho no acudió. Quizás fue lo mejor, ya que las cosas entre ella y Gretel estaban bastante tensas para echar más leña al fuego. Además, el propósito de Enzo la noche anterior era hablar

con Gretel sobre el baile. Lo primero, para saber si su padre se lo había concedido; lo segundo, plantearle la idea de Eli, de tal manera que pensara que era de ella, sobre todo, que ella sería la protagonista de todo aquello. No fue una tarea difícil porque conocía a poca gente con un ego más grande que aquella joven. Se sentía como una auténtica mierda por tener que utilizarla para aquello, pero qué alternativa le quedaba si quería librar a su madre del mundo corrupto donde la metió su padre. Haría eso y todo lo que fuera necesario para salvarla. Su madre era una buena mujer, solo era culpable de haber amado a alguien despreciable que quería a su dinero por encima de todas las cosas.

La gente empezó a entrar en el aula, Enzo buscó con la mirada a Eli. Por ahora no la veía, quizás la mano le dolía tanto que le impedía acudir a su clase hoy. No lo pensó, tenía que haberse preocupado de cómo estaba, haber hecho por verla. Al fin y al cabo, era su profesor, ¿no? No hacía nada fuera de lo normal si se preocupaba por su alumna.

A la que sí vio entrar fue a Gretel con su sonrisa triunfal. Iba rodeada de su séquito y cuchicheaban, posiblemente ya les había contado que sería la estrella del baile y bailarían la parte del solo con el profesor. Todas le echaban miradas furtivas mientras sonreían como adolescentes.

Conforme llegaban, ocupaban su lugar en el aula. Estiraban y calentaban hasta que él o Tania empezaran a dar las instrucciones para el día.

Enzo se colocó frente a los alumnos para empezar a hablar, cuando el último entró cerrando la puerta tras de sí. Parecía que ese día tampoco vería a Eli. Luego le pediría a Tania que comprobara que estaba bien.

—Buenas tardes a todos. —En ese momento se abrió la puerta e hizo que todo el mundo se girara para mirar.

Eran Eli y su amiga Ari. Se las veía sofocadas posiblemente venían corriendo para llegar a la clase. Eli llevaba una camiseta ancha, pero intuía que debajo llevaba la ropa de clase porque veía que llevaba medias por debajo.

—Disculpe, profesor Berg —dijo mientras Ariadna la ayudaba a quitarse la camiseta y a colocarse de nuevo la mano, inmovilizada, contra al pecho.

Le pareció escuchar la voz de Gretel y se giró para dedicarle una advertencia con la mirada. Otra cosa que le había dejado claro la noche anterior es que debía dejar en paz a la chica nueva. Que dejara de intentar marcar territorio, ya que él no tenía ningún interés en ella fuera del que tendría un profesor hacia su alumna, otra mentira, últimamente no hacía más que

mentir. La aludida fingió arrepentimiento y siguió a lo suyo.

—No se preocupe, señorita Cooper, aún no hemos comenzado. Confío en que su mano se encuentre mejor que ayer o... por lo que veo está peor. —Eli miró su mano para luego mirar a Enzo a los ojos.

—Oh, no, no se preocupe, no está rota, pero para poder bailar con el menor dolor posible es mejor tenerla inmovilizada —explicó Eli, intentaba aparentar formalismo con aquel hombre que tenía delante de ella y con el cual sentía demasiada cercanía.

—Quizás debería esperar unos días a que se sienta mejor antes de volver a clase de baile. —No quería verla sufrir, pero pareció que ella no se lo tomó muy bien.

—Estoy bien, gracias. Si podemos empezar, por favor.

—Como ya os contó Tania ayer, queremos organizar un baile benéfico dentro de unos meses, el dinero recaudado irá destinado a los más necesitados: comedores sociales, niños sin hogar y distintos centros que lo necesiten. —Se oyeron vítores de aprobación de algunos alumnos, otros, todo lo que no fuera un beneficio para ellos no les interesaba—. Piensen que ese día vendrán sus padres a verlos y querrán que estén orgullosos de ustedes.

—Sí. —Esta vez pareció que sí que se animaron el resto de alumnos. La aprobación de sus progenitores era muy importante, y más después de haber sido llevados a un sitio como ese.

—Ante todo tenemos que dar las gracias a la señorita Gretel Adam por hacer esto posible, ya que la idea es suya, también la que ha conseguido que el centro acceda a poder hacer algo tan especial para nosotros. —Eli no daba crédito a lo que oía, estaba por ir al baño a limpiarse los oídos por si tenía un tapón o algo—. Por favor, señorita Adam, unas palabras.

Todos, o al menos la mayoría que seguían a la pequeña arpía, aplaudieron para que se pusiera frente a la clase a hablar. Ella encantada fingió falsa modestia.

—Gracias. Gracias, señor Berg, por sus palabras. Es cierto que he colaborado, pero esto no sería posible sin un gran profesor como usted.

Eli hizo ademán de tener una arcada, lo que provocó que los más cercanos a ella rompieran a reír. Cuando la Bruja y el profesor la miraron fingió tener tos.

—Disculpen la interrupción, tengo alergia al polvo. —Con esa última palabra clavó sus ojos en Enzo para supiera lo que opinaba de él y de su amiguita.

—No se preocupe, señorita Cooper. —Gretel había sido demasiado amable

con Eli, eso solo podía significar que algo malo se avecinaba—. Entre el señor Berg y yo hemos decidido que para que el acto sea memorable vamos a mezclar estilos.

Eli escuchó entre sus compañeros cuchicheos, algunos de aprobación, otros no, los más clásicos. Ella solo podía clavar los ojos en el Profesor Maligno deseándole mil y una desgracias por haber hecho aquello. Le daba igual que utilizara la idea de mezclar estilos, ella no quería ningún mérito, no era de esas, ¿pero dárselo a Gretel? Eso sí que no. Con ella había perdido el poco aprecio que sintiera hacia él.

—Silencio, compañeros, así que haremos una coreografía que contenga ritmos latinos, *ballet*, por supuesto, y algunos pasos, no demasiados, de baile callejero. —Esa palabra dicha por sus labios sonó muy despectiva, más aún cuando miró a Eli como si fuera peor que basura—. Esto último ha sido idea de nuestro profesor, yo en mi opinión no lo considero un baile, pero él es nuestro experto aquí y por lo tanto el que mejor nos puede asesorar al respecto.

—Eso es un baile para los sintecho, ¿qué pensarían mis padres si me vieran bailar algo así? —saltó una rubia bajita, amiga de Gretel. Aunque no fuera por Eli había muchas maneras de humillar a la gente.

Deseaba ir a terminar lo que empezó el día anterior, pero sabía que no podía tener más líos. La mano, ahora mismo, le dolía horrores a causa de clavarse las uñas en la palma de la rabia.

Enzo miraba a Eli, no esperaba que Gretel se comportara de aquella manera, se lo había prometido, inocente de él que a esas alturas no la conociera ya. Decidió que tenía que pararles los pies a ella y su séquito.

—Señorita Romel, entiendo su preocupación. Yo mismo he bailado con los mejores bailarines de *Street Dance* y le puedo asegurar que si se sabe bailar, es algo digno de ver. Ya que no es un baile solo, es la mezcla de muchas danzas. —Eso pareció avergonzar a la joven—. También les diré que nadie está obligado a participar, o puedes elegir dentro de los estilos el que más les guste. Sin embargo, les diré algo, a la persona que le gusta bailar, no os hablo solo de acudir a una clase, el que ama el baile por encima de todo bailará cualquier cosa.

Eli tenía que reconocer que era bueno, consiguió que sus vellos se erizaran, eso era exactamente lo que ella sentía por la danza. Aunque lo que más le había sorprendido es que hubiera confesado haber bailado *Street dance*.

Gretel fue a continuar, pero Enzo prefirió seguir él.

—A partir de ahora practicaremos la coreografía en las clases y tendremos que ensayar todas las horas que os sea posible fuera del horario. El *ballet* lo tenéis controlado, los ritmos latinos podréis ensayar conmigo, con Tania o con la señorita Adam, que se ha ofrecido amablemente. Para el *Street Dance* tendrán que practicar con la señorita Cooper y conmigo —soltó el profesor mirando a sus alumnos que parecían conformes, todos menos Gretel y Eli, claro.

Advirtió con la mirada a Gretel. La noche anterior también dejó claro que no soportaría ningún comportamiento más de niñata; a la próxima, la dejaría.

No tenía todas con él en que no fuera hacer algo cuando no la viera.

Estuvieron bailando toda la tarde, hasta bien entrada la noche. Eli esperaba que más de uno se rindiera o quejara por el duro entrenamiento, pero a veces olvidaba que los de su clase harían cualquier cosa por ganar el afecto de sus progenitores. Ella, en cambio, lo hacía porque disfrutaba con el baile, y por la causa que era. La canción que habían elegido para el baile era *Cuba* de Radio Edit. Le gustaba, era una canción con mucha fuerza, casaba muy bien con los estilos elegidos, con el que menos era el *ballet*, pero si los padres benefactores no veían ese tipo de danza es posible que a más de uno le diera un ataque al corazón.

El profesor los despidió y todos marcharon hacia las duchas, todos menos Gretel, la cual se quedó. Tenía que reconocer que no le sentó muy bien, pero en el fondo tenía que estar agradecida, no tenía ganas de discutir con ella en los vestuarios.

—¿Y si cogemos algo de cenar y nos duchamos en la habitación? Me duelen hasta las pestañas —dijo su amiga Ari que estaba adorable, colorada como su pelo empapado de sudor.

—Me parece el mejor plan —sonrió a su amiga mientras cogía su camiseta del suelo, no quería coger frío.

—¡Chicas! —Las llamó Tania— ¿Vendréis esta noche?

—Está de broma, ¿no? —preguntó Ari a Eli como si la tercera hubiera perdido la cabeza.

Las otras rompieron a reír.

—Hoy creo que hemos bailado bastante —contestó Eli más por su amiga que por ella misma, aunque lo último que le apetecía en el mundo era ver a Enzo después de aquel día. Lo único que le apetecía era darle su merecido, se sentía engañada.

—¿Tú diciendo que no a bailar? ¿Dónde está Eli, que has hecho con mi

amiga? —Tania hizo reír a las chicas.

—Me duele la mano, la verdad. Hemos pensado en tomar una ducha, atiborrarnos a comida basura y ver pelis. ¿Te apuntas?

—¡Oh, sí! Noche de chicas. —La idea entusiasmó a Ari y por la cara que puso Tania parecía que también.

—Me encantaría, no sé si habéis notado que por aquí la mayoría lleva un palo metido por el culo, por lo que no he hecho muchas amigas. —Parecía sincera y eso le gustó a Eli, no soportaba las mentiras ni la hipocresía.

—Pues vente cuando quieras, somos la habitación ciento quince. Tenemos que pasar a buscar algo de comer y luego estaremos allí —contestó Ari dando saltitos.

—No os preocupéis, soy la mejor para conseguir comida. Me ducho y subo. Por favor, buscad películas de tíos buenos.

—Eso no lo dudes —contestó Ari con una sonrisita pícaro.

—Vaya dos patas para un banco —fingió gruñir Eli.

Después de una buena ducha, ya estaban listas para su noche de chicas. Tania no se hizo esperar mucho, llegó cargada de todo tipo de comida basura que comieron las tres entre risas y cotilleos.

—Venga, Tania, ya te he contado lo de mi novio, ¿tú qué? Tiene que haber alguien que te guste. —Ari devoraba una tarrina de helado de chocolate con trozos mientras estaban todas sentadas sobre la alfombra en grandes cojines.

—No, qué va —la aludida se sonrojó bastante, por lo que no la creyeron en absoluto—, de verdad.

—Menuda amiga eres si no nos cuentas esas cosas —protestó Eli.

—Lo contaré si todas somos sinceras. —Levantó una ceja hacia Eli. Oh, oh, eso no tenía buena pinta, pero ella no era conocida por ser una cobarde.

—Trato hecho. —Ari miraba a las dos sin entender muy bien de qué hablaban. La verdad es que era bastante inocente para algunas cosas.

—Me gusta un chico del centro, pero él no sabe nada y quiero que siga siendo así. —Les relató.

—¿Quién? ¿Y por qué no quieres que lo sepa? ¿No será el profesor de latín? Es viejo y tiene cara de perverso —bromeó Ari.

Tania hizo una mueca.

—Es Tomy —confesó Tania.

Las dos amigas se quedaron bastante sorprendidas, aunque les empezaban a cuadrar algunas cosas.

—Es muy guapo y hacéis muy buena pareja. ¿Por qué no quieres que se

entere? —preguntó curiosa mientras Eli se dedicaba a escuchar.

—No creo que él se sienta atraído, además no es posible.

—No te entiendo —replicó Ari. Eli la miraba, a veces se sabía más de una persona por cómo reaccionaba que por lo que contaba.

Tania suspiró y puso los ojos en blanco. Si quería hacer amigas lo normal era tener confianza y debía sincerarse.

—Me llevo muy bien con él, nos reímos, nos contamos cosas, pero creo que me ve más como una hermana que como algo más. —Se encogió de hombros.

—Hay algo más que no cuentas —soltó la Eli desconfiada.

—¡Eli! —la regañó Ari.

—No te preocupes, creo que Eli sabe calar muy bien a la gente. Reconozco que es algo que me gusta y admiro. No sé cuánto tiempo voy a estar aquí, por lo que no quiero que pase algo entre nosotros porque luego me puedo arrepentir. —Se sinceró Tania.

Eli parecía conforme con la respuesta de Tania y la entendía muy bien, en aquel lugar podrían ser despedidos al día siguiente.

—Te entiendo, aunque a nadie le amarga un dulce. Sabes aquel refrán que dice: «La vida no se mide por los momentos que respiras sino por los que te dejan sin aliento». Disfruta todo lo que puedas, hoy estamos aquí, mañana, quizás no.

Eli creía en aquello, ya que había vivido de primera mano cómo la vida es caprichosa y te arranca de un plumazo todo lo que quieres sin pestañear.

—Buena filosofía de vida, sí señor. Ahora te toca a ti —dijo Tania en tono acusatorio.

—¿Yo qué? Soy la más aburrida de las tres ya lo sabéis. Estoy encerrada en este lugar para que mi padre no encierre a mi novio sintecho. —Evitó situarse en el punto de mira.

—No me refiero a tu novio, ¿qué pasa con Enzo? —preguntó Tania. Sabía que entre esos dos había algo por mucho que lo negaran.

—Que es mi profesor de danza, la mayoría del tiempo me cae bastante mal y más desde que ha dejado que Gretel se atribuya el mérito del baile benéfico y la mezcla de estilos. —Tania pareció algo avergonzada con lo que le dijo Eli.

—Creo que sabes muy bien juzgar a la gente y si le das la oportunidad verás que no es un mal chico. Solo un luchador, como tú. Además, he notado que hay conexión entre vosotros, solo hay que veros bailar juntos, es mágico.

—Tania, seamos claras. Enzo está muy bueno, si no tuviera novio

posiblemente me lo tiraría, pero como persona no me sirve ni de amigo. Hay algo que oculta, lo sé, nunca me equivoco en eso —contestó Eli todo lo sincera que su educación le permitía.

Tania parecía medir las palabras de la chica morena, tenía razón, al menos en parte. Enzo no era como ella se imaginaba. Tenía razones de peso para hacer todo lo que hacía.

—Tienes razón, oculta algo, sin embargo, no es nada de lo que tu cabeza pueda ni imaginar. Es buena gente y creo que deberías darle una oportunidad y conocerlo más.

A Eli le gustaría creerla, que todo fuera más fácil, quizás que se hubieran conocido de otra manera, que él no se comportara de una forma tan insoportable, si estuvieran en un mundo donde James y Gretel no existieran, pero no era el caso.

—Si quieres que le dé una oportunidad, como amigo, dime qué oculta. — Probó suerte, si Tania era una buena amiga y ella sabía que lo era, no soltaría prenda.

Tania pensó en qué era lo correcto. Ella veía muy claro que Enzo y aquella chica debían darse una oportunidad, conocerse más, en cambio, nunca podría traicionar la confianza de su amigo, su hermano.

—No te lo puedo contar. Te prometo que no es nada de lo que piensas. — Intentó hacerla entender que Enzo era de fiar.

—Si hay algo que no puedo perdonar son las mentiras, así que mi relación con el profesor Berg, será totalmente profesional. —Tania quiso protestar, pero Ari le hizo un gesto negativo con la cabeza—. Ahora vamos a ver una peli de chicas, que habláis demasiado.

—Confía en él —le pidió Tania.

—La confianza no se pide, se gana.



Capítulo 13

Cuando dos cuerpos bailan como uno solo



Después de aquella noche de chicas todo se desarrolló con bastante normalidad. Eli solo veía a Enzo en las clases y en los ensayos, en ningún momento volvieron a estar a solas, cosa que agradeció.

Parecía que su suerte estaba cambiando en aquel sitio, por el día acudía a las clases, luego a los ensayos y sus ratos libres con sus nuevos amigos, incluidas Tania y Ari, sus personas más importantes allí dentro.

Ari era un encanto de chica, nacida por error entre tiburones. Estaba segura de que aquella joven nunca había hecho daño a nadie, sin embargo, se quedó embarazada del hombre amado, pero los que más la debieron apoyar y dar su amor incondicional, la mandaron lejos como si se avergonzaran, como si no fuera mejor que basura. Le consolaba saber que en pocas semanas eso terminaría. De eso se encargaría ella, aunque perdiera a su mejor amiga allí adentro.

James le contestó por el método de siempre, le dijo que encontró a Trevor y le enseñó a comunicarse del mismo modo que hacían ellos dos, usando su canción favorita. Entre los cuatro habían tramado un plan para que se fugaran Ari y Trevor en unas semanas.

Trevor reuniría todo el dinero que le fuera posible para llevársela muy lejos y empezar de cero con su familia. James tenía amigos que les conseguirían unos pasaportes e identidad nuevos. Y ella haría todo lo posible desde dentro. El día acordado tendría que ayudarla a abandonar el centro. Parecía sencillo, pero no lo era, esperaba tener a Tomy de su lado y que ese día ocupara el puesto de la puerta principal.

James le propuso que hiciera lo mismo que su amiga y aunque era una idea que la ilusionaba sabía que para ella no sería tan sencillo. Una vez que cumpliera la mayoría de edad heredaría el dinero que su hermana le había dejado apoyando su causa, por lo que se podría marchar lejos y ser libre. Ahora no tendrían nada y su padre no dudaría en darles caza como animales. Adónde fueran, nunca serían felices. Así que esperarían, ella ya estaba mentalizada de aquello.

Ari pasaba muchas horas en la sala de ordenadores, convenció al que vigilaba la sala de que le gustaba ver series y películas. Con aquel rostro tan dulce, él la creyó. Hablaba con Trevor haciendo muchos planes para su futuro. Eli le enseñó el código cifrado, por lo que si tenían que dar algún dato que los delatara lo utilizaran sin dudar. La veía feliz y eso es lo que importaba.

Por otro lado, Gretel no la volvió a molestar, y sabía que eso se lo tenía que agradecer a Enzo que hacía bien su trabajo al tener atada en corto a su perra. Quería que el tiempo que le faltaba en ese lugar pasara lo más desapercibida posible. Hasta la directora parecía haberse olvidado de ella, y estaba agradecida por ello.

Aquella noche dejó a sus amigas en la habitación viendo una película romántica que las hacía llorar a moco tendido mientras ella bajó a bailar un

rato al aula, no la había utilizado casi fuera del horario. Pero ese día lo necesitaba, en clase no desfogaba todo lo que necesitaba. Los alumnos aprendían pasos de baile, aunque era pronto para que dominaran el *Street Dance*, sin embargo, tenía que reconocer que muchos tenían un gran potencial, seguro que James se sorprendería al ver a gente de su clase bailando tan bien.

James, le dolía pensar en él, hacía mucho que no lo veía, le parecía que había pasado un siglo desde la última vez que sus cuerpos se convirtieron en uno. Echaba de menos su piel, sus labios expertos sobre su cuerpo. Lo extrañaba tanto que sentía que su pecho se oprimía con su recuerdo.

Necesitaba bailar, dejar de pensar, aunque fuera solo por un rato.

Entró en la sala, estaba vacía, perfecta para bailar y sintió una punzada muy dentro al no encontrar a Enzo como cada vez que iba a ese lugar. No encendió las luces, con la luna llena y se veía muy bien. Se le había olvidado bajar la música, pero seguro que encontraba algo que bailar allí. Accionó el mando y empezó a sonar *Can't Remember to Forget You* de Shakira, no era su música favorita para bailar, sin embargo, esa cantante colombiana le encantaba, así que se quitó la sudadera y empezó a bailar, le serviría de calentamiento.

Se contoneó con aquella voz prodigiosa, giraba, saltaba, notaba como cada músculo de su cuerpo se estiraba en aquella danza. La música llenaba toda su cabeza borrando cualquier rastro de pensamiento dentro de ella. Estaba tan alta que la hacía vibrar, nadie más la oiría. Todo estaba insonorizado. Ahora solo existían ella y los acordes.

En ese momento no estaba en aquel maldito lugar, ahora era libre, estaba viva.

La canción terminó cuando su cuerpo empezaba a sudar, empezó a sonar *Too Good At Goodbyes* de Sam Smith, versión *kizomba*, y aunque tenía que reconocer que la canción era muy buena no iba a bailar eso. Se acercó dónde dejó el mando, junto a su sudadera. Cuando se agachó para recogerlo, alguien sujetó su mano y la giró.

Eli se enervó por el contacto, hace un momento no había nadie con ella. ¿Cómo había entrado alguien allí sin que lo escuchara? No solía bajar nunca la guardia, pero, por un momento, se olvidó de todo mientras bailaba.

Enzo la tenía cogida de la mano y atentando terriblemente contra su espacio vital. La observaba desde arriba, con aquella mirada hambrienta que no volvió a ver desde la noche que compartieron pista de baile.

—¿Me dedicas este baile? —No era una pregunta, Eli lo sabía.

La sujetó con firmeza y la atrajo hacia su cuerpo, había practicado *kizomba*

con compañeros, nunca bailaban así de cerca. Ahora no existía su espacio propio, compartían el mismo.

Una vez que sintió el cuerpo de Enzo como una segunda piel, comenzaron a moverse, despacio, y como si hubiera nacido para ese baile su cadera empezó a acompañar, al compás, a la de Enzo. Se rozaban, se sentían. Una mano reposaba en el cuello de él, la otra posada sobre su pecho, tan duro, y sin poder evitarlo lo acarició, con curiosidad, con hambre y sin pudor. Bajó por su abdomen que era igual de perfecto.

Sus cuerpos sudaban por el baile, sobre todo, por la cercanía. Aun así, Enzo olía de maravilla, apetecible, una mezcla de jabón y masculinidad. En ese momento no existía nadie más allí con ellos, ni Gretel, ni James, ahora él no era su profesor ni ella su alumna, eran dos cuerpos compenetrados como si fueran uno solo.

Eli sentía como su estómago se tensaba, le gustaría decir que el baile era tan sensual que la tenía de aquella manera, pero mentiría. La excitación se apoderaba de ella con cada roce de la cadera de Enzo. Era una cobarde, no se atrevía a mirarlo, sabía que si lo hacía y encontraba en aquellos ojos oscuros la misma hambre que ella sentía, se perdería sin retorno.

La hizo girar y cuando la atrajo de nuevo hacia él sus ojos se encontraron, se devoraban con promesas de lo que se querían hacer. Sobre el suelo, en las columnas, daba igual el sitio si era juntos. Él no esperaba una invitación, sin embargo, cuando Eli se mordió el labio inferior no necesitó nada más, con un hambre animal se lanzó a su boca, su beso no fue amable, ni tímido, solo quería saciarse de ella como había querido hacerlo desde el primer día que la vio.

Eli saboreó la boca de Enzo como si fuera uno de los mejores manjares que nunca probó, su lengua recorría su boca con maestría lo que le hacía pensar las maravillas que podría hacer con otras partes de su cuerpo. Eso hizo que sintiera una humedad caliente entre sus muslos. Ya no bailaban, solo se besaban. Eli agarró la cabeza de Enzo y con la otra mano bajó hasta su trasero para estrujarlo, y menudo culo, se podría pasar horas agarrada allí como un barco anclado a un puerto.

Enzo sintió las manos de aquella morena que le hacían perder la cordura olvidando lo que estaba mal o bien. La agarró por el culo mientras ella de un pequeño y ágil salto enrollaba sus piernas a la cintura. Abandonó sus labios con reticencia, pero se moría por devorar cada centímetro de su suave piel, le dio suaves mordiscos a su cuello hasta que llegó a su clavícula. Ella se arqueó

para atrás dándole acceso a su pecho, eso terminó de desarmarlo. Lamió como le fue posible por encima de la camiseta ancha que llevaba. Eli se quitó de repente la tela dejándola tan solo con el sujetador deportivo para darle mayor acceso a su pecho.

Enzo la llevó contra una columna de la clase y la apoyó, la sujetaba con una mano y con la otra se agarró a uno de sus pechos, parecían más pequeños debajo de toda la ropa que ella se ponía, pero eran perfectos. Su pene opinaba lo mismo luchando contra su pantalón para buscar el centro de ella.

Eli gimió cuando Enzo agarró entre sus labios un pezón, en ese momento estaba tan excitada que se veía capaz de correrse tan solo con lo que le hacía, como si fuera una adolescente, sin tan siquiera quitarle la ropa.

La volvía loca, su respiración estaba descontrolada, su mente ya no pensaba con claridad, solo quería que ese hombre se enterrara en su interior, duro contra aquella columna. Los gemidos escapaban de su boca sin poder controlarlos; le daba igual, nadie los oiría, y a ella le gustaba gritar.

Enzo cada vez que la oía gemir luchaba por no arrancarle las mallas y enterrarse fuertemente dentro de ella, gruñidos animales se escapaban de su boca. Hacía rato que había perdido la cordura, nada tenía ya importancia, si Eli le pidiera que ahora mismo vendiera su alma lo haría sin preguntar.

—Enzo, cariño, ¿estás ahí? —llamó Gretel desde la oscuridad de la puerta.

Enzo maldijo para sus adentros contra todo lo que conocía. ¿Qué demonios hacía ella allí? Su cerebro empezó a pensar bajo presión, no sabía por qué estaba allí, pero no podía pillarlo de aquella manera o todo por lo que había luchado se derrumbaría en un momento.

La chica que tenía entre sus brazos se tensó, los gemidos desaparecieron, solo esperaba que Gretel no encendiera las luces. No podría explicar aquello ni con todas las mentiras del mundo. Eli y él iban a tener grandes problemas de ser así.

Oyó unos pasos, Gretel miraba por la sala, menos mal que la columna donde estaban se encontraba en la penumbra, podía oír el corazón de Eli y el de él mismo latiendo con fuerza. Se movió para cambiar el peso de Eli cuando rozó con su miembro el sensible centro de ella notando como se estremecía y antes de que un gemido saliera por sus carnosos labios, le tapó la mano con la boca.

A los pocos segundos, escuchó como la puerta se cerraba al marcharse Gretel, y suspiró aliviado. Liberó la boca de Eli que se bajó de un salto empujándolo en el proceso. Se fue directa a recoger su ropa.

—Eli, espera —suplicó sin saber muy bien que decir.

—Me tengo que ir.

Se puso la camiseta y la sudadera, aunque en aquel momento lo que menos tenía era frío.

—No te vayas, por favor. —La sujetó del brazo.

—Esto ha sido un error, yo tengo novio y tú tienes... lo que sea Gretel —contestó ella con sequedad mientras soltaba su brazo.

—Gretel no significa nada para mí y, por lo que me has demostrado esta noche, tu novio tampoco para ti.

Eli, cuando escuchó esas palabras, le dio una bofetada con todas sus ganas. Estaba enfadada con él, pero más enfadada con ella misma por lo que había hecho, por lo que sintió y por lo que aún recorría todo su cuerpo con la mirada de aquel hombre. Sabía que tenía razón, si había hecho eso es que sus sentimientos por James no estaban claros.

—Vete a follar con Gretel que te ha preocupado mucho que nos pillara para ser una persona que no te importa nada —contestó con rabia.

—No lo entiendes, Eli, no es tan fácil, todo tiene una explicación —pidió Enzo. Quería contarle todo lo que ocurría porque debido a eso mentía a mucha gente, sin embargo, a ella no le quería mentir.

—Me importa una mierda, y para ti, soy la señorita Cooper.

—Eli —la llamó Enzo. Eli ya había salido de la sala de baile.



Gretel llevaba un rato buscando a Enzo, preguntó a varias personas sin mucho éxito. La última vez que lo vieron estaba bailando, de eso hacía ya un rato. Esa noche no vio a su amiga Tania, era posible que hubiera ido a buscarla. Fue a su dormitorio, pero no contestó, así que pensó en buscarlo en el aula de baile, a veces cuando necesitaba escapar de todo se escondía allí.

Al llegar estaba todo apagado, no era la primera vez que había visto a hurtadillas a Enzo mientras bailaba en la oscuridad, como si estuviera refugiado en ella. Lo llamó, no obtuvo respuesta, así que decidió volver con las demás por si había vuelto allí. Escuchó un ruido a sus espaldas, era una puerta al cerrarse de golpe.

La única puerta que tenía ese lugar era la misma por la que salió ella hacía tan solo unos minutos antes, por lo que algo no le olía bien.

Se escondió tras una esquina para observar de quién se trataba. Esperaba que fuera Enzo que no la hubiera oído o que hubiera entrado después de irse

ella por la otra puerta, pero lo que vio la dejó helada. La Zarrapastrosa de Eli abandonaba la sala de baile de Enzo, de su Enzo. ¿Cómo se atrevía usar ese sitio fuera del horario? Hablaría muy seriamente con él para que fuera castigada del modo que le correspondía a una de su calaña.

Espero a que Eli desapareciera antes de salir para marcharse cuando escuchó como la puerta se volvía a abrir dejándola paralizada dónde se encontraba. «¿Con quién estaría Eli en aquella sala? No, no podía ser», pensó Gretel al ver que por la misma puerta que había abandonado Eli, tan solo unos segundos antes, ahora salía Enzo. La rabia inundó todo su ser. No creía que él se atreviera a engañarla con esa zorra de tres al cuarto. Con ella lo tenía todo.

Tenía que pensar en un plan, si lo abordaba con aquello la tacharía de celosa y lo negaría todo. Además, ahora tenía que volver a casa porque su maldita madre había enfermado justo en ese momento. Era egoísta hasta para eso. Se iría, no le quedaba más remedio, algún día heredaría todo lo que tenían sus padres y tenía que representar el papel de hija adorable. Esto no iba a quedar así, ella era la dueña de todo aquello, incluido Enzo, por mucho que él se empeñara en negarlo.

Se enteraría de qué había ocurrido entre ellos dos y le quitaría a esa zorra hasta la última cosa que le importara en el mundo.

Una vez que se marchó Enzo, salió de su escondrijo tenía que interpretar su papel antes de irse para que él no sospechara nada.



Capítulo 14

La culpa



Eli subió rápidamente a la habitación, rezaba para que sus amigas ya estuvieran dormidas, estaba tan nerviosa que notarían que algo no andaba bien, y por nada del mundo quería hablar en aquel momento de lo ocurrido.

Antes de entrar escuchó la televisión y abrió muy despacio la puerta, se asomó para ver que hacían las chicas. Se habían quedado fritas. Tania pasaba muchas noches allí desde que estrecharon lazos. Las camas que tenían eran

dobles, así que dormían sin problemas.

Se cambió quedándose en camiseta y culote, lo que prefería para dormir, y se metió en la cama. Quería dormirse rápido para no dar vueltas a lo ocurrido hace tan solo un rato, algo le decía que tardaría bastante en conciliar el sueño.

La culpa la corroía, no por el hecho del sexo, eso era una de las mejores cosas que existían y se tenía que vivir con naturalidad y plenitud, pero sí porque no era la persona adecuada. Ella amaba a James, o eso pensaba antes de escuchar las palabras del hombre con el que había tenido aquel desliz. Aunque le hubiera gritado y hablado de aquella manera sabía que tenía razón, ella siempre había creído que si amabas a una persona no te ibas con otra. Puedes pensar que alguien es atractivo, deseable, sin embargo, no te lo montas con él. Si no hubiera entrado Gretel en aquel momento posiblemente todavía estuviera retozando con su profesor. A ese que detestaba y le atraía sobremanera.

No era lo correcto, ni justo para James, y aunque Gretel no fuera de su agrado y se comportara como una perra, tampoco lo era para ella. Enzo decía que ella no le importaba, aun así, no la dejaba, así que no se convertiría en otro polvo de su lista. Respecto a James, tenía que contarle lo ocurrido, seguro que no la perdonaría y lo perdería para siempre, pero se lo debía, siempre habían sido sinceros el uno con el otro.

Eso haría, le confesaría todo. Primero hablaría con Ari para que supiera que seguirían con el plan. Nada había cambiado.



Enzo se fue directo a su dormitorio no estaba de humor para bailar ni para aguantar tonterías de nadie.

Se sentía como una auténtica mierda, no hacía las cosas bien con Eli, y él lo sabía. Ella pensaba que tenía una relación con Gretel, bueno técnicamente era así, aunque era verdad lo que le dijo, no sentía nada hacia ella. Empezaron como un rollo, Gretel le gustaba, se compenetraban bien la cama, era divertida cuando no se comportaba como una niñata engreída o al menos eso es lo que pensaba hasta que Eli llegó allí. Cuando la conoció, algo dentro de Enzo cambió; tenía que seguir con Gretel, daba igual lo que él sintiera o no, todo lo que estaba haciendo era por su madre, ahí no había cabida para lo que él quería.

Nadie, aparte de Tania, sabía lo que ocurría y debía seguir siendo así. Sin embargo, el ocultárselo a Eli no le gustaba, no quería tener secretos con ella y no sabía por qué. Él siempre, desde que poseía uso de razón, odiaba a los de su *status*, pero ella era diferente. Él mismo se sentía diferente cuando estaba con ella. Esa noche, en el momento que la tuvo entre sus brazos y probó sus labios, su cuerpo estremeció como nunca antes. No era solo sexo, había algo más, por eso quería contarle la verdad, que supiera que es lo que ocurría con Gretel, que no pensara que la utilizaba para tener sexo como si fuera una simple diversión.

Le iba a ser muy difícil, ella le dijo que amaba a su novio, aunque él sabía que no era cierto, lo sintió en el hambre con el que le devoraba.

Quería salir a buscarla y aclararlo todo; las dudas lo mataban. ¿Y si se sinceraba con ella y, aun así, no lo aceptaba? ¿Qué ocurriría si destapaba todo y no conseguía el dinero para escapar con su madre? Podría morir, había estado apunto. ¿Sería capaz de poner en peligro a aquella que le dio la vida por alguien a la que apenas conocía y no sabía que sentía hacia ella? Tenía que serenarse, conocerla más, ver hasta dónde podría confiar en ella, aunque con Gretel le sería difícil, era como su sombra.

En ese momento unos suaves toques en la puerta le sacaron de sus pensamientos.

—¿Sí? —preguntó algo malhumorado.

—Enzo, soy yo —contestó Gretel muy bajo.

—Pasa.

En ese momento lo que menos le apetecía en el mundo era ver a Gretel, no podía sacarse a Eli de la cabeza y tampoco era justo para la chica con la que compartía la cama a diario, a sabiendas que ella sabía de antemano que solo tendrían ese tipo de relación. Se sentía como una mierda en todos los sentidos, sobre todo, cuando vio a entrar en la habitación a una Gretel con el rostro surcado de lágrimas. Se levantó y se acercó hacia ella con preocupación.

—¿Qué te ha ocurrido? —preguntó rodeándola con el brazo.

—Es mi madre, Enzo, está muy enferma le han diagnosticado cáncer de mama.

—Ven, pequeña. —Lo que acababa de contarle le tocó muy dentro.

La acompañó hasta la cama y la abrazó mientras ella lloraba desconsolada.

—Todo saldrá bien, ya lo verás. Hoy en día han avanzado mucho en la medicina, en poco tiempo estará como nueva.

—Eso espero, tengo tanto miedo... Mi padre me ha dicho que siga en las

clases, que intente hacer vida normal, pero no puedo. Debo estar junto a ella en estos momentos —mintió ella.

—Claro que sí, tienes que cuidar de ella. —Enzo sufría por aquella chica que tenía entre sus brazos que lloraba desconsolada.

—Te voy a echar mucho de menos, cariño. ¿Me esperarás?

—Claro que sí, no pienses en eso ahora. Estaré aquí cuando vuelvas. —No quería mentir, no sabía lo que tardaría en volver, ni siquiera si volvería, pero no era capaz de decirle otra cosa en un momento como aquel.

—Gracias, Enzo, intentaré venir al baile, estamos trabajando muy duro para que salga bien, recuerda que si necesitas cualquier cosa solo tienes que llamarme. —Lo miró a los ojos mientras acariciaba la incipiente barba que empezaba a crecer.

—Te esperaremos.

—¿Harías algo por mí?

—Claro, lo que sea. —Se arrepintió en cuanto esas palabras abandonaron su boca. No se le puede decir eso a alguien como Gretel.

—¿Puedes hacerme el amor esta última noche como si fuera lo más importante para ti? Te necesito, Enzo, necesito tenerte dentro de mí.

Lo último que le apetecía en el mundo era acostarse con Gretel en ese momento cuando aún tenía el dulce sabor de Eli en sus labios. Sin embargo, no podía negarse cuando estaba tan destrozada. Nunca pudo ver sufrir a una mujer, había visto a su madre hacerlo a diario desde que tenía uso de razón. Asintió mientras capturaba los labios de Gretel en un beso tierno, sin embargo, cuando cerró los ojos solo conseguía ver el rostro de Eli.



La mañana pasó demasiado rápido para su gusto, quería evitar ir a clase de baile, pero sabía que no se podía librar. Podría fingir sentirse mal. Sin embargo, ¿eso en que la ayudaría? Tarde o temprano tendría que volver a ver a Enzo, le gustara o no. Además, después de clase se acercaría a la sala de ordenadores, necesitaba hablar con James, se merecía por lo menos, sinceridad. Se sentía como el ser más detestable del mundo, él estaba fuera ayudándola, esperaba a que saliera para ser felices juntos, y ella, encima, lo engañó a la primera de cambio. No creía que la perdonara, pero de ser así se encargaría de compensarlo durante toda su vida. James creyó en ella, le dio un lugar en su familia y en su mundo para ser feliz, y ella le había fallado.

—¿Estás bien? Tienes mal aspecto —preguntó Ari.

Esa mañana, cuando se despertó, estuvo a punto de contárselo a las dos, sin embargo, tuvo miedo. Tania era su amiga, en cambio, era como una hermana para Enzo. No sabía cómo se tomaría lo ocurrido.

—No he dormido mucho —dijo Eli mientras miraba su comida sin mucho apetito.

—Cuéntame qué te pasa.

Estaban en el jardín, cogieron unos sándwiches, fruta y se habían excusado del comedor diciendo que tenían que hacer un trabajo. Según Ari, a ella y al bebé les venía muy bien el sol, y Eli era incapaz de negarle nada a su amiga. Así no tenían que pasar ese tiempo en el comedor con Gretel y sus arpías.

No sabía cómo contarle lo sucedido a Ari sin que pensara mal de ella. Al final, lo mejor era no dar rodeos para decir las cosas.

—Ayer, cuando bajé a bailar, apareció Enzo. Bailamos y me enrollé con él —soltó sin más y aguardó a ver la reacción de su amiga.

Ari que estaba bebiendo casi escupió todo el contenido de su boca sobre ella.

—¿Con el Profesor Macizo? Y ¿cómo fue?, ¿besa bien? —Eli no daba crédito, lejos de pensar mal de ella o preguntar por James estaba intrigada por los detalles sórdidos.

—Tengo novio, me he liado con un profesor que aparte sale con una de mis peores enemigas ¿y me preguntas eso? —Intentó parecer enfadada, pero una sonrisa surcaba sus labios.

—¿Qué quieres que te diga? Estoy embarazada, tengo las hormonas alborotadas y una vida sexual bajo mínimos, deja que por lo menos disfrute escuchando la tuya —contestó Ari y se encogió de hombros.

—No tienes remedio —negó con la cabeza—, y sí a todas tus preguntas. Ese no es el problema Ari, lo que he hecho no está bien, estoy con James y Enzo está con Gretel. Sé que hay gente que tiene pareja o incluso se casa y lía con otras personas; yo no soy así, soy de las que creen que si quieres a alguien no deseas estar con nadie más.

—Yo opino lo mismo, aunque tengo que reconocer que el profesor Berg parece que está hecho para pecar. —Se quedó pensativa, con la mirada perdida—. A lo que iba, creo que tú misma te acabas de contestar.

—¿Qué? —preguntó sin saber a qué se refería.

—Si quieres a alguien no estás con otra persona, es posible que ya no estés enamorada. Les ocurre a muchas parejas, se pasan años juntas por la

costumbre, porque no quieren estar solos o porque no conocen otra cosa. No es malo lo que ha pasado, de esta manera sabes que algo no anda bien y puedes ponerle remedio.

Eli la observaba y meditaba sobre aquellas palabras, la verdad es que le habían sorprendido gratamente. Su amiga Ari parecía alguien más débil, joven, a la que cuidar, pero le acababa de dar una lección sobre el amor que ni ella misma sabía.

—Quizás tienes razón, había pensado en hablar con James, pedirle perdón y una segunda oportunidad, sin embargo, lo mejor es que nos tomemos un tiempo para aclarar mis sentimientos. No quiero ser de las que se pasan años con alguien por sentir solo cariño.

—Me parece la mejor decisión que podrías tomar. Ahora, cuéntame todos los detalles para que esta noche tenga sueños calenturientos —bromeó Ari.

—Pues tampoco pasó mucho, algunos besos y caricias. Llegó Gretel cuando nos estábamos liando.

Ari estaba boquiabierta.

—No os pilló, de ser así habría pedido tu cabeza a la directora o algo peor.

—No, pero estuvo a punto. Cuando se fue, me di cuenta de que lo que hacía no estaba bien. Me enfadé muchísimo con Enzo, y aún más conmigo.

—¿Con Enzo?

—Sí, me siento mal por hacerles esto a James y a Gretel, sobre todo, me enfada cómo me hace sentir. Al estar tan cerca de él, dejo de pensar con claridad, saca algo salvaje dentro de mí que solo quiere estar con él. Ari, no quiero ser otro más de sus rollos.

La confesión la dejó desconcertada, Ari la miró divertida y eso no le hizo mucha gracia.

—Entiendo.

—¿Qué entiendes? Y ¿por qué te ríes?

—Porque te gusta, te gusta mucho. Tania y yo lo hemos hablado muchas veces, cómo os miráis en clase cuando el otro piensa que no le ve, cuando bailáis juntos hay una química especial entre vosotros que no vemos con nadie más. Y ahora tú me lo has confirmado. A Tania no se lo ha dicho Enzo, pero piensa lo mismo que yo.

Esas palabras removieron algo dentro de Eli, le gustaría creerla, le gustaría pensar que él sentía algo por ella, algo que no fuera meramente físico. Lo veía bastante imposible, ya que apenas se conocían, aunque tenía que reconocer que la idea le gustaba más de lo que debería.

—Mucha confianza tienes tú con Tania, ¿no? —preguntó para cambiar el tema.

—La verdad es que sí, tú y ella sois para mí como hermanas. Con el poco tiempo que me conocéis estáis haciendo cosas por mí que ni mi propia familia. No sé qué habría hecho sin vosotras.

—Te mereces eso y mucho más. Tu familia solo es una panda de imbéciles si no se dan cuenta de lo que vales —dijo Eli, no le gustaba ver a su amiga triste al recordar lo que le habían hecho.

—Anoche le conté a Tania lo de la huida —confesó Ari un poco avergonzada por no haberlo consultado antes con Eli.

—Si tú crees que es buena idea, Ari, yo te apoyo. Creo que Tania es alguien en la que se puede confiar.

—Nos va a ayudar, ella se encargará de que Tomy nos eche una mano esa noche. No sé cómo os voy a poder agradecer todo lo que hacéis por mí y por el bebé —dijo tocándose la tripa.

—Es simple, cuando os instaléis en vuestro nuevo hogar, nos comunicaremos cómo te he enseñado y me dirás dónde es. En cuanto sea libre, iré a verte, quizás Tania también se venga.

Ari se lanzó a abrazarla chafando el sándwich que tenía delante de ella y que apenas había probado.

—Gracias, Eli, por todo. Te quiero, eres como una hermana para mí.

Eli le devolvió el abrazo, notaba como le picaban los ojos, pero no lloraría, ella ya no lo hacía, lloró demasiado en el pasado.

—Tú también lo eres para mí, Ari. —Y lo decía de verdad, le recordaba mucho a la hermana que perdió.

—Tenemos que irnos a clase o me pondré a llorar, y con las hormonas que tengo no sé si seré capaz de parar —dijo mientras se limpiaba el rostro.

—Sí, tienes razón.

—¿Tienes ganas de verlo?

—La verdad es que sí, aunque después de cómo lo traté ayer, no creo que él tenga las mismas ganas de verme a mí.

—Venga, vamos y me lo cuentas por el camino.

Llegaron a clase entre risas, Tania las sonrió y Enzo las miró curioso. Pensaba encontrarse a una Eli taciturna por lo ocurrido el día anterior, así que le sorprendió gratamente encontrarla de buen humor.

—Buenas tardes a todos. —Saludó Enzo a sus alumnos de buen humor.

—Buenas tardes. —Respondieron casi al unísono.

—Tengo que informarles que por problemas personales la señorita Adam no podrá estar durante una temporada. He creído conveniente que si ella no llegara a tiempo para el baile, la persona que debería ocupar su lugar sea la señorita Cooper, si ella acepta y a todos les parece bien.

Eli se había quedado muda por lo que acababa de escuchar, por una parte, le decía que en las próximas semanas no tendría que aguantar a Gretel y que ella debería hacer junto a él el solo del baile. No le asustaba bailar, pero estar tan cerca de él sí que la hacía sudar.

—Señor Berg, con todos mis respetos la señorita Cooper no domina la salsa para ocupar ese puesto —contestó una del séquito de Gretel.

—Por eso ensayaré conmigo, a diario, después de las clases. Tendrá que reconocer, señorita Albin, que es una persona con mucho talento y ya que es la única persona que tiene dominada la parte del *Street Dance* es nuestra mejor elección. A no ser que usted se vea capacitada para ocupar ese lugar.

Enzo no le gustaba ser así de duro con sus alumnos, pero si no permitía a Gretel tratar mal a Eli no se lo iba a permitir ahora a su grupo de arpías. Además, él era el profesor y, por lo tanto, el que decidía allí. Si se lo comentó a sus alumnos era por deferencia a ellos y porque no pensaran que existía nada raro entre ellos. Al marcharse esa mañana, una satisfecha Gretel de su cama, lo primero que pensó Enzo había sido en ello. Aparte de saber que Eli era la persona más preparada para el baile también sería una gran oportunidad para pasar más tiempo con ella y conocerla, quizás hasta poder sincerarse con ella y contarle todo lo que ocurría si consideraba que era de fiar.

El resto de alumnos en clase vitoreaban el nombre de Eli, se había hecho un hueco en el corazón de esos jóvenes.

Cuando les enseñaba a bailar, no solo les enseñaba unos pasos, les transmitía su pasión, su amor por el baile. Era amable con ellos, incluso con los que no lo fueron con ella por ser amigos de la Abeja Reina. Y ahora se notaba en cómo pedían que ella ocupara su lugar.

—Sí, señor Berg, tiene razón. —La amiga de Gretel no le quedó otra que darle la razón cuando casi toda la clase estaba en contra de ellas.

—Señorita Cooper, ¿qué me dice? ¿Nos ayudará siendo la bailarina principal? Ya ve que sus compañeros tienen plena fe en usted, como yo. —Le dedicó su mejor sonrisa.

Eli le oyó decir aquellas palabras, sonreír de aquella manera y su corazón se aceleró, oír como todos sus compañeros vitoreaban su nombre la llenaba de dicha. ¿Cómo podría negarse? ¿Cómo podría decir que no a pasar más tiempo

junto a Enzo y descubrir hasta dónde llegaban sus sentimientos por él?

—Profesor Berg, para mí sería un honor poder bailar con usted. Quiero que todos sepáis que haré lo imposible porque esto salga bien, no os defraudaré.

Todos aplaudieron a Eli mientras Enzo asentía complacido.

—Ahora todos a practicar.

Enzo se pasó la clase bastante distraído mirando a Eli como enseñaba a su grupo. Habían elegido una canción de los Imagine Dragons que se llamaba *Believer*. La coreografía que hacían era magnífica, tenía vida y te hacía vibrar con solo mirarla. Era una especie de burla a la gente con dinero. Las chicas hacían de gente rica y bailaban *ballet*, los chicos bailaban *Street Dance* y hacían el papel de pobres.

Se imaginaba la cara de los padres de aquellos chicos y de la directora si vieran ese baile... Más de uno se moriría, pero tenía que reconocer que era algo digno de ver y que si no tuviera tanto que perder lo mostraría sin dudar el día del baile.

La canción que preparaban era muy buena, pero no se asemejaba ni de cerca a lo que tenía frente a sus ojos.

—Es buena, ¿verdad? —preguntó Tania bajito a su lado.

—Muy buena —admitió él mirándola con admiración.

—Ten cuidado de que no se te caiga la baba delante de todos tus alumnos, señor Berg —bromeó Tania antes de volver junto a sus alumnos.

Enzo le sonrió, pero no le respondió, era hora de terminar la clase y quedarse a solas con Eli. Algo que llevaba todo el día esperando. No para que ocurriera nada entre ellos; pero sí necesitaba estar más tiempo a su lado, conocerla, bailar con ella... Cuando compartían un baile, era como si fueran uno solo, como cuando haces el amor con la persona que amas.



Capítulo 15

Conociendo a Enzo



Eli se despidió de Ari y Tania, les prometió que más tarde se verían. Era hora de practicar salsa, cosa que no se le daba muy bien. Estaba sudada de la clase anterior y le daba vergüenza bailar así con Enzo. Era una tontería, ya que no era una cita sino un ensayo, aun así, quería estar presentable para él.

Él quedó hablando con unos alumnos mientras Eli aprovechó para ir a los vestuarios antes de que notara que faltaba. Se miró en el espejo. Se hizo una

coleta alta para la clase que estaba bastante deshecha y varios mechones estaban sueltos. Se soltó su larga cabellera negra. Se lavó la cara para refrescarse. Cuando se secó, comprobó una vez más su imagen, no iba mal del todo, llevaba unas mallas cortas y una camiseta de tirantes anchos con sujetador deportivo.

Salió para encontrarse al profesor que se despedía de los últimos alumnos. Estaba guapísimo con un pantalón de deporte negro bastante ajustado y una camiseta blanca. Como si Enzo intuyera que lo observaba, levantó la mirada para encontrarse de lleno con la de ella. Le sonrió de tal manera que hizo que por primera vez en aquel día le temblaran las piernas.

—¿Preparada?

—¿Quién dijo miedo? —contestó ella. Le devolvió la sonrisa, cosa que a Enzo le dejó tocado también.

—Esa es la actitud, señorita Cooper. —Accionó la música con el mando y empezó a sonar una canción de Marc Anthony.

Enzo dejó el mando en el suelo de tarima y se acercó a Eli. Se colocó en la postura adecuada para bailar una salsa, ella no tardó en incorporarse y colocar su mano izquierda sobre su mano y la derecha sobre su mano izquierda.

Eli se sabía los pasos básicos, la chica empieza con el pie derecho hacia atrás seguido por el pie izquierdo del hombre. Luego el izquierdo, y así consecutivamente. La postura erguida, el tronco superior siempre recto, con una postura elegante, casi majestuosa. Mientras, las caderas se contonean al ritmo de la música.

La teoría la sabía, Tania era una gran profesora armada de paciencia. El problema radicaba en que ella era alguien que necesitaba dejar que la música fluyera a través de su cuerpo, sin normas, por eso le gustaba tanto el baile callejero. No tardó mucho en meter la pata y pisar a Enzo.

—Lo siento.

—¿Te han dicho alguna vez que eres realmente mala bailando salsa? —dijo Enzo serio, ya estaba de nuevo el profesor odioso con ella.

—¿Y a ti? —No pudo continuar, ya que él comenzó a reírse.

—Es broma, señorita Cooper, creo que tiene mucho talento. La salsa es como cualquier otro baile, creo que el problema es que se requiere disciplina y eso no va con usted.

—Eli —lo interrumpió ella.

—Eli, la salsa se tiene que sentir muy dentro, una vez que lo sientas te encantará y la disfrutarás.

Ella estaba perdida en sus ojos oscuros mientras él hablaba sobre sentir, quería sentir, pero no la música. Sin embargo, es lo que tocaba en ese momento, tenía que aprovechar esa oportunidad, ella amaba el baile daba igual cual fuera y más si era por una buena causa.

—Repitamos —le pidió Eli, y Enzo sonrió.

Bailaron durante horas y bromearon bastante tiempo también. Al principio los dos estuvieron algo tensos, al relajarse todo mejoró, los pasos salieron mejor, y en vez de convertirse en una tarde tediosa de trabajo habían pasado las horas entre risas y bromas. Eso sí, el cansancio se notaba en cada uno de sus músculos.

—Lo has hecho muy bien, Eli —admitió Enzo.

—Tengo el mejor profesor —le sonrió ella mientras se secaba el sudor con una toalla—. ¿Irás a bailar hoy?

—Creo que las piernas no me van a responder —dijo entre risas—. ¿Por qué? ¿Vas a venir? Nunca volviste.

—No, qué va, no puedo con mi alma. No creo que te apetezca, pero por las noches comemos comida basura y vemos pelis ñoñas. Ahora que no está Gretel, lo mismo te parece un buen plan.

Le pareció una mala idea según las palabras abandonaban su boca. Un hombre como Enzo no iba a querer pasar el rato con ellas viendo películas románticas si podía estar con cualquier alumna del centro, era de locos. Le salió solo, no quería separarse de él, necesitaba pasar más rato a su lado.

Enzo la miraba divertido a la vez que Eli hablaba rápido, nerviosa.

—Me encantaría, la verdad, siempre he querido asistir a una fiesta de pijamas y nunca me han invitado. —Eli le tiró la toalla a la cara—. Además, así veo a Tania, qué sepas que me has robado a mi amiga.

—Es que Tania tiene buen gusto. —Le guiñó un ojo.

—Nos vemos después de una ducha, en tu cuarto. Podemos pedir unas pizzas si os gustan, a Tania sí, seguro que después de eso os hacéis hermanas de sangre o algo así.

Pizza, solo de pensarlo a Eli le rugió la tripa, no había comido nada. Enzo la escuchó y seguro que ahora pensaba que era una gorda en toda regla.

—Vale, aunque pienses que soy una gorda, me da igual, luego me haces sudarlo en tu clase, eres un explotador. —Le sacó la lengua. No le importaba lo que dijera la gente, aunque lo que pensara él la verdad es que sí.

—No lo eres, no dejes que nadie te haga creer eso nunca. Tienes las curvas perfectas, la directora es una zorra y deberías haberle partido la cara aquel

día. —Aquella confesión no era la adecuada de profesor a su alumna, aunque le dio igual.

Eli le guiñó el ojo, las palabras de él le habían gustado más de lo que deberían.

—Nos vemos en mi cuarto, es el ciento quince.

—Hasta ahora.

Después de despedirse, cada uno se marchó por su lado, sintió como algo se instalaba en su pecho, una especie de entusiasmo, ya que en un rato se volverían a ver.

Eli, por su parte, no sabía muy bien cómo explicar a las chicas que esa noche la compartirían con Enzo. Esperaba que Tania le echara un cable, era como una hermana para él. Se dirigió a su habitación a la espera de encontrarlas allí, la verdad es que sentía algo de culpa por no haber hablado aún con James, no se merecía que no le contara la verdad sobre lo ocurrido y le pidiera tiempo para aclararse. Por lo que vivieron juntos, por todo lo que él hizo por ella, se lo debía. Le había dado un lugar en aquella familia que ella tanto amaba. Necesitaba remediar eso y tenía una idea para hacerlo.

Llegó al dormitorio y abrió la puerta, ahí estaban sus amigas probándose vestidos de Ari, vestidos de fiesta.

No le extrañaba que su amiga los tuviera, su propia madre le obligó a llevarse también para eventos que hiciera el maldito centro en el que se encontraba. Tenía que reconocer que estaban preciosas las dos.

Ellas no la vieron, así que pudo observarlas. Ari eligió uno largo de color verde turquesa que se ajustaba bajo su pecho para caer de forma vaporosa, hacía un contraste perfecto con su cabello naranja. Reparó en que su barriga ya tenía una pequeña curvatura, no muy grande, pero que ya anunciaba que estaba embarazada. Le tenía mucho cariño a esa chica, nunca había conocido a nadie tan bueno como ella, solo esperaba que una vez que se fuera de allí la vida solo le diera felicidad.

Miró a Tania que en ese momento estaba espectacular, ojalá la viera Tomy de aquella manera. Su vestido era de un bonito granate, largo y ajustado, que marcaba su preciosa figura. La aludida se percató de su presencia.

—¡Hola! ¿Qué te parece? —preguntó Tania con aquella vivacidad que ella poseía.

—Estáis realmente preciosas, como dos princesas. —Las dos amigas sonrieron ante el piropo.

—Eli, pruébate uno, tienes que estar preciosa con uno —propuso Ari

entusiasmada.

—Ahora no puedo, vengo sudada. Además, viene Enzo a nuestra noche de chicas, espero que no os importe.

Las dos se miraron y compartieron una sonrisa cómplice.

—¡No me miréis así! No es lo que pensáis, he pensado que ahora que no está Gretel le apetecería pasar un rato con nosotras, bueno, con Tania, sobre todo —se defendió Eli.

—Ya, seguro que viene para verme a mí —dijo Tania divertida.

—¡Vaya dos! —fingió estar enfadada, le duró poco no pudo evitar sonreír.

—Sabes que no hay más ciego que el que no quiere ver, ¿verdad? —preguntó Tania.

Eli puso los ojos en blanco. Tenía que contarle toda la verdad, si eran amigas lo eran para todo, las amigas no tenían secretos.

—Te lo contaré todo, te lo prometo, pero necesito un favor, no tenemos mucho tiempo antes de que venga Enzo.

—Claro, lo que sea, ya lo sabes.

Eli le relató lo sucedido con Enzo la noche anterior mientras ella ponía unas caras que dudó en si hacía bien en contarle todo aquello, parecía más que contenta. También le explicó la necesidad de hablar con su novio y pedirle un tiempo hasta que se aclarara referente a su amigo, por lo que le pidió su móvil, no podía esperar al día siguiente.

—No hay problema, seguro que tu novio es una excelente persona, sin embargo, yo quiero que estés con Enzo, me gustas para él. —Se sinceró y le entregó su móvil—. Sé que no parece el hombre más fácil del mundo, sin embargo, sí te puedo asegurar que vale la pena.

Eli pensó en sus palabras, es posible que tuviera razón. Es algo que tendría que comprobar ella, si podrían estar juntos, si sus personalidades no serían demasiado contrarias, o si solo serían capaces de ser un rollo como eran él y Gretel.

—Gracias, Tania, por todo. Por esto y por ayudarnos con lo de Ari, sé que te juegas mucho ayudando a una alumna.

—Eli, haría eso y todo lo que esté en mi mano por ayudaros. Estoy aquí porque Enzo necesita el trabajo y yo para ayudarlo, todo lo que pueda hacer lo haré. —Le entregó el móvil.

Eli odiaba la idea de tener que hacer eso por teléfono, mejor eso que no hacerlo. Pensó que lo mejor era llamarlo, le parecía lo más justo. Primero se metió en YouTube para ver si tenía algún mensaje suyo antes de llamarlo.

Nada más entrar en la aplicación le saltó la alerta de que Kata había publicado un vídeo que se llamaba: «Eli, es un cabrón» ¿Por qué su amiga pondría eso? Así que antes de nada le dio a reproducir.

Era un baile de toda su familia protestando en un centro donde experimentaban con animales, era una protesta para que fueran liberados. Las lágrimas surcaban sus ojos sin ser derramadas al verlos. ¡Cuánto los echaba de menos! Como le hubiera gustado acompañarlos en ese baile. No entendía por qué su amiga había puesto aquello. Al menos no lo entendió hasta que el baile terminó, cada uno se fue para su lado y el que filmaba acercó el *zoom* para grabar algo que sucedía en un lateral del edificio. Era una zona oscura o eso pensaban los que se metieron ahí para no ser vistos. Al principio le costó distinguir la escena, una pareja se lo montaba duro contra el muro. El *zoom* se amplió un poco más hasta que Eli consiguió distinguir al *empotrador*, no era otro que James, su novio, al que iba a llamar porque se sentía culpable por haberlo engañado con un par de besos. La que era empalada era Ali, la rubia pechugona que le hizo la vida tan difícil desde el día que entró a formar parte del grupo, incluso antes.

Eli palideció en el momento, no quería ser hipócrita, ella se besó con Enzo, pero aquello..., sobre todo, que James sabía lo que sentía por Ali. Todos los planes de futuro, todas las veces que dijo que la amaba, todo fue mentira.

—¿Qué ocurre, Eli? —preguntó Tania.

Eli levantó la mirada del móvil y miró a sus amigas, tenía ganas de llorar, aunque esta vez era por la rabia. Las dos la miraban con preocupación en los ojos. No se sentía capaz de narrarlo con palabras, así que les entregó el móvil para que lo vieran ellas mismas.

—Voy a la ducha, cuando lo veáis, cerrad la sesión, por favor —dijo con la voz más serena que consiguió utilizar sin romperse en mil pedazos.

Las dos la siguieron con la mirada hasta que abandonó la habitación tras la puerta del baño.

Ari y Tania se miraron antes de observar el móvil. Iban a darle a reproducir de nuevo cuando sonó la puerta.

—Adelante —dijo Ari.

Entró Enzo algo intimidado por la situación de encontrarse allí, nunca había ido a la habitación de un alumno ni siquiera a la de Gretel.

—Hola, chicas. —Saludó y buscó con la mirada a Eli.

—Está en la ducha. Ven, tenemos que ver esto —le dijo Tania.

Enzo asintió y se dirigió hacia ellas, su amiga estaba muy seria. En ella solo

podía significar que algo malo sucedía. Se colocó detrás de ellas para ver lo que iban a reproducir en el móvil de Tania.

Lo primero que vieron que les llamó la atención alertándolos de que algo no iba bien fue el título: «Eli, es un cabrón». Siguieron con el vídeo, observaron como unos bailarines con un gran talento hacían un baile protesta contra el maltrato animal. Todo parecía estar bien hasta que llegaron a la parte donde se veía a una pareja dándolo todo contra una pared.

—¡Mierda! —Si venía de Ari era algo muy malo, ya que nunca decía una palabra malsonante.

—¿Qué ocurre? —preguntó Tania.

—Ese es el novio de Eli, me enseñó una foto de él a los pocos días de estar aquí.

Los tres se miraron antes de volver a observar de nuevo la pantalla.

—Menudo hijo de puta —gruñó Enzo con la mandíbula apretada—, no se merece a alguien como ella.

Enzo sentía una rabia dentro de sí que si tuviera ese tipo delante le partiría cada uno de sus huesos, pero nada podía hacer. Si estuvieran en la misma ciudad no lo dudaría, saldría a buscarlo y le enseñaría cómo se tiene que tratar a la mujer que te ama y a la que debes amar y proteger. Sin embargo, no lo podía hacer, lo que si podía procurar es consolarla e intentar tratarla como se merecía.

—¿Qué podemos hacer? —preguntó Ari, con los brazos en jarra, que se le notaba bastante enfadada. Tenía hasta una apariencia divertida, con esa pose y metida en un vestido tan elegante.

—Si estuviéramos en Nueva York le partiríamos las piernas, Ari, aquí no podemos hacer más que consolarla —dijo Tania bastante decaída, entendían que poco podían hacer en aquella situación.

Enzo iba a contestar, pero Eli salió del baño envuelta en una toalla mientras se secaba el cabello con otra. La miró de arriba abajo, era preciosa. Quería ir a abrazarla, besarla, consolarla... Ella se quedó parada, lo miró y le pareció ver sus ojos llorosos.

—Yo, perdóname no sabía que estabas ya aquí —se disculpó Eli y su voz sonaba algo quebrada.

—Perdóname tú, Eli, soy yo el extraño aquí, el invasor de las fiestas de pijamas de chicas. —Hizo una mueca para hacerla sonreír y lo consiguió.

—¿Por qué no vais pidiendo las pizzas? No tardo nada en vestirme y podremos empezar la fiesta de pijamas de chicas. Enzo, espero que hayas

traído pijama, si no, tengo uno rosa que creo que te puede favorecer mucho. — Eli intentó consolar a sus amigos que en ese momento parecían tan desolados como ella misma.

—¿Pijama? ¿Bromeas? Que hombre en su sano juicio iba a pasar la noche con tres mujeres bonitas y a llevar pijama.

Todas rompieron a reír y Eli comprendió que eso es lo que necesitaba en realidad, a sus amigos para poder olvidarse de todo.

Lo de James había dolido, era su pareja y enterarse así no era la mejor manera. Sin embargo, el hombre que tenía delante le gustaba, le gustaba mucho. Hablaría con James una vez que se sintiera calmada, preferiblemente cuando pasara lo de Ari, faltaban pocos días y no quería por nada del mundo que saliera mal.

Sonrió a Enzo y se fue a cambiar.

Cuando salió, entraron Ari y Tania a cambiarse, dejaron solos a esos dos que se miraban de una manera tan intensa. Enzo estaba sentado en el suelo junto a la cama de Eli y la observaba acercarse con aquel pijama de pantalón corto. Daba gracias por que aquel sitio contara con aquel maravilloso sistema de calefacción.

Eli se sentó junto a Enzo, estaban muy cerca. Él despedía calor, cosa que ella necesitaba en aquel momento, sentirlo de aquella manera era reconfortante.

—¿Habéis pedido las pizzas? —preguntó ella para romper aquel silencio.

—Sí, no deberían tardar. ¿Cómo estás? Y quiero la verdad, sabré si me mientes —preguntó él tomando la mano de Eli.

Ella lo miró antes de contestar, buscaba las palabras exactas que definieran cómo se encontraba.

—Es complicado, ¿sabes? Le pedí el móvil a Tania porque quería sincerarme con James y decirle lo que había ocurrido entre nosotros. Hoy, hablando con Ari, me he dado cuenta de que tenías razón con lo que me dijiste anoche. Siempre he sido de las que han creído firmemente que no se puede amar a alguien si te gusta otra persona.

Eli guardó silencio al ver que confesaba más de lo que debería.

—Sigue, por favor. —Le dio un leve apretón en su mano.

Ella suspiró, pensaba que, de perdidos al río. Tenía que ser sincera con Enzo y con ella misma.

—Así que decidí que lo mejor era dejar a James y conocerte mejor para aclarar mis sentimientos. No me parecía justo para James. Él me dio una

oportunidad, me dio una nueva familia y un propósito cuando estaba perdida. Aprendí *Street Dance* gracias a él y a mi nueva familia, a defenderme en las calles, me dio las herramientas para luchar contra las injusticias. Le debo mucho.

—Y sentías que lo habías traicionado —confirmó él.

—Así es. Teníamos muchos planes de futuro pensaba que a su lado cambiaría el mundo. Qué inocente, ¿verdad? —preguntó ella con una sonrisa melancólica en la boca.

—Para nada. De eso trata el amor, de tener sueños con la persona que amas. —Enzo no podía evitarlo, pero sentía celos de no ser él con el que había trazado aquellos planes de futuro.

—Así que, en respuesta a tu pregunta, me ha dolido ver que la persona con la que pensaba pasar mi vida hasta hace unas horas se tiraba a la tía que más odio en el mundo, aunque fuera yo la que iba a terminar con él por ti. Sé que tú ya estás con alguien, que no es santo de mi devoción, y que si pudiera la mandarían a vivir a otro universo paralelo, aun así, no me parece justo para ella.

—Ayer te dije que Gretel no significa nada para mí. —Lo miró con una ceja levantada y Enzo intuía lo que pensaba—. Eli, sé que no te gusta oír esas palabras, pero no la utilizo. Cuando yo empecé lo que tengo con ella, acordamos que no habría sentimientos, solo sería algo físico. Eso sí, no te quiero mentir, le prometí exclusividad mientras uno de los dos estuviera aquí, por respeto.

—Entiendo. —Eli apartó la mirada—. La verdad es que te respeto por ello, es más de lo que ha hecho James por mí.

—Eli, todo eso cambió el día que te conocí. —Ella lo miró de nuevo—. Eras distinta a todo lo que había en este sitio, bastante descarada también. —Eso la hizo reír y le golpeó en el hombro—. El día que Gretel te hizo eso en clase, la quise expulsar, no solo de mi clase, también de mi vida, pero no es tan sencillo. Hay cosas en juego más importantes que mis sentimientos hacia ti.

—Cuéntamelo, Enzo, lo entenderé, te lo prometo. —Él quería que así fuera, porque lo que más deseaba en el mundo era estar con aquella chica de ojos negros.

Se escuchó las risas de las chicas mientras salían del baño.

—Eli, te lo quiero contar, sin embargo, ahora no es el momento. ¿Quieres tener una cita mañana conmigo? Prometo contarte todo.

Ella pensó durante un segundo en ello, le parecía una buena idea. Sabiendo

lo de James, por su parte no tenía ningún impedimento en hacerlo y no había nada en el mundo que deseara más que conocerlo más.

—Me encantaría —respondió.

Las chicas llegaron y vieron a los tortolitos cogidos de la mano, no pudieron evitar intercambiar miradas cómplices y sonrisas. En ese momento llamaron a Enzo al móvil para que bajara a por las pizzas. Pasaron la noche contando anécdotas, con risas... mientras Enzo y Eli pensaban en la siguiente noche



Capítulo 16

Vigilados



Enzo amaneció junto a Eli, se quedaron hasta las tantas de la mañana despiertos los cuatro, cotorreando, y luego pusieron una película para rematar. Tania y Ari insistieron en que ellas ya estaban acostumbradas a dormir juntas, por lo que mejor, que Enzo se quedara con Eli en la cama. Ella aceptó, así que él no se iba a negar. La cama era grande, al acostarse intentó no acercarse mucho, quería que ella supiera que la respetaba. Seguro que Eli pensaba que si

estaba con Gretel y la besaba era porque solo la quería para acostarse con ella. Que no lo negaba, deseaba a Eli con cada fibra de su ser, pero no era solo algo carnal, tenía sentimientos hacia ella. En el momento que observó como sufría por su novio o cuando ella le habló de los planes con él, sintió celos, eso solo indicaba que sentía algo.

Eli no tardó en dormirse, lo notó en su respiración y él se quedó inmóvil para no despertarla. El sueño lo vencía y ella se giró, la luz estaba apagada. Con el reflejo, podía ver su perfecto rostro.

Así que se quedó mirándola, como hipnotizado, hasta que se durmió.

Al despertar, Eli estaba acurrucada entre sus brazos, dormía tranquila y él sonrió ante aquello, no pudo recordar ninguna vez haberse sentido así al despertar con una mujer y eso que ni siquiera habían tenido sexo. Por una vez en mucho tiempo, se sentía tranquilo, y con esperanza de poder ser feliz junto a alguien. Renunció a ello hacía mucho tiempo al tener que pensar constantemente en cómo ayudar a su madre, en lo que el amor le hizo a su progenitora. Con Eli se sentía capaz de enfrentar cualquier cosa si ella estaba a su lado. Depositó un dulce beso en su frente antes de levantarse con cuidado de la cama para no despertarla. Tenía que volver a su cuarto antes de que llegara la directora e hicieran el cambio de guardias. Sin embargo, no quería irse sin despedirse, buscó en el escritorio de Eli un papel y un bolígrafo y escribió una nota para dejarla en su almohada.

Te espero después de las clases, sobre las nueve, en mi habitación. No pienses mal, por favor, es una sorpresa. Además, quiero que no nos molesten, tengo que contarte cosas importantes para mí. Por cierto, gracias, hacía mucho tiempo que no dormía tan bien, estás preciosa cuando duermes.

Con esa nota se marchó, tenía mucho que hacer ese día para que todo fuera perfecto en la cita con Eli, estaba nervioso y ansioso por compartir sus secretos con ella. Incluso con miedo por si no lo aceptaba después de contarle toda la verdad. Sin embargo, era hora de dejar los miedos de lado, tenía mucho que hacer.



Eli pasó todo el día con una sonrisa tonta en los labios, como si fuera una adolescente. Todavía sentía resquemor por lo ocurrido con James, el haber pasado la noche con Enzo le hizo sentir dentro de ella un cosquilleo muy agradable. Al abrir los ojos aquella mañana, esperó encontrarlo a su lado y no

fue así. No pudo evitar sentir cierta decepción al saber que se marchó sin despedirse, al menos hasta que encontró la nota que le había dejado sobre su almohada. Sonreía cada vez que recordaba sus palabras, parecía que la iba conociendo, ya que pensó mal cuando leyó la parte de que la cita sería en su habitación, sin embargo, tenía razón, era el mejor sitio para estar tranquilos y poder hablar.

Después de leer la nota y haber comprobado que sus amigas dormían olió la almohada, su aroma seguía ahí, lo que hizo desear que estuviera con ella para poder besarla.

Les contó a sus amigas los planes y estaban como locas, casi parecían más contentas que ella. Adoraba a aquellas loquitas. No sabía que ponerse para la cita, quizás pareciera un miedo tonto, pero para ella era importante. Cuando salía con James, el noventa por ciento de las veces llevaba vaqueros y camisetas, a él le encantaba, en cambio, Enzo era distinto, Gretel siempre iba de punta en blanco. Ella no tenía ropa de ese estilo y no pensaba ponerse un traje de chaqueta, que es lo que su madre le metió en la maleta pensando que era lo adecuado para una reunión social. Tania prometió que le tendría preparado un modelito para la cita. Finalizó las clases del día, se le habían hecho eternas, sobre todo, la de baile, aunque sabía que no era lo correcto, no pudo evitar mirar cada dos por tres a Enzo, esperaba que no le molestase; a su favor tenía que alegar que cuando ella miraba, él también lo hacía.

Antes de subir a ducharse tenía que hablar con Kata, su amiga. Podía haberle pedido el móvil a Tania, pero no quería abusar de su amistad, así que se dirigió a la sala de ordenadores, aún iba con tiempo de sobra antes de la cita, lo que no hizo que estuviera menos nerviosa. Solo rezaba para que su amiga estuviera en aquel momento con el móvil encima, cosa que era bastante probable, ya que era una extensión de su mano.

Al llegar al aula, dio gracias porque ese día hubiera más gente, así el cuidador del sitio no repararía en ella. Se acomodó en uno de los ordenadores más alejados como era costumbre y se conectó. Podría escribir directamente a su amiga a través del vídeo que le mandó el día anterior, pero con eso se arriesgaba a que James lo viera. Seguro que ya se habría enterado de que Kata lo subió y de no ser así faltaría poco, cualquiera del grupo se lo contaría y lo último que quería es que viera su conversación. Buscó la canción que ellas compartían cuando en alguno de sus castigos habían necesitado hablar de cosas de chicas. *Díganle* de Leslie Grace y Becky G, una canción que les encantaba, siempre que podían la canturreaban, eso sí, con su acento que las

delataba.

Lo bueno de YouTube es que luego podían borrar los comentarios, así que después de ese día no dejarían ni rastro de aquello.

Eli: +116926176026974167370 *Kat, ¿estás?*

Eli la llamaba así de forma cariñosa, cosa que no le permitía a nadie más. Para que el mensaje le llegara a su amiga tenía que poner el Id. de Google, de aquella manera le llegaría un aviso, sino se pasaría horas esperando. Kata no se hizo esperar mucho y Eli respiró aliviada.

Kata: *Eli, ¿estás bien? Estaba preocupada por ti.*

Eli: *Sí, anoche vi el vídeo. No pude contestar, así que hoy en cuanto he podido me he conectado. Aquí es bastante difícil que podamos hablar.*

Kata: *Lo siento Eli, sé que no es la mejor manera para enterarse de algo así. Pero no podía permitir que ese desgraciado te estuviera engañando hasta que salieras de ese sitio.*

Eli: *No te preocupes, mejor así. La verdad es que no me lo esperaba. Sabes que teníamos muchos planes de futuro, pero por lo visto no ha podido mantener la polla dentro de los pantalones tan solo unos meses.*

Kata: *Quiero que sepas que estamos contigo, al menos la mayoría. La familia te quiere mucho. Comprendemos que te puedes enamorar de otra persona, pero ese no es el caso, James folla con Ali y te quiere tener a ti de novia, por lo que hemos indagado esto no viene de ahora, lo único, que no les hemos pillado antes.*

Eso a Eli le dolió casi más que el engaño. ¿Cuánto tiempo llevaba engañándola? ¿Por qué no había sido suficiente para él?

Eli: *Kat, no quiero que os separéis por nuestra culpa, él es de vuestra familia mucho antes de que yo llegara. No es justo para nadie.*

Kata: *Me importa una mierda. Nosotros somos una familia y nos cuidamos entre nosotros. Que te hubiera dejado y se hubiera follado a medio Estado, si se jode a uno de nosotros se jode a todos. Pagaré lo que ha hecho. Tenemos que votar, incluso algunos piden su expulsión.*

Kata era una mujer con los valores muy claros y Eli la quería por ello. Lo que planteaba era muy gordo. James sería un cabrón, sin embargo, aquella gente era su mundo, si lo echaban no sabía que haría sin ellos. Ella le odiaba ahora mismo, aun así, no podría privarle de su familia. No era de esa manera.

Eli: *Kat, os pido que me esperéis, no me queda mucho para salir de este maldito sitio, buscaremos una solución.*

Kata: *¿Cómo puedes ser tan jodidamente buena y estar con ese mierda?*

Eli sonrió ante aquellas palabras.

Eli: *Necesito pedirte un favor, bueno, a toda la familia.*

Kata: *Lo que sea, ya lo sabes. Incluso tengo una pala y se esconder un cadáver si es necesario.*

Dios, cómo quería a aquella chica.

Eli: *No será necesario al menos por ahora. Ahora atenta.*

Eli le confesó a su amiga todo el plan de huida para Ari, sabía que la ayudarían. Ellos luchaban a diario contra ese tipo de injusticias, sobre todo, la importancia de que James pensara que todo andaba bien para que siguiera con el plan establecido que tendría lugar en un par de días. Nada podía fallar, se jugaban mucho. Kata al final, aceptó a regañadientes. Tras un rato más de charla, hablaron de cosas de chicas y la puso al día sobre que estaba conociendo a alguien. Eli prometió escribirle pronto. Borraron todos los mensajes. Todavía le quedaba una misión antes de irse a la ducha, una que no le apetecía en absoluto. Ver el mensaje que seguro que tendría de James y actuar con absoluta normalidad, como si no hubiera visto cómo empotraba a Ali contra una pared la noche anterior.

Buscó su canción, la que ahora parecía que no significaba nada para ellos dos. Leyó entre los mensajes, buscaba el de James con cierto nerviosismo, quizás le había juzgado mal y en el mensaje le contaba toda la verdad, conociéndolo como ella pensaba no esperaría menos de él. Paró de bajar cuando encontró el seudónimo que el usaba en la aplicación y leyó su mensaje.

Princesa, la coreografía marcha sobre ruedas. Estoy deseando verte, solo dos amaneceres nos separan. Pronto bailaremos como uno solo. Te amo, Princesa Adinerada.

Eli tuvo que hacer acopio de todas sus fuerzas por no vomitar ante la falsedad de sus palabras. Con todo lo que le había hecho, tenía una pequeña esperanza de que al final todo lo compartido mientras estaban juntos le haría ser sincero, pero no fue así. Aun así, tenía que contestar, dentro de un par de días pondría todos los puntos sobre las íes y, además, lo podría hacer en persona.

Hola, Muerto de Hambre, espero que toda la familia se encuentre bien. Sí, en breve nos veremos y podremos hablar sin tener que usar esto, sin excusas. Tengo que dejarte, hay jaleo por aquí.

Era una mentira, aunque comparada con la de él era una tontería, no se sentía capaz de decirle que lo quería después de todo lo que había sucedido. Miró el reloj en el ordenador y se dio cuenta de que se le había hecho tarde,

siempre que hablaba con Kata le ocurría. Cerró corriendo el equipo y salió rápidamente de la clase, cosa que hizo que el vigilante la mirara de forma desaprobatória.

Antes de desaparecer por el pasillo sintió una mirada clavada en su espalda, se giró para ver de quién se trataba, pero allí no había nadie.



Gretel observaba a su madre aburrida mientras esta dormía tras su quimioterapia, la dejaba agotada y con muy mal cuerpo, aunque a ella bastante poco le importaba. Teniendo tantos criados no entendía porque era ella la que tenía que estar sentada junto a su cama al tiempo que su padre hacía a saber qué. Había repasado varias veces ya las redes sociales y no paraba de mirar la pantalla del teléfono por si recibía algún mensaje de Enzo. No sabía nada de él desde que abandonó la institución, cosa que le extrañó, ya que él estuvo muy preocupado cuando le fue llorando sobre el tema de su madre.

El teléfono comenzó a vibrar en su mano, miró para ver si era él, no lo era y sintió insatisfacción, aunque ese emisor podría también alegrarle el día.

—Sí —respondió Gretel en ese tono que utilizaba cuando fingía ser amable.

—Hola, tengo noticias importantes. —La voz al otro lado de la línea sonaba nerviosa.

—Cuéntame. —Gretel esperaba que aquello que le contaran fueran excelentes noticias, de lo contrario, no sabría qué hacer, seguro que nada bueno.

—Esta mañana él ha salido de su habitación, ha pasado la noche allí. —Gretel soltó una maldición al escuchar aquello mientras clavó las uñas en la palma de su mano libre—. No creo que pasara nada porque también pasó la noche allí su amiga, la pelirroja, y Tania.

Eso pareció aliviar algo la ira que sentía, pero no aclaraba por qué Enzo, su Enzo tenía que dormir en la habitación de la Zarrapastrosa. Quizás tuviera razón y hubiera dormido con la sintecho esa de su amiga Tania, nunca le había caído bien, y cuando consiguiera que él fuera su pareja formal, la alejaría para siempre de su vida.

—¿Qué más? —preguntó impaciente. Estaba pagando una cantidad indecente de dinero por tenerlos vigilados veinticuatro horas al día.

—Ella se ha pasado mucho tiempo en la sala de ordenadores hablando con alguien, no me he podido acercar lo suficiente para saber con quién.

—Eso no es posible, todas las redes sociales están capadas —contestó ella, la directora era muy estricta para eso.

—Pues lo ha sido, aunque no creo que saquemos nada, habrá borrado todo para que nadie lo averigüe.

—Eso es lo que ella cree. Esta noche te mandaré a uno de los mejores informáticos para que recupere esos mensajes y nos diga cómo demonios ha conseguido comunicarse con el exterior. Mientras tanto, sigue siendo mis ojos y mis oídos allí. En cuanto sepas cualquier cosa, llámame. Voy a averiguar todo sobre esa zorra y la pienso destruir. Nadie me quita lo que es mío.

—De acuerdo. —Se despidió.

Gretel colgó, tenía ganas de destruir cosas en ese momento, pero su madre dormía y ella debía interpretar su papel de hija preocupada, aunque nadie impediría que tuviera su venganza, nadie la pararía. Enzo se daría cuenta de cuánto la amaba, como ella lo amaba a él y nadie, ni siquiera esa perra, los separaría



Capítulo 17

Una cita llena de confesiones



Enzo caminaba nervioso por la habitación a la espera de la llegada de su cita. Quería que todo saliera perfecto. Había pedido a un amigo que trabajaba en la cocina que le enseñara a cocinar algo que no fuera muy elaborado para sorprender a Eli, ya que él era un auténtico desastre entre fogones. Al final, se decidieron hacer pasta, algo rápido y que su amigo pudiera reparar fácilmente si él metía la pata en la receta. Después lo ayudó a llevar una mesa al

dormitorio, una pequeña para dos comensales.

En los ratos libres que tuvo, recogió el dormitorio, colocó la mesa, puso velitas pequeñas que ahora lucían encendidas por la habitación para crear un ambiente más romántico, pensó en poner música, pero si querían hablar quizás no fuera la mejor idea, le preguntaría a ella.

La puerta sonó y el corazón de Enzo se aceleró, había tenido muchas citas a lo largo de su vida, por lo que no debería sentirse de forma diferente, pero con ella quería que las cosas fueran distintas.

Quería contarle sus secretos, y esperaba que no le importaran.

La puerta estaba abierta, por lo que podría invitarla a entrar. Sin embargo, se acercó a la puerta y abrió con su mejor sonrisa como bienvenida. Al ver a la mujer que tenía delante se le secó la boca. La chica que veía a diario con ropa ancha de deporte o con mallas había dado paso a una mujer con curvas de infarto.

Llevaba su larga melena negra suelta que rodeaba su rostro perfecto en forma de corazón. Estaba maquillada de forma discreta, en cambio, lo que dejó a Enzo sin respiración fue que se llevaba un vestido rojo ajustado que se ceñía a su maravilloso cuerpo. La observó con atención, no quería parecer grosero, pero si de normal era una mujer de las que te cuesta apartar los ojos, ahora era imposible.

Eli se sentía avergonzada, quizás las chicas se habían pasado, ella hacia muchísimo tiempo que no usaba ropa así. Enzo la miraba con una expresión indescifrable en el rostro.

—¿La cita es en el pasillo? —decidió Eli intervenir. Si alguien pasaba y la veía así vestida en la puerta de un profesor sería la comidilla del lugar.

—Disculpa, pasa. Estás preciosa.

—Gracias, tú también estás muy guapo.

Y era verdad, Enzo iba arreglado pero informal. Un vaquero, que la dejaba comprobar desde esa perspectiva que tenía un culo perfecto, y una camisa blanca que se ceñía a los músculos de sus brazos.

Él la acompañó hacia la mesa que había preparado para dos. Todo estaba cuidado, hasta el mínimo detalle, algo que la emocionó porque todo era perfecto. Y encima lo hizo para ella.

—Siéntate, espero que tengas hambre. He cocinado yo y no tengo mucha idea, es posible que tengamos una intoxicación y acabemos los dos en urgencias —bromeó él mientras le colocaba la silla para que ella se sentara.

En el momento en el que iba a decir no mucha, su estómago se adelantó y

rugió un poco delatándola, últimamente hacía mucho ejercicio y comía poco.

—Creo que bastante, ya lo has oído. —Enzo no pudo hacer otra cosa que sonreír.

Estaban cenando y parecía que los nervios aflojaban un poco, hablaban de esto y de aquello para intentar no llegar a las confesiones que se harían los dos aquella noche.

Al terminar, Enzo sirvió más vino en las copas y se fueron al salón que había improvisado en la alfombra con cojines y vistas a los jardines. En el cielo se alzaba la luna llena, por lo que todo estaba bañado con su luz.

Eli se sentó como pudo, evitaba enseñar más carne de la necesaria, por eso le gustaba tanto llevar vaqueros.

—No ha sido tan horrible la cena, deberías probar el asado de mi madre —dijo Eli para romper el silencio que se había formado entre ellos, e hizo reír a Enzo.

—Gracias, creo. —Cuando más lo retrasaran peor sería, así que decidió no dar más rodeos—. Cuéntame que te ha llevado a acabar en un sitio como este, me dijiste con qué te amenazaron, pero no el motivo por el que tus padres quieran que estés aquí, creo que no deberías, tú no eres como ellos.

Eli bebió un trago de su copa antes de empezar a contarle algo que nadie de allí conocía. Solo los más cercanos como Kata o James lo conocían.

—Quizás ahora no lo soy, Enzo, pero lo fui, hace tanto tiempo ya que me cuesta acordarme. El acudir a un evento de beneficencia o a cualquier otro paripé que prepara la gente con dinero. Mi hermana y yo fuimos criadas desde la cuna para ser todo lo que se esperaba de nosotras. Estudiamos en los mejores colegios, danza, pintura, varios idiomas, historia, literatura, protocolo... Todo lo que te puedas imaginar que puede aprender una niña, nosotras lo aprendimos. A mí no es que me gustara especialmente, sin embargo, a mi hermana sí, ella era perfecta en cada una de las cosas que hacía y yo como hermana pequeña quería parecerme a ella, por lo que la seguía ilusionada en cada paso. Al ser la mayor, algún día sería la heredera del imperio de mi padre, aunque siempre me decía que ambas lo dirigiríamos. Porque ella no era solo mi hermana, era mi mejor amiga, mi todo.

»Siempre ayudaba a los más necesitados, no era algo que le gustara mucho a mis padres y siempre me dejaba acompañarla. Era tan especial... Ella me enseñó los valores que tengo hoy en día, da igual lo que tengas, si no tienes valores no vales una mierda. Pensé que siempre estaríamos juntas, ¿sabes? —Eli parecía perdida en otro tiempo, aunque estuviera hablando con Enzo, por

lo que él no quiso interrumpirla—. Nancy empezó a sentirse cansada, eso era algo raro en una chica de veintidós años, sobre todo, en ella que siempre estaba llena de vida. Mi madre se preocupó mucho, no por lo que le pasara a mi hermana, sino porque anunciarían en breve su compromiso con un joven muy rico y poderoso, y Nancy tenía que estar completamente radiante.

—¿Estaba enferma? —Enzo se atrevió a preguntar, a lo que Eli lo miró y solo pudo asentir antes de beber otro trago para continuar.

—Tardé mucho en convencer a mis padres de que algo no andaba bien, aunque aún fuera joven sabía que a mi hermana le pasaba algo, algo grave. Mi madre solo sabía decir que ella estaba cansada, los nervios antes del compromiso, y con una alimentación sana y reposo, mejoraría. Cuando, por fin, mi padre accedió a escucharme, mi hermana estaba muy debilitada, la llevaron a uno de los mejores hospitales de Nueva York donde nos dieron la noticia que me partiría para siempre el corazón. Mi hermana tenía leucemia, la persona que más amaba en este mundo se moría y ya era tarde para salvarla. No podíamos hacer nada más que aliviar su dolor cuando llegaran los peores momentos. Incluso con la noticia más terrible del mundo mi madre estaba enfadada con mi hermana por enfermarse, por echarlo todo a perder. En ese momento, algo hizo clic en mi cabeza, una venda se cayó de mis ojos y empecé a ver la mierda de progenitores que tenía. Fue el día en el que mi amor por ellos se secó como un pozo. Los primeros meses la dejaron en casa con los mejores cuidados. Yo hice que me pusieran una cama a su lado, pasaba el día y la noche junto a ella, hablándole. Hacía planes para las dos de un futuro que sabía que nunca tendríamos. Siempre intentaba hacerme reír y me acurrucaba entre sus brazos al ver que tenía que hacer acopio de todas mis fuerzas para no llorar. Dejé de ir a clase, ya nada en mi mundo tenía sentido excepto pasar el tiempo que me quedara junto a mi hermana. Nancy apenas comía, estaba pálida y dormía mucho. Quería verla sonreír, sonreír de verdad. Una mañana, me fui en autobús a buscar en la otra punta de la ciudad unas galletas de limón que a ella le encantaban, solo las hacían allí, me había llevado en muchas ocasiones a merendar y quería tener un detalle especial con ella. Volví a casa feliz, me moría de ganas de ver su cara cuando le diera la sorpresa, mi madre me llamó al entrar en casa, pero la ignoré. Por ese entonces, para mí estaban ambos muertos. Quizás ese día la debí escuchar, ya que lo que me encontré cuando llegué al cuarto de mi hermana me destrozó, ella no estaba allí, sus cosas tampoco lo estaban. Me temí lo peor, mi hermana había muerto y yo no estuve a su lado.

»Corrí escaleras abajo, buscaba a mi madre para que me confirmara la fatídica noticia. La verdad fue más horrible de lo que yo supuse. Mis padres decidieron que no querían ver a mi hermana morir, por lo que la mandaron a un centro privado de enfermos terminales. «Será mejor así. No sufrirá, tendrá calmantes todo el rato», dijo mi madre, y en ese momento la idea asesinato pasó por mi mente. No sé si pensarás que estoy loca, la verdad, me da igual, era lo único que me parecía razonable por lo que hicieron. Pregunté hasta la saciedad dónde la habían llevado, pero no obtuve respuesta, decían que tenía que dejar ya a mi hermana y pasar página. Entonces entendí que nunca nos quisieron, a ninguna de las dos. Simplemente éramos parte del estereotipo de vida que ellos querían representar frente al resto de personas de su estatus, y casarnos con alguien de la misma posición engrosaría sus ya muy abultados bolsillos. Me estaba volviendo loca, pensé en muchas locuras, incluso en quitarme de en medio, hasta que el ama de llaves que nos había visto nacer me dijo dónde la llevaron, aun a sabiendas de que aquello le haría perder el puesto de trabajo, en el cual llevaba una vida entera. Aquella mujer sí que nos amaba. Ese día fue el primero que escapé de mi casa, le pedí al ama de llaves que no dijera nada, seguro que me encontrarían, pero necesitaba ver que Nancy estaba bien, poder despedirme, decirle cuánto la quería, coger su mano mientras moría, nadie merece morir solo y menos alguien tan bueno como ella. Robó dinero de la cartera de mi padre, así que cogí un taxi que me llevó a la clínica. Cuando conseguí que me dijeran la habitación tras llorar un buen rato a la de la recepción, la vi. Tumbada sobre las sábanas blancas y el corazón me dio un vuelco. Parecía una figura fantasmagórica, estaba tan delgada que se le marcaban los huesos, su piel estaba amoratada por muchos lugares y grandes ojeras surcaban sus ojos. Pensé que dormía, por lo que me acerqué despacio hasta la cama y me senté en una silla muy pegada ella, cogí su mano y olía a colonia de bebé, mi hermana siempre olía así.

—*Has venido* —dijo su hermana y su voz sonaba cansada, algo pastosa.

—*Claro que sí, te dije que siempre iba a estar contigo.*

»En ese momento tuve que luchar horrores por no ponerme a llorar, cómo habían podido mis padres abandonar a mi hermana, a su primogénita, aquella que siempre hizo todo lo que ellos le pidieron, y dejarla sola en un sitio lleno de extraños. No tenían corazón, me avergonzaba compartir la misma sangre con ellos.

—*Hope, me queda poco tiempo, lo noto. Quiero que sepas que te quiero más que a mi propia vida, y tienes que prometerme algo.*

—*Lo que sea, Nan, lo que sea lo haré.*

»En ese momento le hubiera dado el mundo si me lo hubiera pedido.

—*Vive tu vida, no la que nuestros padres quieren que vivas, sé libre, sé feliz, alcanza tus sueños, cástate por amor o no lo hagas, asegúrate de que todo lo que hagas en esta vida sea lo que realmente a ti te haga feliz, vive Hope, vive por las dos.*

»Cuando mi hermana me dijo eso, ya no pude aguantar más el nudo que tenía en la garganta, y lloré, por ella, por mí, porque hubiera dado mi vida en ese momento a cambio de la suya.

—*Te lo juro, Nan.*

—*Bien, una cosa más, al enfermar, empecé a hacer un testamento hasta la fecha. Nunca pensé que lo fuera a necesitar tan pronto, pero ya ves, la vida tiene un gran sentido del humor. Vas a heredar todo lo que tengo, sabes que es mucho dinero, todo lo que recibí cuando cumplí veintiuno, más lo que he ganado invirtiendo sabiamente. No te lo quiero dar ahora porque no deseo que nuestros padres vean un centavo de ese dinero.*

Cuando seas mayor de edad, cógelo y disfrútalo al máximo, mis abogados te ayudarán en todo lo que quieras.

»Yo en ese momento no supe que más decir. La gente piensa que si tuviera ocasión de despedirse de sus seres queridos les diría muchas cosas. La verdad, es que en ese momento te quedas en blanco, rezas porque le permitan quedarse un poco más a tu lado, o porque ocurra un milagro y no te la arranquen para siempre.

—*No sé qué voy a hacer sin ti.*

—*Vas a ser alguien grande, Hope, cambiarás el mundo. Estoy segura de ello y te prometo que esté donde esté, lo veré y te cuidaré. Aunque no te lo pueda decir, llegado el momento quiero que recuerdes esto, estoy muy orgullosa de ti.*

»Me metí en la cama con mi hermana y me abracé a su frío cuerpo, intentaba darle algo de mi calor o que de alguna manera no se la pudieran llevar de mi lado de aquella manera.

—*Te quiero, hermana mayor* —le dije entre sollozos.

—*Y yo a ti, hermana pequeña.*

»Cuando pronunció aquello, sentí su pecho subir una vez más bajo mi oído y entonces nada. Ya no se movió más hasta que la máquina se puso a pitar anunciando lo que yo ya sabía, mi hermana, lo que más amaba me había dejado sola en el mundo.

»Ese día me cambió para siempre, mi vida ya nunca volvió a ser como antes.

—Lo siento mucho, Eli. —Enzo miraba a Eli. Tenía el rostro anegado en lágrimas y no le extrañaba, él mismo sentía un nudo en la garganta.

—Todo eso me llevó a darme cuenta de que todo lo que tenía hasta aquel momento no era lo que quería, mis padres para mí estaban muertos y no volvería a hacer nada por obligación, tal y como le prometí a mi hermana iba a hacer solo lo que a mí me hiciera feliz. Así que me eché a las calles, a buscar a ver si encajaba en algún sitio, hasta que encontré el *Street Dance* y a mi familia callejera, como los llamo de forma cariñosa. En ese momento me di cuenta de que estaba donde quería estar y con quien quería estar. Me daba igual que no tuvieran nada, era gente especial, que luchaba por sus sueños. Aprendí a bailar con grandes esfuerzos, me metí en muchas peleas, cosa que me vino bien para defenderme en las calles, pero lo mejor es que empecé a ayudar a gente que realmente lo necesitaba. Hacíamos bailes y lo que recaudábamos, siempre era para los más necesitados, también bailes-protesta contra las injusticias del país o de la gente, pintadas, etc. El cuerpo de policía de Nueva York me lo conozco entero. No sé las veces que me han detenido y, en consecuencia, las que mi padre ha pagado un soborno a los agentes para que el asunto no saliera a la luz. La última, parece que fue la que desbordó el vaso y me mandaron aquí con lo que te conté, la amenaza de encarcelar a mi novio o mejor dicho exnovio, aprovechando que es una persona sin recursos. Pensaban que de esta manera en unos meses este centro me haría entrar en razón, pero lo que no saben es que espero a cumplir la mayoría de edad y se abra el testamento de mi hermana. Ella lo dejó así dispuesto con los abogados antes de irse, entonces me iré lejos, y haré lo que me hace feliz, ayudar a los más necesitados.

Eli guardó silencio mientras las lágrimas corrían lentamente por su rostro, nunca lloraba, menos cuando se trataba de Nancy, recordarla era lo más doloroso para ella. Enzo secó sus lágrimas con el dorso de su mano mientras pensaba en que era distinta a todo lo que había conocido hasta aquel momento y ahora sabía por qué.

Ella posó los ojos sobre él y le sonrió, de alguna manera el haberle contado aquello le hacía sentir más unida a él.

—Bueno, te toca. ¿Cómo acaba en un sitio como este alguien al que no le gusta la gente con dinero dando clase a todos sus hijos? —La pregunta pilló desprevenido a Enzo que estaba perdido en los ojos negros de Eli.

Ahora era su turno y deseaba abrir su corazón a aquella mujer tan fuerte que tenía junto a él, se lo merecía, no quería tener secretos con ella.

—¿Seguro que quieres saberlo? Es una historia larga y no muy agradable — preguntó Enzo mesándose el cabello, algo nervioso.

—Claro, jovencito, será nuestra cita de las confesiones —contestó Eli y le dedicó una de sus mejores sonrisas.

—Tengo que empezar hablándote de mi madre. Ella nació en Benton, Luisiana, es un pueblo pequeño de apenas dos mil habitantes. Era la pequeña de ocho hermanos, mis abuelos eran granjeros y sus hijos ayudaban en todas las labores de la granja. Sin embargo, mi madre desde pequeña soñaba con bailar, cada vez que tenía un rato libre bailaba hasta caer exhausta. Cuando creció y les dijo a mis abuelos que quería viajar a la gran ciudad para ser bailarina, mi abuelo le dio una paliza para que olvidara esas tonterías. Se casaría con alguien lo más acomodado posible del pueblo para criar a sus hijos. Mi abuela, en cambio, intentó ayudar a mi madre sin que se enterara mi abuelo, claro, o las habría matado a las dos. Cogió todos los ahorros que pudo, sin que su marido lo notara, para entregárselos a mi madre. Ella lo aceptó y le prometió a su madre que el día que triunfara volvería a por ella.

»Viajó a Nueva York con una mano delante y otra detrás, sabía que si fracasaba estaría sola en el mundo, no podría volver a casa, su padre la mataría o peor aún, mataría a su madre por haberla ayudado. Mejor que pensara que ella había robado los ahorros para marcharse a la Gran Manzana. Si algo especial tiene mi madre es que es muy inteligente y espabilada, así que en cuanto llegó a la ciudad se puso a buscar trabajo, encontró uno como camarera en un bar de copas. No era su sueño, pero le daría para pagarse una habitación hasta que encontrara algo mejor. En el sitio donde trabajaba, allí las chicas bailaban ligeras de ropa, eso sí, ningún hombre las tocaba, los guardias del lugar se preocupaban de mantener las manos largas de los hombres lejos de ellas. Con las camareras ocurría lo mismo, así que por lo menos estaba tranquila. Siempre iba antes de su hora de entrada, solo había gente que limpiaba y colocaba mesas. De esa manera, aprovechaba para ensayar, la habitación donde vivía apenas tenía espacio para ella. Un día, bailaba abstraída del mundo cuando el jefe del lugar se paró a mirarla acompañado de otro hombre. Se quedaron impresionados por la manera en que lo hacía. Era algo distinto a las mujeres que danzaban allí cada noche. El acompañante del jefe le propuso a mi madre convertirla en una estrella en Europa, él tenía muchos contactos y ella merecía algo mejor que bailar o

servir copas en un tugurio de mala muerte. Ella era mejor que todo aquello.

»Imagínate mi madre, una joven de apenas diecinueve años vio lo que más deseaba al alcance de sus dedos. Era inteligente, como te he dicho, pero también joven y deseaba cumplir sus sueños. Por lo que, sin pensarlo, cogió las pocas cosas con las que llegó a Nueva York y viajó con aquel hombre, sin conocerlo de nada, hasta Londres. Él solo sabía complacerla, vivía para ello. Le pagó las mejores clases de danza, le puso un piso céntrico en Londres y la colmaba de regalos. Ella, que no estaba acostumbrada a nada de aquello, quería trabajar para poder pagarle todo lo que él hacía. Insistía en que solo era un adelanto para cuando fuera una bailarina famosa, entonces ella ya se lo podría devolver cuando quisiera. El tiempo pasaba y de forma irremediable mi madre se enamoró de él, del hombre que había puesto a su alcance su sueño, el que cuidaba de ella, la protegía y lo mejor de todo es que él sentía lo mismo por ella. Empezaron a salir y mi madre pensó que no podría ser más feliz, lo tenía todo en el mundo. Si su madre pudiera verla, estaría orgullosa de ella. Pensó qué llegado el momento, se casarían y formarían su propia familia. Lo que ocurre es que a veces las cosas no salen como uno espera, y eso le ocurrió a mi madre.

Empezó a sentirse muy cansada, por lo que acudió al médico a que le hicieran una revisión por si necesitaba alguna vitamina. La verdad, es que bailaba hasta caer rendida, pero últimamente las fuerzas le fallaban, esperaba que no fuera nada grave. —En ese momento, miró a Eli que lo escuchaba con atención.

—Continúa, no me dejes así.

—Voy impaciente. El médico le hizo la revisión, a mi madre no le ocurría nada malo, estaba embarazada. El amor con mi padre y algún desliz en el uso de la protección había dado ese resultado. Al enterarse de la noticia, se llenó de dicha. También de miedo, tenía tan solo veintiún años, no tenía a nadie en el mundo más que su novio, y le asustaba pensar que él no quisiera ser padre y la abandonara a ella y al bebé. Se armó de valor y aquella misma noche tras una cena romántica, que ella misma le preparó, se lo contó. Mi padre pensó que bromeaba, pero tuvo que creerla cuando ella se puso a llorar. En ese momento, el amoroso y protector hombre del que mi madre se había enamorado desapareció para siempre. Le dijo que tenía que abortar o pagaría las consecuencias de su decisión. Mi madre lo amaba con todo su corazón, sin embargo, no podía renunciar a la vida que crecía en su interior. Aquella noche selló su destino y el mío. El hombre al que amaba no era simplemente un

hombre adinerado, era el hijo heredero de uno de los hombres más poderosos de toda Europa. Su padre estaba muy enfermo y tras su fallecimiento heredaría todo su imperio. Ya tenía una prometida de su misma posición, que era lo correcto, la que le acompañaría en su vida pública. Ese día, mi madre se enteró de que era la querida de uno de los hombres más poderosos y también dueño de los negocios más turbios. Tras esa noche, la repudió y la mandó a uno de sus antros de Londres, donde ejercía el proxenetismo. Hasta que diera a luz, ya que el niño era suyo, solo limpiaría, una vez que me tuviera sería una puta más. Si alguna vez salía a la luz el asunto o que yo era su hijo, nos mataría. Desde que mi madre me tuvo la ha estado prostituyendo para tenerla controlada. Le dice que hasta que pague la deuda que tiene con él por todo lo que le dio, pero esa deuda nunca termina... Así que crecí en un sitio así. Mi madre me crio lo mejor que pudo, nunca me faltó su amor y siempre me protegió. Cuando Tania apareció en nuestra vida, la acogió y cuidó de ella como si fuera hija suya. Nunca dejó que ningún hombre la tocara y en cuanto cumplí la mayoría de edad me dio dinero que guardaba en secreto para que huyéramos Tania y yo, y no miráramos atrás. Evidentemente nunca lo he podido hacer, ella está ahí por luchar por mí, así que estoy aquí para mandar todo el dinero que puedo y ayudar a pagar la deuda para poder liberarla, aunque las cosas van empeorando. Como mi padre sabe que ya no soy un niño y que puedo ir a por él, atenta contra mi madre, la droga hasta extremos de casi dejarla muerta. No sé cuánto aguantará, Eli.

—¡Qué hijo de la gran puta! Tenemos que detenerlo —dijo Eli, Enzo se fijó en ella y la rabia se marcaba en cada pulgada de su rostro.

—No puedo hacer nada, Eli si voy a por él la matará, es un hombre sin escrúpulos. Lo único que puedo hacer es pagarle, liberar a mi madre y huir para siempre.

Eli negaba con la cabeza pensando mil y una manera de sacarle las tripas a ese desgraciado.

—Siempre hay otra opción.

—Aún no he terminado, espero que no me juzgues, aunque lo entenderé de ser así.

—Dímelo, no suelo juzgar a la ligera, te lo aseguro.

En eso se sintió algo culpable, ya que él sí la había juzgado a la ligera sin conocerla, tan solo por su clase social.

—Tania me dio la idea del baile, Eli. Los padres de estos jóvenes son muy ricos. Mejor dicho, vuestros padres, a veces se me olvida que eres uno de

ellos —Eli se rio ante eso—. Si todo salía bien y quedaban contentos con el trabajo realizado serían generosos con las donaciones y posiblemente con el profesor que había preparado todo, por lo que convencí a Gretel de que era su idea, incluso tu idea de mezclar estilos. Lo siento mucho, pero lo necesito, necesito liberar a mi madre, quizás la próxima sobredosis que le induzcan acabe con ella.

—¿Por eso sigues con ella? —Enzo la miró sorprendido, de todo lo que le había comentado solo preguntaba eso.

—Sí, sé que piensas que la utilizo, quizás pienses que también lo hago contigo o que me paso a las alumnas por la piedra. Si te he contado todo esto es porque siento algo por ti, porque si tú me delatas no es mi trabajo lo que perderé, será a mi madre. Nadie más lo sabe, solo tú y Tania.

Eli lo observó, ahora entendía muchas cosas, por qué odiaba a la gente como ella, como el dinero o una posición habían arruinado la vida y los sueños de su madre, pero también la de un niño inocente que no pidió nacer, que debía haber sido creado del amor entre dos personas. Admiraba a Enzo por estar allí, entre tanta gente que no le gustaba, dando lo mejor de sí a diario por su madre. Sobre todo, por contarle todo aquello, aun a sabiendas de que lo pudiera rechazar, incluso poniendo en peligro a la persona que dio todo por él. Eso hizo que le gustara aún más de lo que ya lo hacía.

—Te ayudaré, Enzo, cuenta conmigo. Liberaremos a tu madre, te doy mi palabra. —Cogió la mano de él y la acarició—. Gracias por confiar en mí, nunca te fallaré.

—Gracias a ti por contarme la razón de que seas tan especial.

Cada vez estaban más cerca, las confesiones de aquella noche les había acercado, les unió, y ahora lo único que deseaban era juntar sus cuerpos.

—Creo que es hora de que nos consolemos y nos lamamos las heridas. ¿Qué opinas? —preguntó Eli a solo un milímetro de los labios de Enzo.

—Llevo esperándolo toda mi vida.



Capítulo 18

Piel + piel = igual a música



No fueron necesarias más palabras, ahora las lenguas solo querían unirse. Enzo pasó la mano por dentro de la melena de ella para sujetarla firmemente mientras devoraba su boca con el hambre que lo corroía desde que la conoció.

Ella respondió a aquel beso, con pericia, saboreando el sabor a vino tinto en su lengua. Lo sentía lejos, así que se quitó el cojín que le cubría las piernas para sentarse a horcajadas sobre él. Con ambas manos recorrió su pelo corto,

lo besó con pasión y mordisqueó sus carnosos labios. La barba incipiente le arañaba su suave piel, excitándola, la incitaba a ir más allá.

Sentir a Eli sobre él de aquella manera borró cualquier pensamiento racional de su mente, sus manos acariciaron su larga melena, tan suave como había imaginado, para ir descendiendo por su contorneada espalda hasta llegar a su culo, donde se entretuvo amasando esa parte perfecta de su anatomía. Toda ella lo era.

Abandonó sus labios con reticencia para descender por su cuerpo, necesitaba saborearla entera, lamió y mordisqueó su cuello, le arrancaba pequeños gemidos que le hacían perder la cordura poco a poco.

Ella no se mantenía quieta, él exploraba su cuello y su clavícula con la lengua mientras ella le retiró la camisa para acariciar su torneado pecho con apenas vello, era algo espectacular, deseaba besar cada uno de sus tatuajes, cada centímetro de su piel. La excitación iba de la mano con la humedad que crecía entre sus piernas, esa parte solo le pedía que se restregara contra el miembro de Enzo que estaba duro justo en ese sitio para ella. Se empezó a frotar y arqueó su espalda para que él tuviera acceso a su pecho.

Enzo sintió como ella le pedía más, lo volvía loco, así que no se lo pensó dos veces, la agarró y se levantó llevándola consigo. Eli no se lo esperaba, por lo que soltó una risita por la sorpresa. Volvieron a besarse a la vez que él los conducía a la cama. Cuando llegaron, la apoyó suavemente sobre las sábanas. El cuerpo de Eli accionó el mando de la cadena de música y empezó a sonar *Love On The Brain* de Rihanna, una canción que a ella le encantaba y le parecía perfecta para un momento como aquel. Sonrió y él le devolvió la sonrisa como si estuvieran conectados por el pensamiento. Ella, lejos de tener timidez, se subió el vestido hasta sacárselo por la cabeza y quedarse frente a Enzo en ropa interior.

No podía apartar los ojos de aquella mujer que tenía sobre su cama dispuesta para él, no había hecho nada tan bueno en su vida para merecer algo así.

Se quitó el pantalón para acompañarla a la cama. Al subirse, dejó un reguero de besos y pequeños mordiscos por sus piernas y muslos. Se entretuvo en sus ingles notando que la volvía loca, ya que ella clavaba las uñas en sus hombros. Retiró sus braguitas y se hundió para saborearla, para tener todo de ella. Lamió, besó y mordisqueó sus dulces pliegues, le arrancaba gemidos de placer, quería que se corriera de mil maneras distintas, pero, aunque resultara egoísta, aquella primera vez quería que fuera con él dentro de ella, mirándola

a los ojos. Después de pasar una vez más la lengua por su abultado clítoris, subió para atender sus pechos que ahora estaban libres, seguramente ella lo había ayudado quitándose el sujetador. Buscaban su atención, estaban erguidos, eran pequeños y rosados. Les dedicó su tiempo mientras una impaciente Eli se arqueaba bajo su cuerpo.

—Enzo, te necesito dentro —suplicó ella y su voz sonaba algo más ronca por el deseo.

—Yo a ti también, pequeña, me estás volviendo loco.

Saco un condón de la mesilla y se lo colocó rápido comprobando que quedara bien ajustado.

—¿Estás segura? Aunque me costara la misma vida, pararía si me lo pidieras.

—Como se te ocurra parar, te enseñaré qué más aprendí en las calles —lo amenazó y los dos rieron. Se ponía muy graciosa cuando se enfadaba.

Tal y como había previsto, se colocó en su entrada y la miró a los ojos, estaba húmeda, lo notaba incluso con el preservativo, el calor que desprendía su sexo lo llamaba atrayéndolo de una manera casi animal. La necesitaba más que el aire que respiraba. Entró en ella despacio, estaba tan prieta que temía derramarse como un adolescente, así que intentó pensar en algo, pero tener esos diamantes negros clavados en él lo hacían olvidar cualquier otra cosa. Quería ser delicado, quería que su primera vez fuera especial, consolarla de alguna manera por todo lo que le tocó vivir.

Eli no podía más, la palabra excitada hacía mucho rato que se había superado, ahora mismo no sabía ni cómo definir como se sentía. Cuando Enzo entró en ella, sentirlo de aquella manera incluso con la barrera, sentir su cuerpo con el de él, piel con piel, era como si fueran música, no podría describirlo de otra manera. Enzo intentaba ser delicado y ella apreciaba ese gesto, aunque en ese momento lo necesitaba, lo necesitaba todo. Al notar que la llenó del todo, que no había sitio para nada más empezó a mover las caderas acelerando las embestidas, notarlo así la volvía loca. No podía dejar de mirarlo, veía sus ojos brillantes, estaba al límite como ella. Siguieron haciendo el amor y se besaron hasta que el placer se rompió en mil pedazos dentro de ellos y gritaron en la noche silenciosa como una canción.

Enzo apoyó la frente sobre Eli, la cual jadeaba por lo ocurrido. Lo que sentía dentro de él era demasiado grande para expresarlo con palabras, había estado con muchas mujeres a lo largo de su vida, pero nunca sintió nada como lo que sentía junto a ella, no solo en lo físico, era única en todos los aspectos.

—Creo que no llegas a saber lo especial que eres, ¿verdad?

A Eli esas palabras la tocaron muy dentro, no era algo que sus padres le hubieran dicho muy a menudo, en cambio, su hermana sí se lo decía. Durante esos años en los que Nancy había faltado en su vida, ella creó una muralla fuerte a su alrededor, y aunque tenía gente cerca que la quería, por primera vez en mucho tiempo sintió que alguien penetraba en ella. No sabía qué decir en aquel momento, así que prefirió los hechos a las palabras.

—No sé si seré especial, pero déjame que te demuestre como me haces sentir —dijo Eli y se fundió en un beso con Enzo preparada para pasar la noche demostrándole lo que le gustaba.

Aquella noche apenas durmieron, la necesidad de sentirse era demasiado grande para malgastar las horas. Los ratos que no hacían el amor se contaban anécdotas de su vida, desnudaban sus almas hasta que quedar exhaustos y dormirse. Cuando el sol empezó a entrar por la ventana, que la noche anterior no cerraron, Enzo se despertó con Eli de nuevo en sus brazos, y pensó que le sería muy fácil acostumbrarse a aquello. Se permitió observarla durante unos minutos antes de tener que despertarla para que nadie la viera marcharse de allí.

Dentro de muy poco él se iría muy lejos de allí con su madre y Tania, ¿Qué pasaría con Eli? Al trazar el plan para liberar a su madre y llevarla tan lejos como para que su padre no la pudiera dañar más, Eli no entraba en sus planes, en aquel momento no la consideraba más que otra niña adinerada que su máxima preocupación en la vida sería que modelo comprarse para la siguiente fiesta. Sin embargo, ahora que la conocía, le gustaba, le gustaba mucho, era alguien con quien le gustaría compartir su vida. Sabía que era algo de locos, ¿cómo le iba a pedir a una chica que apenas lo conocía que dejara todo lo que tenía por ir con él a un sitio muy lejano para vivir siempre escondidos? Ella no aceptaría, ¿o sí? Eli era distinta a todo lo que había conocido hasta aquel momento. Tendría que pensar en ello.

Depositó besos por su cara hasta que ella empezó a protestar entre sus brazos, pero en sus labios se enmarcó una sonrisa.

—Daría lo que fuera porque mi despertador hiciera eso por las mañanas —dijo ella con la voz medio adormilada.

—Bueno, si quieres que sea tu despertador solo tendrás que dormir conmigo todas las noches, no gasto pilas ni luz, solo cariño y me lo cobraré en carnes —dijo Enzo mientras atrapaba un pecho desnudo de Eli que se había escapado de la sábana.

—Suenan bien, me gusta —contestó y lo besó con pasión.

La temperatura entre ellos crecía por segundos. Eli sabía, que aunque fuera lo último que le apeteciera en el mundo, tenía que marcharse sino quería meterse en líos y a Enzo también, así que se apartó con reticencia.

—Aunque me quedaría todo el día aquí contigo, debo irme, no sería bueno que nos pillaran aquí.

—A mí me costaría el puesto y a ti lo tomarían como un capricho de una niña rica —bromeó él. Eli salió de la cama y se puso las braguitas.

—¿Te imaginas? Lo mismo a mi padre le daba una apoplejía. No sabrían a qué sitio mandarme ya, solo les queda la cárcel —dijo ella guiñándole un ojo—. ¿Te puedo robar una camiseta no quiero ir por los pasillos con ese minivestido?

Enzo asintió con una sonrisa.

—¿Le daría una apoplejía porque soy profesor o porque no soy de tu clase social? —Eli se encogió de hombros.

—Ambas supongo. Deberíamos grabar un vídeo esta noche y mandárselo —contestó con sonrisa pícaro.

—¡Qué mala eres! —dijo sin poder dejar de mirarla. Se puso su camisa de la noche anterior, tenía que reconocer que le quedaba mejor que a él.

—*Nah*, solo un poquito.

Enzo reparó en algo.

—Eli, una pregunta. —Ella le sonrió—. Si has descubierto lo de tu novio, ¿por qué sigues aquí? Ya no te retiene nada.

Eli lo miró, seria, un momento. Hablaron de muchas cosas aquella noche, pero aún no le había contado lo de Ariadna, quizás por miedo o simplemente porque no era un asunto que fuera de ella, sino de su amiga. Aunque no era del todo cierto, ya que no solo su amiga era lo que la retenía allí, ahora estaba él. Su amiga en un par de días se marcharía y sabía que Enzo después del baile también se iría, aun así, no quería marcharse, quería pasar con él todo el tiempo que pudiera. Sentía algo por él por mucho que ella misma quisiera negárselo, así que lo mejor era que fuera sincera con él y con ella misma.

Se acercó a la cama y se sentó junto a él.

—No me he ido por dos razones, una es por ti, sé que no tenemos nada serio ni nada por el estilo, pero los días que quedan hasta que tú y Tania os marchéis de aquí quiero pasarlos contigo, si a ti te parece bien.

Enzo solo pudo asentir. ¿Cómo podía decirle que no quería irse de allí sin ella? ¿Cómo pedirle que renunciara a todo por él?

—A mí también me encantaría, preciosa —dijo y besó la pequeña mano de Eli.

—La segunda razón y te pido, por favor, que guardes el secreto. Es algo muy importante para mí y Tania ya lo sabe. ¿Lo harás?

—¿Vas a quemar todo esto? —preguntó él muy serio.

—No, no es eso.

—Vale, te lo prometo.

—Voy a ayudar a Ari a huir de aquí, Enzo. Mañana por la noche vendrá su novio y se marcharán lejos para poder tener a su bebé y formar su familia.

—¿Cómo vas a hacer eso? Es muy peligroso. Si os pillan... no sé qué os harán.

—No nos pillarán, Tania se va a encargar de que Tomy la deje salir por la puerta principal, cuando se den cuenta de que ha desaparecido ya estarán muy lejos.

Enzo se sentó en la cama y se pasó la mano por la cabeza, todo aquello le parecía una auténtica locura. Era muy peligroso para las tres. Si las descubrían, la directora era capaz de cualquier cosa. No quería que nada le pasara a ninguna.

—Eli, no quiero que lo hagas.

—¿Cómo has dicho? —No le gustó nada el tono que había utilizado.

—Es peligroso. Si os pillan, las consecuencias pueden ser terribles. Estoy seguro de que la directora es capaz de utilizar castigos físicos y vuestros padres no moverán ni un solo dedo para impedirlo.

Eli no sabía cómo esa conversación estaba derivando por aquel camino, pero no le gustaba en absoluto.

—Mira, te diré una cosa. Sé cuidarme perfectamente, creo que te lo he demostrado y no dejaré que les pase nada a mis amigas, ¡que te quede claro!

—No se dio cuenta, pero lo último ya lo estaba gritando.

—Estoy seguro de que te sabes cuidar, pero ¿has pensado que les pasará a tus amigas si las pillan? ¿Qué le harán a Ari y a su bebé? O Tania, ¿dejarás que pierda su trabajo sabiendo todo lo que te conté anoche? Eli sé que tu intención es buena, solo te pido que lo pienses bien, hay en juego más personas que tú que pueden sufrir las consecuencias, y yo no quiero que te pase nada, ¿lo entiendes?

Eli estaba tan enfadada que se pondría en ese mismo momento a romper cosas, sin embargo, lo entendía, sabía las preocupaciones que tenía. Lo que decía de la directora era verdad, si los descubrían pagarían unas altas

consecuencias todos ellos, incluido él, que nada tenía que ver en el asunto. Ella no iba a fallar a Ari, no lo haría costara lo que costase.

—Lo entiendo, Enzo, sé lo importante que es para ti Tania y que lo de tu madre salga bien, no dejaré que se involucre, ahora tengo que irme. Solo te pido que no digas nada a nadie.

Enzo se levantó de la cama de un salto para ir a su encuentro, pero Eli abandonó más rápido la habitación. En ese momento necesitaba espacio entre ellos dos. Entendía las razones que él tenía; ahora mismo, solo una cosa era prioritaria, ayudar a su amiga.

Mientras Eli se iba por el pasillo con la camisa de Enzo y los tacones en la mano, alguien desde la oscuridad le tomaba fotos, realmente se las había tomado desde el momento en el que salió de la habitación.



Capítulo 19

La huida



Por fin llegó el día donde su amiga Ari sería libre y ella se quitaría ese sabor a miedo de la garganta. Si fuera ella la que tuviera que huir, no tendría esa sensación, pero al tratarse de otra persona y más una a la que había llegado a querer en esos meses, la preocupación estaba presente.

Pidió a Tania que no interviniera después de contarle a sus dos amigas lo ocurrido con Enzo, pero ella como buena cabezona que era le dijo que ya

había hablado con Tomy, así que no la podía excluir del plan. También le dijo que entendiera a Enzo que, aunque parecía un poco capullo en ocasiones, si le dijo aquello solo era porque se preocupaba de verdad por ellas y por su madre, de alguna manera él se sentía responsable de que su madre estuviera en aquella situación y todos los días temía que llegara la llamada donde le dijeran que estaba muerta.

Eli llevaba dos días dando vueltas a todo sin parar, no acudió a clase ni el día anterior ni ese, alegaba que estaba mala del estómago, cosa que no era verdad, aun así, no se sentía con fuerzas para enfrentarse a Enzo. Él la intentó ir a ver a la habitación y Ari le había hecho el favor de despacharlo. En el momento que todo terminara aquella noche, iría a verlo y hablaría con él. Lo echaba mucho de menos, sobre todo, hablar con él, sus besos... Era momento de centrarse. Ari salió en ese momento del baño, desde que el embarazo estaba más avanzado, sus ganas de orinar eran más continuas.

Eli la miró, estaba algo pálida, los nervios seguro que le estaban jugando una mala pasada.

—¿Estás lista? —preguntó Eli, sonrió a su amiga para que no notara lo nerviosa que estaba ella misma.

—Sí, he preparado una mochila con lo básico. Cuando estemos lejos compraremos lo que nos haga falta, me lo ha dicho Trevor —contestó mientras se tocaba la barriga redondeada.

—¿Sabes que te voy a echar mucho de menos? No sé quién me va a obligar ahora a ver películas románticas todas las noches.

—Yo a ti también, muchísimo. Tienes a Tania y a Enzo, prométeme que en cuanto me vaya hablarás con él y os arreglaréis, hacéis una gran pareja, además sé que lo quieres.

—¿Qué lo quiero? —preguntó asombrada Eli.

—No lo quieres reconocer, pero sí, yo te lo noto. —Eli se encogió de hombros.

—Es posible, no he tenido mucho tiempo de pensar en ello, ahora lo importante eres tú. Prometo contártelo todo cuando me escribas. Porque me escribirás, ¿verdad?

Le sonrió Eli y se acercó hasta ella, la iba a echar mucho de menos.

—En cuanto lleguemos y nos instalemos, te escribiré cómo me has enseñado para contarte todo.

—Eso, recuerda, nunca utilices otro método, vuestros padres no dejarán de buscaros. En cuanto sea libre, iré a veros, te lo prometo —dijo Eli abrazando

a su amiga con cuidado de no aplastar su ya abultado vientre.

—Eso espero, porque Trevor y yo tenemos una sorpresa. —Puso una sonrisa de *pillina* a lo que Eli levantó una ceja.

—Desembucha o no te dejaré ir —bromeó.

—Queremos que seas la madrina de Eli. —No sabía si había oído bien.

—¿Eli?

—Sí, en el último reconocimiento le pedí al médico que me dijera el sexo del bebé y, como era algo más humano que la gentuza de este lugar, me lo dijo. Trevor y yo hemos decidido ponerle tu nombre, ya que sin ti ella no nacería, pero nada de Elisabeth, eh, se llamará Eli.

La emoción hizo a Eli tener un nudo en la garganta, le dio un achuchón aún más grande.

—Mi futura sobrina y yo te agradecemos que no le pongas el nombre entero.

—Las dos rompieron a reír.

La puerta del cuarto se abrió y entró Tania medio a hurtadillas.

—Yo también quiero abrazos. ¿Qué pasa con vosotras dos? Aprovecháis que no estoy para los achuchones.

Se unió a sus amigas y las tres se abrazaron sin saber cuándo sería la próxima vez que se verían, pero convencidas de que lo harían, costara lo que costase.

—Os quiero mucho, chicas, para mí sois las hermanas que nunca tuve —confesó Ari mientras las lágrimas mojaban sus pecosas mejillas.

—Nosotras a ti también —contestó Tania, se unió al llanto y hasta Eli soltó alguna lágrima furtiva. Intentaba ser fuerte porque si empezaba no sabría si podría parar.

—Yo también os quiero, y ahora, vámonos, es la hora. Tania, ¿está todo listo?

—Sí, Tomy ha dicho que nos espera en la puerta principal, le ha hecho el relevo al que estaba allí mientras se iba a tomar algo, por lo visto hay una chica de la cocina que le gusta, así que nos ha venido hasta bien para el plan.

Eli asintió, se abrazaron una vez más y salieron camino hacia la libertad de Ari y su bebé. Hicieron el camino en silencio. La primera era Eli, vigilaba que no las viera ningún trasnochador que viniera de bailar o de tomarse unas cervezas.

No les costó mucho llegar a los jardines. Una vez allí, caminaron cobijadas en las sombras por donde les había explicado Tomy que no les captaría las cámaras de seguridad. Esa noche refrescaba, pero la adrenalina hacía que no

sintieran frío, y menos cuando ya divisaban la puerta. Estaban a unos pocos metros.

Cuando estaban casi en la puerta, Eli le apretó la mano a Ari para que esperara.

—Esperad hasta que os avise. —Las dejó refugiadas en la oscuridad que ofrecía un frondoso árbol.

Ellas respondieron con un leve apretón. Eli se acercó a la puerta, algo andaba mal. ¿Por qué Tomy no estaba a la vista? Sabía que iban en camino. Miró su reloj, las doce en punto. Se acercaría ella primero, si algo salía mal quería que sus amigas tuvieran la posibilidad de escapar por la oscuridad.

Al llegar a la puerta, no había ni rastro de Tomy y un escalofrío le recorrió la espalda.

Se fue a girar para dar el aviso a sus amigas de que se marcharan y una voz que conocía muy bien le heló la sangre, la última persona que esperaba ver en ese momento.

—Vaya, Eli, ¿ya te vas? —Gretel salió de la sombra que la puerta principal brindaba.

—Sí, había salido a dar una vuelta. No podía dormir, pero ya me vuelvo a mi cuarto —mintió. Solo esperaba que fuera tan estúpida como parecía.

—Zorra, tú no te vas a mover de aquí. ¡Cogedlas! —ordenó Gretel con esa voz chillona que Eli tanto odiaba.

No los había visto cuando iban hacia allí, sin embargo, detrás de los árboles salieron varios guardias de seguridad, no eran del turno de noche. Durante aquellos meses los terminó de conocer a todos.

Dos de ellos cogieron de muy malas maneras a sus amigas, Tania se intentaba soltar mientras Ariadna lloraba por los nervios agarrándose la barriga. El tercer guardia apareció detrás de la propia Gretel. Para hacerlo abrió la puerta principal, así que lo mismo todavía tenían una oportunidad. Al llegar hasta ella, la agarró por los brazos con tanta fuerza que estaba segura de que los moratones durarían días.

—¿Cómo lo has sabido? —Necesitaba ganar tiempo para intentar liberarse y ayudar a Ari a escapar. Ella ya lidiaría con aquella perra a la que tenía ganas desde que puso un pie en ese maldito sitio.

—Muy simple, la mayoría de las personas piensan que somos tontas, tengo que admitir que es algo que nos viene bien para que la gente nos subestime. Cuando me marché, sabía que intentarías algo con Enzo porque llevas calentándolo desde que llegaste, así que dejé a alguien para que os espicara, a

vosotros dos y a tus amiguitas.

«Los había mandado espiar. Aparte de una perra, era una puta loca. Lo tenía todo», pensó Eli.

—¿Y? —Miraba de reojo a sus amigas, intentaba buscar la más mínima distracción para huir.

—Tuve que enterarme que te follabas a mi novio, algo que me sentó muy mal, aun así, lo entiendo, se sentía solo y cuando alguien está todo el santo día calentándolo pues al final ha caído. Lo voy a perdonar siempre y cuando se olvide de ti. Si quiere, claro, que lo ayude con su madre. —En ese momento, Eli palideció—. ¿Te extraña que lo sepa? La información es poder, estúpida.

—Bueno, no te vayas por las ramas. Enzo no me interesa, para mí era un polvo como cualquier otro. —Aquellas palabras le hicieron daño con solo pronunciarlas, pero no podía mostrar debilidad.

La sonrisa de Gretel tenía un toque de locura, Eli dudaba si no tendría algún tipo de problema mental y por eso su padre la había metido en aquel lugar, y no por ser su hija.

—Mi informante te siguió hasta la sala de ordenadores. Nos pareció relevante, ya que tu amiga, la preñada, también la visitaba mucho. Mandé a uno de los mejores informáticos que se puede pagar para que viera que hacíais. Rastreamos dónde estuviste, pero solo pudimos recuperar los mensajes del chico, que por cierto estuvo la mar de colaborador cuando le mandé las fotos que os han tomado a ti y a Enzo los últimos días.

—¡James no me ha podido vender, aunque le hayas mandado las malditas fotos, nosotros somos familia! —gritó Eli con toda la rabia que sentía crecer dentro de ella.

—Oh, sí, querida. Quizás he mentido un poquito. Estuvo reticente porque él aseguraba que tú nunca lo engañarías, pero como todo el mundo, tu querido James, tu familia, como tú la llamas tiene un precio y yo lo pagué. Así que ya tenía tu plan al completo en bandeja de plata, solo me quedaba un simple detalle. ¿Tomy? —llamó Gretel.

Tomy apareció por la puerta principal, con todo lo alto que era parecía empequeñecido en aquel momento, llevaba la cabeza gacha mientras miraba al suelo.

—Tomy, ¿cómo has podido? —Esta vez fue Tania la que gritó mientras le pegaba una patada en la pierna al hombre que la sujetaba, lo único que consiguió es que la golpeará en la cara partiéndole el labio.

—¡No! —gritó Eli— ¡Suéltalas! Solo me quieres a mí, tu problema es

conmigo. Arreglémoslos tú y yo, aquí y ahora.

—De eso nada, aquí todas pagarán tus errores. James me ha contado muchas cosas de ti y sé que lo que te hagan a ti te dolerá menos de lo que le hagamos a ellas —dijo con cara de sádica.

—Si las tocas un solo pelo, iré a la directora y te denunciaré a la policía, y a toda la institución.

—¿La directora? —Gretel soltó una carcajada—. Ella está al tanto de todo, como te he dicho todo el mundo tiene un precio: tu novio, Tomy, la directora... Si se te ocurre a ti o alguna de las zarrapastosas de tus amigas abrir la boca le diré a mi padre todo lo ocurrido y como Enzo os ayudó. Se quedará sin trabajo y ya sabes lo que le pasará a su madre, ¿no?

Eli no tenía alternativa, por las buenas no conseguiría nada. Sabía que pagaría las consecuencias de lo que iba a hacer, pero no le importaba. Miró a Tania y rezó porque entendiera lo que pretendía hacer, iba a necesitar ayuda. Tania parecía esperar aquella mirada e hizo un asentimiento imperceptible para nadie que estuviera esperándolo como era Eli.

En ese momento, Eli cogió impulso y con todas sus fuerzas golpeó con su cabeza la del individuo que la tenía sujeta desde atrás, era más alto, pero le dio exactamente dónde quería, en la nariz, lo hizo sangrar como un gorrino. Se llevó las manos para taponar la hemorragia y la soltó. El hombre soltaba alaridos de dolor mientras oía como Gretel daba órdenes a los demás de que la cogieran. Le daba igual, ahora solo tenía un objetivo. Liberar a Ari.

Tania arreó otra patada al guardia que la tenía presa, sin embargo, esta vez le dio en las pelotas de lleno e hizo que se doblara en dos. En cuanto se vio libre, saltó sobre el cuello del que tenía a Ari y le clavó los dedos en los ojos para intentar que la soltara. Eli se fue directa a por Tomy que iba a ayudar al que atacaba Tania. Corrió hacia él con todas sus fuerzas y se lanzó directa contra la parte trasera de las rodillas y le hizo caer sobre ellas.

El que tenía sujeta a Ari la soltó para poder quitarse a Tania de encima y en ese momento se vio libre, estaba asustada y no sabía qué hacer, se cogía la tripa con miedo de lo que ocurría a su alrededor.

—¡Ari, corre ahora, la puerta está abierta! No mires atrás —gritó Eli con todas sus fuerzas.

El guardia al que le había dado un cabezazo, la agarró del pelo y le pegó un puñetazo en el estómago que casi la hizo vomitar del dolor, pero ya nada importaba porque su amiga corría hacia la salida, en unos pocos pasos más sería libre. El animal que la golpeó la volvió a levantar, esta vez para

estampar el puño en su cara, y entonces, a cámara lenta vio cómo su amiga, que casi salía por la puerta, era agarrada del pelo por Gretel mientras gritaba como si hubiera perdido la cabeza. Tiró de ella hacia atrás con muchísima fuerza y Ari aterrizó boca abajo sobre el frío asfalto.

—¡No! —Eli desgarró la noche con un grito antes de que el puñetazo impactara sobre su cara haciendo que se le nublara la visión de un ojo.

El dolor era muy grande, le quemaba, palpitaba, en cambio, nada dolía como ver a su amiga en el suelo y no llegar hasta ella. Buscó a Tania con el único ojo que podía ver, no recibía mejor trato que ella. Todo era su culpa, ella había tenido esa maldita idea, ahora sus amigas pagaban por ello, el haberse enamorado del hombre equivocado.

—¡Suéltala! —ordenó Eli.

Eli como pudo, a la vez que se sujetaba el estómago, se arrastró hasta dónde se encontraba su amiga tendida. Estaba de lado, lloraba desconsoladamente.

—Ari, cariño, estoy contigo, lo siento, lo siento tanto.

—Me duele, Eli, duele mucho, el bebé, tienes que salvar al bebé. —Eli se dio cuenta de que no lloraba por el miedo, ni siquiera por el golpe, lloraba por el dolor y por el charco de sangre que se formaba bajo su cuerpo.

—Lo vamos a salvar, ya lo verás. —Besó su rostro—. Gretel llama una ambulancia ahora mismo, está perdiendo mucha sangre.

—¿Y a mí qué? —preguntó y en su rostro no había ni un atisbo de arrepentimiento.

—Te juro que si la llevas al hospital ahora mismo, no me volveré a acercar nunca a Enzo, todo tuyo —lo dijo en serio, no podía permitir aquello.

—Llamad una ambulancia para la preñada —ordenó de forma despectiva a sus matones—, pero recuerda las consecuencias de tus actos si rompes tu promesa.

Tania se acercó en cuanto el tío la soltó, estaba bastante maltrecha también.

—Un segundo, cariño, te dejo con Tania. —Besó la frente de Ari.

Se puso de pie con dificultad y se fue directa hacia Gretel, pegó tanto el rostro al de la rubia que le pareció ver miedo reflejado en él.

—Gretel, yo siempre cumplo mis promesas. También te voy a decir otra cosa, como le pase algo a mi amiga o a su bebé te juro que desearás estar muerta. —Al escuchar eso, la rubia tragó saliva con dificultad—. Lo que has hecho a personas inocentes por un hombre que ni siquiera te ama, de dónde yo vengo se paga, y muy caro. Preocúpate mucho de que los dos estén bien o tendrás que estar el resto de tu vida mirando tu espalda.

—¡Llevedlas a la fosa! Les vendrá bien para bajar los humos —gritó Gretel, pero en su voz se escuchaba claramente el miedo.

Un guardia vino a coger a Eli y ella asesinó a Gretel con la mirada.

—No me toques, me despediré de mi amiga y luego iré por mi cuenta. No vuelvas a tocarme o te arrancaré las pelotas y me haré con ellas unos pendientes. —Se iba a marchar cuando reparó en algo—. ¿Trevor llegó a venir?

—No, James se encargó de decirle que había un cambio de planes. —Eli asintió.

No necesitaba nada más, habían sido vendidas por todos. Fue junto a su amiga para despedirse. Ya oía la ambulancia, estaban muy cerca, solo rezaba porque llegaran a tiempo para salvar a las dos. Estaba segura de que la rubia, causante de todo eso, en ese momento también rezaba.

—Ari, ahora vas a ir al hospital. Gretel se va a encargar de que estéis bien tú y la pequeña.

—No me dejéis, quiero que vengáis vosotras, por favor.

—Ya lo sé, pero no podemos. Te juro que ella va a hacer todo lo que esté en su mano para que no os pase nada. Yo te veré en cuanto estéis bien las dos. Te quiero mucho, Ari, y a la pequeña Eli también.

—Yo también. Eli, no tienes la culpa de nada, no quiero que pienses eso. Te quiero.

Se despidieron cuando la ambulancia ya entraba por la puerta principal y ellas se iban escoltadas por los guardias a la fosa. Tania, antes de irse, escupió a Tomy. ¿Cómo se había podido enamorar de alguien así?



Capítulo 20

Putaloca



Enzo había estado dos días debatiéndose entre lo correcto y lo que su corazón le pedía. Por un lado, haría cualquier cosa por poner a su madre a salvo, ya había pagado con creces haberse enamorado del hombre equivocado; por el otro, quería ayudar a Eli con el tema de Ari, lo que hacía por esa chica era algo totalmente admirable, se sentía dividido. Eli le empezó a gustar por cómo era, pero lo que estaba haciendo que se enamorara perdidamente de ella eran sus férreos valores.

Durante esos dos días intentó verla, hablar con ella, se preguntaba una y otra vez si era egoísta por interponer la vida de su madre a la mujer que quería. Siempre terminaba con la misma respuesta, una vez que pusiera a su madre a salvo dedicaría su vida a compensarla si es que ella lo aceptaba.

Tania le llevó un mensaje de Eli aquella misma tarde, un pequeño trozo de papel que debería ya estar desgastado de las veces que lo había leído. Lo sacó del bolsillo trasero de su pantalón para hacerlo una vez más.

Hola, Enzo, siento no haberte visto estos días, no estoy enfadada, te lo prometo. A veces soy un poco cabezona, eso es todo. Esta noche, en cuanto todo termine iré a verte. Cruza los dedos.

Eli

Lo dobló y lo volvió a guardar. ¿Dónde estaba? Tania le dijo que el plan era que a las doce Ari saliera de allí y de eso hacía ya un rato.

Estaba cansado de dar vueltas de un lado a otro por su habitación, pensaba en todas las cosas horribles que podían haber pasado, se mesó el cabello varias veces, intentaba tranquilizarse en vano. No podía quedarse allí esperando de brazos cruzados. Quizás no era nada, sin embargo, sabía cómo se las jugaban en aquel centro, si las habían pillado... les podrían hacer cualquier cosa.

Enzo se encaminó decidido hacia la puerta cuando tocaron suavemente con los nudillos y por fin sintió que podía volver a respirar, había llegado. Aceleró el paso para encontrar a Eli y cogerla entre sus brazos, no volvería a dejarla sola.

Abrió la puerta y lo que encontró no era ni de lejos lo que esperaba. La chica que estaba en su puerta sonriendo no era Eli, era Gretel. No sabía por qué, pero algo le decía que eso solo podía significar... problemas. Ella se lo debió notar en la cara porque, de forma automática, borró la sonrisa de su cara y empezó a caminar hacia dentro de la habitación, obligándolo a retroceder. Una vez dentro, cerró la puerta tras de sí.

—Ni un hola, cariño, ¿cómo está tu madre? O me alegro de verte. —Hizo un ruido con la lengua en señal de desaprobación.

—Hola, Gretel, ¿qué haces aquí? —preguntó él sin acercarse ni un milímetro a ella.

—Verás, he tenido que volver con antelación cuando me he enterado de que mi novio se está follando a una zorra cualquiera —soltó con palabras envenenadas de odio.

—Creo que te he explicado en más de una ocasión que tú y yo no somos

novios, Gretel, ni nunca lo seremos. Y que sea la última vez que llamas zorra a Eli, no le llegas ni a la suela de los zapatos —respondió él para intentar amedrentarla.

Ella se acercó hasta él, sentía rabia, lo veía en su rostro crispado, en sus ojos cristalinos y en su mirada que albergaba más de una promesa dolorosa.

—A partir de ahora lo seremos. —Enzo fue a protestar, pero ella le puso un dedo en los labios—. Creo que antes de decir nada, que me pueda hacer enfurecer más de lo que estoy, te convendría escucharme. Eli no lo hizo y no le ha salido muy bien la jugada.

Esas últimas palabras paralizaron a Enzo, estaba viendo a una Gretel distinta a la conocida hasta ahora. La que él veía a diario era una chica caprichosa, algo déspota y clasista, pero la que tenía delante de él, en ese momento, era una persona con una maldad que salía por cada uno de sus poros.

—¿Dónde está Eli? ¿Qué le has hecho? —Hizo acopio de todas sus fuerzas para no cogerla y zarandearla hasta que escupiera hasta la última palabra.

—Tranquilo, ahora te contaré todo, siéntate. —Era una orden más que una petición.

Enzo se sentó en el escritorio, no quería darle opción a que se sentara con él en la cama.

—Te voy a resumir, ya que estoy agotada del viaje y de explicárselo a tu amiguita. No me fiaba de ella cuando me fui, siempre ha ido detrás de ti, así que dejé a alguien vigilándoos. Fue quien me dijo que habías dormido en su cuarto, lo bien que lo pasabais bailando juntos y como salió de tu cuarto medio desnuda. —Enzo se maldijo por no haber pensado que Gretel haría algo así, la subestimó—. No fue todo lo que averigüé, por lo visto, tu amiga se comunicaba a través de la sala de ordenadores con el novio de la preñada y con el suyo propio, que no estuvo muy contento en el momento que le mandé fotos de vosotros dos. Así que un soborno por aquí, un soborno por allá y ya tenía el plan de tu zorra en bandeja de plata.

Enzo estaba cada vez más nervioso, intentaba que no se le notara, sin embargo, le dolían ya las manos de apretar la silla donde estaba sentado para no ir y abofetear a la loca que tenía delante. Nunca había pegado a una mujer, en cambio, ahora le parecía un buen momento para dar su primera bofetada, ya que por lo visto su padre nunca se la dio a tiempo.

—¿Qué has hecho, Gretel? —Se temía lo peor.

—Impaciente, ya llego, espera. —Se sentó en la cama frente a él—. Tomy

era el que iba a esperar en la puerta de entrada para dejarlas salir, aunque eso ya lo sabías, ¿verdad?

Enzo pensó en mentir, pero era tontería, no podía saber hasta dónde sabía ella.

—Sí.

—Soborné a Tomy, no veas lo que hace un muerto de hambre por una pequeña cantidad de dinero —se jactó atusándose el pelo—. La que esperaba a tus amigas esta noche en la puerta era yo y mis guardias de seguridad, claro. Le expliqué a tu zorra las nuevas reglas del juego y cómo os había descubierto, pero como bien imaginas, ella no se rinde sin luchar.

—¿Qué le has hecho? —Esta vez el tono era bastante elevado y su mandíbula estaba muy tensa.

—Yo nada, aunque no puedo decir lo mismo de mis guardias... Digamos que Tania y ella son unas fierecillas y han tenido que golpearlas un poco para reducir las —dijo con una sonrisa triunfal como si la idea de que les hubieran hecho daño la satisficiera.

Enzo se levantó para ir directo a por ella y sacarle dónde se encontraban las chicas.

—¡Siéntate! O te juro que haré que sufran más de lo que lo han hecho, solo tengo que descolgar el teléfono.

Eso hizo controlarse a Enzo, empezaba a dejar de pensar con raciocinio, pocas veces llegaba a tales extremos y cuando llegaba, era peligroso.

—Ahora te voy a decir cómo van a ser las cosas a partir de ahora. Vas a ser mi novio delante de todo el mundo, pero a serlo de verdad. No vas a volver a ver a la zorra esa a solas nunca más o te juro que lo lamentarás. Sé todo lo de tu madre y si me jodes, no de la manera que me gusta, claro, haré no solo que te despidan, no volverás a trabajar en ningún sitio y me encargaré personalmente que el chulo de tu madre le pegue un tiro en su cabeza de puta. ¿Te ha quedado claro?

Enzo no podía creer lo que escuchaba, aquella chica que tenía delante era una auténtica demente, aquí ya no era una chica caprichosa, rica, ni ningún tipo de tema por el estilo. Tenía un problema mental muy grande y en ese momento lo tenía contra la espada y la pared. Lo amenazaba con lo único en el mundo que le podía hacer dudar, con lo único que le dividía el corazón. Por su mente pasaban todo tipo de cosas, podía ir de dos zancadas hasta ella y partir su fino cuello. Iría a la cárcel, aun así, pagaría por todo lo que había hecho. Tenía que seguirle el juego, al menos hasta que pudiera ver a Eli y a las chicas,

necesitaba saber que estaban bien. Una vez que hablara con ellas, pensaría cómo deshacer aquel entuerto en el que estaban metidos.

—Accederé con una condición. —Intentaba parecer tajante.

—¿Crees que tienes alguna otra opción? —preguntó ella algo asombrada.

—Siempre hay una opción, Gretel, podría suicidarme esta noche mientras duermes y tú perderías.

—De esa forma dejarías a tu madre sola —replicó ella como una niña pequeña, Enzo ya dudaba si tenía algún tipo de trastorno de personalidad múltiple.

—Tienes razón, pero al menos no vería como sufre nunca más, así que ¿qué me dices? —Ella pareció pensar unos segundos en sus palabras.

—¿Qué quieres? —preguntó enfadada de que las cosas no salieran del todo como ella quería.

—Quiero ver cómo están las chicas con mis propios ojos. —Gretel agrandó los ojos y levantó una ceja —. No pasará nada con Eli, te lo prometo, pero quiero hablar con ellas a solas.

Ella fue a protestar, sin embargo, Enzo se adelantó, al menos contaba con que era más inteligente que ella.

—Si quieres que esto salga bien entre nosotros, lo primero que tiene que haber entre una pareja es confianza. Si te digo que no va a pasar nada, es que no va a pasar nada. Si accedes a esto, luego seré el novio que quieres que sea para ti —mintió, necesitaba verlas y ganar tiempo.

Ella meditó sobre su petición, parecía dudar; no era tonta, sabía que si se negaba él no accedería a sus demandas por muchas consecuencias que eso le fuera a conllevar.

—De acuerdo, tienes media hora, después de eso se acabó. Vamos, están en la fosa.

Enzo escuchó dónde las tenían metidas y volvió a tener ganas de cometer una locura. Tenía que esperar al menos hasta que las viera, hasta que hablara con ellas. Se encaminaron a la puerta cuando el móvil de Gretel sonó. Esta lo sacó del bolsillo trasero de su pantalón.

—Sí —contestó y la ansiedad pareció instaurarse en su rostro—. ¿Y el bebé?

Enzo no escuchó lo que le contestaron, aunque sí vio como la rubia que tenía delante palidecía y se balanceaba un poco como si perdiera el equilibrio.

—Mantenme informada, adiós.

—¿Qué ha pasado, Gretel? —preguntó Enzo en el tono más amable que

consiguió reunir en aquel momento.

—Que el bastardo de la pelirroja ha muerto. —Aparentaba desprecio, pero Enzo sabía que en aquel tono había miedo.



Eli estaba dentro de aquella maldita celda de cemento, se miraba las manos en silencio, las tenía magulladas, realmente no era algo en lo que hubiera reparado. Tania estaba encerrada con ella, agradecía no estar sola en ese momento, aún más, que su amiga no tuviera ganas de hablar. La cabeza en ese momento le estallaba, para ser sinceros no había una sola parte de su cuerpo que no le doliera. Soportaría cien veces aquel dolor si pudiera volver atrás y poner a salvo a sus amigas, haber hecho todo de manera diferente, su gran error fue subestimar a Gretel. Pensó que solo era otra niña rica, ahora sabía que era una puta loca.

Se movió y el dolor en las costillas la atravesó como una cuchillada, se vengaría por aquello, de eso no le cabía duda. Esta vez lo haría sola, no pondría a nadie más en peligro.

Levantó la mirada del suelo para mirar a su amiga que tenía la vista perdida en el techo, el labio había dejado de sangrar, se veía hinchado y amoratado. Eli estaba segura de que lo que le dolía en realidad era verse traicionada por el hombre que tanto le gustaba y con el que últimamente parecía que estaba teniendo progresos, algo en lo que la animaron ella y Ari.

Pensar en Ari le formaba un nudo en la garganta, verla en el frío suelo tirada, llorando, retorcida del dolor, sangrando, le pedía ayuda y ella había sido incapaz de cumplir su parte de ponerla a salvo, a ella y a la pequeña Eli. Ojalá la perdonase algún día.

Oyeron un ruido en el pasillo y las dos se envararon, pensaban que podrían volver a por más.

—¿Será la zorra de nuevo? —preguntó Tania y se levantó de un salto de la cama.

—No sé, pero si quiere guerra la tendrá. —A Eli le costó más levantarse, se tuvo que apoyar en la pared.

Las llaves sonaron en la cerradura, las dos estaban listas por si tenían que saltar contra Gretel o sobre alguno de sus matones, es posible que terminaran aún más mal paradas, aun así, no se rendirían sin luchar.

La puerta se abrió y apareció Gretel, si las miradas matasen la rubia en ese

momento se habría convertido, de forma espontánea, en polvo. Tania ya iba directa hacia ella cuando se apartó dejando paso a Enzo, ella se tiró a sus brazos y derramó las lágrimas que no sabía que había estado aguantado.

—No tardes, tienes media hora —dijo Gretel de mala gana, evitó mirar a Eli, ella lo notó.

—No tardaré. Cierra la puerta y no quiero a nadie fuera —contestó Enzo.

La rubia fue a protestar, pero él le devolvió una mirada para indicarle que no aceptaría ninguna protesta al respecto.

Gretel cerró la puerta dando un portazo y Enzo se permitió respirar tranquilo desde que comenzó toda aquella locura. Al menos hasta que se percató del estado en el que se encontraban. Apartó un poco a Tania de sus brazos y levantó su cara con cuidado, la cogió suavemente por el mentón. Le habían partido el labio, tenía sangre seca, la zona estaba muy hinchada y amoratada. Secó sus lágrimas con cariño para después besar su frente antes de mirar a Eli. Tenía miedo de ver qué la habrían hecho a ella, estaba convencido de que no se habría quedado quieta. Su cara era un poema, tenía el ojo morado, de la hinchazón casi no lo podía abrir y el resto de su cuerpo no tenía mejor aspecto. Apretó la mandíbula tendría que haber estado con ellas, cuidándolas, no solo pensar en su madre. Sin embargo, eso lo iba a remediar.

Se fue directo a Eli y la cogió en sus brazos, como si quisiera fundirse con ella, compensarla por haberlas fallado.

—Ah. —Eli no quería protestar, pero Enzo la estrechó tan fuerte entre sus brazos que la zona de las costillas casi la hizo doblarse.

—¿Qué te pasa, Eli?

—Nada, estoy bien. —Le quitó importancia, no quería que se preocupara más de lo que ya estaba, su cara lo decía todo.

—No me mientas —la regañó Enzo.

—Es la zona de las costillas, se me pasará.

Él hizo caso omiso de sus palabras y le levantó la camiseta para comprobar que toda la zona del costado derecho estaba amoratada. Mataría a quien las había golpeado y a quien dio la orden.

—Tenemos que irnos, no sé lo que tardará en volver o es posible que no se haya movido del pasillo. Haré cualquier cosa por poneros a salvo —prometió mientras atraía también a Tania y las abrazaba a las dos, esta vez intentando no apretarlas.

—¿Te ha dicho algo de lo ocurrido? —preguntó Tania.

—Sí, ha venido a mi cuarto y me ha contado orgullosa su perturbado plan y

lo que había hecho. Sabe todo sobre mí y mi pasado, me ha amenazado con mi madre, pero me da igual. Nos iremos, os pondré a salvo y luego iré a buscar a mi madre. Los cuatro nos iremos lejos. No dejaré que nadie os vuelva a dañar, os lo juro. Siento haberos fallado.

—Enzo, escúchame bien, no nos has fallado, has protegido a tu madre. No sentiría lo que siento por ti si fuera de otra manera, no podíamos esperar que Gretel fuera una puta loca. ¿Sabes algo de Ari? ¿Te dijo algo?

Enzo bajó la mirada ante la pregunta de Eli.

—Sí, cuando veníamos para aquí recibió una llamada de uno de sus matones. —La miró, sabía que no le gustaría lo que iba a decirle, sin embargo, no quería mentirle.

—Dime lo que sea, Enzo. —Eli intuyó que lo que iba a oír no le iba a gustar.

—Ari está fuera de peligro, aunque ha perdido mucha sangre, pero el bebé falleció camino del hospital. Lo siento mucho.

Eli escuchó las palabras de Enzo y sintió como el suelo se movía bajo sus pies, la pequeña Eli murió porque una zorra perturbada estaba empeñada en tener a un hombre que no la quería. Su amiga se había salvado por poco, aunque eso no iba a quedar así.

—Idos, yo me quedo. —Eli soltó a Enzo para dirigirse a la cama y sentarse. De repente se sentía muy cansada.

—¿Cómo que te quedas? —preguntó Tania sin entender a su amiga.

Enzo fue junto a Eli, se arrodillo frente a ella y puso las manos en sus rodillas.

—Eli mírame, tenemos que irnos, quiero que vengas conmigo. Quizás no me creas, pero con todo lo que tuvo que vivir mi madre por amar al hombre equivocado nunca creí en el amor. Me he pasado la vida conociendo a mujeres sin permitirme amar a ninguna hasta que te conocí. Tú desarmaste mi mundo, mi manera de ver las cosas, de juzgar a la gente. Gracias a ti sé que lo que tienes no te hace lo que eres, estoy enamorado de ti hasta las entrañas y no quiero estar con nadie que no seas tú.

Eli miró a Enzo, sintió como en su estómago crecía algo tan grande y maravilloso que le daba hasta vértigo. Nunca le habían dicho nada tan bonito, y lo increíble es que ella sentía exactamente lo mismo por él. Estaba dispuesto a irse con ellas de allí, de arriesgar la vida de su propia madre, de arriesgarse él por ponerlas a salvo, y eso es lo que hace la familia, la clase de familia que ella quería formar.

—Yo también te amo, Enzo, haría cualquier cosa que me pidieras, pero tienes que entender que esto no lo puedo hacer. Sé que debes irte y salvar a tu madre; yo debo vengarme de lo que nos han hecho esta noche y de lo que han hecho a muchos alumnos durante años en este centro. Voy a reducir este sitio hasta los cimientos. Después del baile, iré a buscaros donde estéis.

—No, nos quedamos y te ayudaremos. Dinos que tenemos que hacer — contestó Tania uniéndose a ellos en la cama.

—El día del baile se destapará todo. ¿Estáis seguros de que queréis participar?

—Sí. —Contestaron al unísono.

—Primero tengo que hacer unas llamadas. Enzo necesito que si decides quedarte mantengas entretenida a Gretel hasta el baile, necesito que crea que realmente vas en serio y no se centre en mi presencia. ¿Podrás hacerlo?

—¿Sabes que me tendré que acostar con ella si hago lo que me pides? — Levantó una ceja, el plan no le gustaba nada.

—Lo sé, pero sé que me amas. Confío en ti. El día del baile lo entenderás todo, te lo prometo, después nos iremos todos con Ari y no miraremos atrás, sin embargo, Gretel y este maldito sitio pagarán por todos sus actos.

—¿Y yo como puedo ayudar? —preguntó Tania.

—Ahora te lo explico, sobre todo, tienes que ser mi enlace con Enzo. Cuando salga por esa puerta, no me podré acercar a él bajo ningún concepto para que Gretel se crea que ha conseguido lo que quiere. ¿Todos conformes? —Ambos asintieron.

Se oyeron ruidos en el pasillo, los dos sabían que el tiempo juntos se les acababa. Enzo no se lo pensó dos veces, atrapó sus labios en un beso desesperado que le dijera a Eli cuánto la quería y que le explicara que no quería irse sin ella. Ella le devolvió el beso con hambre, con dulzura, queriendo que el tiempo se detuviera en aquel mismo momento y no tener que separarse nunca de su lado, pero sabía que para conseguir las cosas que uno quiere, en ocasiones se tiene que sacrificar. Se apartaron a regañadientes, Enzo besó a Tania en las mejillas antes de ponerse de pie junto a la puerta, esperaba interpretar su papel cuando Gretel entrara por esa puerta.

—Te quiero —dijo Eli en apenas un susurro, él que no podía despegar los ojos de ella lo entendió.

—Te quiero —contestó en el momento en el que la puerta se abrió.

Esta vez el que abrió la puerta fue Tomy mientras Gretel esperaba fuera, las miradas de odio en aquella habitación abundaban. Enzo se moría de ganas por

mirar atrás, aun así, no lo hizo, haría cualquier cosa para que aquella gente pagara lo que le había hecho a la gente que quería.

—¿Nos vamos? —preguntó Gretel con una sonrisa tensa.

—Vamos.

—Tomy, vigila la puerta lo que queda de noche, mañana por la mañana puedes dejar que se vayan.

—Sí, señorita —contestó el guardia y Tania a punto estuvo de escupirle.

Gretel y Enzo se marcharon. Eli miraba en dirección a la puerta, una parte de ella le decía que lo detuviera y se fuera con él, que fueran felices y comieran perdices; la otra le decía que tenía que vengar lo sucedido allí esa noche y tantas injusticias cometidas en ese sitio en el pasado. Todavía no tenían todo el plan, pero quedaban unos días para organizarlo.

Se fue a la cama y se tumbó, se sentía agotada. No era muy grande para dormir las dos, sin embargo, estaban tan cansadas que seguro que caían sin dudar. Escuchó la puerta cerrarse y esperaba que Tania se uniera a la cama y no vino.

—¿Qué coño haces aquí? —preguntó su amiga muy enfadada.

—Tengo que hablar con vosotras. Por favor, sé que no me queréis ni ver, pero es importante —pidió Tomy. Se quedó dentro de la celda con ellas una vez que se aseguró que Gretel se había marchado.

—Tomy, como no sea que sabes resucitar a los muertos y vas a traer de vuelta al bebé de Ari, por mí te puedes ir al infierno —contestó Eli sin molestarse ni en mirarlo.

—Chicas, lo siento de verdad, no pensé que fuera a llegar tan lejos. Me dijo que solo os asustaría un poco, de lo contrario, nunca habría aceptado, os lo juro —confesó arrepentido.

—A no ser que hubiera sido una buena cantidad, ¿verdad? —contestó sarcástica Tania—. Yo confiaba en ti, tú... tú me gustabas y como una imbécil pensé que te importaba, que te importábamos.

Tania lo empujó con todas sus fuerzas contra la pared aun a sabiendas de que podría volver a ser herida. Eli se sentó en la cama por si Tomy se le ocurría devolverle el ataque. Sin embargo, él lo aguantó estoicamente.

—Por favor, Tania, lo siento, me importas, me importáis. Necesitaba el dinero, tengo muchas deudas por temas familiares. Sé que no os interesan, pero tengo algo que os puede ayudar si queréis denunciar a Gretel por lo ocurrido esta noche.

—Habla —ordenó Eli.

—Acepté el dinero de Gretel por lo que os he dicho y pensando que solo sería un susto, pero como no soy tonto, y no me fio de ella, creo que nadie lo hace. Así que grabé todo lo que ocurrió esta noche por si algo salía mal, y bueno, ha salido mal, muy mal.

—¿Me estás diciendo que tienes grabado todo lo que ha pasado esta noche? —preguntó Eli con una sonrisa por primera vez en lo que llevaba de noche.

—Todo, audio y vídeo. Aunque me vea involucrado, os lo daré si me perdonáis, no puedo soportar lo que os han hecho, y lo de Ari... —Se tocó la frente fruncida por la preocupación.

—Perfecto, guárdalo a buen recaudo —Eli ya sabía lo que iba a hacer para vengarse—. En cuanto salgamos mañana necesito conseguir un teléfono.

—Yo tengo teléfono —dijo Tomy sacándolo de dentro de la americana negra.

—No me sirve, no sé hasta qué punto está loca Gretel, puede que os tenga pinchados los teléfonos por si al final la delatabais.

Tomy pareció pensar en lo que dijo y asintió, volvió a guardar su teléfono. Después de aquella noche se esperaba cualquier cosa de aquella chica.

—Espera un momento —dijo Tania y se buscó en un bolsillo de su pantalón. Llevaba un vaquero de esos anchos que portaban varios bolsillos. Sacó su teléfono para comprobar que no se hubiera roto con los golpes, estaba perfecto, solo algo arañada la pantalla—. Bingo.

—Tomy, como digas una sola palabra, nos falles de nuevo o hagas daño a mi amiga, te cortaré las pelotas. ¿Me has entendido? —preguntó Eli antes de marcar.

—Te lo juro —contestó sonriendo a Tania que lo miró mal.

Eli marcó y esperó impaciente a que le contestaran mientras golpeaba el pie contra el suelo.

—Kata, soy Eli.

Tomy y Tania la miraban sin saber con quién hablaba.

»Sí estoy bien, pero os necesito. ¿Tú novio sigue siendo el mejor con los ordenadores y asuntos turbios?

Algo le dijo el otro interlocutor porque Eli rio con ganas.

»Coged dinero del bote de las emergencias y veníos para aquí. Es importante, te lo explico todo en cuanto lleguéis. —Guarda silencio y vuelve a reír—.

»Cualquier cosa, localízame en este móvil.

»Te quiero eres la mejor.

Se despidió y colgó con una sonrisa triunfal.

—¿Quién es Kata? —preguntó Tania curiosa.

—Una de mis mejores amigas. Vienen de camino, así que escuchad, os voy a contar el plan y los dos me tenéis que ayudar para que salga bien.

—Lo estoy deseando —dijo Tania ilusionada.

—Yo también.

Se pasaron el resto de la noche cavilando todo lo que harían para vengarse. A Tomy y Tania algunos puntos les parecieron algo peligrosos, pero aceptaron sin rechistar. Cada uno tenía su parte en aquel asunto y lo llevarían a cabo hasta el final.



Capítulo 21

Los padres también pagan sus deudas



Todo estaba en marcha, Kata y Nervi llegaron al día siguiente tras la llamada de Eli. Ella les había explicado todo lo que Nervi tenía que hacer. Él era un *crack* de la informática, sobre todo, burlando la seguridad de sistemas informáticos, así que lo necesitaba para lo que tenía pensado y por los contactos que tenía. Antes de conocer a Kata y reformarse, este se movía en las bajas esferas y se dedicaba a negocios de dudosa reputación. Al conocerla,

decidió cambiar de vida por ella, aunque nunca dejó de tener contactos, su lema siempre había sido que se deben tener amigos hasta en el infierno y Eli daba gracias porque tuviera esa manera de pensar.

Ya era la hora del cambio de turno de los guardias. En cuanto se fueran, Tomy la dejaría salir y fuera la recogerían sus amigos. Por Gretel no debía preocuparse, ya que esa noche Enzo se la llevaría a cenar y a un hotel romántico. Una petición que le hizo Eli a través de Tania, él estuvo reticente al principio, pero al final no le quedó otra que aceptar. Todos tenían un papel en aquella función y a él le tocó el de entretener a la zorra loca. No es que a Eli le gustara aquello, pensar que el hombre al que amaba estaría follando con otra, una perra del demonio, era lo último que deseaba en aquel momento, sin embargo, había cosas más importantes en juego que sus propios sentimientos. Si todo salía de la manera esperada, a la noche siguiente todos serían libres y aquellos que hicieron daño a la gente que amaba pagarían un alto precio por sus actos.

Estaba nerviosa, aunque intentaba disimular por el bien del plan, llevaba una mochila con todo lo necesario que le había prestado Tania.

—Eli, ¿estás segura? Es muy peligroso lo que vas a hacer. Sé que lo haces para ayudarnos, pero creo que esto es ir demasiado lejos, si Enzo se entera me matará por dejarte hacerlo. —Tania intentaba hacer entrar en razón a Eli.

—No se va a enterar porque no se lo vamos a decir, al menos hasta que todo haya terminado. —Eli miró a su amiga que estaba tan muerta de miedo como ella—. Sé que es peligroso, pero ya verás como todo saldrá bien, estaré con Kata y su novio, ellos saben defenderse, te lo prometo.

—Eli, si algo te pasa...

—No me va a pasar nada. Prométeme que lo tendrás todo preparado para el baile de mañana. ¿Has repasado el plan con Enzo? —le había preguntado lo mismo veinte veces ya, necesitaba que fuera todo perfecto.

—Sí, tenemos ya el vestuario y el grupo ha ensayado tal y como los enseñaste. No te fallaremos. Esos chicos creen en ti, quieren que este sitio se hunda tanto como nosotros.

—Bien, sé que todos arriesgáis mucho en esto; mañana todos seremos libres.

Eli abrazó a su amiga para intentar tranquilizarla o para hacerlo ella misma, no estaba muy segura. En ese momento entró Tomy.

—Eli, nos tenemos que ir —dijo él.

—Sí, Tania dile a Ari que la quiero y que pienso vengarme por lo de mi

sobrino, pero no le des más detalles. No creo que la directora se percate de mi ausencia con todo el jaleo de mañana por la llegada de los padres. De ser así, dile que estoy ensayando con los chicos.

Tania asintió antes de darle otro fugaz abrazo.

—Ten cuidado.

—Siempre. Tomy, cuida de mis amigas y no nos falles esta vez —lo amenazó Eli antes de seguirlo.

—Nunca, Eli.

Abandonó el sitio sin mayor percance, lo que tenía que haber ocurrido la vez anterior. No muy lejos esperaba un coche con el motor en marcha. Cuando se acercó, la puerta del copiloto se abrió y pudo ver una melena pelirroja salir del vehículo, su amiga. Kata corrió los pocos pasos que las separaban para fundirse en un abrazo.

—¡Cómo te he echado de menos! —dijo Kata con su voz cantarina.

—Y yo a ti, no sabes cuánto. Esto es un putito infierno, Kat.

—No te habrás vuelto una blandita en este sitio, ¿no? —preguntó Kata para bromear con Eli.

—Ya te gustaría, aún puedo patear tu bonito culo pálido. —Las dos rieron al salir Nervi del coche.

—Yo también quiero un abrazo de dos mujeres. —Cruzó sus brazos grandes tatuados e imitó un puchero, lo que las hizo reír con ganas.

Las dos se lanzaron a sus brazos, Nervi las cogió a cada una con un brazo y las levantó del suelo, para él eran muy pequeñas. Eli no pudo evitar protestar cuando notó el dolor en la zona de las costillas. Había mejorado, pero todavía dolía. El ojo ya lo podía abrir y cambió a un amarillo verdoso, lo maquilló, pero aun así se veía.

—Espero que después de lo de mañana me digas quién te ha hecho esto para darles una buena paliza. —Nervi señaló su ojo.

—Será un placer. ¿Nos vamos? Tenemos una cita.

—Vamos.

Eli iba en el asiento trasero para poder cambiarse mientras llegaban a su destino.

—¿Estás segura Eli? No me gusta nada que entréis solas allí, según mis contactos son personas muy peligrosas. —Nervi la miró por el retrovisor.

—Tengo que hacerlo, es muy importante. Os lo he contado, pero entenderé si Kata no entra. Podéis quedaros fuera y si veis que algo pasa, entrad y llamad a la policía.

—De eso nada, yo voy contigo, tengo que llevar el micro. Si algo pasara, Nervi llamará a la policía; no te dejaré sola, nosotros no dejamos a nuestra familia sola. —Kata sabía que había dado en el punto clave.

—Está bien, no os arriesguéis más de lo necesario, por favor.

—Te lo juro —prometió Eli.

Se puso a cambiarse de ropa, sus prendas anchas por un minivestido rojo de Tania, uno que dejaba muy poco a la imaginación. Todo eso combinado con ropa interior de encaje, llevaba ligero y medias que dejaban ver las costuras por el vestido. Zapatos rojos con tacón de vértigo. Se había peinado el pelo y se pintó los labios a juego. Iban directas a la boca del lobo.

Encargó a Nervi averiguar todo lo posible sobre el padre de Enzo, no lo público, lo que mostraba cara a la galería, sino lo que hacía para sacar el negocio sucio. Había averiguado, como le contó Enzo, que tenía un negocio de prostitución, para su suerte lo que más le gustaban eran las jovencitas extranjeras. En su juventud, igual que hizo con la madre de Enzo, las engatusaba para llevarlas a Inglaterra y después de quitarles los pasaportes las obligaba a prostituirse. Hoy en día, debido a su posición, mandaba a sus lacayos a hacerlo. Sin embargo, no se privaba de nada.

En cuanto llegaba a sus manos alguna jovencita a la que poder probar antes de prostituir, lo hacía encantado. Kata y ella iban a ser los regalos de un amigo suyo de Estados Unidos, o al menos eso es lo que le hizo creer Nervi. Ese desgraciado pensaba que aquella noche se iba a montar un trío con dos jovencitas, pero ellas tenían una sorpresita para él.

Nervi había pedido que mandara a alguien a hacer el trabajo, que no se expusiera, pero tenía que ser ella si quería los resultados esperados. No tardaron mucho en llegar a la dirección indicada. Kata iba vestida como ella, pero en negro, para hacer contraste con su cabello rojo.

Era una casa, en apariencia normal, a las afueras. No vivía allí, seguro que era el sitio que usaba de picadero. Se acercaron a la puerta mientras Nervi encontraba un sitio cerca de la casa donde esconderse y hacer su magia. Eli tomó aire profundamente un par de veces antes de encaminarse con paso firme hasta la puerta y llamar al timbre poniendo su mejor sonrisa. Apenas unos segundos después, un guardia de seguridad del tamaño de un armario empotrado, trajeado de negro y con cara de pocos amigos, abrió la puerta.

—Hola, somos el regalo del señor Smith. —Eli sonrió al guardia que ni pestañeó.

—Adelante, os está esperando. —Se hizo a un lado para que ambas pasaran

a la vez que les hacía un chequeo visual. Eli estaba segura de que les vio hasta las caries.

Él se encaminó, sin mediar palabra, por un pasillo hasta una puerta doble de madera blanca que tocó suavemente con los nudillos.

—Adelante —contestó una voz masculina tras la puerta.

El guardia abrió una de las hojas y dejó ver un inmenso despacho. Detrás de una gran mesa, un hombre de la edad de su padre bastante atractivo se sentaba mientras hablaba por teléfono. Al verlas, se le formó en el rostro una sonrisa lobuna anticipando la noche que le esperaba. Siguió su conversación como si no fueran más que unos meros muebles más, cosa que a ellas les pareció estupendo, cuanto más hablara, más información succulenta tendrían sobre él.

—No quiero a ninguna de mis putas enfermas, ¿me has oído?, pégale un tiro en la nuca y asunto arreglado.

A Eli escuchar aquello le puso los pelos de punta, nunca rezaba, pero en ese momento lo hizo porque no fuera la madre de Enzo. Realmente ese tipo era un bastardo que se merecía lo peor que le pudiera ocurrir. Si tuviera una pistola y no fuera como era le pegaría un tiro. No en la nuca, entre los ojos para que supiera que iba de frente y ver el miedo en ellos antes de morir.

»Me da igual que tenga hijos, ¡hazlo! —Y con esa orden colgó el teléfono.

Dejó el teléfono en el escritorio y se desabrochó la americana antes de acercarse a las chicas. Ambas forzaron una sonrisa cuando lo que les apetecía era patearle las tripas por lo que acababan de oír y por lo que sabían de antes, aunque si querían que el plan funcionara tenían que comerse sus prejuicios.

—Vaya, vaya, que dos preciosidades tenemos aquí. —Rodeó a las chicas y observó cada palmo de su anatomía—. Recordadme que le mande una tarjeta de agradecimiento a mi amigo por este regalo. Sois unas auténticas diosas, me muero de ganas por ver que sabéis hacer.

Eli se tuvo que morder el interior de la mejilla por no escupirle en la cara cuando le sobó las tetas como si fueran masa para hacer galletas, en cambio, sonrió.

—Muchas gracias, señor, estamos aquí para cumplir todas sus fantasías.

El hombre sujetó su mentón con delicadeza para mirar su rostro.

—¿Quién ha osado estropear un rostro tan bonito? Debería morir por ello.

—Fue culpa mía, mi señor, me lo merecía, ahora sé cuál es mi lugar y que tengo que complacer a mis dueños, y ahora usted es el mío. —Estar ahí haciendo todo aquello posiblemente era una de las cosas más difíciles que había hecho en su vida, iba contra todo lo que creía, contra todos sus valores.

Lo que le dijo, lo complació sobremanera, lo sabía por la sonrisa que puso, por cómo se relamió los labios antes de besarla de una manera brutal. Le hizo daño, pero ella siguió en su papel. Contuvo una arcada por ser el padre del hombre al que amaba y por ser, posiblemente, una de las mierdas más grandes del planeta.

—Deberíamos ir a la habitación y ponernos cómodos —propuso él.

Eli tenía que evitar eso como fuera, debían permanecer en el despacho que es dónde estaban las cámaras.

—Eso me encantaría, sin embargo, me gustaría mucho darle algo primero, mi amo. No sé si le ha dicho algo su amigo al respecto, mi fuerte es el baile. Me gustaría mucho ofrecerle un baile antes de pasar a la diversión. —Algo debió remover dentro de él, quizás le recordó a la madre de Enzo porque le gustó la idea y aceptó sonriendo.

—¿Tú también bailas, pelirroja? —Se dirigió a Kata.

—Yo tengo otros dones, mi señor —contestó Kata y se lamió el labio inferior de forma exagerada.

Eso pareció distraerlo por el momento, mejor así, porque el trato con Nervi era que su novia no se desnudaría. Entraba con Eli para que su amiga no fuera sola, no quería ni pensar que haría si viera que lo hacía.

El señor Smith se sentó en su escritorio y cogió un mando a distancia para activar algún aparato de música que estaba oculto en algún sitio del inmenso despacho. La música empezó a sonar y Eli se concentró en su trabajo, un último baile y se marcharían de allí. La canción era muy buena para su propósito, sonaba *Beautiful Liar* de Beyoncé y Shakira.

Se situó en medio de la sala para darle una buena visión de su cuerpo. Comenzó a mover sus caderas de un lado a otro mientras sus manos ascendían desde sus muslos, acariciaban cada punto clave para que la mirada de él no se perdiera ningún detalle. Cuando tuvo las manos sobre la cabeza, empezó a bajar para enseñar lo que tenía entre sus piernas, él empezó a sentir calor y se desató la corbata.

Eli sabía que funcionaba, así que echó más leña levantando su pierna hasta su cabeza y le mostró el pequeño triángulo de tela que la cubría. Él se relamió y empezó a quitarse la camisa. Se movía como si bailara para un burdel, como diría Enzo, mientras se despojaba de su vestido y se quedaba en ropa interior, cosa que también animó al señor Smith. Estaba en bóxer y la esperaba en el escritorio para montarla allí mismo, en ese momento ya ni se acordaba de la habitación.

Eli recorrió los pasos que le separaban de él, lo tiró sobre el escritorio y se sentó a horcajadas encima suyo.

—Mmm, señor Smith, veo que le ha gustado mi baile, ¿cree que se me da bien?

—Muy bien, preciosa, eres una diosa, te voy a hacer mía y luego te daré un lugar a mi lado, serás mi amante —le propuso él.

Eso mismo es lo que le dijo a la madre de Enzo, maldito hijo de puta. Decidió ignorarlo mientras sonreía, pero esta vez era más por lo que vendría a continuación.

—¿Sabe que a mis padres nunca les ha gustado que bailara así? Creen que una chica de mi posición no debe salirse de los bailes de salón. —Se hizo la inocente a la vez que trazaba círculos sobre el vello del pecho de él.

—¿Qué? —preguntó aturdido por la excitación, la agarró por las nalgas desnudas por el tanga y la restregó contra su erección.

—Discúlpeme, señor Smith, cuando he llegado no me he presentado como debería, si mis padres vieran mis modales se avergonzarían de mí. Soy Elisabeth Hope Cooper, la única heredera de mi padre, Edward Cooper. —El hombre que estaba debajo de ella en ese momento paró de moverse y pareció palidecer varios tonos—. Seguro que lo conoce, es uno de los hombres con más poder y dinero de los Estados Unidos.

—No entiendo nada. —Intentó levantarse.

—No se preocupe, yo se lo voy a explicar enseguida. —Eli se quitó para que se pudiera incorporar—. Siéntese en esa silla y no intente nada o le juro que lo lamentará.

El hombre asintió y se sentó en la silla que Eli le indicó. Kata se acercó y le trajo el vestido que se puso en un momento antes de ocupar la silla junto a él.

—Kata, por favor —pidió Eli.

Kata se sacó un móvil del escote que llevaba en el sujetador, otro motivo por el que ella no se podía quedar en paños menores. Eli le dio al botón y empezó a reproducirse un vídeo con audio, desde que entraron en la habitación hasta ese mismo momento. El hombre lo miraba y tenía el rostro desencajado. Después, buscó una foto en internet donde ella salía junto su padre por si aún albergaba alguna duda sobre su identidad.

—¿Le queda claro quién soy?

—Sí —dijo él.

—Ahora le voy a explicar algo y quiero que esté muy atento.

—De acuerdo.

—Yo sé que usted tiene asuntos muy turbios y que es poderoso, pero le aseguro que no es ni un grano en la espalda de mi padre, algo que no dudaría ni un segundo en arrancar en caso de que esto llegara a sus manos y viera que ha intentado follarse a su hija menor de edad para luego prostituirla. Su pequeña, su heredera... Me entiende, ¿verdad? —Su padre no movería un dedo por ella, eso solo lo sabía ella. Gracias a Dios, los ricos siempre cara a la galería tenían una familia perfecta, cosa que ahora mismo le venía fenomenal.

—¿Qué quieres? —Tenía miedo y era realmente gratificante ver que un proxeneta como ese temía algo, el mismo que hace tan solo un rato había ordenado matar a una mujer por la espalda.

—¿Recuerdas a la señora Berg? ¿Recuerdas que tienes un hijo? —Mostraba más confusión que antes, pero asintió—. Bien, me gusta que tengas buena memoria. Son amigos míos y yo cuido de ellos. Escúchame que es importante. En este mismo momento, vas a liberar a la señora Berg, nunca volverás a verla ni a intentar dañarla a ella o a tu hijo. Les vas a dar mucho dinero a modo de pensión y de pago, por lo que ha tenido que prostituirse y pagarte durante estos años, tanto, que no tendrá que volver a trabajar en la vida.

—¡Estás loca! —protestó él y en ese momento parecía algo menos atemorizado.

—Bueno, puede que algo sí, por eso con la gente algo loca no debes jugar. Si me entero de que no lo haces, si vuelves a molestarlos o se te ocurre intentar algo contra mí, este vídeo llegará a mis padres y si algún día mi padre falta podría ir a las autoridades para destapar tu negocio de proxenetismo de menores. Da gracias de que no lo vaya a hacer de todas maneras, esa mujer te amaba de verdad y la engañaste, la usaste y tienes un hijo que no te mereces, aunque tienes bastante con ser la mierda de persona que eres. ¿Lo harás?

—Lo haré. —Sabía que no tenía ninguna oportunidad si decía que no.

—Te voy a dar la dirección de un centro de desintoxicación donde dejarás a la señora Berg y una cuenta, en la cual ingresarás todo el dinero para ella y su hijo.

El asintió y ella sonrió, le encantaba que los planes salieran bien.

Un rato después, salieron de la casa y las recogió el novio de Kata. Por fin pudo respirar con tranquilidad, había parecido muy segura, pero tenía miedo de que algo saliera mal y que algo les pasara a sus amigos, sobre todo, de no volver a ver a Enzo. Sin embargo, ahora era feliz, él era libre y podría vivir con su madre sin nadie que lo amenazara nunca más con hacerle daño a ella.

Se moría de ganas por contárselo, aun así, esperaría a después del baile, ahora iban a un motel cercano a dormir. Al día siguiente tenían otra cita para preparar todo lo del baile. Si todo salía según sus planes, la noche siguiente y todas las que le quedara de vida las pasaría entre los brazos de Enzo.

—¿Lo tienes? —preguntó Eli en el coche mientras se cambiaban ella y Kata. No le importaba que la viera Nervi, se habían cambiado juntos tantas veces en el grupo que era como si lo hicieran entre hermanos.

—Sí, toma. —Nervi le entregó un *pendrive* con todo lo ocurrido. Ese era su regalo para Enzo, la libertad de su madre y la de él.



Capítulo 22

Promesas de venganza: Pain



El primer baile de la noche fue el grupo de Gretel para que se quedara tranquila con su dosis de protagonismo y mostrara al mundo su nuevo novio, el profesor más macizo del lugar. A su padre no le hacía mucha gracia, pero con tal de que lo dejara en paz, accedió. Después de ellos bailaron otros, momento en el que aprovechó Enzo para mandar a Gretel con su padre, le dijo que tenía que supervisar a los alumnos. Ella estaba tranquila porque no veía a Eli por

ninguna parte, cosa que a él lo tenía de los nervios.

—Viene de camino, no te preocupes que llegará a tiempo. —Tania tocó su brazo para tranquilizarlo.

Enzo sonrió mirando a todos los alumnos allí congregados por una buena causa, en un cuarto que hacía de camerino. Estaban nerviosos, se notaba en el ambiente, en sus silencios, solo interrumpidos por algún murmullo o risa nerviosa. Él mismo lo estaba. Cuando esa noche terminara, iría a buscar a su madre, no sabía a qué se tendría que enfrentar para poder liberarla. Los hombres que la mantenían bajo su yugo eran mafiosos, sin embargo, haría lo que fuese necesario para salvarla, para poner a las mujeres que amaba a salvo. Miró el reloj y era casi la hora, tendrían que salir en breve. Enzo le había prometido un número especial a su «novia»; si no se lo daba, vendría a buscarlo y se daría cuenta de que algo no andaba bien.

En ese momento se abrió la puerta, Eli entró corriendo, se lanzó a sus brazos sin importarle quién mirara y se fundieron en un beso con el deseo de que no se acabara nunca. Cuando todo aquello terminara, pensaba hacerle el amor todo el día durante un mes para borrar de su piel la esencia de Gretel. Al apartarse vio que estaba preciosa, iba vestida como los demás, pero no podía evitar mirarla con adoración. Todos irían esa noche vestidos iguales para que no los pudieran distinguir. Las chicas con medias, tutús y camisetas negras, llevaban el pelo recogido en un moño en lo alto de la cabeza. Los chicos en vaqueros, sin camiseta y descalzos. Se habían pintado una franja negra que les cubría la parte de los ojos como un antifaz, era una estrategia para que Gretel no reconociera a Eli hasta el momento exacto. Estaban listos, aunque bastante nerviosos, sin embargo, la sed de venganza era más poderosa.

—Chicos, gracias por estar aquí esta noche dispuestos a hacer esto. Si alguno se quiere echar atrás, este es el momento, lo entenderemos, arriesgáis mucho. Yo mejor que nadie sé las consecuencias que tiene tener unos padres como los nuestros —todos asintieron—, en cambio, también os diré que el que quiera huir con nosotros hoy, es bienvenido, formaremos nuestra propia familia, porque la familia no es la de sangre es la que uno elige para que lo sea.

Todos vitorearon sus palabras.

—Estamos contigo, Eli, vamos a quemar este sitio hasta los cimientos —dijo una de las amigas de Gretel, al menos hasta que se enteró de lo que les hizo a ellas y al bebé de Ari. Ella fue testigo de muchas de sus atrocidades, y esta vez había llegado demasiado lejos.

Sonó un mensaje en el móvil de Tania, seguía siendo la manera de comunicarse con Kata y Nervi.

—Nervi dice que está todo listo.

Eli asintió y frente al espejo se pintó la franja negra como si fuera una pintura de guerra.

—Vamos a quemarlos, chicos.

—Dedícame un último baile —le dijo Enzo y le ofreció la mano.

—Nunca será el último —contestó, Eli y se la dio.

Todos salieron al oscuro escenario en silencio. Enzo se acercó al micrófono.

—Buenas noches, gracias a todos por estar aquí con nosotros esta noche. Hemos preparado un número muy especial para el señor Adam, para el centro y para nuestra querida directora miss Rismon, pero, sobre todo, para mi amada Gretel.

El foco alumbró a la aludida que se levantó y sonrió saludando al público que aplaudía encantada de ser el centro de atención.

—Gracias, mi amor, te quiero. —Ella le mandó un beso.

Él sonrió de una manera maliciosa, que ganas tenía de borrarle ese estúpido gesto de su cara.

—Para este gran espectáculo vamos a utilizar las pantallas para dar efectos especiales. —Comenzaron a bajar de las paredes varias pantallas gigantes que utilizaban para temas audiovisuales y que a ellos en ese momento les venía genial—. Qué lo disfruten.

Los primeros acordes de *Beliver* de Imagine Dragons empezaron a sonar mientras los chicos caminaban a la parte delantera del escenario moviendo los brazos y piernas como si fueran marionetas a las que dirigían por sus hilos. Los seguían las bailarinas de *ballet* que giraban sobre ellas mismas como muñecas en una caja de música.

Ellos empezaron a mover su cuerpo con pasos de hip hop al ritmo de la música sin perder en ningún momento la apariencia de marionetas. Al sonar la palabra «*pain*», todos cayeron al suelo como si hubieran sido golpeados y las pantallas empezaron a mostrar imágenes donde jóvenes de esa misma escuela eran brutalmente golpeados.

Las exclamaciones en la sala eran ensordecedoras. Los chicos llevaban unas cadenas en el cuello y las bailarinas tiraban de ellos para hacer que bailaran bajo su yugo hasta que sonó el siguiente *pain* y las cogieron en brazos, ellas resbalaron por sus cuerpos muy cerca, de una manera muy

sensual. La gente no sabía dónde mirar, las imágenes que se mostraban en las pantallas eran horribles, brutales, sus hijos eran golpeados por los guardias y supervisados por la hija del dueño o por la directora. Gretel intentó correr, pero la agarraron dos hombres, la esposaron e hicieron que se arrodillara.

En ese momento, el escenario se quedó vacío y dejó a una pareja sola bailando, Enzo y Eli. Ella saltó y él la sujetó firmemente contra él, deseaba que aquel momento nunca terminara, cuando sonó el último *pain* sus labios se fundieron en uno. En ese momento escucharon varios «no», estaba segura de que una era Gretel, el otro sería su padre... Le daba igual, profundizó más el beso e ignoró todo lo que ocurría a su alrededor.

Cuando consiguieron separarse, sabiendo que tendrían después todo el tiempo del mundo para hacerlo, la sala era un auténtico caos. Gente desmayada, algunos intentaban abandonar el lugar inútilmente, otros no podían apartar la vista de la pantalla. Era el turno de Eli. Buscó a su amiga Ari entre el público y le sonrió, ella le devolvió la sonrisa. Cogió el micrófono y pidió silencio, la primera vez no le hicieron caso, pero la segunda, parecieron querer escuchar lo que tenía que decir.

—Buenas noches, gracias por brindarme este momento para que pueda hablar.

—Elisabeth, ¿qué demonios haces? ¡Baja de ahí de inmediato! —le gritó su madre.

—Mamá, cállate. —Su madre hizo como que se desmayaba y ella la ignoró—. Esta noche han podido ver lo que se hace en este centro que ustedes llaman campamento. Cómo tratan a sus hijos, a la sangre de su sangre, cuando no se comportan como ustedes o la gente de este lugar cree conveniente. Yo misma o mis amigas hemos recibido este trato. Nervi, por favor.

Sabía que su amigo estaba en la sala ocupándose de poner todo aquello. Se accionó el vídeo de la noche en la que intentaron que huyera su amiga, y se escuchó todo lo que Gretel dijo, sobre ella y la directora. Algunos padres exclamaron, otros ni se inmutaron, parecían más bien aburridos, aquello la molestó mucho.

—Algunos padres no sabían que esto ocurría y debían saberlo; otros, como los míos por ejemplo, sí lo sabían y aun así dan su consentimiento, pero realmente quien yo quería que lo supiera era la policía, que está esta noche aquí con nosotros. Han sido muy amables y me indicaron que si les daba pruebas podrían cerrar este chiringuito y encerrar a los culpables. Qué me dice, inspectora, ¿le sirven estas pruebas?

Una mujer morena muy bien arreglada se levantó de entre el público y subió junto a Eli, había muchos policías allí esa noche vestidos de paisanos.

—Sí, son más que suficientes, odio que la gente piense que por tener dinero está por encima de la ley, os pienso meter un paquete que ni todos los contactos del mundo os van a salvar. Muchas gracias, Elisabeth, por ayudar a estos chicos.

—Eli, mejor, y gracias a usted por venir. Por norma general, la policía no se quiere meter cuando la gente culpable tiene dinero. —Era muy consciente de ello, su padre tenía comprada a la policía de Nueva York.

—Eli, no sé en Nueva York, pero aquí nos tomamos las cosas muy en serio, cuando tengas un problema, no dudes en llamarme. Gracias, ahora tenemos que irnos, tengo que encerrar a unos cuantos.

—Gracias a usted, permítame solo un segundo. —La inspectora asintió, era lo mínimo que podía hacer.

—Gretel, espero que tu estancia en la cárcel sea reconfortante y tengas tiempo para pensar en lo que has hecho. Espero que aprendas humildad, ya que allí se meriendan a una como tú todos los días.

—¡Zorra! —le gritó la rubia que tenía la cara desencajada por la rabia.

—Seré una zorra, pero yo gano. Te juré que si algo le pasaba a mi amiga o a su bebé lo pagarías y siempre cumplo mis promesas. Miss Rismon, al final ha podido comprobar que los castigos físicos no nos meten en vereda a los que somos descarriados. —La mujer con rostro afilado la miró con desprecio, pero a Eli le dio igual. Ahora todo estaba bien, pagarían por lo que habían hecho. Hora de irse.

Le hizo una señal a Ari que vino corriendo desde dónde estaba y todos salieron por detrás del escenario, se les unieron Kata y Nervi.

Al llegar a la puerta de la habitación que les había servido de camerino, Eli le habló a la nueva familia que habían formado.

—Id a por vuestras cosas, nos vemos en media hora aquí. —Ella no tenía que coger nada, sin embargo, quería demostrarle a Enzo cuánto lo quería antes de irse. Luego le contaría lo de su madre.

Todos salieron rápido, querían comenzar su nueva vida. Eli arrastró a Enzo dentro y tras cerrar la puerta empezó a besarlo como si le fuera la vida en ello. Sus manos recorrían su pecho con deseo, lo necesitaba dentro y lo necesitaba ya. La puerta del cuarto se abrió de golpe y entró su padre muy enfadado.

—¿Qué coño? —No le dio tiempo a terminar, su padre la agarró del brazo y tiró muy fuerte de ella.

—¡Nos vamos, ya la has liado bastante allí afuera! —gritó su padre y miró a Enzo como si fuera la mayor mierda que hubiera visto en su vida.

—No me voy a ningún sitio contigo. Suéltame que me haces daño.

—Suéltala —gruñó Enzo avanzando peligrosamente hacia él.

—Y si no, ¿qué? —le provocó Edward.

Enzo no se molestó en contestar y saltó encima de él, el primer puñetazo impactó sobre su mandíbula y lo hizo sangrar, pero no contento con eso, lo derribó para seguir golpeándolo. Ahora mismo solo sentía rabia por todo lo que habían pasado. Ese hombre quería dañar a Eli, aunque fuera su padre, así que le daba igual. Nadie la dañaría nunca más, él no lo permitiría.

—Enzo, déjalo, no vale la pena, vámonos —dijo Eli asustada de que lo matara, odiaba a su padre, pero ellos no eran monstruos como él.

En ese momento, entró por la puerta la última persona que pensaba ver en el mundo, James.

—Edward, lo tengo —dijo él sonriente.

¿James conocía a su padre? Y más raro aún, vestía un traje.

—Quítamelo de encima, me va a matar —pidió su padre con el rostro lleno de sangre.

James, como un perro fiel, le quitó a Enzo que estaba cegado por la ira y Eli lo abrazó para que no volviera al ataque. Ayudó a Edward a levantarse y le dio un pañuelo para que se limpiara la cara. ¿Qué pasaba allí? ¿Desde cuándo esos dos eran amigos? Se preguntó Eli asustada.

—Hola, princesa —sonrió James.

—No me llames así nunca más, cabrón —escupió las palabras Eli.

Enzo lo reconoció como el tío que salía en el vídeo follando con la rubia pechugona, el novio de Eli, y quiso ir a por él, sin embargo, Eli se interpuso.

—Ves, todavía me quieres, por eso no le dejas venir a por mí.

—Yo misma te mataría, pero no quiero que mi novio se manche las manos de mierda contigo.

—Elisabeth, nos vamos. James es tu prometido, el día de tu cumpleaños anunciaremos tu compromiso con él. —Eli lo miraba sin entender nada.

—Hace unos meses James era para ti un muerto de hambre, ¿qué ha cambiado? —preguntó desconcertada.

—James ahora es el dueño de una de las empresas más importantes de Inglaterra. Al enterarse de que estabas con este vino a buscarnos para contárnoslo. No podíamos dejar que arruinaras más el nombre de nuestra familia, así que será lo suficiente bueno para ti. Además, hace tan solo unos

meses lo amabas, todos contentos.

—Papá, lo amaba hasta que se folló a otra en plena calle, lo grabaron y lo subieron a internet. —Eli no recordaba la última vez que había llamado a su padre así.

—Hija, eso solo son detalles sin importancia, yo también echo mis canitas al aire, no pasa nada. En nuestras posiciones, el amor no es lo importante. Te casarás y me darás nietos para seguir con nuestro apellido, ese es tu lugar.

Eli no podía creer lo que su padre le decía, no lo iba a hacer ni borracha.

—No lo voy a hacer, padre, ya no hay nada con lo que me puedas amenazar, así que nos vamos. —Cogió de la mano a Enzo dispuesta a marcharse y olvidarse de aquella gente que tanto daño la había hecho en su vida.

—¿Estás segura? —preguntó James divertido—. ¿Amas a tu nuevo novio? ¿Tanto como me amaste a mí?

—¿A qué coño viene eso? —Lo miró con odio, le faltó un pelo para golpearlo ella misma.

—Tu novio tiene antecedentes, digamos que hace unos años no era un ejemplo a seguir, ¿verdad, Enzo? —Eli buscó alguna respuesta, pero él solo pudo bajar la mirada, avergonzado.

—Lo siento, Eli, no teníamos que comer. Así que me metí en bastantes problemas, era muy joven... —Eli lo entendió perfectamente.

—No me importa, él es un luchador, no como tú, que eres un saco de mierda.

—Creo que no me has entendido, princesa. He grabado como ha golpeado a tu padre, en cuanto presente ese vídeo a la policía y con los antecedentes que tiene, tu novio, irá directo a la cárcel. ¿Es lo que quieres? O ¿Quieres volver a casa y ser mi mujer dejando que él sea libre y tenga una oportunidad?

Qué hijos de puta, lo tenían todo preparado, la habían vuelto a engañar y como siempre ella perdía. Miró a Enzo, si alguien se merecía ser feliz en el mundo era él, ahora podría serlo con Tania, con su madre y con todos aquellos jóvenes a los que esa noche liberarían. Enzo negó con la cabeza.

—No te dejaré que lo hagas, Eli.

—Escúchame bien, tienes que prometerme que cuidarás de Ari y de Tania por mí. Que nunca se os olvide cuánto os quiero, ¿lo harás por mí?

—No te voy a dejar. —Enzo la agarró de forma posesiva.

—Si vas a la cárcel, no podrás cuidar de mí, de tu madre o de la gente que quieres. Piénsalo, por favor.

Enzo no quería entrar en razón, pero sabía que era verdad, en cuanto

llevaran aquel vídeo a la policía iría directo entre rejas y no podría salvar a su madre ni a Eli. Tendría que buscar alguna manera de encontrar el vídeo y liberarla, por lo que solo pudo asentir.

—Vale iré, pero me tenéis prometer que los dejaréis en paz, a todos mis amigos. James, aunque me obliguen a casarme contigo quiero que sepas que el resto de tu vida tendrás que dormir con un ojo abierto porque no sabrás la noche que te mataré mientras duermes.

El aludido sonrió, pensó que valdría la pena correr el riesgo por follársela antes cada noche.

—Vámonos —dijo su padre.

Eli asintió y abrazó a Enzo una vez más antes de irse. Notó como una parte de ella misma se rompía en mil pedazos por tener que dejarlo, solo el pensar en que el resto de su vida sería feliz, le daba fuerzas para hacerlo. Le metió la mano en el bolsillo del vaquero y dejó allí el *pendrive*.

—Te amo, Enzo, espero que te guste mi regalo. —Con esas palabras salió corriendo antes de que él lo hiciera detrás de ella.

James, con una sonrisa triunfal, salió cerrando la puerta tras él.

Enzo metió la mano en su bolsillo y encontró un *pendrive*, se fue directo al portátil para ver a que se refería Eli mientras esperaba al resto y pensar un plan para salvarla.

Se sentó con el portátil en las rodillas y puso el vídeo. En algún momento llegó Tania y se sentó con él, pero no podía despegar la vista de lo que allí veía. Ella arriesgó su propia vida para salvar a su madre, para salvarlo a él. Sabía lo que había sufrido y quería ayudarlo. Se metió en la casa de su padre con hombres armados, bailó medio desnuda y aguantó que su padre se restregará contra ella como un perro en celo, solo por él. La amaba tanto que dolía. Definitivamente nunca había conocido a nadie como ella.

—Es increíble esa chica, ¿verdad?

—Es la mujer de mi vida, Tania, y tenemos que salvarla. Reúne a la gente. En cuanto estéis todos, os pondré al día.



Capítulo 23

Cumpleaños infeliz



Por fin llegó el día que Eli había esperado con tanta ansia en los últimos años. El único inconveniente es que antes pensó que lo haría libre y ahora ese cumpleaños sellaría su condena, sus padres anunciarían su compromiso con James. El mismo hombre que solo unos meses atrás pensó que amaba con locura o al menos eso creía, con el que compartió su pasión por ayudar a los más desfavorecidos, hasta fue por él que se dejó atrapar aquel día en el

juzgado y para salvarlo de ir a la cárcel fue directa al «campamento». No se arrepentía de nada, de no haber vivido todo aquello no habría conocido a toda esa gente maravillosa ni a él, el amor de su vida. Pensaba mucho en él, en si por fin podría ser feliz junto a su madre y la nueva familia que formaron juntos. Esperaba que así fuera y, aunque la entristecía no formar parte de su nueva vida, era feliz por ellos. Esperaba que Ari volviera a sonreír y a ser la chica positiva que solo ella conseguía ser y que quizás algún día tuvieran ese hijo, que tanto ella como Trevor, querían tener. Eso sí, esperaba que no le pusieran su nombre, parecía que estaba maldito, por todo lo que ella tenía que vivir y por lo que le pasó al bebé no nato de ellos.

Ahora no podía ni conectarse a YouTube para ver si tenía algún mensaje, como Gretel le contó todo a James, este se encargó de que sus padres la dejaran incomunicada del todo. «Algún día volvería a saber si estaban bien», se prometió a sí misma.

La casa estaba llena de gente que invitaron sus padres para que vieran como derrochaban dinero por su única hija en su veintiún cumpleaños. Gente igual de odiosa que sus progenitores, si tuviera algún bote de pastillas cerca se lo tomaría con tal de no tener que estar allí y aparentar delante de todos los amigos ricos de sus padres que era feliz y que se iba a casar con el desgraciado de James, el cual no perdía la oportunidad de decirle todo lo que le haría en cuanto se casaran. Le encantaba verla enfadada y lo conseguía con gran facilidad.

James estaba junto a ella, interpretaba su papel de novio atento y Eli hacía acopio de todas sus fuerzas para no vomitarle encima por toda su hipocresía. La vendió y se vendió el mismo por dinero, por poder, y ella era su premio.

—Estás guapísima —susurró a su oído—. Tengo que alabar el gusto de tu madre eligiendo para ti ese vestido. Por fin, se ha dado cuenta de que su hija es una mujer, si ella supiera como yo de lo que eres capaz entre las sábanas, hace mucho que te habría comprado algo así.

Pasó su mano por la espalda desnuda de Eli, cosa que le erizó la piel, pero no por excitación, más bien por el asco de sentir su contacto. Tenía que reconocer que el vestido era precioso: azul, largo, con una gran abertura en la pierna y la espalda quedaba al aire. Le extrañaba que su madre comprara algo así, seguramente había sido algo incentivado por el desgraciado que tenía a su lado.

—Como vuelvas a tocarme, te partiré todos tus dedos y te pasarás una buena temporada comiendo con pajita —dijo entre dientes mientras sonreía a

un matrimonio de ancianos que pasaban por allí.

—Ahí está mi fierecilla, quizás después de la fiesta te monte en la pared de mármol de alguno de estos baños tan caros, ¿te gustaría?

—Me encantaría arrancarte la polla, así que, por favor, te ruego que lo intentes.

Iban a seguir con sus ataques cuando su padre subió al escenario, donde un grupo tocaba música clásica en directo, bastante soporífera como para mantener dormida a Eli todo el rato. Detrás de los músicos, había una gran pantalla en la cual se veían vídeos de bailarines de *ballet*. Qué poco la conocían sus padres si pensaban que aquel tipo de fiesta le gustaría, aunque fuera un poco. Su padre pidió silencio y todos los asistentes miraron en su dirección.

—Buenas noches, lo primero que quiero es agradecerles su presencia esta noche en el cumpleaños de mi hija Elisabeth, en uno tan especial como son los veintiuno. ¿Verdad, hija?

Eli fingió una sonrisa y levantó su copa.

—Ahora llega la hora de los regalos, puesto que somos sus padres queremos ser los primeros. Hija, esperamos que te guste.

La pantalla detrás de su padre se iluminó y apareció un coche, para ser más exactos uno de los más caros del mundo un Rolls-Royce Sweptail en color negro. Eli tuvo que admirar el buen gusto de sus padres, pero también reconocer que aquello era un derroche, ese coche costaba alrededor de once millones de dólares. Con ese dinero, ella daría de comer a mucha gente necesitada. Su progenitor esperaba su agradecimiento así que le tocaba fingir. Pero en cuanto pudiera salir de esa maldita casa, lo vendería y le daría el dinero a la beneficencia.

—Muchas gracias padre, es precioso, no os teníais que molestar, es demasiado.

—Nada es demasiado para mi heredera —contestó su padre satisfecho de sí mismo.

«Siempre que no me esté muriendo como mi hermana, entonces me dejarías morir sola en algún centro apartado», pensó Eli amargamente.

—Tu turno, James. —Él subió entusiasmado, enfundado en su traje de marca gris.

—Turno del gilipollas —dijo Eli entre dientes.

—Eli, desde el día que te conocí me enamoré de ti, no pude hacer nada para evitarlo. Tienes algo distinto a todos los demás que te hace adictiva. Por eso

he luchado cada día para ser merecedor de tu amor, por tener un sitio a tu lado y que me vieras digno para formar una familia contigo.

Eli tenía ganas de subir y darle una paliza por todo lo que decía, ¿cómo podía ser tan hipócrita? En ese momento, sacó una caja pequeña del bolsillo interior de su chaqueta y se arrodilló, Eli solo quería que la tierra la tragara.

—Elisabeth Hope Cooper, ¿me harías el honor de ser mi esposa? —Eli se quedó callada, ¿cómo iba a decir que sí si era lo último que deseaba en el mundo? Solo pudo pensar en Enzo, en el hombre que amaba. Con él quería compartir su vida y formar su familia.

Se oyó un ruido detrás de los músicos y Enzo, su Enzo, salió de detrás de ellos. Fue directo hacia James que estaba atónito mirándolo.

—No, no quiere casarte contigo porque eres una mierda de persona — contestó Enzo antes de empujar a James que al estar sobre una rodilla cayó sin resistencia.

Eli observó a su amor, estaba guapísimo llevaba un *smoking* negro con una camisa blanca sin corbata y el primer botón lo llevaba desabrochado. No se podía creer que estuviera allí frente a ella.

—¡Guardias! —gritó su padre.

—No se moleste, señor Cooper, no van a venir, ahora cállese. Eli, no pensarías celebrar tu cumpleaños sin tu verdadera familia, ¿no? Además, tenemos un regalo para ti.

Eli corrió junto a él, le daban igual las consecuencias, ya pensaría en eso después, estaba muy emocionada por tenerlo allí en su cumpleaños. Llegó hasta él y lo besó con todas sus ganas, él terminó separándose, aunque su mirada prometía muchos más de esos. Eli cayó en algo, ¿había dicho que estaba allí su familia?

—¿Están aquí las chicas? —preguntó nerviosa, miraba a todos los lados.

—Eli, todos están aquí y ahora este es tu regalo. Felicidades, preciosa.

Empezó a sonar la música, algo le decía que era cosa de Nervi. Cuando escuchó que era la salsa electrónica de Cuba, toda la piel de su cuerpo se erizó de la emoción.

De las cristaleras que daban a esa gran sala empezaron a entrar sus amigos al ritmo de la música, todos vestidos de gala. Ellos con traje, ellas con sus vestidos de fiesta y sus pelos en preciosos recogidos. Estaban todos, Ari, Tania, los chicos que se les unieron el día del último baile, pero también estaba su grupo, Kata, Nervi y todos los demás, tenía que reconocer que era toda una sorpresa verlos bailando salsa, aunque fuera salsa electrónica.

Las chicas se adelantaron con pasos sexis de salsa mientras los chicos por detrás hacían pasos de *Street Dance*, todo frente a ella. No pudo evitar que los ojos se le llenaran de lágrimas al ver lo que hacían por ella. Se acercaron Tania y Ari y la abrazaron antes de arrastrarla a la pista de baile para que bailara con ellos.

Y así lo hizo, reía y se sentía libre por primera vez desde que los dejó. El ritmo cambió y cada una cogió a otro para bailar en pareja, allí estaba Enzo, sentirse de nuevo entre sus brazos era como estar en casa.

Después de unos cuantos pasos, le dio varias vueltas para terminar soltándola y siguieron bailando, avasallaron la sala llena de gente que los miraba como si el mismísimo demonio hubiera salido del infierno, a ellos les daba igual, estaban haciendo lo que mejor se les daba en el mundo.

Todos andaban hacia adelante, se agachaban con movimientos sinuosos antes de volver a bailar en pareja.

—Dime que no. —Enzo se refería al paso y ella le sonrió porque por primera vez le salió perfecto. Cuando volvió a sus brazos quedó muy cerca de sus labios.

—Nunca te diré que no.

La canción terminó demasiado pronto y se encontró rodeada de abrazos y besos de todos sus amigos, de su verdadera familia. Lloró por primera vez, en muchos años, de felicidad, al menos hasta que su padre se acercó para poner remedio a aquello.

—No tan rápido, señor Cooper. —Esta vez fue Nervi el que habló—. He borrado el vídeo y me he asegurado de que no queda ninguna copia. Con lo rico que es debería invertir más en seguridad.

—No puede ser. —Buscó a James, lo habían agarrado dos de sus antiguos amigos con cara de que le iban a patear las tripas.

—Aún tenemos un regalo más, Eli —dijo Enzo.

—¿Más? Si me siento como si me hubiera tocado la lotería, soy mayor de edad y mis padres ya no podrán amenazarme más. ¿Qué más puedo pedir?

—Hay alguien más que quiere darte tu regalo. Nancy. —A Eli se le aceleró el corazón—. Este es el señor Travis, uno de los abogados de tu hermana. Tu padre lo tenía amenazado con venir a verte, lo hemos traído de todas maneras.

—Señorita Cooper, es un placer conocerla. Su hermana solo hablaba maravillas de usted. He traído el testamento de su hermana. Nos pidió explícitamente que no lo abriéramos hasta hoy, en su veintiún cumpleaños, si usted nos da su permiso. Quiero que sepa que hoy estoy aquí gracias a sus

amigos, ya que su padre nos tenía amenazados a mí y al resto de abogados de su hermana. Ellos nos han encontrado y nos han prometido protección para venir a cumplir la última voluntad de su hermana.

Su padre los tenía amenazados, no era algo que le extrañara en absoluto, él vivía para eso, para tener a todo el mundo bajo su yugo. Sabía que si Nancy le había dejado parte de su dinero eso le daría cierta libertad, aunque en el momento que los amenazó la tenía atada de pies y manos por Enzo, pero ya no era así, ya nada la detendría.

—Por favor, adelante. —Se moría por saber de su hermana. ¿Le habría dejado una carta?

—Si pueden poner el vídeo, por favor —pidió el señor Travis.

—¿Vídeo? —preguntó Eli.

—Sí, su hermana quiso que su testamento se grabara para que de alguna manera usted pudiera verla esta noche.

Eli asintió y notó como los ojos se le llenaban de lágrimas de nuevo.

—No pueden ponerlo, están en mi propiedad, llamaré a la policía —exigió su padre.

—Cállate, papá. Por favor, señor Travis, proceda.

El abogado que era un señor entrado en años con una apariencia bastante entrañable le dio a Nervi un USB.

La pantalla se encendió para mostrar a su hermana postrada en la cama donde la vio la última vez. Ya en ese momento estaba muy demacrada por la enfermedad, seguramente lo grabó el mismo día de su muerte. La sala enmudeció con aquella imagen, no se oía en ese momento ni la respiración de los asistentes. Para aquella gente tan rica y poderosa, el tema de la muerte de su hermana había sido un tema tabú.

Su hermana miró a la cámara y se atusó un poco el pelo, Eli no pudo evitar sonreír, coqueta hasta el final. Sentía como un nudo crecía en su garganta al verla, cómo la echaba de menos, a su mejor amiga.

—*Felicidades, Hope, mi pequeña. Hoy es tu cumpleaños, no uno cualquiera, hoy por fin cumples la mayoría de edad. ¿Sabes una cosa? Daría cualquier cosa de la que ahora mismo poseo por poder pasar este día contigo. Debes haberte convertido en una mujer preciosa, siempre lo fuiste con tu larga melena negra y esos ojos a juego, sobre todo, con ese cuerpo lleno de curvas, eres perfecta por mucho que madre se empeñe en decirte lo contrario, tú ni caso. Además, algo me dice que hoy no estás sola con estos ricachones despreciables, seguro que estos años has encontrado tu lugar en*

el mundo y a tu propia familia.

Eli miró a sus amigos que estaban a su alrededor y todos la sonrieron.

—Sí, Nan —contestó como si su hermana pudiera escucharla.

»Siempre seguí los pasos establecidos por nuestros padres para ser su perfecta heredera, Hope, y mírame, muriendo sola en una habitación de un centro que ellos han pagado para mantenerme lejos y no verme agonizar. Bueno, sola no, estoy contigo, ahora has ido a comprarme unas revistas que te he pedido. Eres lo más importante en el mundo, lo que más amo. ¿Recuerdas todas las cosas que hablamos sobre cambiar el mundo juntas? Estoy segura de que lo harás. Hope, naciste para cambiar el mundo, harás cosas grandes y aunque yo no esté a tu lado para hacerlo sí que quiero colaborar en ello.

Eli lloraba desconsolada al ver a su hermana, al oír sus palabras, al pensar que siendo de las mejores personas que conocía tuvo que morir mientras sus padres que eran unos desgraciados seguían viviendo y saliéndose con la suya, día tras día.

»Cuando cumplí los veintiuno como tú, mi regalo fue algo distinto. Nuestro padre estaba metido hasta las orejas en negocios sucios y temía que le quitaran todo si estaba a su nombre. Tenía las empresas casi en la bancarrota por malas inversiones, así que ese día lo puso todo a mi nombre para que no pudieran pillarlo por esa parte. Mejor que pagara su hija, su heredera. ¿Verdad, padre?

Todos se giraron a mirar a Edward, sus amigos que eran más o menos de su misma calaña no podían creer que dejara a su hija morir sola y que luego pasara todo a su nombre para que si le pillaban, ella sería la que iría a la cárcel.

»Me pareció una cabronada por su parte, sí sé que no estás acostumbrada a que diga tacos, pero ¡qué coño! Me muero, qué más da. Contraté a los mejores asesores para arreglar el desastre que habían hecho nuestros padres. Recuperé lo perdido por ellos y empecé a obtener ganancias, muchas ganancias. Cosa que mantuve en secreto y más cuando enfermé y vi el trato que recibía. Seguramente pensaron que cuando muriera en mi testamento se lo devolvería, pero no, mi niña. Ahora todo es tuyo, las empresas, las propiedades, el dinero y todas mis inversiones, que te aseguro que son muy sustanciosas. Al final resultó que soy un cerebritito para las finanzas y no solo valía para casarme y tener hijos como nuestros padres querían. Si todo ha ido bien en estos años, las finanzas incluso habrán

mejorado. *¿Me equivoco, señor Travis?*

Preguntó su hermana e hizo una pausa para que el abogado contestara.

—No se equivoca, señorita Cooper, es usted multimillonaria.

»Espero que la respuesta sea afirmativa, estoy segura de que sí. Les pago una millonada para que así sea. Ese es mi regalo, hermanita, coge ese dinero y haz todo lo que no pudimos hacer juntas. Ayuda a la gente que más lo necesita como si yo estuviera a tu lado. Haz que el apellido Cooper valga para algo, que se le recuerde por algo que no sea por tener un palo metido por el culo.

Eli reía entre el llanto de emoción.

»Referente a nuestros padres, decide lo que quieres hacer. En este momento no tienen en propiedad más que la ropa que llevan puesta que posiblemente daría de comer a varios niños huérfanos durante semanas. En eso no te puedo aconsejar porque viéndome en esta cama les dejaría mendigando en las calles y si los viera no les daría ni un mendrugo de pan. Siento si a los presentes os suena mal, pero es lo que siento ahora mismo.

Todos los amigos de Eli gritaban en ese momento que era lo correcto y apoyaban a Nancy. Lo que habían hecho con ella y con Eli no tenía nombre posible.

»Bueno mi vida, tengo que despedirme, no tardarás en volver y mira cómo estoy, vas a notar que he llorado y yo nunca lloro delante de ti, como sé que tú aguantas el llanto siempre delante de mí para que no sepa lo triste que estás porque me voy. Qué sepas que te quiero más que a mi vida y que daría mi vida por poder haber seguido contigo y ver en la mujer admirable que seguro que te has convertido. Recuerda siempre, haz solo lo que te haga feliz. Se me olvidaba, ¿sabes por qué siempre te llamo Hope? Porque Hope significa esperanza, eres mi esperanza mi niña, y la de mucha gente, nunca te rindas y lucha por lo que quieres. Te quiero, Hope.

—Te quiero, hermana —contestó Eli como si su hermana la pudiera escuchar allí donde estuviera mientras las lágrimas no la dejaban casi ni ver. Enzo la abrazó y sus amigos hicieron lo mismo para formar un gran abrazo.

—Hija, tenemos que hablar —dijo su padre en un tono sumiso.

Eli se enjuagó las lágrimas antes de salir del círculo de sus amigos para enfrentarse a él.

—No hay nada que hablar, ahora solo me vas a escuchar. —Su padre fue a protestar, pero todos sus amigos se pusieron detrás de Eli en modo amenazante —. Vas a coger a mamá y subiréis a coger algo de ropa. Mi abogado, el señor

Travis, os dará algo de dinero para que busquéis una casa modesta y podáis comer mientras buscáis un empleo.

—Hija, no nos puedes hacer eso, somos tu familia —dramatizó su madre llorando.

—No, madre, mi familia es la que yo elijo, y mi familia son ellos. No intentéis usar vuestras tarjetas ni acudir a ninguna de las empresas, ya que mis abogados se van a encargar de facilitarme toda la documentación que os incrimina en los negocios sucios que tenéis. Si os vuelvo a ver cerca de alguien a quien quiero, no tendré piedad, os hundiré y os dejaré pudrirlos solos como dejasteis a mi hermana. ¿Ha quedado claro?

Sus padres sabían que habían llegado al límite de su hija y que no les quedaba otra opción que desaparecer para nunca volver, así que se marcharon a recoger sus cosas.

—El resto de invitados, gracias por venir a mi cumpleaños, si son tan amables de abandonar mi casa se lo agradecería. Señor Travis, espero poder contar con usted y con el resto de abogados y asesores de mi hermana.

—Por supuesto, señorita Cooper, si le parece bien nos reuniremos mañana, ahora disfrute de su fiesta y de su familia.

—Eli, por favor, y gracias por todo, me ha salvado la vida.

—Eli, no ha sido nada, todo lo ha hecho su hermana.

—Hasta mañana —dijo Eli y el abogado se despidió con un asentimiento de cabeza—. ¡Chicos, servíos lo que queráis y poned música que se note que es un cumpleaños!

—¿Estás bien? —Enzo la cogió entre sus brazos.

—Sí, ahora todo está en su sitio. ¿Has visto a tu madre? —preguntó cuándo se acordó de ella, con todo lo ocurrido no se le había pasado por la cabeza.

—Sí, se está recuperando, aún no puedo creer que hicieras eso por mí, Eli. —Enzo colocó la frente sobre la de ella.

—No hay nada que no haría por la gente que amo, nada.

—Eli, ¿qué hacemos con esta mierda? —preguntó Amón, un chico de su grupo que tenía a James, todos se habían olvidado de él.

—Que se vaya, no es nada para nosotros, ya no forma parte de nuestra familia, eso sí se irá sin nada, como yo le conocí.

—Eli, por favor, no puedes hacer eso, me detendrán si me ven sin ropa —suplicó James.

—Pues espero que sean cariñosos contigo en la celda. Adiós, James.

Y de esa forma, desnudo, lo mandaron a la calle. En un barrio tan rico no

tardaría algún vecino en llamar a la policía.

—¿Por dónde íbamos? —Eli pasó los brazos por los hombros de Enzo.

—Señorita Hope, ¿me dedica un baile? —preguntó él.

—¿Hope?

—Me gustaría llamarte así si me dejas, creo que has sido la esperanza para todos nosotros. Si no quieres lo entenderé, era cómo te llamaba tu hermana.

—Me encantaría que me llamaras Hope, que me llamen así las dos personas que más he amado en el mundo para mí es muy especial. Y me encantaría bailar contigo.

Enzo sonrió, le puso una mirada pícaro antes de cogerla en brazos y escapar escaleras arriba con ella mientras el resto del grupo vitoreaba y reía.

—Pensé que íbamos a bailar —dijo Eli riendo sin parar.

—Cariño, hay muchas formas de bailar —contestó Enzo antes de besar sus labios.



Epílogo

2 años después



La vida da muchas vueltas, a Eli y su familia de amigos para bien, ya era hora. Después de su cumpleaños hicieron planes. El primero de ellos fue adquirir el «campamento» que tantos sufrimientos les trajo, pero donde se conocieron muchos de ellos, y hacer algo bonito con él. Ahora era un sitio para gente sin recursos al que llamaron Nancy Hope Cooper. Lo reformaron y ya no parecía una cárcel. Las fosas las habían tirado para construir alacenas

para comida, gimnasios y otras aulas para talleres.

Recogían a niños y adultos sin recursos para ayudarlos a tener un futuro. Había profesores que les formaban para poder adquirir trabajos, pero también actividades; como dibujo con la maravillosa profesora Anna, clases de baile que impartían varios de ellos... Era el único sitio donde gente de todos los sitios acudía a aprender *Street Dance* sin el peligro de las calles. Las personas, allí encontraban una familia, lo mejor que Eli había hecho en su vida, y no lo habría conseguido sin su hermana y sus amigos. No podía ser más feliz, y eso fue lo que le dijo su hermana, que hiciera siempre lo que le hiciera feliz, se sentía por primera vez en su vida libre y rodeada de gente que la amaba.

Gretel, la directora y los guardias agresores estaban entre rejas, sus padres desaparecieron, y de James supo que acabó entre rejas por robos. ¿Qué más podía pedir?

Estaba pensando mientras miraba por la ventana aquellos jardines que tanta paz le dieron alguna vez y escuchó una vocecita detrás.

—Li. —Se dio la vuelta con una sonrisa.

Allí estaba su amiga Ari con la pequeña Hope, con sus rojizos rizos como los de su madre y unos mofletes que te daban ganas de comértelos. Una de las primeras palabras que aprendió a decir, a aparte de mamá, fue Li. La llamaba así para frustración de su padre, aunque le parecía bien, ya que era su tía favorita y la colmaba de mimos.

—¿Cómo está mi pequeña Hope? —Estiró los brazos para cogerla.

—Bien, lleva todo el rato preguntando por ti mientras le daba la merienda. Le he explicado que estabas en clase, pero es tan cabezona como su tía. —Ari puso los ojos en blanco y ambas rieron.

—¿Eso ha hecho mi niña? —Eli levantó a la pequeña e hizo que se comía su muslo regordete, la niña empezó a reír como una loca.

—Vamos, creo que Enzo quería que vieras unos pasos que ha practicado con los pequeños a ver que te parece.

—Vamos pues, pero me llevo a este bomboncito conmigo. —Ari asintió.

Se la colocó en la cadera y fueron al aula de Enzo que daba clase a los pequeños de cinco y seis años. Le encantaban los niños, esperaba que algún día ellos tuvieran un montón de aquellos pequeños diablillos correteando por allí.

Llegaron y todos los niños la saludaron a gritos, Eli era muy niñera y todos la adoraban, como a su profé. Enzo, desde que salió de esos muros, era

distinto. Su madre se les unió. Se había desintoxicado y era una mujer extraordinaria aparte de una maravillosa bailarina. Le dio un beso antes de colocarse con ellos.

—Hola, Hope. —Saludó Enzo antes de robarle un beso rápido, los pequeños de la clase se rieron.

—Bueno, ¿qué nos tenéis que enseñar? —dijo Eli sonrojada por la reacción de los pequeños, cosa que no le solía pasar.

—Chicos, ¿estáis listos?

—Sí. —Gritaron todos los peques.

Enzo se colocó entre ellos y le hizo una señal a su madre para que le diera a la música. Comenzó a sonar *7 Rings*, la canción que ella bailó el día que lo conoció. Todos los pequeños junto a Enzo empezaron a mover las caderas de un lado a otro, no pudo evitar sonreír. Empezaron a andar con movimientos, contoneándose hasta ella.

Las chicas levantaban la pierna todo lo que pudieron, los chicos bajaban al suelo, pero Enzo imitaba los movimientos que hizo ella aquel fatídico día en el que le dijo que bailaba como si estuviera en un burdel. No pudo evitar sonreír como una tonta viendo que hacía todo eso por ella.

Siguieron con el baile hasta que Enzo hizo una señal y todos los pequeños cayeron de rodillas frente a ella y se quitaron la camiseta negra que llevaban, dejando una blanca con letras que ponía «Quiere-ser-mi-pa-re-ja-de-bai-le-por-siem-pre». En ese momento, Enzo se arrodilló frente a ella, abrió una caja y le mostró un anillo con una piedra preciosa.

—Eli Hope Cooper, ¿me harías el honor de ser mi esposa? No quiero bailar con nadie que no seas tú en lo que me quedé de vida —se declaró Enzo mientras todos los pequeños la miraban a la espera de una respuesta.

Ari cogió a la pequeña de los brazos de Eli que se había quedado totalmente impresionada, en cuanto reaccionó saltó a sus brazos y los dos cayeron al suelo entre besos y risas.

—Sí, quiero, Enzo. Siempre bailaré contigo.

Fin

Si te ha gustado la historia de Eli, déjame tu reseña en Amazon, es de gran ayuda para nosotros. ¡Gracias por leerme!

Biografía

Mi nombre es Jessica, aunque escribo con el nombre de Jess Dharma. Tengo 37 años y soy de Madrid. Me encanta leer sobre todo romántica, thriller o terror. También las series o películas de terror. El punto de cruz, el sol me da mucha alegría. Empecé escribiendo en el 2007 aunque ya lo había hecho de pequeña. Publiqué por primera vez en el año 2014 con una editorial con la que tuve muy mala suerte. Posteriormente con otra que no me fue mejor. Así que en ese momento me prometí que autopublicaría a no ser que me saliera una oportunidad con una editorial de las grandes. A día de hoy tengo publicadas una saga de romántica paranormal, erótica, new adult. También un thriller policíaco con Click Ediciones de Planeta. Adoro escribir, el día que no lo hago siento que me falta algo. Me gusta cambiar mi registro a la hora de escribir así que no descarto ningún género. Mis próximos proyectos son romántica contemporánea, juvenil, thriller psicológico, romántica paranormal y erótica. Por ahora creo que os he contado muchas cositas. Si quieres saber cualquier cosa escíbeme por aquí o en mis redes sociales. ¡Muchos besitos, Jess!

Facebook: <https://www.facebook.com/jessdharma.escritora.73>

Twitter:

<https://twitter.com/jessdharmaes>

Web:

<http://www.jessdharmaescritora.es/>



ESCRITORA DE
NOVELA ROMANTICA Y THRILLER



@JESSDHARMAESCRITORA



@JESSDHARMA



JESSDHARMAESCRITORA@GMAIL.COM

Otras de mis obras

El guardián de piedra (Los guardianes de piedra I)

Sárilan y Amanda son dos hermanas madrileñas que deciden pasar sus vacaciones conociendo la hermosa Atenas. Lo que nunca imaginaron es que se encontrarían en medio de una lucha épica donde tendrán que sobrevivir y combatir por no perder su corazón.

Axel, es un guerrero de la hermandad de las gárgolas. Cuando cree que su corazón se ha convertido en piedra por toda la eternidad, conocerá a una pequeña humana que pondrá su mundo del revés. Tendrá que luchar contra sus sentimientos encontrados y peor aún, tiene que mantenerla con vida frente a los raptos que se han empeñado en acabar con ella.

¿Aún no conoces el nuevo fenómeno sobrenatural que está llegando a todos los rincones del mundo?

No se trata de hombres lobo, ni vampiros, ni si quiera de ángeles o fantasmas...

Las gárgolas viven entre nosotros, pasando desapercibidas con un único objetivo... salvar a la raza humana de los crueles asesinos que Hades está liberando del infierno. Los raptos se llaman y son seres que se alimentan de las emociones humanas hasta la muerte de la persona.

No trates de saber más, sé que la curiosidad te está matando, pero si ellos te capturan y no tienes una gárgola cerca te mataran sin piedad. Así que ¡corre! Mientras tengas tiempo, no mires atrás.

Para mí ya no hay tiempo, me encuentro inmersa en esta guerra entre inmortales de la que no puedo, ni quiero salir.

Lo puedes conseguir en: <http://amzn.eu/d/4doBUrg>



El guardián de la muerte (Los guardianes de piedra II)

Él, ya no era un guerrero de la hermandad, había perdido su honor, pagaría por ello cada día de su miserable vida. Ahora cazaba y mataba a los raptores solo, viajaba allí donde oía que existían problemas, y eso haría hasta que los dioses decidieran quitarle esa vida que él no quería vivir. Esos eran los pensamientos de Marius camino de Nueva Orleans, ese era su nuevo destino. Una serie de asesinatos estaban asustando a la población, hablaban sobre ello en todos los noticiarios. Decían que se trataba de un asesino en serie y pensaban que usaba algún tipo de magia vudú ya que los cuerpos estaban secos, parecía que les habían robado el alma... Pero él sabía que se trataba de raptores. Se hizo una promesa, les mataría o moriría en el intento; de las dos formas se cumpliría su deseo.

¿Aún no conoces el nuevo fenómeno sobrenatural que está llegando a todos los rincones del mundo?

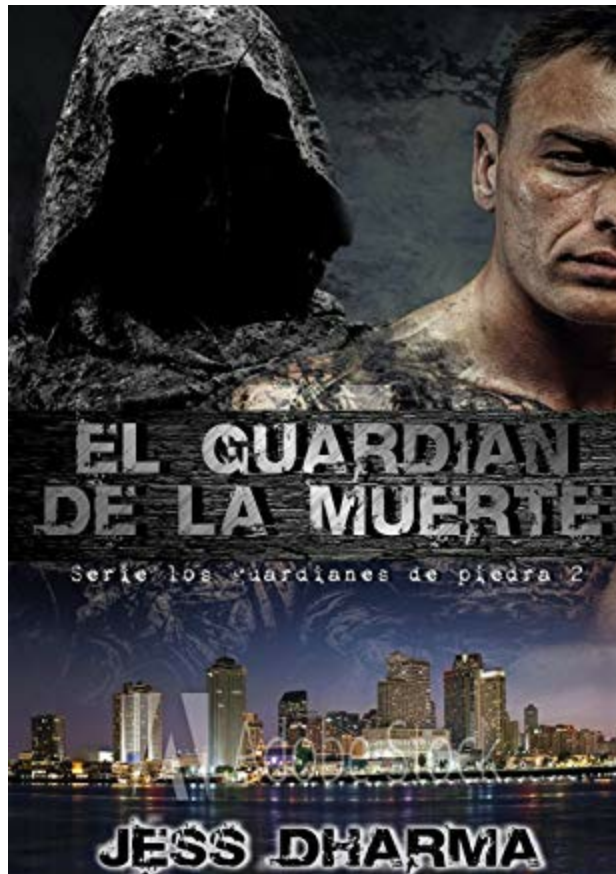
No se trata de hombres lobo, ni vampiros, ni si quiera de ángeles o fantasmas...

Las gárgolas viven entre nosotros, pasando desapercibidas con un único objetivo... salvar a la raza humana de los crueles asesinos que Hades está liberando del infierno. Los raptores se llaman y son seres que se alimentan de las emociones humanas hasta la muerte de la persona.

No trates de saber más, sé que la curiosidad te está matando, pero si ellos te capturan y no tienes una gárgola cerca te mataran sin piedad. Así que ¡corre! Mientras tengas tiempo, no mires atrás.

Para mí ya no hay tiempo, me encuentro inmersa en esta guerra entre inmortales de la que no puedo, ni quiero salir.

Lo puedes conseguir en: <http://amzn.eu/d/cp4Cc85>



Naga la gárgola guardiana (los guardianes de piedra III)

La diosa Artemisa es secuestrada por el Minotauro de sus aposentos en la isla de Delos. Su tía Laya desconsolada manda a sus mejores guerreros del ejército de las gárgolas a buscarla a Creta y de paso matar al que ha osado a hacerlo, pero misteriosamente ellos también desaparecen sin dejar huella.

Apolo y Scailar se embarcan en un viaje lleno de peligros por la Grecia antigua para recuperar a sus hermanos, enfrentándose a monstruos mitológicos y peligros inimaginables. Pero si hay algo peor que todo eso es que ellos dos se llevan a matar, él es un mujeriego y un prepotente de cuidado, y ella ha sido criada para no dejarse intimidar, aunque la atracción entre ellos es igual o mayor al odio que sienten.

Embárcate con ellos en ese viaje mágico lleno de aventuras en un mundo

mitológico.

¿Aún no conoces el nuevo fenómeno sobrenatural que está llegando a todos los rincones del mundo?

No se trata de hombres lobo, ni vampiros, ni si quiera de ángeles o fantasmas...

Las gárgolas viven entre nosotros, pasando desapercibidas con un único objetivo... salvar a la raza humana de los crueles asesinos que Hades está liberando del infierno. Los raptores se llaman y son seres que se alimentan de las emociones humanas hasta la muerte de la persona.

No trates de saber más, sé que la curiosidad te está matando, pero si ellos te capturan y no tienes una gárgola cerca te mataran sin piedad. Así que ¡corre! Mientras tengas tiempo, no mires atrás.

Para mí ya no hay tiempo, me encuentro inmersa en esta guerra entre inmortales de la que no puedo, ni quiero salir.



Recuerda... El mal nunca te olvida

Alisa es Criminóloga en la unidad de análisis de conducta en el FBI de Chicago, una de las mejores en su campo. Siendo tan solo una niña encontró el cadáver de su madre lleno de cortes y con su mantita de bebé entre las manos, pero los agentes que llevaron el caso concluyeron que había sido un suicidio. Pero ella sabía que no había sido así, aquella noche sintió que no estaban solas en casa; algo peligroso las acechaba desde la oscuridad. Se prometió así misma que atraparía al asesino, aunque nadie la creyera.

En la actualidad, la policía de Nueva Orleans, necesita a los mejores criminólogos para poder resolver un caso donde un asesino en serie está aterrorizando a la población. Alisa y su compañero Rick van sin dudarlo, pero allí no solo se enfrentará a un asesino. Nuestra protagonista tendrá que luchar contra los demonios de su pasado, y con algo mucho más oscuro, a lo que nunca nadie se debería tener que enfrentar.

Lo puedes conseguir en: <http://amzn.eu/d/9LzdRxC>



Krell seres del submundo I

En un mundo lleno de sobrenaturales ávidos de poder, alguien tiene que pararles los pies. Los Aniquiladores serán los encargados de hacer cumplir las leyes y proteger a la humanidad. Ellos fueron los elegidos ya que no están ansiosos por dominar al mundo, pero sobre todo porque son su alimento. No, no toman su sangre, se nutren del placer sexual de su amante, sin ellos no podrían subsistir. Nueva Orleans en la actualidad. Krell, es un aniquilador, junto a sus hombres se encargan de mantener el orden y la seguridad de la ciudad. Todo funciona bien entre las diferentes razas, hasta que empiezan a cometerse en su ciudad una serie de asesinatos con claros indicios sobrenaturales. Zoé, es una pequeña humana con mucho carácter, que sin quererlo se verá envuelta en toda esta lucha entre seres del submundo. Complicándole mucho las cosas a Krell. Sí el Aniquilador te lo pide ¿lo alimentarías?

Lo puedes conseguir en: <https://rxe.me/BVPY39>



Un sueño, un rodaje, tú y yo

Asia es una escritora novel que ve como su sueño se hace realidad cuando una productora decide llevar su novela a Hollywood. Ella tendrá que ir como asesora para que la película sea lo más fiel posible al libro. Con lo que no contaba es con tener que lidiar con Noah. Un chico tremendamente sexy, que es diez años más joven que ella y además es el protagonista de la película. Asia intenta no sentirse atraída por

él ya que es todo lo que no quiere en un hombre, más joven, un mujeriego, chulo, posesivo, pero sobre todo porque sabe que le romperá el corazón.

¿Conseguirá resistirse a él o el guion de su historia ya está escrito?

Lo puedes conseguir en: <https://rxe.me/J7L6G5>

